

UNIVERSITY OF OXFORD
GENERAL DEPOSIT

DA625

P36



1020000630



MEMORIAS

É

IMPRESIONES DE VIAJE.

Inglaterra

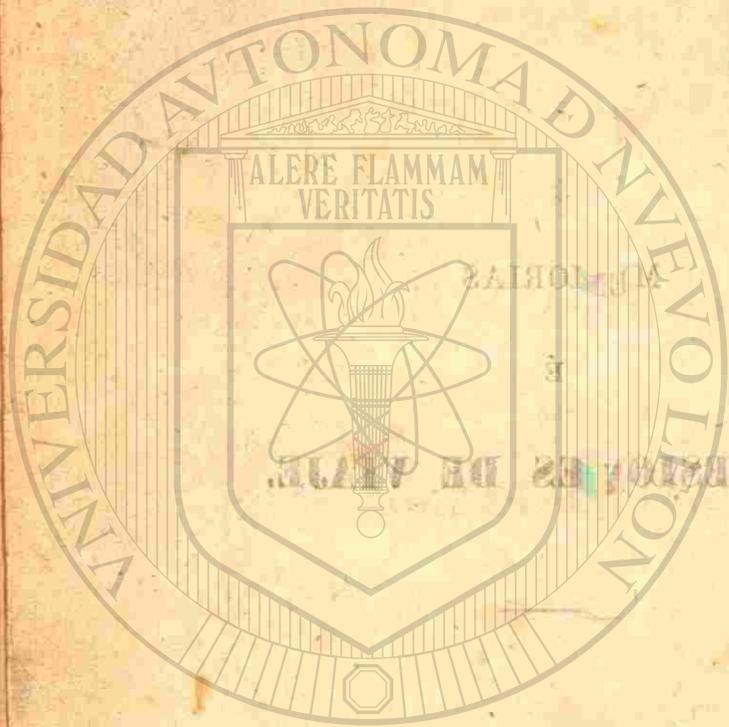
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



103137



MEMORIAS

E

IMPRESIONES DE UN VIAJE

A

INGLATERRA Y ESCOCIA

POR

MANUEL PAYNO,

CIUDADANO MEXICANO.

Publicacion del Siglo XIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO.

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1853.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



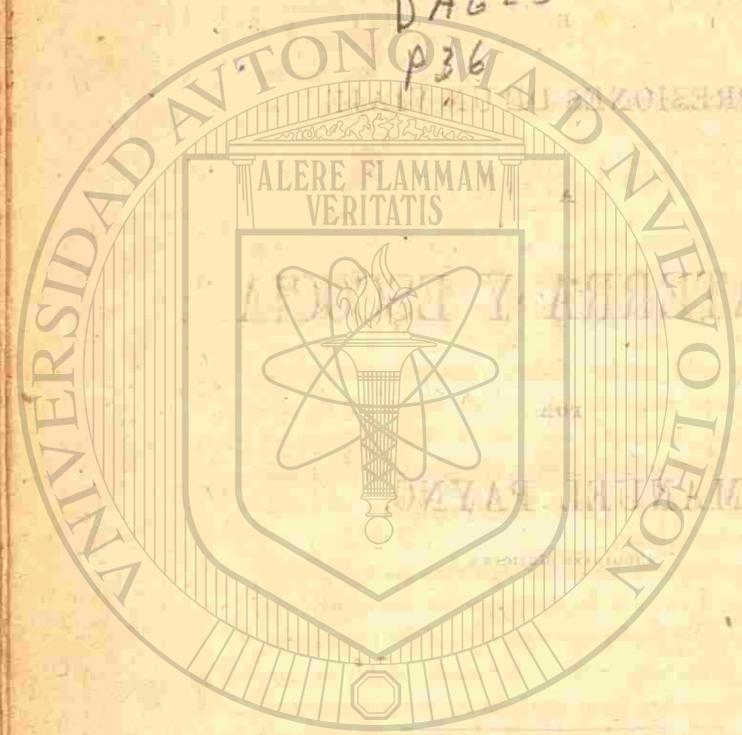
RAMON SANCHEZ

FONDO
EGBARRIDO DIAZ RAMIREZ

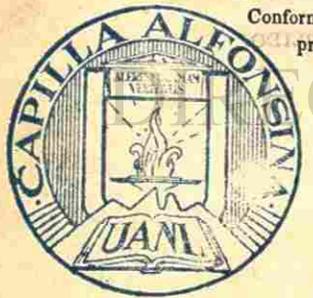
MEMORIAS

DA625

p36



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN



Conforme á la ley, el editor ha asegurado la propiedad literaria de esta obra.

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



PROLOGO.

PROLOGO.
HACE algunos años que los viajes eran tan raros y tan difíciles, que solo se emprendian por un negocio muy importante ó por una necesidad imprescindible. El que se ponía en camino hacia su testamento, arreglaba su conciencia y se despedía de su familia y amigos, como si fuese el último momento de la vida.

Hoy que los adelantos de la navegacion, la aplicacion del vapor y la multiplicidad de las comunicaciones han reducido las distancias y han puesto en frecuente comunicacion los pueblos mas remotos de la tierra, los viajes se hacen no solo por negocios, sino por placer, por instruccion, por mejorar la salud; por todo, en fin, pues basta el mas frívolo pretesto para decidirse á pasar como un sueño treinta días en un vapor, y despertar en el mundo antiguo, tan lleno de encantos, de recuerdos, de poesía y de ilusiones.

Multitud de mexicanos de todas edades y condiciones van á Europa en la época presente, recorren las principales capitales y regresan á su casa para disponerse quizá á otro segundo ó tercer viaje; sin embargo, desde que escribió y publicó D. Lorenzo Zavala su viaje á los Estados-Unidos, no recuerdo que haya salido alguna otra obra de



VI
PROLOGO.

ese género, con escepcion del folleto del Sr. Don Luis de la Rosa, en que refiere su viaje de México Washington.

Esta circunstancia me ha decidido á reunir y ordenar los apuntes que hice durante mi residencia en Europa y á publicarlos sin pretension de ninguna especie, confiado sí, en la indulgencia con que mis compatriotas han acogido mis producciones, desde el momento en que por una passion que no me ha sido posible vencer, comencé á escribir en algunos de los periódicos literarios de esta capital.

La casualidad quiso que fuese yo á Europa en la época en que ha tenido mas vida y mas animacion. No hay extranjero ilustrado de los que visitó á Lóndres que no haya escrito algo de la Esposicion; y franceses, españoles, italianos, alemanes, y turcos, todos han regresado á su país á referir de palabra ó por escrito lo que vieron, lo que observaron y lo que aprendieron.

Pues que un mexicano se encontró en esa gran festividad del comercio y de la industria de todos los pueblos civilizados del mundo, ese mexicano tiene necesidad de contar á sus amigos y á sus paisanos lo que vió desde que pisó las playas mágicas de la tierra antigua, como los peregrinos dejaban el báculo y el sombrero y se sentaban junto al fuego en algun castillo gótico á referir sus trabajos y sus aventuras.

Los que no han viajado, quizá encontrarán algo que les divierta y que escite su curiosidad, y los que han recorrido las mismas ciudades que yo, gozarán al recordar sus peligros y sus alegrías, de ese placer melancólico que dejan en pos de sí los viajes para todo el resto de la vida.

de los señores de S. M. I. y de un momento á otro se
-abrió un camino para el comercio de los productos
-ilustrados y que los señores de S. M. I. y de un momento á otro se
-abrió un camino para el comercio de los productos
-ilustrados y que los señores de S. M. I. y de un momento á otro se

A S. E. EL SR. VIZCONDE DE PALMERSTON,
SECRETARIO DE ESTADO DE S. M. LA REINA DE LA
GRAN-BRETAÑA.

MILORD:

Cuando hace algunos años leía yo la historia de Inglaterra y las descripciones de las ciudades, de las campiñas y de las costumbres, pensaba yo que no seria feliz ni lograria tener quietud hasta que no visitara esos antiguos monumentos góticos que despiertan tantas ideas dormidas, y viese con mis propios ojos las maravillas de la industria y los adelantos de uno de los pueblos que han vuelto á encontrar en todo su esplendor las artes y la civilizacion hundidas y perdidas con la caída de los Griegos y de los Romanos, como se hunden y pierden con los terremotos las maravillas de una ciudad.

Por fin mi deseo se cumplió. Visité la Inglaterra, regresé á mi país y escribí un libro. Este libro será sin duda muy inferior á los que han escrito ántes que yo los hombres ilustrados que han visitado la Europa; pero en él están consignados sinceramente mis recuerdos y mis sentimientos, respecto al país y al pueblo que visité.

Este libro me he tomado la libertad, Milord, de dedicároslo como el doble recuerdo de un funcionario que personalmente tuvo motivos de agradecimiento para con el ministro de nego-



VI
PROLOGO.

ese género, con escepcion del folleto del Sr. Don Luis de la Rosa, en que refiere su viaje de México Washington.

Esta circunstancia me ha decidido á reunir y ordenar los apuntes que hice durante mi residencia en Europa y á publicarlos sin pretension de ninguna especie, confiado sí, en la indulgencia con que mis compatriotas han acogido mis producciones, desde el momento en que por una passion que no me ha sido posible vencer, comencé á escribir en algunos de los periódicos literarios de esta capital.

La casualidad quiso que fuese yo á Europa en la época en que ha tenido mas vida y mas animacion. No hay extranjero ilustrado de los que visitó á Lóndres que no haya escrito algo de la Esposicion; y franceses, españoles, italianos, alemanes, y turcos, todos han regresado á su país á referir de palabra ó por escrito lo que vieron, lo que observaron y lo que aprendieron.

Pues que un mexicano se encontró en esa gran festividad del comercio y de la industria de todos los pueblos civilizados del mundo, ese mexicano tiene necesidad de contar á sus amigos y á sus paisanos lo que vió desde que pisó las playas mágicas de la tierra antigua, como los peregrinos dejaban el báculo y el sombrero y se sentaban junto al fuego en algun castillo gótico á referir sus trabajos y sus aventuras.

Los que no han viajado, quizá encontrarán algo que les divierta y que escite su curiosidad, y los que han recorrido las mismas ciudades que yo, gozarán al recordar sus peligros y sus alegrías, de ese placer melancólico que dejan en pos de sí los viajes para todo el resto de la vida.

construccion de S. M. I. y de un momento que se
-abrió un camino para el comercio de las Indias
-ilustracion y que se vio en esta época un gran
-deber y deber que tuvo este estado para todas las
-una gran y gran y gran y gran y gran y gran y gran
-familia humana, que se vio en esta época un gran
-preocupacion y de los años de los años de los años

A S. E. EL SR. VIZCONDE DE PALMERSTON,
SECRETARIO DE ESTADO DE S. M. LA REINA DE LA
GRAN-BRETAÑA.

MILORD:

Cuando hace algunos años leia yo la historia de Inglaterra y las descripciones de las ciudades, de las campiñas y de las costumbres, pensaba yo que no seria feliz ni lograria tener quietud hasta que no visitara esos antiguos monumentos góticos que despiertan tantas ideas dormidas, y viese con mis propios ojos las maravillas de la industria y los adelantos de uno de los pueblos que han vuelto á encontrar en todo su esplendor las artes y la civilizacion hundidas y perdidas con la caída de los Griegos y de los Romanos, como se hunden y pierden con los terremotos las maravillas de una ciudad.

Por fin mi deseo se cumplió. Visité la Inglaterra, regresé á mi país y escribí un libro. Este libro será sin duda muy inferior á los que han escrito antes que yo los hombres ilustrados que han visitado la Europa; pero en él están consignados sinceramente mis recuerdos y mis sentimientos, respecto al país y al pueblo que visité.

Este libro me he tomado la libertad, Milord, de dedicárselo como el doble recuerdo de un funcionario que personalmente tuvo motivos de agradecimiento para con el ministro de nego-

Veracruz, no he encontrado mas que buenos amigos, que tienen el hábito de agasajar á sus huéspedes, de complacerlos y de hacer que constantemente conserven un recuerdo agradable de la hospitalidad de los veracruzanos, que parece la aprendieron ó la heredaron de aquellos tiempos felices de la edad de oro. Acompañado de tantos y tan buenos amigos como mi estrella me ha deparado en Veracruz, salté en una lancha, subí á bordo del vapor, y de pié en la popa ví primero ocultarse y aparecer por intervalos entre la espuma del mar, el bote de mis amigos, que me saludaban todavía con sus pañuelos blancos, y despues desvanecerse poco á poco y confundirse con la playa las casas, las torres y las cúpulas de la ciudad. Media hora despues la oscuridad de la noche me impidió ver la playa, el castillo, los arrecifes y aún las altas montañas de la sierra de San Martin. ¡Cuántas y qué dolorosas sensaciones se experimentan en esos momentos! La patria, la familia, los amigos, en una palabra, todo aquello que ama el hombre en la vida, se alejaba de mi vista, y à todo esto no me unia mas que la esperanza, que es la vida que anima y sostiene al que se lanza en la profunda soledad del Océano.

A los tres dias de navegacion entramos en la Sonda de Campeche. No hay idea de unas aguas mas tranquilas y mas hermosas: los vientos nortes que vienen desde el polo revolviendo la superficie del mar van á terminar casi siempre en la Sonda de Campe-

che, como si la naturaleza hubiese colocado allí una muralla invisible. Casi en todo el año el mar està de un verde esmeralda subido, las ondas apenas beben la superficie de las playas, y el cielo està azul y sereno, mientras quizá, á poca distancia brama el viento y ruge la tempestad. Pero esa calma y tranquilidad, es á veces turbada por escenas de duelo y de muerte. En esta travesía se encuentran los bajos llamados "*Alacranes*," y como cambian con frecuencia y los buques son desviados por la corriente, muchas veces no basta el cuidado ni la pericia de los capitanes para impedir un naufragio. La única manera de disminuir los accidentes seria el construir un faro, y aunque este ha sido ya decretado por el congreso mexicano, pasarán muchos años ántes de que una luz benéfica y consoladora evite á los navegantes del golfo el encontrarse repentinamente con una muerte desastrosa. Nuestro vapor, mas afortunado que otro de la misma compañía que pereció hace tres años en esos arrecifes, dobló la costa de Yucatan y entró en el estrecho canal por donde el golfo mexicano desemboca al mar de las Antillas. Por la noche divisamos bastante cerca el faro colocado en el cabo de San Antonio en la isla de Cuba, y seguimos nuestra navegacion pasando muy cerca del *Gran Caiman* y del *Caiman chico*, que son dos islotes pertenecientes al gobierno español, enteramente deshabitados por falta de agua, y donde se hace en casi todas las es-

taciones del año una abundante pesca de tortugas, algunas de un tamaño enorme. A los siete días avistamos la costa de la isla de Jamaica, y al día siguiente, temprano, con una hermosa mañana, con un calor eshorbitante, y deslizándonos por una mar de azul y oro, dimos fondo en Puerto-Real que es la entrada de una bahía ancha y espaciosa; pero que solo tiene un canal estrecho, señalado por una multitud de *boyas*.

Un extenso cuartel de madera para la guarnición, dos ó tres edificios de lo mismo y unas cuantas casas pequeñas colocadas debajo de unos grupos de palmeros, es todo lo que hay en la pequeña isla de Puerto-Real. Sin embargo, el aseó de las casas pintadas de encarnado, con sus vidrieras y sus persianas verdes, y la belleza de las plantas y arbustos tropicales, junto con la vista de un mar tranquilo y de unas montañas cubiertas de verdura, dan á estos sitios un aspecto singular y característico que en vano se buscaría en otros países.

Después de haber recibido la visita de los oficiales ingleses estacionados en Puerto-Real, continuamos por el interior de la bahía hasta atracar en un mal muelle de madera de la ciudad de Kingstown, capital de la isla. Todas las ilusiones que yo tenía y que se me habían aumentado con la vista pintoresca de Puerto-Real, desaparecieron instantáneamente. No pasaban de media docena los buques que había en bahía. Los muelles ó atracade-

ros sucios, medio podridos y contruidos de la manera ménos perfecta. Sobre estos muelles acudieron multitud de negros y negras sudorosas, medio desnudas, dispuestas ya con sus canastos en la cabeza, á echar el carbon de piedra en las bodegas del buque, ó á vender á los pasajeros naranjas, piñas y otras frutas. Una porción de muchachos amarillentos y flacos se dejaban caer de los muelles á la agua para buscar una moneda ó una piedra que se les arrojaba, y parecían mas bien unos animales raros, que no descendientes del padre común de los hombres.

Mientras que los negros formando una algazara ininteligible comenzaron á echar el carbon, saltamos á tierra. Nada hay mas triste que el aspecto de la capital de Jamaica. Las calles están sin empedradas, ni aceras, y llenas de arena y de suciedades, se hace materialmente imposible el tránsito á ciertas horas del día en que el calor las convierte en un verdadero horno. Las casas en lo general son de una mezquina apariencia; la mayor parte de madera, muy desaseadas, sin jardines, sin patios, sin ninguna especie de comodidad. Una que otra tienda regularmente aseada y surtida, y una que otra casa de esmerada construcción, pintada de blanco y rojo, revelan la existencia en esos lugares de alguna familia europea, y cuando al través de una celosía ó de una vidriera se vé un

rostro blanco, un cabello rubio y unos ojos azules, el viajero experimenta una sensación igual à la que tendría si en un desierto de arena encontrase repentinamente una rosa de castilla ó una camelia. Tanto así es desagradable el aspecto que presenta en las colonias esa población africana, cubierta de harapos, enfermiza y vagando por las calles, sin que su contacto con las razas civilizadas, sirva ni aún siquiera para inspirarle la propensión à las comodidades. Cansados de andar por calles donde nada había que ver, tomamos un carruaje y nos dirigimos al jardín botánico. Luego que se sale de la ciudad se respira un aire mas fresco y mas puro, y la vista se recrea con el espectáculo de las montañas, en cuyas faldas se descubren hermosas casas de campo, donde residen los empleados y gefes militares del gobierno inglés. Tomamos un sendero estrecho por en medio de dos montañas. ¡Cuánta planta aromática! ¡Cuántos árboles frutales! ¡Cuántas y qué variadas flores! La vegetación en esos lugares es tan esuberante y magnífica, como en la Habana y como en nuestros campos del Estado de Veracruz.

El jardín botánico es bastante hermoso y bien distribuido, y notable sobre todo por el cultivo esmerado de algunas plantas y flores tropicales que con el auxilio de la ciencia adquieren un desarrollo prodigioso. Confieso que aunque nací en México, que es por excelencia el país de las flores, ví

en Jamaica algunas muy bellas y que me eran enteramente desconocidas. Al regreso, nuestro conductor tomó distinto camino; pero tan pintoresco y frondoso como el que habíamos ya transitado. Divisamos perfectamente desde nuestro carruaje los cuarteles donde reside la tropa inglesa, pues la tropa de negros que tiene à su servicio el gobierno, habita en las ciudades.

El clima de Jamaica como el de nuestras costas del golfo, es escesivamente caluroso y enfermizo. En los meses de verano y otoño reinan allí las calenturas intermitentes, el vómito prieto y la fiebre, de la cual no escapan ni aun los indígenas que de la India Oriental ha trasportado la Inglaterra en clase de colonos libres; pero como sucede tambien en México, en las alturas se disfruta de un clima mas fresco y mas saludable, y este es el motivo porque los ingleses han colocado sus tropas y sus habitaciones en las montañas. En el tiempo del gobierno español la isla de Jamaica llegó à una prosperidad asombrosa, pues se hacian allí grandes depósitos de mercancías que eran distribuidas de contrabando en todas las Islas y aun en los puertos de México. La abolición de la esclavitud puso el sello à la ruina de Jamaica y hoy no es mas que un apostadero en las Antillas de la marina inglesa. Apenas se puede concebir cómo una nación tan rica y tan ilustrada no ha hecho nada en favor de una colonia que no goza ni aún de los beneficios

de una regular policía. Enviaremos á los que crean que la república mexicana sería un paraíso en poder de una nación estrangera à que dén un paseo por Jamaica y se convencerán al momento de que los mejores gobiernos del mundo tratan á sus colonias como los arrendatarios á las haciendas, es decir, sacándoles únicamente el provecho de que son susceptibles. Es fuerza sin embargo hacer justicia á la nación española, que en los tiempos de su grandeza y poderío dejó en todos los puntos de su dominacion ciudades de palacios, y campos de jardines que harian honor á esos fabulosos reinados de la antigüedad.

Al dia siguiente por la tarde salimos de la bahía de Jamaica y seguimos tranquilamente nuestra navegacion costeano la isla de Santo Domingo y dirigiéndonos para Puerto Rico, á donde llegamos tres dias despues.

Sobre un inmenso peñon que se adelanta atrevidamente en el mar, está edificado un castillo, en el que por sus altos torreones y gruesas murallas, se reconoce inmediatamente la imponente arquitectura militar de las antiguas fortificaciones españolas suficientes entónces para las necesidades guerreras de la época; pero débiles para resistir hoy á esos enormes castillos flotantes, coronados de cañones, que se llaman buques de guerra. Magestuosamente entró nuestro vapor, anunciándose con un cañonazo en la ciudad de San Juan de Puerto Rico, sin que ni

aun por esto diera muestras de vida. Todo estaba solo; y en aquella montaña desierta, llena de murallas, se veía únicamente algun centinela inmóvil y uno que otro pacífico buey que levantaba la cabeza para ver nuestro enorme vapor, y seguia despues paciendo tranquilamente la yerba. Avanzamos gran trecho hasta que vino la falúa del práctico, tripulada con cuatro marineros. Poco despues comenzaron á llegar multitud de botes que rodearon los costados del vapor, disputándose los marineros, con las palabras mas soeces é indecentes, el lugar cercano á la escalera y el patrocinio de los pasajeros que querian desembarcar. Mientras que se arreglaba el recibo y despacho de la correspondencia, saltamos en un bote y nos dirigimos á la ciudad, lejana todavía dos ó tres millas del punto donde estábamos fondeados. Poco distante del castillo y en una elevacion, se halla una casa pintada de amarillo, semejante en su construccion á las nuestras. Es un hospital. Junto á esa casa hay otra de mas modesta apariencia, y sin embargo es un monumento histórico, pues en ella habitó Cristóbal Colon.

Saltamos á tierra y recorrimos la ciudad muy rápidamente. Las calles son mucho mas angostas que las de México; pero muy bien empedradas y embaldosadas, y los edificios, aunque la mayor parte de un solo piso, parecen cómodos y aseados. San Juan de Puerto Rico no es una ciudad de primer

orden, ni de movimiento y de comercio como la Habana; pero qué diferencia entre ella y la capital de Jamaica! Si se hubiese de juzgar á los españoles y á los ingleses por estas dos colonias, sin vacilar daría todo el mundo la preferencia á los primeros, sin embargo de no haberse puesto á la cabeza del cristiano, pero en el fondo muy mercantil principio, de la emancipacion de los esclavos. No mezclaré aquí esta cuestion, debatida por tantos años y por tantos hombres eminentes; pero señalaré únicamente un hecho, y es, que en climas como los de nuestras costas y el de las Antillas, única y esclusivamente la raza africana es la que puede soportar el trabajo. De este hecho tambien se deriva una consecuencia forzosa, y es, que en puntos semejantes, una vez abolida la esclavitud, la agricultura no puede progresar.

De Puerto Rico á la isla de Santo Tomás, no hay mas que unas cuantas horas de navegacion, aunque muy peligrosa, porque el rumbo está sembrado de cayos y arrecifes que apenas sacan su terrible cabeza fuera del agua. Afortunadamente hicimos esa travesía en una noche apacible y con una luna espléndida, que nos permitia solo con la vista natural, observar las formidables rocas que á cierta distancia, y por el efecto de luz causado por algunas nubes, parecian negros y silenciosos barcos de piratas que intentaban sitiar á nuestra embarcacion.

Si se busca en una carta geográfica la isla de Santo Tomás, trabajo costará encontrarla por su estremada pequeñez.

Una espaciosa bahía, formando la figura de una herradura. Tres montañas poco elevadas y cubiertas de césped, en cuyas faldas se hallan distribuidas una porcion de casas pintadas de rojo, de amarillo y de blanco, es todo lo que forma la isla de Santo Tomás, que los ingleses han escogido para la estacion de los vapores de la compañía de las Indias Occidentales. Cada mes se reunen en este punto el vapor de Europa, el de Chagres, el de las Islas y el de Veracruz y Tampico, añadiéndose á estos otros vapores que hacen la travesía de Nueva-York, la de Puerto-Cabello y Santa Marta. Esto, y el disfrutarse en la isla una completa libertad comercial, pues está declarado *puerto franco*, le dá un aspecto de animacion y de vida que no se encuentra en otra parte de las Antillas, donde los aduaneros espantan al comercio y á los pasajeros. La isla de Santo Tomás y otra muy cercana que se llama Santa Cruz, pertenecen á Dinamarca, cuyo gobierno tiene allí cosa de doscientos soldados encerrados casi siempre en un pequeño castillo, cuyos cañones solo truenan hace tiempo para saludar á los buques de guerra que suelen hacer allí su estacion.

Tres ó cuatro horas son suficientes para recorrer toda la isla y visitar la única curiosidad que es un

inmenso árbol que llaman el árbol del algodón, y cuyos brazos de un grueso enorme y de un follaje frondoso, han crecido en dirección de la tierra y cubren una porción inmensa del suelo. Tuvimos necesidad de permanecer toda la Semana Santa en la isla, sin otra ocupación que aguardar con impaciencia las horas del almuerzo y comida. Es necesario hacer un sincero elogio al hotel en que paramos. Un gran mirador con su piso de mármol de Génova desde donde se descubre el Océano. Un jardín pequeño delante de la puerta con su gruta de enredaderas, sus hermosos palmeros y cubierto de aromáticas flores. Una buena mesa con manjares bien sazonados y grandes vasos de vino con trozos de hielo; hé aquí lo que encuentra el viajero en estos climas ardientes y mortíferos y en medio de esta civilización que comienza hoy y que acabará cuando esté completamente poblada por la raza blanca esta inmensa muralla que Dios ha colocado en el Océano y que descubrió el talento místico y profundo de Cristóbal Colon.

II.

EL OCCEANO.

El sábado de Gloria abandonamos los mares azules y tranquilos de la América, y pocos días después navegábamos ya por un mar frío y nebuloso, que anunciaba todavía la retirada del invierno. Mis lectores me permitirán que les hable un momento de la vida del mar, de esa vida escepcional que en nada se parece à la existencia ordinaria de las ciudades.

El que hace un largo viaje por el Océano, encuentra diariamente motivos para bendecir al Omnipotente, y para admirar las obras de su creación. En las mañanas el sol parece que nace del fondo de los mares, las ondas están teñidas de púrpura, los celages se retratan en cada una de las olas que al romperse dejan un círculo de blanca espuma. En la tarde, cuando el sol se pone, la parte donde baña la sombra, aparece de un azul puro y hermoso como el

inmenso árbol que llaman el árbol del algodón, y cuyos brazos de un grueso enorme y de un follaje frondoso, han crecido en dirección de la tierra y cubren una porción inmensa del suelo. Tuvimos necesidad de permanecer toda la Semana Santa en la isla, sin otra ocupación que aguardar con impaciencia las horas del almuerzo y comida. Es necesario hacer un sincero elogio al hotel en que paramos. Un gran mirador con su piso de mármol de Génova desde donde se descubre el Océano. Un jardín pequeño delante de la puerta con su gruta de enredaderas, sus hermosos palmeros y cubierto de aromáticas flores. Una buena mesa con manjares bien sazonados y grandes vasos de vino con trozos de hielo; hé aquí lo que encuentra el viajero en estos climas ardientes y mortíferos y en medio de esta civilización que comienza hoy y que acabará cuando esté completamente poblada por la raza blanca esta inmensa muralla que Dios ha colocado en el Océano y que descubrió el talento místico y profundo de Cristóbal Colon.

II.

EL OCCEANO.

El sábado de Gloria abandonamos los mares azules y tranquilos de la América, y pocos días después navegábamos ya por un mar frío y nebuloso, que anunciaba todavía la retirada del invierno. Mis lectores me permitirán que les hable un momento de la vida del mar, de esa vida escepcional que en nada se parece à la existencia ordinaria de las ciudades.

El que hace un largo viaje por el Océano, encuentra diariamente motivos para bendecir al Omnipotente, y para admirar las obras de su creación. En las mañanas el sol parece que nace del fondo de los mares, las ondas están teñidas de púrpura, los celages se retratan en cada una de las olas que al romperse dejan un círculo de blanca espuma. En la tarde, cuando el sol se pone, la parte donde baña la sombra, aparece de un azul puro y hermoso como el

del cielo de las Américas, miéntras los parages donde hieren los rayos del sol, se semejan à un abismo de fuego: las nubes en los horizontes toman mil formas caprichosas y aparecen ya como inmensos volcanes despidiendo fuego, ya formando castillos, puentes ó arquerías, ó ya tomando la forma de un ejército de gigantes dispuestos á emprender un combate horrible contra los cielos. Pero nada es comparable á esas noches diáfanas y tranquilas en que el Occéano està iluminado por la melancólica luz de las estrellas, en que las ondas apénas se mueven, y en que el barco empujado por una brisa fresca se desliza magestuosamente en medio de un profundo silencio, dejando solo marcada su carrera por una estela de fuego. Entónces en una de estas noches se comprende muy bien ese placer intenso que gozan los marineros que permanecen horas enteras en la proa del barco fumando su pipa, y estasiados con este espectáculo, de lo grande, de lo sublime, de lo infinito que no pueden comprender los que han pasado su vida encerrados entre las murallas de las ciudades.

El hombre ménos religioso, dominado por una fuerza invisible, tiene que elevar su corazon á Dios, confesar su omnipotencia y reconocer la pequeñez y miseria de la humanidad. Las miradas quieren penetrar en las profundidades de la bóveda azul, y el corazon adivina instintivamente que esas estrellas puras y brillantes cuya luz melancólica surca los

mares con rieles de plata, son otros tantos mundos llenos de bellezas y maravillas, destinados para los placeres eternos de las almas que han sufrido martirios, desventuras en la triste y dolorosa peregrinacion de la tierra.

La luna roja como fuego brota de enmedio de las aguas, rodeada de celages de oro. Poco á poco se va elevando en el horizonte, seguida de ese diamante inmenso que Dios ha engastado en el cielo y que ha tomado el nombre que entre los antiguos significaba la belleza y el amor. Una brisa suave y aromática viene de vez en cuando á refrescar el ambiente: la luz refleja en las aguas, que se mueven blandamente, y el buque navega entre las ondas brillantes de plata. Allá en el horizonte se divisan apénas confundidas con algunas nubes las montañas escarpadas de algunas de esas islas llenas de flores y de frutas, de aves de mil colores, y de arroyos y fuentes cristalinas. La nave se desliza silenciosa en medio de aquella magestad imponente de que la naturaleza se reviste aún en las horas de su mayor calma. Entónces el hombre, lleno de amor y poseido de una dulce melancolía, cree ver entre los blancos vellones que siguen á la luna, la imàgen risueña de su hijo que vuela por los cielos acompañado de los ángeles. Entónces el amante suspira profundamente y cree ver en las estrellas los ojos amorosos y brillantes de su querida. Entónces tambien el hombre religioso eleva su pensa-

miento hasta el trono de Dios, y espera con impaciencia el día en que su alma vuele libre por esos mundos que la ciencia no ha podido describir, pero que adivina en medio de místicas contemplaciones el hombre cuando se halla solo y aislado en medio de los mares.

Cualquier incidente, por pequeño que sea, inspira en el mar un profundo interés. Si pasa un buque, se examina con el antejo, se saludan á los pasajeros sin conocerlos, y no se pierde de vista sino cuando sus blancas alas hinchadas con el soplo de la esperanza, se han perdido en esa línea del horizonte, en que el azul del cielo se confunde con el azul del mar. ¡A dónde va ese buque! ¡De dónde viene! ¡Cuándo llegará! ¡Mientras nosotros caminamos bajo un cielo sereno, este blanco cisne de los mares irá á encontrarse con el huracan y estrellarse contra los arrecifes?

Pero nada es mas triste que ver á esas aves cansadas, que la tempestad arroja de la tierra y que vienen fatigadas á pararse en los mástiles del barco. Espantadas por los marineros que ejecutan la maniobra, vuelan, se alejan, tienden su vista por el Océano, y no encontrando ni sus frondosos árboles donde anidaron, ni sus montañas, ni sus jardines llenos de flores y de fruta, vienen tristes y desconsoladas á posarse de nuevo á los palos que abandonaron poco ántes. Este es el poema triste y sencillo que retrata la vida humana. Aves arrojadas

por la tempestad, son todos los hombres que vienen al fin de su carrera á encontrarse con la incomprendible soledad de la tumba. Siempre que he navegado ha venido á caer moribunda á mis piés una de estas pobres aves, y he sentido húmedos mis ojos cuando me he inclinado á levantarla.

A fuerza de ver en estos tiempos tantas maravillas y tantos descubrimientos, vamos siendo indiferentes aún á lo que mas debiera sorprendernos. El descubrimiento del vapor y su aplicacion á la marina, es uno de los hechos mas importantes que pueden registrarse en los anales del mundo. Pero ¿quién se entretiene hoy en hacer la descripción de un vapor? No hay puerto del mundo, por insignificante que sea, que no haya sido visitado por un vapor; así ya á nadie le sorprende ni le interesa. Si Watt hubiera tenido la fortuna de nacer en otros tiempos, se habria elevado al rango de las divinidades, y estaria su estatua colocada en un suntuoso templo construido con el blanco mármol de Paros.

La imaginacion poética de esos pueblos que para significar el poder del amor, pintaban á un niño dirigiendo á un leon con una hebra de seda y que colocaron en una concha en el seno de los mares la cuna de la mas hermosa de las mugeres, habrian dicho con aquella gracia y eufonía de la lengua romana y de la lengua griega, que el vapor era el monstruo de cien ojos que arrojando fuego y

humo por su boca y batiendo fuertemente sus alas, se adelantaba rugiendo, á entablar una lucha desesperada contra las aguas y las tempestades. En efecto, si al contemplar el mar se admira el poder de Dios, cuando se navega en uno de esos grandes barcos de vapor contra las corrientes, contra los vientos, contra las tempestades, dejando atrás bahías, golfos, promontorios, rocas y arrecifes, es imposible dejar de admirar la inteligencia del hombre y de reconocer la verdad de los libros santos: "*Fué criado á su imagen y semejanza.*"

Si las naciones conocieran ese sublime sentimiento que se halla á veces en el hombre privado y que se llama *gratitud*, levantarían en esas rocas formidables que en los mares amenazan á los navegantes, unas estatuas colosales á Colon y á Watt. Al uno debería colocarse sujetando á los vientos con una cadena, al otro enseñando al mundo viejo que había un mundo nuevo donde en el curso de los tiempos han de venir á establecerse la libertad, las ciencias, las artes, la paz y la civilización.

Una palabra sobre la vida á bordo de un paquete de vapor. A las tres y media ó cuatro, y cuando apenas comienza la luz dudosa de los primeros albos de la mañana á penetrar por entre los vidrios gruesos y opacos de los camarotes, los pasajeros son despertados por una batahola infernal que alarma sobremanera al que no está acostumbrado á ella.

El segundo capitán y tres ó cuatro guardias marinas descalzos, en pechos de camisa y seguidos de doce á catorce marineros, recorren toda la embarcación, arrojando cubetas de agua por todas direcciones bariendo y limpiando la cubierta, los gallineros, las escaleras, las puertas de los camarotes, todo, en una palabra, no siendo nada extraño el despertar todo mojado, pues suele caer una cubeta entera de agua sobre el desgraciado pasajero que no tiene la precaución de cerrar bien la vidriera de su camarote. A las siete el mozo entra á dejar una taza de té ó café, tan detestablemente confeccionados, que igualan en el mal sabor al medicamento más desagradable de una botica. A las diez el sonido de una campana indica la hora del almuerzo. Los pasajeros, aseados y rasurados, que han estado esperando con impaciencia el sonido de la campana, se precipitan por las escaleras como si se tratara de acudir á un pronunciamiento ó de apagar un incendio, y se apoderan inmediatamente de los mejores platos devorando cuanto encuentran al alcance de su mano. Verdaderamente es prodigiosa la hambre de que se encuentran atacados muchos de los que navegan. Otros por lo contrario, pálidos, estenuados y macilentos con el mareo, apenas pueden sostenerse en pié, y en sus gestos manifiestan la visible repugnancia con que se resignan á tomar unos cuantos tragos de té y unas papas. Es un contraste verdaderamente notable el que forma en la mesa es-

ta especie de pasajeros, que parecen unos esqueletos salidos de la tumba, que todo les repugna y que todo les molesta, con el de algunos ingleses rollizos, encarnados como el sol, que de cada sorbo se vacian en el estómago una botella de cerveza, y en cada bocado hacen desaparecer un cuarto de pollo ó una rebanada de jamon. Los pasajeros enfermos contemplan con una especie de rabia concentrada la voracidad de estos ingleses, mientras que ellos se sonríen con desprecio de la debilidad de los estómagos de sus compañeros de viage. La mesa á bordo particularmente cuando han pasado cinco ó seis dias de navegacion, es un motin, una revolucion, un verdadero saqueo. Cuando suele por casualidad presentarse un pavo ó pollo tierno, tres ó cuatro enormes cuchillos caen á la vez sobre la víctima, la destrozan en menos de un segundo y el desgraciado pasajero que no estuvo en posesion de contribuir á la anatomía, mira entristecido el armazon, sin una sola línea de carne y en perfecta disposicion para colocarse en un gabinete de historia natural: lo mismo sucede con los platos que parecen bien sazonados ó apetitosos. Concluido el almuerzo los pasajeros y señoras suben á cubierta á fumar, á leer ó á platicar. A las doce otro repique anuncia lo que se llama "*lonche*" y muchos de los que han almorzado con mas abundancia y como si nada hubiesen comido desde el dia anterior, se to-

man un cuarteron de queso, tres ó cuatro rebanadas de jamon y media botella de vino.

Despues del *lonche* vienen las horas de fastidio. El mar está reberberante con el sol, el calor es intenso y la monotonía de una larga navegacion se siente con todo su peso. A las cuatro de la tarde esta indisplencia, este malestar se disipa en algunos con un nuevo repique que anuncia que la comida está puesta, y entónces con la misma precipitacion y furia con que acudieron al almuerzo, descienden á posesionarse de las mejores sillas y á distribuirse los mejores platos. Este combate á muerte se repite todos los dias. Las horas de la tarde, cuando hay buen tiempo son por lo comun muy agradables. La frescura de la brisa, la calma del mar, la belleza del cielo y la solemne tranquilidad de la naturaleza producen un bienestar indefinible no solo en lo moral sino tambien en lo físico. En esos momentos se siente uno con agilidad, con fuerzas y con valor.

Luego que se metia el sol y que se encendian las luces en el barco, un grupo de mexicanos, españoles y franceses sacaban su baraja y establecian un verdadero *monte* donde los ingleses no dejaban de perder algunas guineas. A las once de la noche se tocaba á silencio, se apagaban las luces y cada cual se recogia en su cuarto adormeciéndose con el dulce movimiento del barco, con el ruido pro-

ducido por el golpeo de las ondas y con la esperanza de llegar pronta y felizmente al término del viaje.

He hablado de la distribución del tiempo, que en sustancia se divide, con pocas escepciones, en tres partes: una se destina à comer, otra à esperar y fastidiarse, y otra à dormir; diré dos palabras sobre el servicio del buque. Si el carácter inglés hubiese de juzgarse por los oficiales, empleados y aun criados domésticos que sirven à bordo de los vapores de la compañía de las Indias Occidentales, no hay duda que se debia formar un concepto sumamente desfavorable. Los fardos y baúles de equipage son tratados con mas consideracion en otros buques que lo que los pasajeros à bordo de estos vapores. El capitán y demas oficiales apenas se dignan dirigir la palabra à los pasajeros, sin procurar informarse, como debian, si les falta algo para sus comodidades, si están enfermos, si la comida les agrada &c., y digo que debian, porque estos marineros no pueden considerarse sino realmente como los huéspedes de un gran hotel, obligados à complacer sin distincion alguna à los que pagan una cantidad escesiva de transporte. Los mozos corren y bajan y suben todo el dia y toda la noche, rompiendo platos, atropellándose mutuamente y haciendo un eterno ruido con las cucharas, platos y tenedores, sin que esto produzca la comodidad de los pasajeros.

El servicio de la mesa es propio para descom-

poner los estómagos mas bien organizados. Los pavos y pollos resisten à los cuchillos mas bien afilados. La ternera y el carnero aparecen el primer dia en la forma de roasbeef. En el segundo y tercero en la de carne fria, el cuarto vuelven à ser calentados los restos y cubiertos con una salsa de mostaza; finalmente, el sexto y séptimo dia esa carne ya corrompida sirve para rellenar unos detestables pasteles. El arroz y las papas están cocidas sin sal. La leche de una vaca, aumentada con agua de arroz ó de harina, alcanza, como se deja suponer, para ciento y cincuenta ó doscientos pasajeros. Las tortas de pan son de una dimension enorme, con una costra à la Mac Adam y un migajon crudo y amarillento. Los licores se pagan aparte, y con escepcion de la cerveza, todos son muy caros y de malísima calidad. Tal era el servicio à bordo del vapor Great Western en el que hicimos la navegacion de San Tomas à Inglaterra, debiéndose añadir en este buque la molestia de una cantidad tan infinita de cucarachas, que de noche no podia distinguirse si la cubierta de la cama era blanca ó negra.

El dia que llegamos à la vista de las Islas Azores comenzó à soplar un viento Nordeste que fué aumentando en los dias siguientes de una manera terrible. El cielo estaba cargado de nubes, la atmósfera estremadamente fria y en el mar se levanta-

taban enormes montañas de agua que hacían estremecer al buque cuando se rompían contra sus costados. El capitán y los oficiales alarmados permanecían con sus grandes sombreros y sus esclavinas de hule sobre cubierta, sufriendo la lluvia y la tormenta.

La alegría de los pasajeros desapareció. Algunas señoras pálidas, y vacilantes, subían sobre cubierta un momento y contemplaban con ojos espantados los abismos del mar. El apetito de los ingleses disminuyó notablemente: el comedor á las horas de almuerzo y comida estaba casi desierto, y en las noches, que los intrépidos jugadores de baraja quisieron continuar su diversion, rodaron por los fuertes vaivenes del buque, las monedas, las barajas, las sillas y los jugadores. El segundo capitán, hombre religioso, activo é infatigable en el trabajo, cuando algun pasajero se le acercaba le enseñaba el horizonte iluminado de relámpagos, lo llevaba á la proa y le hacia advertir los abismos profundos por donde la nave caminaba, y le decia con una voz solemne: "Esta es la cólera de Dios."

Así atravesamos el golfo de Gascuña y entramos en el canal inglés. En uno de los dias en que se disipó un poco la niebla, vimos las costas de Inglaterra formando una cinta de rocas poco elevadas, tajadas á pico, contra las cuales chocaba furiosamente el mar. Por la noche la tempestad continuó. En medio de las tinieblas percibiamos á intervalos

la luz movible del Faro de Edystone, y podiamos escuchar el sordo estrépito que formaban las olas al estrellarse al pié de esta torre silenciosa y solitaria.

Dos dias despues llegamos á las *Agugas*, que son tres rocas delgadas que salen fuera de la mar y están colocadas en la entrada de la isla de Wight. Entre esta isla y la costa de Inglaterra, penetra el mar que va á formar en union de dos rios la bahía de Southampton. Despues de las once de la noche, á cosa de tres millas de distancia de la poblacion, fondeamos junto á la fragata americana de guerra "San Lorenzo," habiendo completado nuestro viaje desde Veracruz hasta Inglaterra en treinta y dos dias.

III.

SOUTHAMPTON.

Después que el vapor que nos condujo de las dos playas del nuevo mundo á las riberas del mundo antiguo, echó su ancla y apagó el fuego de sus calderas, los botes que habían ido á recoger la correspondencia se retiraron silenciosamente, y algunos pasajeros quedaron todavía contemplando el aspecto de la lejana ciudad, á veces envuelta en las tinieblas de la noche, á veces despidiendo torrentes de luz que se reflejaban en las aguas como los rayos brillantes de un grupo de estrellas.

Poco tiempo después; todo estaba en silencio, las luces de la ciudad se habían estinguido y los pasajeros trataban de entregarse á un sueño quizá interrumpido por el alborozo de saltar al día siguiente á tierra, y por el contento infinito que produce el término de un largo viaje de mar, cuando se ha hecho sin accidente ni contratiempo alguno.

Por mi parte esperé con ansia la venida de la luz, y tan luego como aparecieron sus rayos me levanté y subí sobre cubierta. El vapor durante la noche con el auxilio de la marea creciente había sido colocado ya en uno de los magníficos muelles destinados á la compañía de las Indias Occidentales. ¡Qué vista tan sorprendente y hermosa! Multitud de buques estendian sus velas ya para salir á la mar, ya para secarlas de la lluvia de los días anteriores. A lo largo de la ciudad se extiende una línea de diques de cantería y en cada uno de ellos estaban colocados enormes buques de vapor, embarcando ó desembarcando mercancías y disponiéndose para sus viajes á los lugares mas remotos de la tierra: la bahía estaba cubierta de botes y de lanchas que iban y venian en todas direcciones, ya empujadas por el viento que hinchaba sus pequeñas velas, ya por el impulso de los remos manejados por vigorosos marineros vestidos con sus camisas encarnadas, su ancho pantalon de lienzo blanco, su cuchillo al cinto, y sus pequeños y lustrosos sombreros negros.

La ciudad situada en las márgenes de la bahía que forman los rios *Itchen* y *Anton*, con sus casas pintadas de encarnado, sus puertas antiguas y sus torrecillas, presentaba un aspecto de vida y de movimiento: los coches y carros circulaban rápidamente por las calles: de las chimeneas de las fábricas se lanzaban gruesas columnas de humo y se es-

cuchaba el silbido de los locomotores que partían ó llegaban á las estaciones de los caminos de fierro. El aspecto del campo era diverso enteramente del de las costas de México, ó de las Antillas. No se veían en verdad esos elegantes y flexibles palmeros, ni los frondosos naranjos, ni los verdes cafetales de las islas; pero en cambio la campiña estaba cubierta de una alfombra verde esmeralda que no terminaba sino en las orillas del agua. En esas llanuras apacibles que comenzaban á tener vida, por la entrada de la primavera, se veían grupos de árboles y casas pintorescas esparcidas por todas direcciones.

Salté á tierra y comencé á vagar al acaso. El placer que se experimenta en ir y venir con toda libertad, sin hallarse sujeto al recinto siempre estrecho y pequeño de una embarcación, y sin sentir ese continuo movimiento que desnivela los pasos y convierte á uno en un verdadero ébrio, solo puede experimentarlo el que haya hecho una larga navegación. La vista sola de la tierra, residencia natural del hombre, produce en el que navega una sensación inesplicable. El corazón parece aliviado de un grande peso; así por un movimiento involuntario, comencé á dar grandes y fuertes pasos y á veces me parecía que aun vacilaba todavía debajo de mis piés todo el inmenso terreno que podía medir con mi vista.

Comencé á examinar lo que me rodeaba. Toda la estension de los muelles estaba llena de fardos y cajones que eran conducidos á los almacenes y á los buques. Por otra parte, habia grandes máquinas para levantar materiales de mucho peso, operarios construyendo hornos y chimeneas para buques de vapor, y encaminándose á los diques se podían ver suspendidos por medio de palancas y cadenas, navíos de grandes dimensiones en construcción ó compostura. Las gentes todas estaban bien vestidas, aseadas y parecían enteramente ocupadas en sus respectivos negocios ó profesiones. Me parecía Southampton una de aquellas ciudades que Mentor enseñaba á Telémaco, en las cuales le hacía notar los beneficios de un gobierno bueno y sabio y la felicidad de un pueblo industrioso y trabajador.

La ciudad de Southampton se gloria de haber sido fundada por el emperador Vespaciano, y aún muchos anticuarios creen que ese emperador habia residido algun tiempo en ella, y construido en la orilla del rio Itchen un *Castellum*, y que en esas cercanías se encuentran todavía algunos restos de las murallas, vasos de barro llenos de cenizas, medallas y algunas otras reliquias de grande importancia para los que en un pedazo de fierro oxidado ó en una piedra, ven la historia entera de todo un pueblo. En lo que sí no cabe duda es en que cuando los daneses á la cabeza del rey Canuto, á quien la Iglesia ha dado el título de Santo, invadieron la

Bretaña, se apoderaron de Southampton y residieron allí hasta que fueron arrojados por Alfredo el Grande. Un día que los cortesanos y aduladores que rodeaban á San Canuto, lo habian mortificado hasta el grado de causarle fastidio, quiso darles una leccion propia no solamente de un hombre justo, sino tambien de un filósofo. Mandó poner su carro, montó en él, y seguido de sus cortesanos se dirigió á la orilla de la bahía cuando la marea estaba subiendo. Allí con una voz imperiosa y dirigiéndose á las olas les dijo: "Vosotras estais bajo mi dominio, el sitio que ocupo es mio, y nadie puede desobedecerme impunemente, y así os mando que no mojeis los vestidos y los piés de vuestro amo y señor."

El mar, como debe pensarse, no hizo caso de semejante mandato, y pocos minutos despues las olas, que continuaban subiendo, mojaban los vestidos y los piés del rey. Entónces volviéndose éste á sus cortesanos y mirándolos significativamente les dijo: "Haced que todos los habitantes del mundo conozcan que el poder de los monarcas de la tierra es una cosa ridícula y vana, y que no merece el gran nombre de rey sino aquel cuya voluntad obedecen la tierra, los mares y los cielos."

Los cortesanos quedaron confundidos, y el piadoso monarca jamas volvió á ponerse su corona real en la cabeza, sino que la colocó en una imágen

de Jesucristo, que se hallaba en la catedral de Winchester.

Southampton como puerto de mar, y espuesto constantemente á las invasiones de los piratas del Norte, fué una ciudad fortificada, y todavía se puede observar una antigua puerta ó garita que se supone fué construida pocos años ántes de la conquista de Inglaterra por los Normandos. La garita de la parte del Sur fué construida por Enrique VIII el año de 1542.

Southampton ha adquirido una grande importancia de pocos años á esta parte; primero, por la construccion de los diques, muelles y almacenes; despues, por la comunicacion por medio de un ferrocarril entre el puerto y Lóndres, cuya obra comenzó activamente en principios del año de 1835; y finalmente, porque las compañías de paquetes de vapor de las Indias Orientales y Occidentales, han escogido ese puerto como punto de entrada y salida.

La compañía de la India Oriental tiene veinte y seis vapores, y el de menor porte es de novecientas toneladas y trescientos setenta caballos de poder. Cada mes salen tres vapores de Southampton y tocan en Vigo, Oporto, Gibraltar, Malta y Alejandría, Constantinopla y Atenas. Del otro lado del istmo de Suez hay otros vapores pertenecientes á la compañía de la India que conducen á los pasajeros á Bombay, Madrás y Calcuta. El viage

de Inglaterra á China se hace en cosa de cincuenta dias. Esta línea de vapores, todos construidos con mucho lujo y elegancia, conduce la correspondencia del gobierno inglés, el cual paga á la compañía por este servicio un millon y doscientos mil pesos al año.

La compañía de las Indias Occidentales tiene quince vapores, la mayor parte de ellos de mil ochocientas toneladas y quinientos caballos de poder.

Dos veces cada mes salen de Southampton los vapores que se reunen en la isla de Santo Tomás y de allí uno de ellos va á Santa Marta, Cartagena, Chagres y San Juan de Nicaragua; otro recorre las Antillas, y otro viene á Veracruz y Tampico. Conducen tambien la correspondencia del gobierno inglés, el cual paga á la compañía un millon y doscientos mil pesos cada año.

Hay otra compañía que tiene diez vapores de cuatrocientas toneladas y doscientos caballos de poder, y tres veces á la semana hacen viages para el Havre de Gracia, Guernsey, Jersey Plymouth, San Malo y Granville.

Finalmente, hay otra compañía que tiene multitud de vapores pequeños que hacen varias veces al dia viages para la isla de Wight y Portsmouth.

Como todos estos buques hacen sus provisiones en el puerto y embarcan y desembarcan millares de pasajeros, es fácil concebir la actividad y movimiento de esta ciudad.

Southampton, como algunas otras ciudades, ha aumentado considerablemente en poblacion, en la regularidad de los edificios, en las artes y en la industria, desde que descubierta la aplicacion del vapor á la maquinaria la Inglaterra se apoderó de este nuevo elemento de vida y de prosperidad. El año de 1801, Southampton contaba únicamente con siete mil habitantes; hoy pasan de treinta mil. La ciudad se puede dividir en dos partes: la antigua, compuesta de edificios altos y mal construidos, de calles angostas y de callejones torcidos y lóbregos; y la moderna, formada de casas elegantes y cómodas, con sus peristilos áticos y sus parques con balaustrados de hierro, sus calles amplias y cómodas, perfectamente empedradas y embaldosadas.

En todo el conjunto de esta ciudad, mitad campestre, mitad comercial, mitad antigua y mitad moderna, mitad silenciosa y melancólica y mitad animada y activa, se nota un aseo y una propiedad perfecta en las cosas y un aire de bienestar y de tranquila felicidad en las personas. Dos ó tres dias bastan al viagero ménos reflexivo para conocer que se encuentra ya en medio de un pueblo grave, metódico y reflexivo; de un pueblo cuyo carácter, costumbres é instituciones son de un género tan excepcional que necesitan estudiarse hasta en las pequeñeces. La raza anglo-sajona se distingue entre otros rasgos, por el orgullo, y este orgullo con beneficio de la humanidad, pasa del hombre á

las corporaciones, de las corporaciones á las aldeas, de las aldeas á las ciudades, y de las ciudades á las grandes capitales. Así el pueblecillo mas pequeño tiene sus pretensiones de gran ciudad, y con tal de que una gran ciudad tenga un establecimiento, la pequeña aldea lo pretende tener tambien. Esto, que parece ridículo para muchos, para mí es eminente, bueno y social.

Southampton tiene seis ó siete iglesias protestantes, dos metodistas, una católica, dos sinagogas de judíos, una escuela gratuita de gramática, un hospital, una casa de asilo y una galería de pinturas á la *aquarella*. Verdad es que en las iglesias caben solo cinco ó seis docenas de fieles, que el hospital no tiene mas que cincuenta camas, que en la casa de asilo se abrigan ocho ó diez niños, y que las rentas con que se mantienen estos establecimientos son muy módicas; pero sea de esto lo que fuere, la civilización, la moral y la humanidad ganan mucho con estas fundaciones que comienzan en miniatura, y el orgullo ó la caridad suelen elevarlas á proporciones gigantescas.

Lo que Southampton tiene tambien notable son unos baños públicos, tan elegantes, aseados y cómodos, como los de Londres ó Paris. Cada pasajero que se aloja en un hotel inglés, puede tener á su disposicion un cuarto de baño con su tina de mármol blanco, su buena alfombra, su tocador surtido de todo lo necesario para el asco, y ademas la

gran ventaja, si por tal la estima, de que cuando está mas tranquilo jugando con las burbugitas del agua, disfrutando de la voluptuosidad de un baño tibio y pensando como un verdadero filósofo en la grandeza del pueblo británico, se presenta un vigoroso y rollizo inglés con un gran cepillo en una mano, un pan de jabon y una esponja en la otra, y en un abrir y cerrar de ojos, lava las espaldas, la cabeza y las piernas del viagero, de manera que cuando éste trata de defenderse de semejante agresion, se halla literalmente cubierto de espuma, con los ojos cerrados y sin poder hablar palabra, so pena de sorberse la mitad de los cubos de agua que caen sobre su cabeza. El mozo del hotel, sin consultar la voluntad, sin admitir ningun género de esplicaciones, acaba con una calma y precision admirables su operacion y se retira satisfecho diciendo *all right*.

El cementerio, situado á distancia de una milla de la garita, es uno de los lugares dignos de visitarse. En el centro hay una pequeña capilla gótica de piedra gris, con su torrecilla terminada en una aguja de filigrana. De esta capilla parten multitud de calzadas formadas de arena y de piedrecillas menudas, que comparten el cementerio en porciones iguales. En las orillas de estas calzadas están plantados chopos, sauces, acacias y laurel-rosa, que dan sombra á las tumbas de mármol blanco que se alzan del suelo, formando un contraste es-

tas señales de la muerte y del olvido, con la frescura, la vida y la lozanía de las plantas y de las flores que crecen y se reclinan junto á los sepulcros. En este cementerio está enterrado el capitan de la marina inglesa que inventó los botes salvadores con que cubren hoy todos los vapores las ruedas de su máquina y que mas de una vez han servido para dar la vida á multitud de navegantes.

La escursion mas interesante en las cercanías de Southampton es la de las ruinas de un antiguo monasterio llamado *Netley Abbey*, distante poco mas de una legua de la ciudad. El camino es pintoresco. De uno y otro lado está lleno de pequeñas casas de campo, residencia de los vecinos y comerciantes del puerto, y de vez en cuando se descubre por un lado en la falda de alguna colina la mansion elegante de algun lord inglés, y por otro la bahía limitada por las verdes campiñas y frondosos árboles de la isla de Wight.

Era una mañana fresca, nublada, melancólica, como la mayor parte de las mañanas de Inglaterra. Una lluvia menuda regaba el césped, y cuando asomaba por un momento un rayo del sol por entre las nubes que cubrian el cielo, las gotas de agua, suspendidas en las hojas de los árboles, brillaban como diamantes, y estos diamantes al mas ligero viento, caían al suelo como si fuera la lluvia de oro y de piedras preciosas de algun jardin encantado. En esa mañana á pié con un grueso

baston en la mano, vagando de árbol en árbol, de campiña en campiña, de casa en casa, solo, como es necesario hacer estos paseos, llegué á las ruinas. Un muchacho me abrió la puerta del viejo monasterio, se retiró y me dejó en aquella soledad.

Era el primer templo gótico que veía yo en mi vida. Eran las primeras y venerables ruinas que contemplaba yo, hombre nacido en un país donde como dice Chateaubriand hablando de los Estados Unidos, los edificios son de hoy y los muertos son de ayer. Seiscientos años habian pasado desde el dia en que el arquitecto puso los cimientos de ese templo venerable, y aquellas columnas todavía en pié, aquellas ventanas ojivas mutiladas en sus calados y molduras, habian visto pasar las generaciones y los reyes; la guerra y la paz; la religion romana y la religion protestante. Los monges, y abades, los reyes y condes sus perseguidores, estaban todos confundidos en la tumba, reducidos á vil polvo, miéntras el monasterio, apesar de los años, sosteniendo una doble lucha contra los destrozos del tiempo y los destrozos de la barbarie humana, permanece en pié como un símbolo sagrado de la religion.

Esta abadía fué construida el año de 1239 por Enrique III, y ocupada por algunos monges del vecino monasterio de Beaulieu, dedicado á la Santa Virgen María. La disciplina de estos monges era

muy severa. No podían ponerse camisas ni comer carne. Dormían vestidos con el sayal sobre una poca de paja, y se levantaban á media noche á rezar los maitines. El día lo empleaban en el trabajo, en la lectura y en la oración, y no hablaban en voz alta, sino las palabras absolutamente precisas.

Segun consta de las crónicas eclesiásticas inglesas, parece que estos religiosos fueron siempre pobres, caritativos y llenos de virtudes. El conde de Surrey, movido por un sentimiento de piedad, regaló algunas tierras al abad y á los religiosos, con cuyo producto pudieron acudir con mas regularidad á su escasa subsistencia.

En el reinado de Enrique VIII, el monasterio contenía un abad y doce religiosos, y el total de sus rentas no pasaba de 160 libras esterlinas cada año, es decir, poco mas de 900 ps. de nuestra moneda. Con todo y el poco número de los religiosos y su pobreza evangélica, Enrique VIII dirigió su vista al convento, lo disolvió y regaló el edificio á Sir William Paulet, que gozaba de su estimación. Despues de algun tiempo, pasó el monasterio á poder del marques de Huntingdon, el que vivió allí y continuó desfigurando y demoliendo las venerables paredes.

Los ingleses tienen hoy grande veneracion por las ruinas y las antigüedades; pero aumenta más el respeto del público á estas ruinas, un suceso que es considerado como milagroso ó providencial.

Sir Bartley Luey, á cuyo dominio pasó el monasterio, vendió á un carpintero llamado Walter Taylor, el artesón, los altares y todos los demas ornamentos, con la condicion, de que en un determinado número de dias trasladara los materiales á otra parte. No faltó alguna persona piadosa que manifestara al carpintero que era un contrato sacrilego pues iba á consumir nada ménos que la destruccion de un santo edificio consagrado al culto de Dios. Preocupado el carpintero sin duda con estas amonestaciones, soñó una noche que hallándose en la abadía ocupado en quitar el techo, se desprendia de una de las ventanas una piedra enorme que le caía en la cabeza. Levantóse al otro dia triste y pensativo; pero considerando que era un rasgo de debilidad y cobardía el deshacer el contrato, se dirigió á la iglesia y comenzó á trabajar con mucho entusiasmo, continuando así durante tres dias. El cuarto día, ya perfectamente tranquilo, se dirigió como de costumbre á trabajar; pero apenas habia entrado en la iglesia cuando de la ventana del Este se desprendió una piedra que le rompió el cráneo. Trasladado á su casa sufrió la operacion del trépano; pero desgraciadamente mal colocado el aparato, le sobrevino una congestión, de la cual murió en pocos minutos, cumpliéndose así el fatídico sueño que habia tenido, y aumentándose con este suceso, que circuló de boca en boca por toda la comarca, el respeto y veneracion por el monasterio.

Aun se conservan en pié algunos de los altos pilares, aun se descubren los calados y las molduras, aun se percibe la forma mística de las ojivas, aun se encuentra intacta la gran ventana y la inmensa rosa de filigrana del altar mayor; pero columnas, molduras, rosa y calados, están negruzcos, cubiertos de musgo y abrigando entre las grietas las florecillas de las ruinas, que son arrebatadas por los vientos bramadores que anuncian el invierno en las regiones del Norte.

Las paredes medio caídas están cubiertas de yedra y de enredaderas, y entre las grietas asoman las campánulas, y anidan los pajarillos alegres, ufanos y gozosos, como en el tiempo en que volando por las polvosas vidrieras y por las altas naves unían su canto melodioso, con el canto severo y grave de los monges que daban gracias al Señor por la venida del nuevo día.

IV.

LA ISLA DE WIGHT.—PORTSMOUTH.

No hay cosa mas inútil, ni mas molesta, que los programas, cuando se trata de viajar; en primer lugar, porque lo mismo que en política, casi nunca se realizan; y en segundo, porque privan de esa libertad preciosa y necesaria para detenerse en un lugar cuando es bello é interesante, para salir de otro en que se experimenta incomodidad ó fastidio, para pasar dias enteros, ó en un museo admirando las obras del arte ó debajo de un árbol bendiciendo las obras de Dios.

Así, salvo las ocupaciones ó deberes precisos, me propuse obedecer á mi fantasía y no formar otro plan ó programa que el de vagar por todas las partes á donde me condujera mi capricho.

El dia que habia dispuesto marchar á Lóndres, quise por última vez recorrer la pequeña ciudad de que he procurado dar una idea en el capítulo

Aun se conservan en pié algunos de los altos pilares, aun se descubren los calados y las molduras, aun se percibe la forma mística de las ojivas, aun se encuentra intacta la gran ventana y la inmensa rosa de filigrana del altar mayor; pero columnas, molduras, rosa y calados, están negruzcos, cubiertos de musgo y abrigando entre las grietas las florecillas de las ruinas, que son arrebatadas por los vientos bramadores que anuncian el invierno en las regiones del Norte.

Las paredes medio caídas están cubiertas de yedra y de enredaderas, y entre las grietas asoman las campánulas, y anidan los pajarillos alegres, ufanos y gozosos, como en el tiempo en que volando por las polvosas vidrieras y por las altas naves unían su canto melodioso, con el canto severo y grave de los monges que daban gracias al Señor por la venida del nuevo día.

IV.

LA ISLA DE WIGHT.—PORTSMOUTH.

No hay cosa mas inútil, ni mas molesta, que los programas, cuando se trata de viajar; en primer lugar, porque lo mismo que en política, casi nunca se realizan; y en segundo, porque privan de esa libertad preciosa y necesaria para detenerse en un lugar cuando es bello é interesante, para salir de otro en que se experimenta incomodidad ó fastidio, para pasar dias enteros, ó en un museo admirando las obras del arte ó debajo de un árbol bendiciendo las obras de Dios.

Así, salvo las ocupaciones ó deberes precisos, me propuse obedecer á mi fantasía y no formar otro plan ó programa que el de vagar por todas las partes à donde me condujera mi capricho.

El dia que habia dispuesto marchar á Lóndres, quise por última vez recorrer la pequeña ciudad de que he procurado dar una idea en el capítulo

anterior, y de las casas de campo pasé á las tiendas, y de las tiendas á la orilla de la bahía. Al llegar al muelle un pequeño vapor con mas de cien pasajeros estaba preparándose para comenzar su viage. Sin hacer mayores indagaciones sobre el derrotero tomé un billete y salté en el vapor.

Dos horas y media navegamos por la ancha bahía que abastece de agua cada veinte y cuatro horas á los diques de Southampton. De un lado veíamos la costa de Inglaterra, y de otro lado la costa de la isla de Wight. Ambas costas presentando á veces colinas tajadas á pico y precipicios combatidos por las olas, y á veces llanuras fértiles y bien cultivadas que iban como á derramar la belleza de su vegetacion á las profundidades del Occéano.

Llegamos á Cowes, pequeño puerto de la isla Wight, donde tocan y dejan la correspondencia los vapores de Hamburgo y de la línea de Nueva-York.

La isla de Wight es notable por tres rocas agudas que hay en su parte nordeste, que les llaman las Agujas, por ser en este canal ó brazo de mar donde se hacen las *regatas* ó carreras del *Yach Club*, y por haberle escogido la reina Victoria para su residencia durante algunos meses del año.

En los tiempos antiguos la isla ha sido invadida por los romanos, por los sajones, por los reyes de Mercia, y finalmente por los daneses.

Después de haber firmado el rey Juan la *carta magna* se retiró á la isla para concertar con los atrevidos pescadores y marineros que vivian allí, los medios de vengarse de los barones que le habian obligado á otorgar las bases que han servido de fundamento á la libertad de Inglaterra.

Detenido el rey Carlos I en Hampton Court trató de escaparse; pero fué hecho de nuevo prisionero por el coronel Hammond y conducido al castillo de Carisbroock donde hizo dos ó tres tentativas de fuga, que siempre se frustraron, hasta que fué llevado á Lóndres, juzgado y sentenciado á muerte.

Su hija y su hermano participaron de la cautividad del rey en la isla de Wight. La princesa Isabel, que era su hija, murió en su prision y fué enterrada en la iglesia de Newport. Su hermano, que era el duque de Gloucester, salió desterrado para Holanda.

Hoy la isla de Wight es propiamente un jardin delicioso donde la nobleza va á matar las horas de fastidio, causadas por la niebla y etiqueta de Lóndres. La reina misma, cansada de las ceremonias, de la grandeza, y agobiada con el peso del trono inglés, se retira al palacio de Osborne, con el príncipe Alberto y con sus hijos, á saborear algunas semanas las delicias del hogar doméstico.

Tres ó cuatro horas bastan para recorrer en una berlina toda la isla, visitar las cómodas y elegan-

tes villas de Lord Grantham, de Lord Listowell, del duque de Norfolk, y de otros grandes señores, comer un trozo de *roasbeef*, superior à todo lo que en Inglaterra se puede encontrar de este género y continuar el camino tomando el vapor para Portsmouth.

Portsmouth, como Calais, es una ciudad antigua y llena de fortificaciones, de castillos y de puntos militares. Además, es hoy un puerto destinado para los buques de guerra ingleses, donde hay astilleros, almacenes, fábricas y todo lo necesario para la construcción y armamento de las embarcaciones.

Como la ciudad nada tiene que llame la atención me dirigí á los muelles; la bahía es ancha, hermosa, segura y profunda, y puede contener cómodamente tres ó cuatrocientas velas de guerra.

Un viejo marinero, robusto como un hércules, me invitó á entrar en su bote, lo hice y después de un largo y agradable paseo nos dirigimos á visitar el *Real George*, navío de ciento sesenta cañones y que ha sustituido á otro de igual nombre que naufragó instantáneamente á la entrada del puerto, pereciendo toda la tripulación.

Muchas embarcaciones mercantes de diversas formas y tamaños habia yo visto; pero no tenia una idea cabal de la solidez, de la fortaleza y de la dimensión de un navío de línea. Las escaleras interiores y exteriores son amplias y cómodas como las de una casa, y las divisiones y compartimien-

tos del interior tan sólidos como los de un castillo construido en tierra firme. Todo está en un orden tan perfecto y tan regular en esas fortificaciones movibles, que revelan de una manera admirable el poder y la fuerza del hombre, que nada se puede decir que estorbe ó que esté fuera de su lugar. El depósito de agua, que es un verdadero aljibe, el almacén de pólvora, las balas y la metralla para 160 bocas de fuego, los instrumentos de abordage, los útiles y materiales para reparar en la guerra una pronta avería, todo, en una palabra, está en un lugar cómodo y á propósito, sin que embarace, estorbe ó se inutilice, aun en caso de una tormenta desecha.

Además de esto, de las velas, cables, anclas, cadenas y todo lo necesario para el movimiento y servicio del navío, constantemente se alojan y viven en él comodamente sobre mil doscientas personas, entre tripulación, oficiales, tropas marinas y criados; y ya en guerra, ya en paz, ya en medio de la calma ó ya entre los horrores de una tempestad, estas mil doscientas personas se levantan, comen y se acuestan á una misma hora, con mas exactitud que los monges de un convento, y solo en los momentos mismos de una acción ó de un naufragio se interrumpen las ocupaciones el método y el servicio de los que habitan estos palacios flotantes. El marinero que me hacia notar todas estas circunstancias, llevaba trein-

ta y cinco años de servir en la marina inglesa, y me decia que estaba tan habituado à la vida del mar, que cuando vivia dos ó tres dias en tierra, se fastidiaba y entristecia tanto como si estuviese en una prision.

Despues del *Real George* visitamos à la fragata de vapor *Victoria*, al navío *Trafalgar* y à otros de menor importancia, admirando en todos la esactitud matemática en el servicio y el órden y precision invariable aun en las cosas mas pequeñas é insignificantes. Esta esactitud y este órden muy notables en la marina inglesa, son la causa del poder, y el apoyo de la grandeza y prosperidad de la nacion.

Portsmouth ademas de su importancia por sus grandes almacenes de marina, por esa reunion de inteligentes operarios empleados en los astilleros y por esa multitud de poderosos buques de guerra que amenazan desde las aguas tranquilas de la bahía à todos los enemigos de la Inglaterra y tienen à raya à todas las naciones envidiosas de la prosperidad de este pueblo, fué el teatro de una catástrofe que cambió quizá por algun tiempo los sucesos políticos de la Europa.

Perseguido el duque de Buckingham no solo por el odio del pueblo, sino tambien por la oposicion del Parlamento, se decidió à salir de Lóndres y tomar el mando de la escuadra destinada à la Rochela. En los momentos de embarcarse se presentó en la

calle principal de Portsmouth un jóven puritano llamado Felton, que le atravesó la espalda de una puñalada. Buckingham era el cortesano mas cumplido y mas romántico que tenia la Inglaterra; el amante de Ana de Austria; el mismo que al presentarse como embajador en la corte de Francia, rompió al disimulo un hilo con que estaban atadas las perlas que bordaban su capa y las dejó caer en el suelo, sin dignarse siquiera ni aun bajar la vista para observar quien las recogia.

Cárlos I estaba en la iglesia cuando recibió la noticia de la muerte de su favorito. Continuó sus oraciones sin que una sola de las facciones de su rostro melancólico se alterase ó descompusiese. Solo al tiempo de levantarse dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Muerto su amigo, su consejero y su ministro, de una manera tan funesta en medio de su juventud y de su brillante carrera, se consideró completamente aislado como rey y como hombre, y una tristeza profunda, que solo disipaba de vez en cuando las caricias de la reina, le acompañó todos los dias que transcurrieron hasta su muerte, tanto ó mas trágica que la del cortesano y amable duque de Buckingham.

era Luis Felipe de Orleans. Su padre, que tomó el nombre de *Felipe Igualdad* como es sabido, fué el que monopolizaba ó procuraba al ménos que encareciesen los granos en Francia para que el odio del pueblo hambriento y miserable cayera sobre el rey. Su padre era no solo el agitador, sino el creador y el inventor de las conspiraciones. Su padre, en una palabra, era el revolucionario mas activo, y como Robespierre, como Danton y como Camilo Desmoulins, pereció víctima de sus propias ideas, sirviendo de verdugos sus propios amigos y correligionarios y de instrumento de muerte la misma guillotina que habian inventado para destruir á los aristócratas.

El hijo del duque de Orleans, que en esa época era solamente duque de Chartres, entre tanto que el padre revolucionaba, componia parte de uno de esos ejércitos que contuvieron y rechazaron gloriosamente toda la Europa conjurada entonces contra la Francia. El duque de Orleans se distinguió mandando un cuerpo de tropas, en dos batallas muy sangrientas. En Valmy, á las órdenes de Kellermann y en Jemappes á las órdenes de Dumouriez.

Como el destino del partido liberal esaltado de todos los países y en todas las épocas del mundo, es no conservar en su simplicidad y pureza los principios de la humanidad y los verdaderos derechos del hombre, sino constituir la tiranía de muchos en nombre de la libertad, el desórden en nombre de la

V.
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CLAREMONT.

Aunque el campo por lo general es bellissimo en Inglaterra, supuesto el modo usado hoy de caminar por los ferro-carriles, es imposible gozar de la multitud de vistas y perspectivas que ansiosamente busca un viajero cuando recorre por la primera vez un país. Desde una estacion que se encuentra como á mitad del camino de ferro de Southampton á Lóndres se puede ir en poco tiempo al palacio de Claremont.

No es un edificio que pueda llamar especialmente la atencion. Construido al estilo moderno, con un hermoso parque y sus jardines bien cultivados, es simplemente una de tantas habitaciones edificadas para la comodidad y regalo de la aristocracia inglesa; pero en aquel momento el palacio de Claremont tenia el interes de la historia, pues que se hallaba dentro de sus habitaciones uno de los personajes mas notables de la historia moderna. Este personaje

ley y los asesinatos en nombre de la república. El duque de Chartres, tuvo que abandonar el ejército y refugiarse en Suiza, porque ya en esa época para ser un verdadero liberal y patriota, era necesario enviar á la guillotina no solo á los amigos, sino á los parientes mas cercanos. Llevó en su compañía á su hermana Adelaida, despues tia de la reina de Bélgica, y á su maestra Estefanía de San Aubin, la que á su muerte dejó escritos mas de 80 tomos y una reputacion literaria con el nombre de la condesa de Génlis.

Descubierto su asilo en Suiza, donde ejerció cerca de un año la profesion de catedrático en el colegio de Reichenau, partió para Hamburgo. De esta ciudad pasó á Dinamarca, Noruega y Laponia, hasta que finalmente regresó á Hamburgo, donde se embarcó para los Estados-Unidos del Norte. Entonces esa república, que acababa de conquistar la independencía, era un país poco poblado, los caminos estaban desiertos ó intransitables, los rios con unos cuantos botes, los grandes lagos surcados únicamente por las canoas de mimbre de los indígenas que habitaban las islas y los bosques salvages y primitivos del Estado de Nueva-York.

El duque de Orleans, pues ya habia heredado este título por la muerte de su padre, asistió á ese gran acto de la vida pública de Washington, el cual, despues de haber conquistado la independen-

cia y reunido y dominado por el talento, por la constancia y por la virtud, tantas y tan diversas poblaciones de diferentes comuniones políticas y religiosas, entregaba á John Adams una nacion formada, y se retiraba sencilla y tranquilamente á su casa de campo de Mount Vernon, en las orillas del rio Potomac.

El duque de Orleans emprendió un viaje por los Estados del Oeste, y dilató cosa de cuatro meses en recorrer de Búfalo á Pittsburg, durmiendo mas de catorce noches en los bosques, teniendo necesidad de llevar sus alimentos en la grupa del caballo, y encontrando de vez en cuando en lugar de hoteles, chozas miserables llenas de humo, donde el mejor alimento era un pedazo de carne seca.

Pues bien, ese mismo duque de Orleans, vió durante sus aventuras y su reinado, desarrollarse prodigiosamente la civilizacion de ese país que habia visitado, y cuando subió al trono de Francia, uno de los mas antiguos del mundo, el solo Estado de Nueva-York, donde encontró á los indios *Senecas*, tenia acaso mas caminos de fierro, mas buques mercantes, mas canales y mas vapores quizá que toda la Francia. Estas maravillas pasan desapercibidas entre los contemporáneos; pero de aquí á dos ó tres siglos nuestros descendientes han de creer que hemos referido una fábula.

De los Estados-Unidos del Norte, el duque de Orleans se embarcó para la Habana; pero como

las autoridades españolas le notificaron que ni él ni sus hermanos podían residir allí, pasaron á las islas Bahamas, de allí á Nueva-York, y de Nueva-York á Inglaterra, á ese país hospitalario, donde desde hace muchos años encuentran libertad y seguridad los desterrados y los perseguidos. Cuando la abdicacion de Carlos X, el duque de Orleans con el nombre de Luis Felipe subió al trono de Francia, en el cual permaneció diez y ocho años.

A costa de muchos millones de pesos construyó las grandes fortificaciones de Paris, y con el gasto de una suma quizá mayor, y el sacrificio de muchas vidas conquistó la Argelia, conquista no concluida todavía, y que no podrá terminar sino con la destruccion completa de esa multitud de tribus árabes, quietas un mes y sublevadas al siguiente. Para formar la reputacion militar en uno de sus hijos, lo mandó á bombardear el castillo de Ulúa, y tomar la plaza de Veracruz, hazaña que con el auxilio de buenos escritores y del pincel de Horacio Vernet, se ha juzgado ser uno de los hechos de armas mas señalados de la historia moderna.

Luis Felipe, que comenzó por ser el príncipe mas pobre en Europa, y que él mismo limpiaba sus botas, cosa que han hecho tambien Napoleon y otros hombres muy célebres, concluyó por ser quizá el primer propietario del mundo.

En 1848 comenzó la revolucion por la prensa, siguió por la palabra en los cafés y en los boule-

vards, continuó por los banquetes en las grandes fondas de Paris, y concluyó con la defecion de la tropa, que se dejó insultar y apedrear del pueblo, hasta que la obligó á fraternizar, fugándose el rey y toda su familia, sin haber tenido el valor de hacerse matar á la cabeza de un regimiento, ó esperar tranquila y dignamente en el salon de su palacio la suerte que hubieran querido depararle los periodistas que se apoderaron de los ministerios y de los puestos públicos.

Luis Felipe, en calidad de hombre privado, fué toda su vida sufrido en la adversidad, constante en el trabajo, esacto en el cumplimiento de sus obligaciones, y escelente padre de familia. Educó á sus hijos en los colegios y academias públicas, y concluida su educacion, los dedicó á la marina y al ejército.

El duque de Nemours se distingió en la toma de Constantina, y dejó bien puesto el nombre de su familia, como su padre lo habia dejado años antes en la batalla de Valmy. El príncipe de Joinville cruzó largo tiempo en los mares como cualquiera de los simples comandantes de la marina francesa. El duque de Aumale sirvió en el ejército, sujetándose á las mismas fatigas que el último de los soldados.

Luis Felipe como rey, gobernó con talento, y la prueba mas patente que puede darse de ello, es que

dominó diez y ocho años el carácter naturalmente voluble del pueblo francés, que no se contentó mucho tiempo con el papel espléndido y brillante que le hizo representar en el mundo Napoleon el Grande.

Mas cuando la fortuna se cansa de favorecer á los hombres, ó la Providencia quiere cambiar el destino de las naciones, las mas acertadas combinaciones fallan, y los mas poderosos recursos son estériles. Así, Luis Felipe, á la hora que sonó el fin de su reinado, se vió precisado á esconderse y refugiarse en un país extranjero, sin que le sirvieran para sostenerse un minuto mas en el poder, ni las fuerzas de los ejércitos disciplinados y valientes que lo rodeaban, ni los talentos de los hombres de Estado que estaban junto á su trono.

El fin de la monarquía francesa fué uno de los sucesos mas raros é inesperados que puedan registrarse en la historia, y del cual se dudó por muchos dias aun en la Francia misma. Durante el reinado de Luis Felipe su gobierno conservó la paz y la armonía con los gobiernos fuertes, y usó de su poder con los débiles.

Contra las Américas y contra México especialmente tenia prevenciones muy desfavorables. De estas era natural que participasen sus ministros; así es que ninguna cuestion de las que tuvo México se decidió no solo en justicia, pero ni aun con imparcialidad, y la prueba es que el bloqueo de los

puertos y bombardeo del castillo fué en los años de 37 y 38, y catorce ó quince años despues fué cuando se hizo la distribucion entre los reclamantes, del dinero que pagó México, habiéndose desechado muchas peticiones por haberle parecido al mismo gobierno francés sumamente esageradas é injustas.

Era el rey grueso, de alta estatura y de facciones muy pronunciadas, por no decir toscas. Su busto tenia, si se quiere, algo de romano; pero nada de simpático, ni de agradable. Cuando se le veía entre la multitud, su figura llamaba la atención, pero no se adivinaba que era un rey; se le creía simplemente un rico banquero. Regularmente la historia no se ocupa mucho de aquellos reinados pacíficos y tranquilos, durante los cuales en medio del silencio y sin el ruido de las cajas de guerra y del estruendo de los cañones, los hombres, la naturaleza y las artes se desarrollan, se fortifican, y reparan la fuerza que han consumido durante las guerras civiles ó extranjeras.

Así, se vé á la vez, crecer frondoso el árbol de la campiña y vivir feliz y debajo de su sombra á la familia del labrador á quien en otro tiempo se arrancaba de su hogar doméstico para llevarlo á perecer entre las nieves de Eylau ó en las aguas del Beresina. A poca distancia del palacio se levanta la fábrica donde la industria ejerce sus adelantos, y al lado de esa fábrica, tal vez se halla la casa de campo del hombre científico ó del literato

que oculto allí por un momento prepara una carrera de gloria para el nombre de su patria.

Así fue el reinado de Luis Felipe. Diez y ocho años dejó á los labradores tranquilos, á los literatos entregados á sus meditaciones, á los artistas estudiando la naturaleza, á los filósofos con sus teorías, y á los sábios con sus indagaciones; en una palabra, á la Francia toda quieta, feliz y rica; pero á la Francia, como á nosotros, le cansa y le fastidia todo gobierno y le es necesario de tiempo en tiempo mudar de amo y de señor, y solamente así se explica por qué ese pueblo francés pagó el beneficio de diez y ocho años de paz con arrojar lodo y piedras á las tropas del rey, con lanzarlo de su palacio, con proscribir á una familia virtuosa y con dejar morir al soberano en un país estrangero, sin el cetro, sin la corona y sin el manto real de San Luis y de Francisco I.

La historia imparcial mirará el reinado de Luis Felipe como el reinado de la inteligencia. Durante él, han florecido Alejandro Dumas y Victor Hugo, los padres del drama moderno; Balzac y Federico Soulié, los padres del romance filosófico; Andral, Velpau y Louis, los maestros de la medicina; Orfila y Dumas, los grandes aplicadores de la química; Lamartine y Chateaubriand, los cantores de la religion; Guizot y Thiers, los historiadores; Horacio y José Vernet, los pintores de la historia. Cuando durante un reinado nacen, florecen y muer-

ren esta clase de inteligencias y esta serie de hombres ilustres, ese reinado no puede quedar oscuro ni confundido, sino que debe ocupar en la historia una página luminosa é imperecedera, que leerán siempre las naciones venideras con asombro y con interés.

El lector verá que antes de llegar á Lóndres era necesario detenerse un momento delante del palacio de Claremont y recordar, aunque rápidamente, la vida del rey destronado y del ilustre aventurero á quien su fortuna condujo desde la revolucion francesa hasta los hielos de Laponia, y desde la morada humilde de Washington hasta el elevado trono de Francia.

Así lo hice yo y vagué largo rato por aquellos jardines; descansé á la sombra de los árboles del parque y al tiempo de retirarme detras de una de aquellas vidrieras limpias y elegantes, ví por un momento la fisonomía del rey, pálida por la enfermedad que ya experimentaba y un poco tirste y sombría por la desgracia y el destierro. Pasó el rey, y detras de la vidriera cayó una cortina de brocado. Pasó para la tumba y para la eternidad.

Dos ó tres meses despues, segun recuerdo, al subir en Edimburgo al monumento elevado en una colina, á la memoria de Nelson, encontré una señora modestamente vestida de luto. Era anciana, pero se conocia que en su juventud habia sido una de las fisonomías mas frescas y amables, me in-

cliné respetuosamente para dejarla subir; pero mirando que un jóven, tambien vestido de luto que le acompañaba se habia quedado atras, me aventuré tímidamente á ofrecerle el brazo. Lo aceptó, y no sin mucha fatiga subió la primera escalera, adonde en breve la alcanzó su compañero.

Saludé y me retiré, continuando mi ascension hasta el último cuerpo de la torre.

Cuando bajé, los dos viajeros habian ya desaparecido; pero movido por la curiosidad registré el libro en que el inspector del monumento hace que inscriban sus nombres los viajeros que lo visitan y encontré los nombres siguientes:

“María Amelia, reina de Francia. El duque de Aumale.”

Tengo muy presente la venerable fisonomía de la viuda de Luis Felipe; pero no puedo ni aun recordar la de su hijo, pues apenas le ví un minuto, sin fijar la atencion en él.

Cuando volví algunos meses despues á pasar para Southampton, el castillo de Claremont estaba desierto y Luis Napoleon con un competidor menos habia subido á la Presidencia y ponía el pié en las gradas del trono imperial.

VI.

EL PALACIO DE CRISTAL.

Volví á la estacion del camino de fierro, preocupado con la aparicion de ese general sin soldados y de ese viejo rey sin trono que habia sido actor y testigo de los sucesos mas grandes y mas notables de fines del siglo XVIII y del siglo XIX. En su juventud visitó los bosques de América, donde vivian diseminados, luchando todavía contra las tribus salvages, apenas tres millones de habitantes, y á su muerte dejaba esas colonias de puritanos transformadas en una nacion con veinte y seis millones de habitantes, con la primera marina mercante del mundo y con un rango superior en la política y en el comercio, al de muchas de las mas antiguas monarquías de Europa.

Luis Felipe habia visto pasar la república y sus demagogos, la dictadura y sus generales, el impe-

cliné respetuosamente para dejarla subir; pero mirando que un jóven, tambien vestido de luto que le acompañaba se habia quedado atras, me aventuré tímidamente á ofrecerle el brazo. Lo aceptó, y no sin mucha fatiga subió la primera escalera, adonde en breve la alcanzó su compañero.

Saludé y me retiré, continuando mi ascension hasta el último cuerpo de la torre.

Cuando bajé, los dos viajeros habian ya desaparecido; pero movido por la curiosidad registré el libro en que el inspector del monumento hace que inscriban sus nombres los viajeros que lo visitan y encontré los nombres siguientes:

“María Amelia, reina de Francia. El duque de Aumale.”

Tengo muy presente la venerable fisonomía de la viuda de Luis Felipe; pero no puedo ni aun recordar la de su hijo, pues apenas le ví un minuto, sin fijar la atencion en él.

Cuando volví algunos meses despues á pasar para Southampton, el castillo de Claremont estaba desierto y Luis Napoleon con un competidor menos habia subido á la Presidencia y ponía el pié en las gradas del trono imperial.

VI.

EL PALACIO DE CRISTAL.

Volví á la estacion del camino de fierro, preocupado con la aparicion de ese general sin soldados y de ese viejo rey sin trono que habia sido actor y testigo de los sucesos mas grandes y mas notables de fines del siglo XVIII y del siglo XIX. En su juventud visitó los bosques de América, donde vivian diseminados, luchando todavía contra las tribus salvages, apenas tres millones de habitantes, y á su muerte dejaba esas colonias de puritanos transformadas en una nacion con veinte y seis millones de habitantes, con la primera marina mercante del mundo y con un rango superior en la política y en el comercio, al de muchas de las mas antiguas monarquías de Europa.

Luis Felipe habia visto pasar la república y sus demagogos, la dictadura y sus generales, el impe-

rio y esa multitud de príncipes y de duques guerreros que Napoleón sacaba de las filas de los soldados y no abandonaba, sino poniéndoles una corona de rey en la cabeza. Pero todo esto había pasado y se había desvanecido como un sueño, y todos esos grandes personajes con cuyo nombre se han llenado y se llenarán todavía las páginas de muchos libros, habían desaparecido los unos en el cadalso, los otros en un destierro, los demás en el olvido y en la miseria. El mismo Luis Felipe había pasado rápidamente su reinado y veía desde su destierro elevado en su propio palacio, al hijo de Hortencia y al descendiente de esa belicosa dinastía que fundó Napoleón con el poder de su talento y con la punta de su espada.

Estas reflexiones me habían hecho olvidar á Londres, bien que como sucede frecuentemente en los caminos de fierro, había transitado largo rato por entre paredes de ladrillo y cascajo, sin poder percibir sino de vez en cuando la copa de un árbol ó la flecha de la torre de alguna iglesia cercana.

El tráfico, el movimiento de carretas y coches, la multitud de casas de campo esparcidas en todas direcciones por uno y otro lado del camino, las grandes hortalizas y sembrados y la existencia de muchos ganados, me dió á entender que estábamos cerca de la metrópoli de Inglaterra.

Mas como me figuraba yo que una ciudad tan estensa como Londres debía verse á una considera-

ble distancia procuraba observar por todos los puntos del horizonte y solo distinguía una nube inmensa de color amarillento, que se elevaba desde el campo y oscurecía el azul del firmamento.

Seguimos durante una hora atravesando unas campiñas planas y perfectamente cultivadas, presentándose de uno y otro lado á cada paso, de esas escenas campestres cuya belleza y cuyo encanto consiste en su propia sencillez. Ya era una pequeña capilla gótica cubierta toda su portada de madreselva y de pasionarias; ya una casa de campo colocada en medio de un grupo de acacias; ya las chozas modestas, pero aseadas y pintorescas de los labradores, rodeadas de las vacas que mugían y de los corderos que huían espantados al acercarse el locomotor.

Por fin, dejamos atrás los campos y las aldeas, y penetramos entre esa nube densa que parecía salir del cráter de un volcan. Comenzamos á ver fábricas, casas, iglesias, calles, y aunque el tren pasaba rápidamente, las calles y las plazas se nos reproducían como por obra de magia. Si dejábamos atrás algunas calles, no era sino para encontrar otras nuevas y mas espaciosas. Así llegamos á la estacion de *Vauxhall*, donde salieron algunos pasajeros y entraron otros, continuando entónces nuestro camino no por la llanura fértil y pintoresca que acabábamos de dejar, sino por encima de

una arquería de fierro y ladrillo que pasa por las calles y atraviesa los edificios en un espacio de cuatro ó cinco millas, de manera que á veces desde el carruage se puede tocar la campana de muchas de las torres, ó pasar á las habitaciones altas de la ciudad.

En este camino, que atraviesa una gran parte de la poblacion y que está de noche perfectamente iluminado con gas hidrógeno, se han gastado sobre 500.000 libras por cada milla, no tanto por el costo de la magnífica arquería sobre que está construido, cuanto por el valor de los terrenos que ha sido necesario comprar.

Cosa de las dos de la tarde llegamos á la estacion del puente de Lóndres, que es una de las mas estensas y concurridas en todos tiempos, particularmente en esa época en que habia un movimiento de ochenta ó cien mil personas, que iban ó venian del continente, por las líneas de vapores establecidas entre Southampton, el Havre, Ostende, Hamburgo y otros puntos.

Desde el mismo momento de llegar á Lóndres, se podia notar la especie de vértigo que se habia apoderado de toda la Europa con motivo de la exposicion. Todos los carruages de diferentes hechuras y tamaños, tenian en las portezuelas inscripto un letrero con letras visibles á gran distancia: "*A la Exposicion.*"

Todas las tabernas y tiendas tenian arriba de las puertas letreros semejantes. Todas las gentes, desde el pueblo bajo hasta los grandes señores, no hablaban mas que de la Exposicion, elogiando unos las maravillas que contenian, y tratando otros de acudir á verlas con tanta precipitacion y empeño, como si fuese el último dia que estuviese abierta.

Los doscientos ó trescientos pasajeros que habiamos llegado en el tren con nuestro correspondiente cargamento de baules, sacos y sombreros, que en su totalidad podrian componer muy cerca de quinientos bultos y que veniamos los unos de las Américas, los otros de la India Oriental, de España, de Italia ó de Francia, no teniamos mas que un solo pensamiento, y era salir de la estacion del camino de fierro y arrojarnos en medio de ese mundo inmenso que se llama Lóndres y que nos prometia tantas sorpresas y tantas maravillas.

Como una vez que se pone el pié en los Estados Unidos ó en Europa, es fuerza sacudir la pereza de los trópicos, so pena de perder un baul ó un saco, quedarse sin asiento en la ópera, ó sin sopa en la mesa, hice lo que todos los demas, es decir, me dirigí al carro de los equipajes, procuré descubrir todo lo que me pertenecia, arreglarlo de manera que nadie pudiera equivocarse, y cuando me fué entregado, procuré vigilar que un cochero lo colocara todo bien asegurado en el techo y pescante, y

ya tranquilo, abandoné á todos mis compañeros de viaje y tomé mi direccion.

Cuando monté en el coche de alquiler, el cielo se habia cubierto de nubes y algunas gotas de agua comenzaron á caer. Al pasar por el magnífico puente de Lóndres apenas pude distinguir, confundidas por no decir casi desvanecidas entre la niebla, la cúpula de San Pablo de un lado y del otro las torres góticas de la vieja abadía de Westminster. En la primera posada donde me acomodó un amigo dejé mis baúles, y sin reconocer el local donde habia de pasar la noche seguí mi camino para la Exposicion. De la estacion del puente de Lóndres al parque donde estaba situado el palacio de cristal habrá una distancia quizá de nueve millas; pues bien, esas nueve millas de calles ya angostas, ya muy anchas, estaban literalmente cubiertas de coches de alquiler, de elegantes calesas, de ómnibus tirados por cuatro ó seis caballos y que llevaban diez y ocho ó veinte personas dentro, y otras tantas en el techo, de pequeñas y elegantes carretelas manejadas por señoras; y en fin, de grandes carretas conducidas por caballos normandos, cuyo tamaño y fortaleza parecen fabulosas.

Por mucho tiempo en lugar de ver las calles formadas de altísimos edificios y llenas de tiendas y de multitud de objetos que llamaban la atención, estuve preocupado con la idea de que no podria yo llegar á la Exposicion felizmente, porque mi car-

ruage seria roto y despedazado en medio de aquella confusion indescribible de que no creía salir sino por obra de milagro.

La lluvia entre tanto habia aumentado, la niebla era mas densa, y la tristeza y melancolía de un cielo sombrío formaba un contraste marcado con la animacion y con la alegría de la ciudad.

Debo á un amigo que me recibió á mi llegada á Lóndres, uno de los recuerdos mas gratos de mi vida, á lo que contribuyó no poco el cochero cuyo carruaje tomamos.

Los cocheros de Lóndres, cuando están de buen humor, lo que muy raras veces sucede, comprenden que el extranjero necesita verlo todo, observarlo todo, y gozar de las escenas mas pintorescas y de las vistas mas interesantes. Nuestro cochero estaba de buen humor y comprendió todo esto.

Yo quedé tan satisfecho, que al entrar á la puerta del parque lo despedí poniéndole media guinea en la mano.

Después de atravesar mas de la mitad de Lóndres, entramos en una calle ancha formada de uno y otro lado de magníficos edificios, algunos de los cuales tenian la apariencia de unos palacios.

Esta calle se llamaba *Picadilly*.

No sin mucho tiempo y trabajo pasamos la calle de *Picadilly*, pues en ella los carruages formaban tantas hileras cuantas permitia la anchura y

no podían caminar sino muy poco á poco. Por fin, torcimos por un angosto callejon que se forma de uno de los laterales del palacio del duque de Wellington y en pocos minutos salimos á una amplia y espaciosa calzada de olmos, de fresnos y de chopos.

Por donde quiera que la vista se dirigia no se veían sino prados espaciosos cubiertos de un césped fino y brillante, grupos de árboles y calzadas que parecían interminables. La lluvia misma comunicaba á esta escena cierto interes y cierta poesía tan cándida y tan fresca, como el paisaje interesante que mi vista iba recorriendo.

Este lugar es una de las grandes alamedas ó paseos públicos de Lóndres, que se llama *Hyde Park*.

Tomamos rectamente una de las vistosas calzadas, la recorrimos largo rato, pasamos, segun recuerdo, una ó dos garitas con sus rejas de fierro, y nos encontramos á las orillas de un grande estanque de agua cristalina donde se bañaban algunos cisnes blancos como los copos de la nieve.

Frente del lago se elevaba un alto y estenso edificio con un pórtico dórico, y tres series de pisos con altas ventanas. Desde la puerta del edificio hasta el lago, se inclinaba dulcemente el terreno cubierto de verdura, y bordado al derredor de grupos de árboles copados y que tenían á cierta dis-

tancia el aspecto salvaje de los bosques vírgenes de América. En ese momento la lluvia habia disminuido, y el sol rompiendo la espesa masa de nubes hacia brillar de una manera espléndida todo aquel paisaje, matizado con infinita variedad de verdes.

Este edificio era el palacio de Kessington, donde nació la reina Victoria.

Nos internamos por aquel bosque, y en efecto, aunque los árboles estaban colocados á cierta distancia unos de otros, su follage era tan espeso y tan frondoso, que en algunos puntos los rayos del sol no penetraban.

Una vez que atravesamos esos bellos árboles, divisamos no un estanque, sino un rio ancho, caudaloso y cristalino. En medio del rio se mecía graciosamente una pequeña fragata.

Ese rio se llama *Serpentine*, y es formado artificialmente para dar un aspecto mas imponente al terreno inmenso que ocupa el parque.

La fragata, que es un primoroso modelo que ví despues con detenimiento, pertenece al príncipe de Gales, hijo mayor de la reina.

A los cinco minutos de haber andado por las orillas del rio *Serpentina*, descubrimos un edificio que como por la distancia se veía en proporciones reducidas, se habria creído de pronto el capricho de un artista digno de colocarse en un salon, ó la

creacion de una maga para el entretenimiento de un príncipe oriental.

Reluciente, ligero, frágil, apoyado y sostenido por columnas delgadas, flotando en sus agujas vistosos gallardetes y banderolas, rodeado de árboles frondosos, y teniendo por espejo el río tranquilo y cristalino, necesitaban todos los que por primera vez veían este espectáculo, reflexionar, mirar y volver á mirar para no creer que lo que tenían delante era un sueño.

Este era el Palacio de Cristal.

A medida que nos acercábamos al edificio, tomaba dimensiones colosales, y esa multitud de gente que vagaba en la inmensa alfombra verde del parque se precipitaba en tropel por las puertas del palacio.

Descendimos del carruage y dimos una vuelta al derredor del edificio, para observar por todo el exterior este prodigio de la industria, digno de ser visto, aún cuando ningun objeto hubiese contenido en su interior.

El panorama en las cercanías era también variado, lleno de vida, de animación y de brillantes coloridos.

No pasaba un minuto sin que se presentase un ómnibus, y apenas el cochero contenía sus caballos, cuando del techo, del pescante y del interior, descendían precipitadamente robustas y frescas mu-

chachas, vestidas con la mayor propiedad y elegancia, gruesos campesinos con sus enormes cuellos de camisa que parecían propios para sostenerles las orejas, su gran paraguas de género algodón, su agudo frac negro y su sombrero alto, cubierto á veces en la copa de un forro de encerado para preservarlo de la lluvia.

Al mismo tiempo, los que ya habían visitado la Exposición, se apresuraban á entrar al ómnibus para obtener el mejor lugar, y esto ocasionaba no disputas ni riñas, como podría creerse, sino un movimiento y animación difíciles de describir.

Esto era en la orilla de la acera de la calle donde se reunían en línea recta un número tan crecido de carruages, que probablemente pasarían en algunas horas del día de mil quinientos á dos mil.

En la calzada del parque, reservada para la nobleza, el espectáculo era de otra naturaleza. Constantemente se veían llegar espléndidos carruages, con escudos de armas en las portezuelas y en los pescantes, y conducidos por cocheros vestidos de libreas, pelucas de polvo y sombreros de tres picos. A veces esos carruages eran tirados por dos ó tres troncos de caballos de la raza más fina y más pura de Inglaterra.

De esos carruages descendían regularmente algunas señoras vestidas con el mayor lujo, en-

vueltas en un finísimo chal de cachemira, que al entrar á la puerta del palacio, depositaban en manos de los lacayos. Solian á veces llegar en esos coches ó una multitud de niños conducidos por su preceptor, ó un Lord tan opulento quizá como rollizo y rubicundo, que apesar de la lluvia y del lodo de la calzada, ántes de entrar debajo del pórtico se dirijia con el lente á examinar unos trozos de carbon de piedra de mas de cuatro varas de alto, por dos de espesor, que estaban colocados en el costado del palacio. Volvia el Lord despues de diez minutos de ecsámen, dando fuertes patadas al subir los escalones para quitarse el lodo, y esclamando *beautiful, beautiful*. (*)

Todos estos elogios eran no al palacio de cristal, como podria creerse, sino al trozo de carbon de piedra.

Con mucho disgusto abandoné el lugar desde donde veía ese variado panorama y mezclado á la nobleza, á la clase media y al pueblo, subí las gradas del pórtico, que guardaban haciendo centinela, los granaderos de la reina. Toda la guardia se componia de jóvenes muy altos, robustos y bien formados. Vestian casaca larga encarnada, pantalón blanco, gorra de pelo y correae blanco.

Las entradas eran tres ó cuatro; pero en cada una de ellas habia colocada una pequeña máquina

(*) Hermoso, hermoso.

que permitia solo la entrada ó salida de una sola persona. A mi turno, que llegó despues de media hora, entré. Una doble puerta de fierro labrada primorosamente seguia á las entradas pequeñas.

La primera intencion de todos los que por primera vez entraban, era querer verlo todo de una mirada, y abarcar en un solo momento todo el inmenso conjunto. El edificio, las fuentes de mármol y cristal, los árboles, las plantas, las flores, la multitud de objetos de mil colores brillantes, espuestos en las galerías, las mugeres hermosas con sus semblantes llenos de animacion, todo esto formaba un conjunto sorprendente que dejaba un momento absortos aun á los mismos parisienses, acostumbrados al lujo, al movimiento y al ruido de la vida pública de los *boulevards*.

A derecha é izquierda de la entrada estaban las galerías destinadas á la India Oriental, llenas de armas estrañas y raras, de multitud de formas y tamaños, de telas brillantes, de grandes abanicos de pluma, y para completar el cuadro de la grandeza india, habia un elefante disecado ensillado con el rico palanquin de seda y oro que usan los *naabas*.

De los departamentos de la India seguian los de Bélgica, Austria, Rusia, Inglaterra, el Canadá y las islas Británicas. La espalda del edificio estaba ocupada con la exposicion de los Estados Unidos, y que se distinguia por una enorme águila pintada, teniendo en sus garras la bandera de las ra-

yas y de las estrellas y por la magnífica estatua de "La esclava griega" obra del escultor norteamericano Hiran Powers (*) colocada debajo de un pabellon de damasco rojo.

En el punto central del palacio habia una gran fuente de cristal, con un templete al estilo griego en el centro, adornado con figuras diversas, y de las cuales brotaban gruesos y cristalinos chorros de agua; de manera que era difícil distinguir si las grandes y esbeltas columnas eran de agua, ó las vertientes puras y diáfanas eran caprichos de cristal ejecutados por el artista para embellecer su obra.

A poca distancia de la fuente se hallaba un grupo de árboles altos y frondosos que quedaron debajo de la nabe principal; al pié de los árboles y al derredor de la fuente habia multitud de plantas tropicales, de arbustos y de flores las mas variadas y esquisitas.

Este lugar era uno de los mas deliciosos é interesantes. Las aguas puras, frescas y sonoras y las flores bellas, aromáticas y apacibles, parecia que tenian el poder de juntar en este sitio encantador á las mas bonitas hijas de Inglaterra. Todas aquellas imaginaciones poéticas, todos aquellos corazos-

(*) Este escultor tiene actualmente un taller en Florencia y está calificado por los inteligentes, como uno de los mejores artistas de la época.

nes sensibles, todas aquellas almas enamoradas que esperaban encontrar sonrisas, miradas y consuelos, venian de preferencia à sentarse en aquellos voluptuosos asientos de terciopelo carmesí, y á mitigar las penas ó á reanimar sus ilusiones y su alegría mirando aquellas frescas y diáfanas vertientes y aquellos plátanos y palmeros de las Américas que crecian debajo de la bóveda de cristal, lozanos y verdes como si estuvieran recibiendo las brisas y el calor de su suelo natal.

Este sitio ademas como punto céntrico del edificio, y por donde tenian forzosamente que pasar todos los concurrentes, era el mas apropiado para observar la interesante perspectiva óptica que presentaban aquellas espaciosas galerías en cuyo centro estaban colocadas con el mejor orden las estatuas ecuestres, los modelos de los faros, los órganos propios para las iglesias, las columnas de mármol, y en una palabra, todo aquello que por su volumen ó mucho peso no pudo tener cabida en la nave del primero ó segundo piso.

A poca distancia de la fuente de cristal y en la entrada ó boca de la primera nave de la izquierda, se notaba siempre una concurrencia extraordinaria que iba, venia y se revolvía en todas direcciones, parecida á una de esas vorágines de los mares del Norte. La causa de todo esto era una jaula pequeña de bronce dorado debajo de la cual estaba colocada la *montaña de luz*.

La Montaña de luz es un diamante mas grande que un huevo de paloma y que regaló á la reina Victoria la compañía de las Indias Orientales. Estaba montado en una varilla de oro y á los lados tenia otros dos diamantes de menor dimension, aunque de igual hermosura y brillo. La jaula de bronce estaba cubierta, escepto en un lado, con un paño carmesí que la oscurecia casi completamente. Al derredor de los diamantes estaban perfectamente colocadas unas luces de gas hidrógeno, de manera que desde aquel fondo oscuro se desprendian como esas estrellas que en una noche oscura creemos que caen ó mudan de lugar en el cielo, las ricas y esquisitas joyas de la corona de Inglaterra.

No solo la reina Victoria presentó estas alhajas al escámen del público, sino que tambien lo hicieron el duque de Devonshire, la reina de España y algunas otras personas de la nobleza ó del comercio. Entre las alhajas de la reina de España se hallaba un ópalo mexicano de un tamaño poco comun, de un color muy encendido y con la particularidad de que los visos y oriente del ópalo formaban perfectamente las facciones de una cara.

Vagando de nave en nave, y de galería en galería, me encontré en un lugar desde el cual percibia un ruido, ó mejor dicho, muchos ruidos diversos y de distinta naturaleza, pues unos eran producidos por la caída del agua y otros al parecer por el movimiento de carruages.

Guiado por el oído me encontré repentinamente en un gran salon, donde se movian á la vez muchos telares, donde caían artificialmente grandes cascadas de agua, donde la actividad, el movimiento y el ruido eran tan grandes, que mucho tiempo estuve de pié y como un insensato, sin saber qué cosa ver y por qué cosa comenzar. Este era el departamento destinado á la maquinaria. Todo el que hizo alguna mejora en los telares, en las prensas, en las bombas para sacar y elevar las aguas, en las palancas para levantar pisos, en las prensas para apretar ó imprimir, llevó allí su aparato, y ya personalmente, ya por medio de sus operarios, demostró á todos los innumerables curiosos que visitaron la Exposicion, la ventaja de su invencion ó la economía y perfeccion de su mejora.

En este departamento estaba una prensa cilíndrica vertical, donde se imprimian todos los dias periódicos pintorescos que allí mismo se vendian al público y se repartian á los suscritores. Géneros de seda esquisitos, encages á imitacion de los de Flándes, cigarros y puros, estampas litográficas, cintas de seda, cordones, todo se fabricaba allí en momentos y á la vista del espectador, y todas estas máquinas se movían y funcionaban á un tiempo, impulsadas por las calderas de vapor que estaban en un pequeño edificio separado.

Inmediato á este departamento estaba el de los

ferro-carriles, y como los esponentes de Francia, de Bélgica y de Inglaterra, presentaron trenes enteros, fué necesario nivelar cierto espacio de terreno y construir dentro del palacio de cristal algunas yardas de ferro-carril.

En otro departamento estaba la maquinaria propia para los buques de vapor ya de guerra, ya correos y mercantes. Los fabricantes no se contentaron con esponer solamente modelos, sino que presentaron las máquinas originales tal cual se hallan colocadas en un buque. El capital invertido en solo estos departamentos de maquinaria que hemos mencionado, importaba algunos millones de pesos.

Habiéndome alejado de esta parte del edificio, hi-rió mis oídos una dulce melodía. Fácilmente reconocí que provenia del departamento destinado á los pianos. En efecto, Erard, Collard y Collard, Bradwood, Alison y otros fabricantes de mayor ó menor nombradía, habian llevado sus pianos y entre todos podian pasar de doscientos los que allí estaban dediferentes formas, maderas y tamaños, y nunca faltaba un aficionado, ó un profesor enviado por los mismos fabricantes que pulsara aquellos curiosos, y bien acabados instrumentos. (*)

(*) Se ha reconocido ya que todos los pianos que estuvieron en la Exposición salieron mucho mejores que los que comunmente se venden en Lóndres para la esporta-

Dentro del edificio habia tambien tres ó cuatro cafées y cantinas surtidos de frutas, de suaves helados de fresa, de magnífica cerveza de Escocia y de jamones, lenguas de cíbolo y carnes frias; de manera que el que no queria separarse de aquel sitio podia hacer una comida muy agradable y sustanciosa y continuar su paseo hasta las seis y media de la tarde, hora en que el toque de una campana indicaba que era llegado el momento de cerrar y de dejar tranquilos algunas horas aquellos prodigios y aquellas curiosidades, cansados sin duda de recibir y soportar diariamente las miles, ó mejor dicho, los millones de miradas de tantos curiosos que de las partes mas remotas del mundo habian venido á reunirse en este magnífico santuario de las artes, de la industria y del comercio.

Salí del Palacio de Cristal cuando acababa la luz del dia y comenzaba la luz artificial del gas hidrógeno. Acompañado de dos amigos pasamos á una casa que estaba situada enfrente del Palacio y que tenia escrito con grandes letras un rótulo

cion; y esto es muy creible pues cada fabricante se esmeró cuanto pudo, supuesto que su obra iba á ser vista y examinada por casi toda la Europa. El gran piano de Erard sacó el primer premio y lo compró el emperador Napoleon, segun recuerdo en 40.000 francos. El gran piano de Collard y Collard sacó el segundo premio y costó en Lóndres cerca de quince mil francos. Se halla en México en poder del Sr. D. Manuel Escandon.

que decia: "*Simposio Universal*." La entrada era por un patio. De este patio se pasaba á un jardin iluminado con linternas y con vasitos de colores formando entre el césped figuras de conchas de mariposas, y otras en extremo variadas y caprichosas. En el centro del jardin habia una gruta pequeña imitando con bastante perfeccion las grutas naturales de estalactitas y estalacmitas. Los intersticios de la gruta estaban llenos de agua y cubiertos de cristales y dentro multitud de pescados dorados y plateados de China. De algunas de las cristalizaciones caían hilos de agua clarísima y de otras vino de Oporto, de Jerez ó de Burdeos.

La casa cuya fachada y vista daban al jardin tenia tres series de pisos, lujosamente amueblados. En una de estas habitaciones tapizadas de damasco azul y plata nos sirvieron la comida cuatro muchachas vestidas de blanco. Un salmon con salsa de huevo y mantequilla, un *turbot* con crema, tres ó cuatro manjares mas, una escelente carlota rusa, un pudding inglés, Oporto, Champaña, helados y fruta. Tal fué nuestra comida en aquel suntuoso pabellon, desde donde descubriamos el jardin en toda su estension, la iluminacion de colores y la multitud de gente que paseaba y salia á los pabellones apartados y misteriosos que habia distribuidos debajo de los grupos de árboles del jardin. Al destapar justamente la última botella de Champaña y comenzar á dar los primeros sorbos de un

aromático café, la gruta se iluminó repentinamente de luces rojas y azules y en medio apareció una ninfa vestida de azul, blanco y oro, teniendo en la mano una varita, sin duda la varita de virtud de las encantadoras del Oriente con la cual habia creado un jardin tan romántico.

Cerca de las doce de la noche nos retiramos, pasando por las calles de *Nights Bridge* y *Picadilly* que encontramos tan iluminadas como si hubiese alguna festividad extraordinaria.

El resto de la noche, aunque procuré dormir con tranquilidad la pasé entre dormido y despierto, figurándome unas veces que era yo llevado por entre jardines y prados en un ferro-carril que caminaba con la velocidad de un águila, y otras confundiendo en mi mente la fuente, el Palacio de Cristal, el jardin, la ninfa de la gruta, las caídas de agua, el ruido de la maquinaria, todo con la velocidad eléctrica del pensamiento, pasaba y volvía á pasar ante mis ojos, con mas poesía, con mas encanto, con mas atractivos que los que habían tenido para mí estos objetos en el curso del dia. Han pasado ya algunos meses y todavía cuando logro encerrarme dentro de mí mismo y meditar en silencio, escucho el dulce murmurio de las aguas que caen en las transparentes tazas de cristal, asisto á aquella grande y magnífica concurrencia, examino las maravillas del arte, y salgo y paseo por aquellos inmensos parques y á las orillas del tras-

parente rio, contemplando á los árboles frondosos que á impulsos de la brisa sacuden sus copas empapadas por las lluvias del verano. Estas memorias tan agradables y tan risueñas, es la grande recompensa de los largos dias de ausencia, de las semanas solitarias que se pasan en el Occéano, de los latidos que dá el mas bien puesto y fuerte corazon, cuando el Señor de los cielos estiende sobre las aguas el manto negro de la tempestad.

Al dia siguiente desperté muy tarde, y en estremo fatigado, porque el mucho gozar tambien agobia y fatiga.

Toqué la campanilla, y entró una criada.

—El almuerzo, le dije.

—¿El almuerzo, señor?

—Sí, el almuerzo, repeti; son las diez y media dadas.

—Es, que es domingo.

—Bien, y porque es domingo no he de almorzar?

—El cocinero no guisa los domingos y se ha marchado á la iglesia; pero si vd. quiere, yo podré darle una taza de té y unas papas cocidas.

—Qué hemos de hacer, vengan las papas y el té; le contesté.

La criada salió, y media hora despues, me avisó que el té se hallaba puesto en la mesa. Bajé al comedor. La primera observacion que me ocurrió, fué que el pan era poco y duro. Llamé á la criada de nuevo.

—Seria muy bueno que me buscaras otro pan, le dije.

—No hay otro, me contestó.

—¿Por qué?

—Porque es domingo, y los domingos no se amasa pan en Lóndres.

Me conformé, porque no habia otro remedio; pero encontrando que en la jarra habria apénas una cucharada de leche, volví á importunar á la sirvienta.

—Habrá una poca mas de leche? Me aventuré á decirle con voz meliflua.

La muchacha tomó la jarra y corrió á la despensa. Tanto corazon se me abrió porque me temia la misma respuesta que respecto del pan. A poco volvió y me presentó la jarrita con una cara muy festiva; toméla y ví que el grande aumento de la leche, consistia en media cucharada mas.

—Esta es positivamente toda la leche que hay?

—No hay mas, señor, me respondió, porque como es domingo, las vacas se retiran mas temprano que los otros dias.

Formé un nuevo acto de resignacion y comencé mi desayuno. El té quedó por necesidad muy inglés, es decir, un tazon enorme con solo tres ó cuatro gotas de leche. Como encontré que las papas estaban casi crudas, me aventuré á hacer mi observacion.

—Sabes, muchacha, le dije, que las papas están un poco duras.

—Es posible, me contestó. Como se olvidó que echaran carbon ayer, es menester economizarlo, porque como hoy es domingo, los carboneros no vendrían por nada de esta vida.

Como es domingo, dije para mí, no tengo mas medio que santificarlo con repetidos actos de resignacion; pero me ocurrió por último, pedir un trozo de queso y una botella de cerveza. La criada corrió con su presteza de costumbre y volvió muy alegre con un queso entero de chester. En cuanto á la cerveza, me dijo que se habia acabado en la casa, y que como era domingo las tabernas estaban cerradas; pero que si queria yo tabaco eso sí podría mandar buscar, porque las tabaquerías era el único ramo de comercio que se permitia el domingo.

Falto de esperanza, concluí como quien toma una purga, mi taza de té, y salí á la calle. En la puerta me alcanzó la criada.

—Si tiene vd. la bondad de venir á comer, que sea á las doce ó la una, cuando mas tarde, me dijo, porque todos los criados nos vamos á la iglesia el domingo ó nos encerramos á leer la Biblia.

Prometí volver á medio dia pensando que la comida no seria mejor que el almuerzo, y así sucedió efectivamente.

La escena que presentaba Lóndres era mas triste y desoladora que la de mi cuarto á la hora del almuerzo. Una niebla amarilla y espesa reposaba

sobre las calles y el sol se podia ver impunemente como se ve cuando hay un eclipse, al traves de un vidrio ahumado.

Llamé al primer cochero que se presentó y le dije que me llevara á una iglesia católica donde hubiera misa.

El cochero me vió atentamente, meneó la cabeza, y me hizo subir en el carruage.—Sin duda era protestante, pensé yo, y se le hace cargo de conciencia llevarme á una iglesia católica.

Echamos á andar. Todas esas inmensas y espaciosas calles estaban solas. Todas las cuatro ó cinco séries de ventanas de las casas, cerradas completamente. Parecia que una peste habia acabado en una noche con todos los habitantes. El silencio profundo que reinaba era solo interrumpido por el ruido de los carruages y por los toques pausados y graves de la campana de alguna iglesia protestante que llamaba los fieles al *servicio*. El Lóndres del sábado era enteramente diverso del Lóndres del domingo. Habia la misma diferencia que entre un hombre que corre, que habla, que se agita, y un hombre que dormita, que apenas abre los ojos y mueve los brazos. Atravesamos el puente de Black Frias, (frailes negros ó agustinos) y llegamos á la catedral católica de San Jorge.

Despedí á mi cochero y entré en la iglesia.

La catedral católica de Lóndres no es de aque-

llos antiguos edificios cuya construcción se ha completado en el curso de los siglos, como la catedral de Paris, la de Reims ó la de Westminster; pero el arquitecto que la construyó conservó toda la forma mística de la arquitectura gótica. Por las ventanas ojivas de las naves con sus vidrieras de vidrios opacos, apenas penetra una media luz propia para el recogimiento y la meditación. Detrás del altar mayor hay una rosa llena de calados y con su vidriera de colores, de manera que mientras en las naves vagan por decirlo así las sombras, el sol suele dirigir sus rayos á la gran rosa y viene á llenar de brillo y de esplendor el tabernáculo y á iluminar la nube de incienso que se eleva lentamente del altar.

Cuando entré á la iglesia el servicio divino comenzaba con la mayor solemnidad y los asientos de que está cubierto todo el cañon de la iglesia, llenos de personas de ambos sexos, que con la mas grande devoción y recogimiento, rezaban ó leían en sus libros.

Como reinaba un profundo silencio, el ruido de mis pasos hizo volver la vista á algunos. Yo como quien entra á una casa que no se conoce, me detuve sin saber si retroceder ó continuar adelante. Unas señoras, conociendo sin duda que era extranjero, me hicieron seña y con la mayor finura y atención me cedieron un asiento y me presentaron un devocionario en inglés.

Después del Evangelio subió al púlpito un ecle-

siástico de buena y agradable presencia, de fisonomía fresca y abierta, que anunciaba una hermosa alma y una robusta salud. Pregunté cómo se llamaba tan respetable, eclesiástico, y me dijeron que era el cardenal Wiseman.

Tenia yo positivos deseos de conocer á este prelado venerable por su virtud sólida, por su grande talento y por su carácter severo y evangélico. Todas estas dotes juntas han ocasionado que el cardenal Wiseman sea la columna mas poderosa que sostiene la Iglesia Católica, y quizá el futuro pontífice, si su vida es mas larga que la del Santo Padre Pio IX.

“Fuera, hermanos míos, decía el cardenal, lleno de unción y de piedad, está el Occéano irritado; pero sus olas vienen á estrellarse y á morir en los sagrados muros de este templo.

“Fuera, hermanos míos, encontrareis los placeres, el lujo, los saraos, el oro y los vinos; pero estaréis espuestos á perecer en el diluvio del pecado.

“Venid, pues, á refugiarnos en el templo, que es la arca santa y milagrosa que salvará á los que sean de la familia del Señor.”

Cuando me retiré á mi casa creía yo que todo lo que me habia pasado era un sueño. En mi vida habia yo imaginado tener en el discurso de pocas horas tantas y tan variadas impresiones. El champaña, el salon tapizado de damasco, el jardin, la ninfa aparecida entre los fuegos de Bengala, la igle-

sia silenciosa y oscura, el tabernáculo iluminado y reluciente á veces, á veces confundido entre la nube de incienso que reposaba pesadamente sobre el altar, la voz sonora y religiosa del cardenal, la animacion de Lóndres el sábado, su soledad completa y triste en el domingo, todo en fin, formaba en mi cabeza una confusion tal de ideas, que ha sido menester que pase el tiempo para que yo pueda, mirando ya los árboles frondosos y las flores aromáticas de mi patria, escribir el recuerdo dulce y tranquilo de tan variadas é interesantes escenas.

VII.

LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Los franceses han dicho que la idea de la Exposicion Universal era de la Francia. Dejando esta cuestion á un lado, lo que se puede asegurar es que la idea de las exposiciones particulares de los productos de la industria y de las artes, hace algunos años que está realizada en Europa, y naturalmente de la idea de una exposicion particular debia originarse la de una exposicion general. Lo que sucedia era, que en la idea de una exposicion general, se envolvía en primer lugar la gran dificultad de encontrar ó construir un edificio no solamente capaz de contener los productos que enviaran todas las naciones de la tierra, sino con todas las cualidades necesarias para la seguridad y lucimiento de los efectos que se expusieran; y en segundo lugar, el conseguir la realizacion del intento, haciendo que por

sia silenciosa y oscura, el tabernáculo iluminado y reluciente á veces, á veces confundido entre la nube de incienso que reposaba pesadamente sobre el altar, la voz sonora y religiosa del cardenal, la animacion de Lóndres el sábado, su soledad completa y triste en el domingo, todo en fin, formaba en mi cabeza una confusion tal de ideas, que ha sido menester que pase el tiempo para que yo pueda, mirando ya los árboles frondosos y las flores aromáticas de mi patria, escribir el recuerdo dulce y tranquilo de tan variadas é interesantes escenas.

VII.

LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Los franceses han dicho que la idea de la Exposicion Universal era de la Francia. Dejando esta cuestion á un lado, lo que se puede asegurar es que la idea de las exposiciones particulares de los productos de la industria y de las artes, hace algunos años que está realizada en Europa, y naturalmente de la idea de una exposicion particular debia originarse la de una exposicion general. Lo que sucedia era, que en la idea de una exposicion general, se envolvia en primer lugar la gran dificultad de encontrar ó construir un edificio no solamente capaz de contener los productos que enviaran todas las naciones de la tierra, sino con todas las cualidades necesarias para la seguridad y lucimiento de los efectos que se expusieran; y en segundo lugar, el conseguir la realizacion del intento, haciendo que por

medio del amor propio y de la esperanza de obtener un premio, enviaran sus producciones los países mas distantes, sobreponiéndose á las dificultades, á los riesgos, y á los inmensos costos.

Si es cierto que la Francia inventó, es evidente tambien que la Inglaterra era la única capaz de realizar el pensamiento mas atrevido y mas sublime de la civilizacion.

Desde el principio del mundo hasta hoy, los ejércitos de diversas naciones se habian reunido en los puntos mas remotos de la tierra para pelear, para combatir y para destruirse. Los reyes, dejando sus Estados, se habian juntado en congreso para dividir entre sí, como si fuera su propio patrimonio, los rios y las montañas, los bosques y los valles, los hombres y los animales. Los comerciantes codiciosos, pasando por entre las tempestades de la mar, por los desiertos de arena del Africa y por la peste de las Indias, habian logrado traer á los mercados las telas del Oriente, el oro y la plata de las Américas, los perfumes de la Arabia y las esmeraldas y los diamantes de la India; pero nadie habia podido abarcar el pensamiento filosófico de que se reunieran en un solo lugar las muestras de la industria y del talento de toda la especie humana; y un dia dado, á una misma hora y en un mismo sitio vinieran todas las razas, con sus diferentes trages, con sus diferentes fisonomías, y con sus variados idiomas, á estrecharse la mano, á darse

un abrazo fraternal delante de la soberana de Inglaterra, y á contemplar de una vez y con una sola mirada, los adelantos del mundo en los siete mil años que lleva de existencia.

La Inglaterra, únicamente llena de caminos de fierro, de faros en sus costas, y de buques en sus puertos, que van y vienen de todas partes del mundo, podia realizar, y realizó en efecto una maravilla que no ha tenido semejanza en los tiempos pasados, ni tendrá igual en los siglos venideros.

La Exposicion arrojará siempre una luz diáfana é impercedera en el trono de la reina Victoria, y pasados algunos años, en vez de pintarla como á la reina Isabel, sombría, orgullosa y vengativa, con su armadura de guerra y sobre su caballo de batalla, la retratarán sentada en las orillas de las fuentes de cristal, y debajo de los olmos verdes y frondosos del transparente palacio, acariciando las blondas cabelleras de los príncipes, y presidiendo en ese templo tranquilo de la paz, la batalla en que están mezcladas todas las naciones, luchando no con la pólvora y el plomo destructores, sino con la fuerza de la inteligencia y de la industria.

El dia 1.º de Mayo de 1851, fué uno de los mas memorables que puede contar la Inglaterra, entre sus recuerdos de felicidad y de gloria. Contra lo que todo el mundo pensaba, el Palacio de la Exposicion, no solo quedó concluido, sino colocados en él la mayor parte de los objetos hasta entónces

enviados. Ese día, hasta la naturaleza parece que se interesó en la solemnidad. El sol tibio y limpio de Mayo, disipó por un momento las nieblas espesas que el invierno aglomeraba todavía sobre Londres.

A las doce del día salió la reina de su palacio, acompañada del príncipe Alberto, en una carretela abierta y precedida de uno de los espléndidos escuadrones de guardias ligeras, se dirigió á la Exposición.

Apénas podían de cuando en cuando mirarse los cascotes brillantes de los guardias, las libreas rojas de los lacayos y las molduras brillantes de los coches de la corte, pasando como una aparición fantástica en medio de millares de gentes, que semejaban en sus movimientos y en su agitación á las olas de la mar cuando va á soplar una recia tempestad.

Entremos en el edificio. Debajo de una de las grandes bóvedas, estaba erigido un alto trono de rojo y de oro. En el trono estaba la reina con un vestido color de rosa, bordado de plata, y peinada con una pequeña corona de diamantes. A su lado estaba el príncipe Alberto, con su uniforme encarnado de mariscal de campo, cubierto el pecho de cruces y condecoraciones de piedras preciosas y diamantes.

Al lado del trono se hallaban el arzobispo de Cantorbéry, el duque de Wellington, Lord Palmerston, Lord John Russell, todos los embajadores, de

grandes uniformes, y descendiendo así de uno y otro lado del trono seguía lo más escogido de la nobleza y de la hermosura inglesa, y de las personas más notables en Europa.

Apénas subió la reina al trono cuando cesaron los hurras de alegría con que había sido recibida, y á un momento de silencio, siguió tocado por órganos y pianos y cantado por los coros que estaban preparados, el *God save the Queen*; ese himno inglés que nada tiene de marcial, ni de guerrero, pero sí mucho de religioso y de solemne.

Todos los concurrentes, hasta las señoras, se pusieron en pié y escucharon con profundo respeto y visible conmoción el himno nacional.

El príncipe Alberto se separó del trono, y como presidente de la comisión, con la que se reunió, dió cuenta en un discurso corto y conciso de los trabajos que había emprendido la comisión organizadora y directora, y de los resultados que había obtenido, que por cierto eran patentes á la vista de todo el mundo y mayores que lo que aguardaban los mismos ingleses, que como es sabido tienen una fé ciega en todo aquello que pertenece al orgullo y al nombre de su país.

La reina respondió:

“He seguido con un interés vivísimo, la marcha de vuestros trabajos para el desempeño de los deberes que se os han confiado por la comisión real; y por el magnífico espectáculo de que hoy estoy

“rodeada, soy testigo con una satisfaccion muy sincera del feliz resultado de vuestros prudentes é incesantes esfuerzos.

“Me uno cordialmente á vosotros, para pedir á Dios que bendiga esta empresa, á fin de que aproveche al bienestar de mi pueblo y á los intereses comunes del género humano, fomentando las artes de la paz y la industria, estrechando los lazos de union entre las naciones de la tierra, y estimulando una honrosa y fraternal emulacion en el ejercicio útil de esas facultades con que para dicha de la humanidad, han sido agraciadas por los beneficios de la Providencia.”

El Arzobispo de Cantorbery recitó una oracion, que por su sencilla sublimidad y por la fé y fervor con que la pronunció, era digna de la gran solemnidad del dia y merece que se consigne en este capítulo, que no es mas que el recuerdo de un suceso que los siglos venideros han de aumentar y engrandecer con el mismo anteojo con que hoy vemos nosotros tan grandes y tan maravillosas todas las cosas de la antigüedad.

Dejemos hablar un momento al primado de Inglaterra. “Dios, todopoderoso y eterno dueño de todas las cosas, sin quien nada es fuerte, sin quien nada es santo, te rogamos que aceptes el sacrificio de nuestras alabanzas y nuestras gracias; recibe las súplicas que hoy te dirigimos en favor de este reino y de este país. Reconocemos, Señor, que has

multiplicado sobre nosotros tus beneficios, sabemos que si nos presentamos hoy ante tí para ofrecerte nuestras acciones de gracias, no es por el mérito de nuestras obras, sino por tu grande misericordia. En vez de humillarnos por nuestras ofensas, tú nos has dado lugar á alabarte por tu grande bondad. Ahora, Señor, te suplicamos que bendigas la obra que nos has permitido emprender, y juzgues favorablemente nuestro proyecto de reunir en un lugar de paz y concordia, las diversas naciones de la tierra, porque por tí, Señor, y no por nosotros, no se conocen en nuestro país violencias ni desastres; por tí, Señor, una nacion no desenvaina la espada contra otra nacion, y olvida el arte de la guerra. Por tí reina la paz dentro de nuestros muros y la abundancia en nuestros palacios; los hombres viajan sin miedo y la instruccion se estiende mas y mas: ¡alabanzas pues, á tu nombre, Señor, y no á nosotros! Mientras que nos ocupamos aquí de las obras de arte é industria que nos rodean, no permitas que nuestros corazones se aparten del Señor, nuestro Dios, ó que olvidemos que todos estos tesoros son obras de tus manos. Enséñanos á acordarnos de que todos estos tesoros que hemos reunido, son tuyos porque á tí es á quien pertenece el hacerlos grandes, el dar la fuerza y el honor.

“Nosotros te damos gracias, te honramos y te suplicamos que dirijas esta asamblea de tal suerte, que se encamine á la propagacion de la paz y la

benevolencia entre las diversas razas del género humano. Permíteme que las numerosas gracias que hemos recibido dispongan nuestros corazones à servirte cada vez mejor, à tí que eres el Autor y el distribuidor de todo lo que es bueno. Enséñanos à servirnos de las bendiciones terrestres que nos has prodigado, de modo que no apartemos nuestro afecto de las cosas celestes que tú has preparado para los que te aman, por los méritos y la mediacion de tu Hijo Jesucrito, al que contigo y el Espíritu Santo sean, tributamos honor y gloria para siempre. *Amen.*"

Concluidos estos discursos se cantó la Aleluya de Handel por los coristas de la catedral de San Pablo de la Abadía de Westminster y de la capilla de San Jorge de Windsor.

Despues de la Aleluya se organizó una procesion en el orden siguiente:

Abrian la marcha los heraldos de armas. Seguia Mr. Joseph Paxton, que era el arquitecto del edificio.

Los Sres. Fox y Henderson, contratistas del palacio, los tesoreros y miembros de la comision, los emisarios extranjeros, los comisarios de la reina, Sir Robert Cust, maestro de ceremonias de palacio, el cuerpo diplomático, el duque de Wellington y el marqués de Anglesey, los chambelanes, mayordomos y reyes de armas.

El príncipe Alberto, que llevaba de la mano à la

princesa real, y la reina Victoria, que llevaba de la mano al príncipe de Gales, heredero del trono.

A los lados de la reina iban los príncipes de Prusia, de los Países Bajos y de Sajonia, que estaban de visita entónces en Inglaterra. Acompañando à esos nobles huéspedes iban la duquesa de Kent, madre de la reina, y el duque y la princesa de Cambridge.

Cerraban toda esta comitiva multitud de bellísimas damas y de gallardos oficiales al servicio de la reina y de los príncipes ingleses y extranjeros que se han mencionado.

Esta procesion dió vuelta por todas las espaciosas naves del edificio, caminando por entre dos vallas formadas por mas de treinta mil espectadores, todos perfectamente vestidos.

Vuelta la reina al trono dijo por medio de uno de los funcionarios: "*La Exposicion está abierta,*" y se retiró en seguida à su palacio, en medio de las aclamaciones de júbilo de mas de trescientas mil personas, que ocupaban los parques, los balcones y las torres de las iglesias vecinas.

Diez dias despues de esta solemnidad llegué yo à Londres, y al visitar el Palacio de Cristal, logré imprimir en mi vida un recuerdo que nunca podré describir esactamente; pero que no se borrará probablemente de mi cerebro.

Brevemente, y aun cuando la materia no sea

muy agradable, procuraré dar algunos pormenores sobre el edificio de la Exposición.

El príncipe Alberto, del cual hablaré con mas estension en otra parte, ha tenido siempre el talento de ponerse al frente de todas las ideas y proyectos que puedan interesar á la gloria y á la prosperidad de la Inglaterra. Propagada la idea, como hemos dicho, de una Exposición universal, el príncipe no solamente adoptó la idea, sino que poniéndose al frente de ella personificó el sentimiento de todo el comercio inglés, éste hizo que la nobleza, que regularmente vé con desden todo lo que pertenece al ramo mercantil, tomara una parte activa en este proyecto: así es, que al príncipe Alberto se reunieron Lord John Russell, el arzobispo de Cantorbery, Lord Stanley, el embajador frances y Sir Robert Peel, que no tuvo la satisfaccion de concurrir á la solemnidad que hemos descrito por haber muerto pocos dias antes.

En dos sesiones quedó definitivamente resuelta la Exposición universal.

La dificultad invencible con que se tropieza no solamente en México, sino en Francia misma para proyectos de esta clase, que es la falta de dinero, quedó vencida en momentos en Inglaterra. Cuatro ó cinco personas se obligaron á responder por la suma de un millon doscientos mil pesos, y con esa seguridad el banco real anticipó inmediatamente los fondos, abriéndose en seguida suscripciones que

en el curso del tiempo no solamente cubrieron, sino que escedieron de esta cantidad.

Inmediatamente que los fondos estuvieron asegurados, se procedió á invitar por medio de los periódicos á los arquitectos de todas las naciones para que presentaran dibujos y planos para el proyectado edificio, cuyo techo deberia cubrir un espacio de 700.000 piés cuadrados, y estenderse en una área de cosa de cosa de 900.000 piés.

Se presentaron en efecto 233 planos y dibujos en el corto tiempo de un mes, que fué el único plazo que se concedió á los arquitectos. De estos 233 dibujos 128 pertenecian á los arquitectos que viven en Lóndres, y 51 á los arquitectos de otras provincias de Inglaterra. La Francia presentó 27 dibujos, la Holanda 3, la Bélgica 2, la Suiza 2 y la Hannover 1; el reino de Nápoles 1, la Prusia 1, la ciudad de Hamburgo 1, y 7 que eran anónimos.

Los franceses que han escrito sobre la Exposición de Lóndres dicen, que la comision declaró vencedor á un arquitecto frances llamado Héctor Horeau y que cerrado ya el concurso se presentó Joseph Paxton y obtuvo el premio por ser jardinero del duque de Devonshire, *é inglés por añadidura.*

Lo que refieren los escritores ingleses es que examinados por la comision durante quince sesiones todos los diseños presentados, se determinó por unanimidad que con todo y lo admirables que eran algunos de los dibujos, ni uno solo de todos los

presentados llenaba el objeto, ni en el conjunto ni en los pormenores.

Después de esta resolución, que fué comunicada à la comision real, se presentó Mr. Joseph Paxton con su diseño del Palacio de Cristal, el que fué adoptado con algunas modificaciones, una de las cuales fué la de que en vez del techo plano se formase una bóveda de una elevacion bastante para conservar debajo de ella los árboles del parque.

Adoptada ya la manera de construccion se contrató la empresa con los Sres. Fox y Henderson, por una suma de 79.000 libras.

Los materiales que se emplearon fueron únicamente el hierro, el cristal y la madera.

Se gastaron en la construccion 4.000 toneladas de fierro, 896.000 piés de cristal y 600.000 piés de madera.

Cerca del gran edificio, se construyó otro mas pequeño que contenia cinco calderas de 150 caballos de poder, y un gran tanque de agua que servia de depósito para surtir las pipas y cañerías del servicio del palacio.

La área total del primer piso era de 772.784 piés cuadrados, y las galerías del primero y segundo cuerpo ocupaban 217.000 piés.

La elevacion de la bóveda semicircular, era de 108 piés. Las naves principales tenían 64 piés de alto, y las laterales 44 piés.

Dos cosas preocupaban mucho, no solo à los

enemigos de Paxton, sino al público en general. La primera era la solidez y seguridad del edificio, y la segunda la conservacion de los objetos espuestos, que se temia se dañasen con las lluvias.

No citarémos las pruebas que se hicieron ántes de abrirse la Exposicion, sino los hechos que pasaron á la vista de todo el mundo. Hubo dia que estuviesen reunidos à la vez en la Exposicion sesenta mil espectadores, que iban y venian en todas direcciones, subiendo y bajando en tropel las diversas escaleras de las galerías, y ni una sola columna del edificio se venció, ni una sola de las galerías y tránsitos sufrió el mas leve detrimento.

Durante los cinco meses que duró la Exposicion, casi no hubo un dia que no lloviese, y algunas veces tan fuerte y continuadamente, que las calles se llenaban por un momento de agua. Pues bien, ni una gota de toda esa agua cayó sobre las ricas telas y esquisitos muebles colocados debajo de las galerías y miradores de cristal.

Ninguno de los edificios que pueda uno figurarse en la imaginacion, tenia una apariencia tan ligera y tan frágil, como el Palacio de cristal. Parecia que el estallido de un cañon ó el viento del norte, eran bastantes para destruirlo, y sin embargo era tan sólido y tan fuerte, que parecia construido para durar tanto, como durarán en el mundo civilizado los recuerdos y los beneficios de la Exposicion Universal de 1851.

VIII.
LA EXPOSICION UNIVERSAL. (*)

(CONTINUACION.)

Algunos de los que asistieron á la Exposicion refieren, que todo lo que en ella contenia lo vieron y lo ecsaminaron detenidamente. Los que han escrito sobre la Exposicion, han creido tambien que su juicio y su criterio se ha estendido á la mayor parte de los objetos presentados por la Inglaterra y las demas naciones. Unos y otros se han equivocado.

(*) Para escribir estos capítulos, me he servido como auxiliares de la memoria, del catálogo ilustrado publicado en Londres, del periódico pintoresco titulado *Illustrated London News* de esa época, y de la obra del Sr. Arnoux, de la cual he extractado algunos párrafos, por haber en-

La Exposicion se abrió el 1.º de Mayo, y se cerró el 14 de Octubre, es decir, que pudo ecsaminarse todo lo que tenia durante un periodo de seis meses. Pues bien, si alguno hubiera tenido la paciencia de dedicar durante todo ese tiempo siete horas diarias al ecsámen de los objetos expuestos, apenas podria decir con verdad que habia visto una mitad, ó cuando mas dos terceras partes de todo lo que habia. Algunas de las naciones de Europa y América, enviaron comisionados para el estudio de ramos especiales, como por ejemplo la maquinaria, los adelantos de la cuchillería, los tejidos de lana, &c. Es de creerse que esas comisiones ecsaminarian con un especial cuidado el ramo de que estaban encargadas; pero en cuanto á la multitud de gentes que ocurrian por simple curiosidad, toda idea de método y órden les fué imposible. Se veía frecuentemente que multitud de personas, con su catálogo en la mano, se proponian ecsaminar cosa por cosa de lo que contenia el Palacio de cristal,

contrado la descripcion, no solamente esacta, sino llena de juicio y buen criterio. El que quiera formarse una idea tan aprosimada como es posible de los productos de la industria y de las artes y de las materias primeras que contribuyeron á la *Exposicion universal*, las diversas naciones, debe leer desde el principio al fin la obra del Sr. Arnoux, y que han publicado en castellano los editores del *Correo* de los dos mundos. En algunos puntos mi opinion es enteramente contraria á la del Sr. Arnoux.

y por el orden con que estaba colocado en el índice. Dos ó tres dias duraba este propósito; pero despues, ó se enfadaban al buscar y no encontrar los objetos por el orden numeral que los fijaba el catálogo, ó perdian la esperanza de concluir sucesivamente, ó lo que es mas probable, se distraían y pasaban insensiblemente la vista à lo que tenian mas inmediato, que por muy notable acaso les llamaba la atención. Las primeras semanas, multitud de gentes caminaban con sus grandes catálogos en las manos; pero pasado un mes se convenció todo el mundo que era un trabajo impropio é imposible, y de que era mejor gozar de la hermosura de aquel sitio, y examinar libremente todas las maravillas de las artes que llamaban la atención, que no el imponerse un sistema que dificilmente se habia de quedar en el cerebro. Despues de lo dicho, el lector comprenderá que no es mi ánimo al escribir este capítulo traducirle el catálogo, porque eso seria fastidioso y ocuparia 500 ó 600 páginas; ni tampoco darle una idea muy pormenorizada de todo lo que habia, porque ya he dicho que eso es imposible.

La Inglaterra con el Canadá, las Indias, Australia y sus demas posesiones, ocupaban mas de la mitad del edificio.

El resto lo ocupaban las demas naciones, de manera que se puede decir, que la Inglaterra no cedia mas que la mitad de la casa à sus huéspedes.

Las naciones extranjeras que enviaron sus pro-

ductos y manufacturas à la Exposicion fueron: los Estados-Unidos, la Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca, la Alemania del Norte, Zollverein, el Austria, la Holanda, Bélgica, Francia y sus colonias de Argel, Suiza, Italia, España y Portugal, Grecia y Turquía, Egipto, Túnez, Persia y China. De las Américas del Sur, solo se veían algunas pocas producciones del Brasil, y unas figuras de cera mexicanas, de que hablaremos mas adelante.

Para seguir el orden con que hemos mencionado las diversas naciones, comenzaremos por los Estados-Unidos. Se destinó à esta nacion un considerable espacio de terreno; pero segun dijeron los comisionados, no se pudo llenar, porque solo tuvieron seis semanas libres para disponer el envío de lo que estaba preparado.

No era nada curiosa, ni interesante à la vista la exposicion de los Estados-Unidos; pero examinando con alguna filosofia los objetos expuestos se podia comprender muy fácilmente el carácter del pueblo y la riqueza del suelo americano. Nacion dedicada al cultivo de la tierra, presentó todo género de muestras, de instrumentos de agricultura, iguales unos, y mejores otros que los que usan las naciones mas adelantadas de Europa.

Su riqueza agrícola, estaba representada por las diversas muestras de algodon, de maíz, de trigo y de tabaco; artículos que como sabe todo el mundo se esportan en grandes cantidades y forman no so-

lo la riqueza, sino la fuerza en que funda su política el pueblo americano. A no ser por el algodón los padres y los hijos hubieran ya venido à las manos.

Además de esto, habia conservas alimenticias, galletas de carne, nuevamente inventadas, muestras de madera de los inmensos bosques del Missisippi, de Ohio y del Niágara, y muestras de hierro, cobre, zinc, carbon de piedra, y anthracita, cosas todas que por cierto nada de interesante tienen à la vista; pero que son elementos poderosos para el desarrollo de la industria y de la navegacion.

Los Estados-Unidos presentan tambien algunos objetos de quincallería, pianos, carruages y armas.

La quincallería era muy inferior à la inglesa y à la francesa. Los pianos que habia en la Exposicion generalmente eran cuadrilongos, de muy buenas voces; pero las cajas toscas y de mal gusto y en nada comparables à los muebles franceses é ingleses de este género. Los carruages eran de construcción sumamente fina, de maderas tan secas y sólidas como las que usan los carroceros franceses é ingleses; pero carecian de esa figura elegante y variada que les saben dar los fabricantes europeos. En cuanto à las armas, aunque sin ninguna apariencia de delicadeza, igualan en solidez y en seguridad à las mejores de Inglaterra.

La Rusia, que es el país mas vasto y mas rico de la Europa, tampoco presentó artículos bastantes para

llenar el local que tenia destinado, sin duda porque hasta fin de Mayo estaba todavia cerrada la navegacion del Báltico.

Sin embargo, la coleccion de cereales, las muestras de lana, entre las que habia de las famosas cabras del Thibet, y la multitud de pieles, entre las cuales se encontraba el célebre cuero de Rusia curtido con la corteza del abedul y teñido con el sándalo odorifero, daban una idea muy aprosimada de la inmensa importancia de la agricultura de un país que comienza en la zona de los hielos y comprende todos los climas hasta el propio para el cultivo de la caña de azúcar en los declives y barrancas del monte Cáucaso.

Al visitar la parte de la Rusia todos se sorprendian del esplendor y magnificencia de los pocos objetos de industria colocados allí. Dos candelabros de bronce dorado de mas de tres varas de alto y de cincuenta ó sesenta quinqués cada uno, estaban à los lados de la galería. En el fondo habia una grande puerta de malaquita con guarniciones primorosamente esculpidas, de bronce dorado, y delante de la puerta seis ú ocho grandes jarrones de porcelana y de malaquita de las figuras mas caprichosas y atrevidas de que se puede formar idea.

En los costados habia varias mesas donde estaban colocados objetos de platería y joyería, pocos en verdad, pero raros y valiosos. Lo que mas llamaba la atencion era un centro de mesa de plata

primorosamente labrado. Era un grande abeto truncado y á su pié estaba un guerrero moribundo sostenido por sus escuderos; detrás estaba su caballo de batalla, que tenia de la rienda un escudero, que contemplaba triste el fin próximo de su señor. De las ramas truncadas del árbol salian varias arandelas para colocar las luces.

Entre las joyas llamaba la atencion especialmente una diadema que tenia cuatrocientos brillantes y rosas, once ópalos y setenta y siete rubies. Valia cosa de treinta mil pesos.

La malaquita es un ósido de cobre que se produce en las minas situadas en la Siberia y que son propiedad del conde Demidoff. Esta piedra pulida presenta una superficie de círculos concéntricos de verdes claros y oscuros, de una apariencia tan bella, que se asemeja á un rico esmalte.

No habia pues en la Exposicion, una cosa que pudiera compararse á la puerta, jarrones y muebles de este metal. Todos los objetos de Rusia, ademas de demostrar el adelanto de las artes, tienen un tipo grandioso y peculiar como el país de que proceden.

La Suecia, la Noruega y la Dinamarca, presentaron innumerables muestras de hierro, (cuya superior calidad, es reconocida en todo el mundo), de acero, de cobre y de plomo, y algunas piezas de tejidos de seda, inferiores á los de Suiza y Francia.

Lo que verdaderamente llamaba la atencion en

tre los objetos enviados por Dinamarca, era una máquina para componer y distribuir los caracteres de imprenta, inventada por el Sr. Sorensen, y que segun los inteligentes presenta una combinacion muy sencilla y segura.

Un aprendiz medianamente instruido en el manejo del teclado, puede distribuir diez mil letras por hora.

La exposicion de la Alemania del Norte comprendia la del reino de Hannover, las ciudades libres de Hamburgo y Lubeck y tres ducados. A juzgar por los objetos que allí habia, la industria y las artes en esos países están muy poco adelantados. Lo que mas llamaba la atencion eran algunos muebles de diversas maderas, y muy especialmente un ajuar formado todo de cornamentas de venado.

El Zollverein se compone de todos los países alemanes que forman la liga de aduanas prusiana, y por los objetos que habia, estaba perfectamente representada no solo la produccion mineral, sino tambien la industria y las artes. Se veían innumerables muestras de mercurio, de zinc, de hierro, de acero y de manganesia.

La quincallería presentaba una variedad tan grande de artículos como los de Francia é Inglaterra, con la circunstancia muy recomendable de unir la solidez á la baratura. En las artes, esta

parte de la Alemania no solamente ha competido con las demas naciones, sino que quizá en algunos ramos de ella salió vencedora.

No hay persona que no haya admirado, y con mucha razon, los hermosos broncees presentados por los artistas de Berlin; pero muy particularmente el grupo ejecutado por el profesor Kiss. Consta de tres figuras. Un caballo, un tigre y una muger. El tigre se ha lanzado sobre el caballo y ha clavado las garras de las manos en el lado derecho del cuello, y las de los piés en el pecho. El caballo sintiéndose herido se ha apoyado en el cuarto trasero, y con los dientes y una de las manos, procura defenderse instintivamente de su enemigo. La amazona, con solo su casco en la cabeza y una ropa ligera en la cintura, se ha retirado un poco à las ancas de su caballo, y léjos de abandonar cobardemente à su compañero, ha levantado con resolución su brazo derecho, armado con una lanza, y se disponia à atravesar de parte à parte al tigre.

Lo admirable de este grupo es la animacion y espresion particular que tiene cada una de las figuras: la fiera está enteramente entregada à la idea de asirse fuertemente de su presa. La posicion del caballo es sumamente natural: resistiendo con la mano izquierda, apoyada en el suelo, procura con la derecha ofender à su adversario, y en la posicion de sus orejas y de su grande cola erizada, espresa perfectamente la cólera y el dolor. La ama-

zona, aunque sorprendida y desconcertada por un momento, ha procurado tomar una posicion firme y observa con ojo certero el lugar donde debe herir de muerte al tigre. Este broncee, cuyas figuras son del tamaño natural, se le conoce ya en toda la Europa con el nombre de "*La amazona de Berlin.*"

No creo que pueda decirse con esactitud que la platería y joyería del Zollverein sea superior à la francesa é inglesa; pero en lo que no cabe dudas, que en todo el Palacio de Cristal no habia unas piezas que pudieran compararse con el jarron y el escudo de la Fé de Alberto Wagner.

El escudo de la Fé es un regalo que ha hecho Federico Guillermo, rey de Prusia, à su ahijado de bautismo el príncipe de Gales. El dibujo ha sido ejecutado por el célebre pintor Cornelius. Estas dos piezas son dignas de colocarse en un museo al lado de las mejores obras de Benvenuto Cellini.

Todo el departamento del Zollverein presentaba en sus pormenores una infinidad de objetos curiosos, dignos de un minucioso escámen. Pero lo que atraía un infinito número de señoras era una fuente de cristal encarnado que en vez de agua arrojaba constantemente un chorro pequeño de agua de colonia. Juan María Farina y Antonio María Farina no olvidaban concurrir à la Exposicion y proporcionar al bello sexo la comodidad de empapar gratis sus pañuelos de la célebre esencia.

Sin embargo, como el consumo era tanto, pues que toda la agua que salia por el surtidor se agotaba en el momento, tuvieron la necesidad de impedir que los hombres gozaran del privilegio concedido á las damas.

La exposicion del Austria comprendia los productos de los diversos países que están bajo la dominacion del imperio.

El conjunto era no solo muy variado, sino hermoso y magnífico. Llamaba la atencion un ajuar completo distribuido en tres piezas con su cielo raso, sus puertas y sus tapices. La cama, la biblioteca, los sillones y las *consolas*, (*) ademas de la hermosura de la madera, semejante al mármol en tersura y solidez, eran de un trabajo tan esquisito, que verdaderamente parecian propios mas bien para depositarlos en un museo como muestra de los prodigiosos adelantos de la escultura. Columnas corintias, estatuas, génios, sílfides, bajo-relieves, molduras; en una palabra, todo cuanto se puede imaginar en materia de decoracion se encontraba distribuido con mucho gusto en las diversas partes de que se componian los muebles.

(*) Consola no es palabra que se encuentra en el diccionario de la lengua castellana; pero todo el mundo la entiende en México y conoce el mueble que se distingue con ese nombre y que sirve en los salones para poner encima el espejo, el reloj y algunos otros adornos. Lo mismo sucede con otra multitud de palabras que se ponen con letra cursiva.

Tanto este ajuar como las puertas y jarrones de malaquita de Rusia, fueron comprados al terminar la Exposicion, por un Lord inglés, que segun dicen, pagó veinte mil libras.

El cristal de Bohemia presentaba un conjunto el mas agradable que se puede imaginar, muy especialmente para las señoras. La variedad infinita y caprichosa de los vasos, copas, jarrones y centros de mesa, el brillante y perfecto colorido del cristal, y la combinacion con el dorado y esmalte, hacia que estos objetos fuesen superiores en elegancia y aun en calidad á los que de este género expusieron las demas naciones. Los franceses no han querido confesar la superioridad del cristal de Bohemia y de la mueblería de Viena; pero sea de esto lo que fuere, nada habia ni en la parte de Francia, ni en la de Inglaterra, superior en su género, al ajuar de que hemos hablado, ejecutado por Leister, y á los diversos objetos de cristalería enviados por los fabricantes de las cercanías de Praga.

Llamaban tambien la atencion los tejidos de seda y las telas de oro y plata propias para ornamentos eclesiásticos. Los escritores franceses dicen tambien que todo esto era inferior á las manufacturas de Leon.

La loza de Sajonia, por su carácter peculiar, era muy digna de un curioso eesámen. En lo general los fabricantes han adoptado para las vasijas, los

copas, las jarras, los tinteros, candeleros y demas objetos de servicio, la forma de las flores, plantas y arbustos, y cuando son piezas grandes, toda la superficie está compuesta de hojas y de florecillas pequeñas.

Como era de suponer, los ingleses y franceses han tratado de imitar estas manufacturas, sin poder lograr todavía darles ese tipo original de las de los fabricantes sajones.

Antes de concluir con la Austria, es muy importante hacer mencion de una clase de bujías llamadas *palmatinas*, hechas con aceite de palma destilado. Como en nuestras costas se encuentra una infinita variedad de palmeros, seria muy importante conocer el modo económico de estraer el aceite, y el modo práctico de hacer las velas, porque de esto se seguiria la introduccion de un nuevo ramo de industria en México, de un objeto quizá de considerable esportacion.

En el departamento destinado à la Holanda, no habia cosa digna de atencion mas que por su utilidad; una pomada propia para curar la sarna y la tiña à toda especie de ganado lanar, y una máquina de nueva invencion para moler caña de azúcar. El gobierno deberia procurarse un modelo de esta máquina que podia impulsar mucho un ramo tan importante como es el cultivo de la caña y la fabricacion de la azúcar en México.

Por su valor y belleza pueden citarse las alhajas que como muestra de su opulencia presentó Mr. Hope, el célebre banquero de Amsterdam. La mas notable de ellas era una perla que segun se dice, es la mayor que se conoce en el mundo, y pesa 1.800 granos. En cuanto à mí, confieso que apesar de haber visto en México, que por algun tiempo fué el país de las perlas, muchas de un tamaño muy notable, jamás habia pensado que ecsistiese una igual à la de Mr. Hope.

(CONTINUACION)

El departamento destinado à la Bélgica, estaba arreglado con tanto gusto, con tanto orden y con tanta simetria, que representaba perfectamente el carácter metódico, perseverante e industrial que distingue à esa nacion de las demas del continente.

No habia rama de la agricultura, del comercio, de la industria y de las artes que no estuviese igualmente representada por alguna muestra ó por algun modelo.

Por la diversidad de climas, y por la estension de terreno, es indudable que ningún país puede competir por el momento con la Bélgica y los Países Bajos.

Por su valor y belleza pueden citarse las alfajas que como muestra de su opulencia presentó Mr. Hope, el célebre banquero de Amsterdam. La más notable de ellas era una perla que según se dice era la mayor que se conoce en el mundo.

En cuanto á los países que se conocen en el mundo, el país de las perlas, nunca se ha visto en México, por alguna de las causas que he mencionado. Jamás había estado en el país de las perlas, y en consecuencia, jamás había estado en el país de las perlas.

LA EXPOSICION UNIVERSAL

(CONTINUACION.)

El departamento destinado á la Bélgica, estaba arreglado con tanto gusto, con tanto orden y con tanta simetría, que representaba perfectamente el carácter metódico, perseverante é industrioso que distingue á esa nacion de las demas del continente.

No habia ramo de la agricultura, del comercio, de la industria y de las artes, que no estuviera dignamente representado por alguna muestra ó por algun modelo.

Por la diversidad de climas, y por la estension de terreno, es indudable que ningun país puede competir por el momento con la Rusia y los Esta-

dos Unidos en la producción agrícola; pero también es muy cierto que ningun otro presentó muestras de semillas, que como las de Bélgica, indicaran tan grande esmero en el cultivo, y tantos adelantos en el ramo de agricultura. Fueron también notables las muestras de tabaco que se cosecha en grande abundancia, y se obtiene de una calidad casi igual al de Virginia.

En cuanto á los tejidos de lana y lino, los inteligentes opinaron que las muestras presentadas por la Bélgica, no eran inferiores en nada á las de Silesia, de Irlanda y de Francia.

Tres cosas eran muy notables. La colección de armas finas y ordinarias de las fábricas de Lieja: las variadas y esquisitas muestras de los encajes de Flandes, cuya reputación conoce todo el mundo, y la estatua colosal de Godofredo de Bullon, ejecutada por Simois.

La Suiza presentó una multitud de muestras de tejidos de seda, lino y algodón, y es sabido en el comercio la estimación que tienen los *groses* y las muselinas bordadas y caladas. Lo notable en la exposición de Suiza, era la multitud de muestras de relojes y de piezas sueltas. Es bien sabido que los ingleses, los franceses, los alemanes y los americanos, se proveen en Suiza de la mayor parte de las piezas necesarias para relojes. Ginebra, Chamouni y otros cantones, no tienen mas ocupación que fabricar catarinas, volantes, tambores y otras

piezas de relojería. Sin esageración ninguna se puede decir que todos los relojes del mundo tienen el alma suiza, aún cuando el cuerpo lo bauticen con los nombres de Lozada, Dent ó Leroy.

La Italia de hoy, degollada y azotada por la espada y el látigo del mariscal Radetzky, no es en verdad la Italia antigua; pero sin embargo, ni las artes ni la poesía mueren aún. El sol hermoso y brillante parece que las vivifica, y el recuerdo del Dante, de Rafael y Miguel Angelo, parece que las conserva.

La Italia, escepto Nápoles, remitió á la Exposición muestras de lienzos de lino y de sedería y algunos modelos de maquinaria; pero por buenos que sean esos tejidos y esos modelos, probablemente no escederán á los presentados por las grandes naciones industriales. Pasemos á las artes. Los estantes colocados en el departamento destinado á la Italia y á la Austria, que domina una parte de ese país, están llenos de mosaicos grandes y pequeños de todas clases y calidades. El Coliseo, la columna de Trajano, la Basílica de San Pedro, el Partenon de Atenas, el templo de Diana; en fin, todos los monumentos célebres, antiguos y modernos, están formados en el mosaico con una precision en el ajuste de todas las piedrecillas que asombra y con un colorido que parece dado por la diestra mano de alguno de los mas célebres pintores.

Algunas de estas curiosidades son tan pequeñas

y tan bien acabadas, que se necesita de un lente de mucho poder para descubrir que verdaderamente son mosaicos y no pinturas ó esmaltes. La mayor parte de esos primores del arte y prodigios de la paciencia humana, son fabricados por artistas romanos.

La colección de muebles era de lo mas esquisito que habia en la Exposición. No eran en verdad de la clase de objetos que sirven para el uso diario y doméstico, sino mas bien para tenerlos como muestras de la elegancia y del buen gusto italiano. Las mesas eran de los mármoles mas esquisitos de las canteras de Serávezza, incrustadas de flores, de guirnaldas y de racimos tan frescos y tan vivos, que parecian acabados de cortar de los jardines de Florencia ó de Nápoles. Los escritorios, los libreros, los roperos y los tocadores, no eran simplemente la obra de un carpintero, sino que llenos de miniaturas, de relieves y molduras de bronce dorado y de esmalte, representaban un trabajo artistico en que tanta parte tenian la pintura, como la platería y la escultura. Todos estos objetos procedian de los talleres de Turin y de Milan.

Otros de los objetos notables eran los collares, los broches, los aretes y los cofrecillos de filigrana de plata y oro. Todas estas obras tan delicadas y tan frágiles, que parece que con solo mirarlas se pueden destruir y cuya construcción parece fabulosa, á medida que se examina con mas cuidado, son

fabricadas por el Sr. Giacomo Loleo de Génova, y no se encuentra ninguna diferencia entre las alhajas de la misma clase, procedentes de China.

Imposible era no tenerse largo tiempo delante de las estatuas labradas con los trozos blancos y purísimos de esa cantera eterna de Carrara.

Por donde quiera que la vista se volvía se encontraba con las formas puras, redondas y acabadas de una esclava, con el rostro suave y hermoso de una vestal, con la figura cándida y gloriosa de una joven que se desprendía de la tumba para subir al cielo, con una muger llorosa con el cabello suelto, que arroja una corona en la cuna de sus hijos. Algunas de estas estatuas estaban cubiertas con un velo trasparente y detras de sus pliegues se veían claras y distintas las admirables perfecciones de la naturaleza imitadas por el arte.

Desde lejos se creía que por respeto al bello sexo ó por conservar las estatuas se les habia cubierto con un velo. Cuando algun curioso se acercaba mirando á todos lados para escusarse de la policía y con la intencion de tomar el velo con la punta de los dedos y levantarlo, se encontraba sorprendido con que el velo exterior y las formas interiores no eran mas que un solo trozo de mármol.

Estas obras de escultura son ejecutadas por los artistas milaneses Domenico, Gandolffi, Rafael Monti y Sangiorgo. Admirables figuras, llenas de encanto, de espresion, y de bellezas que veía yo,

todos los dias y siempre les encontraba nuevas perfecciones.

Entonces comprendí por qué los ingleses se enamoran perdidamente de las estatuas de mármol de San Pedro de Roma.

El estado de revolución en que ha estado muchos años la España y el mal gobierno que por consecuencia ha tenido en algunas épocas, hacian creer que la exposicion española sería no solo insignificante sino quizá tan despreciable que nadie haria mención de ella. Afortunadamente no fué así, y digo afortunadamente, porque de lo contrario la raza española hubiera tenido la gloria de acreditar en la Exposicion universal, que era mas atrázada aún que las tribus que viven en las cercanías de Tanger y de Oran.

En cuanto á productos agrícolas y minerales y materias primeras, la España presentó muestras mas variadas y abundantes quizá que cualesquiera otra de las naciones del continente. La coleccion de mármoles se componia de ochenta y siete muestras, y la de maderas procedentes de las colonias de mas de trescientos cincuenta trozos. Entre las materias primeras figuraban ademas las muestras de lana merina y varios vegetales propios para la construccion de tegidos de cuerdas y cables.

Respecto de la industria la mayor parte de los concurrentes que examinaban la Exposicion con algun cuidado, quedaron admirados de encontrar

tanta perfeccion en los tejidos de seda y lana procedentes de las fábricas de Valencia y Barcelona que podian sostener victoriosamente la comparacion con los de Viena y Leon.

Lo muy notable en ese ramo era un tejido de paño de oro, presentado por un fabricante de Talavera. Muchas y muy lisongeras esperanzas se podian concebir sobre los progresos de la industria española, examinando todos los objetos presentados, pero lo que tenia un mérito sobresaliente y llamó la atencion general en medio de tantas y tan variadas curiosidades como encerraba este gran Bazar del comercio del universo, fueron seis objetos: primero, las hojas de Toledo cuya vaina en vez de ser recta tenia la figura de una culebra enroscada. La espada se metia con la mayor facilidad é iba siguiendo como si fuese de goma elástica, todos los círculos, hasta que tocaba el puño en la boca de la cubierta.

Cuando se sacaba la espada quedaba tan derecha como cualquiera otra que no hubiese estado en esa posicion circular. (*)

Entre la multitud de muestras de armas alemanas, belgas, francesas y orientales, nada habia que se pudiera comparar á las espadas de Toledo.

(*) En poder del Sr. D. Gregorio Mier y Teran, de esta ciudad, se halla una de estas espadas, que llamaron la atencion muy especialmente de los ingleses.

El segundo objeto era una mesa redonda. En la superficie tenia una orla ó franja de rosas y las armas de Inglaterra en el centro, pues era dedicada á la reina Victoria. Todo esto era formado con mas de tres y medio millones de piecitas de madera de colores, con tanta perfeccion y esactitud, que era necesario un lente grueso para distinguir las. Solo los mosaicos romanos de que hemos hablado, podian compararse á este trabajo tan delicado.

El tercero era una custodia, que entre otros relieves tenia la cena de Leonardo de Vinci. Esta obra maestra de platería, si no superior, al menos igual á los trabajos de este género de Francia é Inglaterra, fué ejecutada por el Sr. Moratilla, de Madrid, para la catedral de Arequipa en el Perú. Se cree que su valor seria de setenta á ochenta mil pesos, incluso los brillantes que la adornan.

El cuarto era un vestido completo de punto negro trabajado en Barcelona. El gusto del dibujo la finura del punto y lo igual y delicado del trabajo lo hacian en concepto de las personas inteligentes, superior á los famosos encages de Bruselas, que no habian conocido rival en todo el orbe.

El quinto objeto era una cama de acero y bronce dorado, construida por un fabricante de Madrid.

El sexto era un instrumento nuevo que su mismo autor no habia bautizado con ningun nombre,

pues cuando se le preguntaba respondia que se llamaba *arpa-guitarra-bandolon*, y en efecto participaba de estos tres instrumentos y la encordadura se componia de cuerdas vejetales y de cuerdas metálicas. (*)

Como el instrumento era, como debe suponerse, un poco mas grande y pesado que una guitarra comun, el inventor lo habia colocado en una especie de pedestal de madera que por medio de algunos tornillos se encogia ó se alargaba. El inventor permanecia casi todo el dia en la Exposicion tocando su instrumento, el cual producia sonidos bastante melódicos, pero propios mas bien para un fandango de teatro, ó un baile casero, que no para traducir los pensamientos de Bellini ó de Donizetti.

Siempre que los circunstantes elogiaban al inventor cuando acababa de tocar, este hacia consistir todo su mérito, no en la invencion del instrumento, sino en la del pedestal, que decia se asemejaba perfectamente en sus movimientos á los que hace un músico con la rodilla y el brazo al tocar la guitarra.

Portugal presentó cuatro ó cinco barrilitos lle-

(*) Algunos dias despues el inventor del instrumento le dió el nombre de *guitarpa*, y segun noticias se ha entendido ya su uso por la mayor parte de las provincias de Andalucía.

nos de un excelente rapé. Casi no hubo un curioso que al pasar no sumiera sus dos dedos en los barrilitos y muchos habia que ocurrieran á llenar cuidadosamente sus cajas de polvos. Los portugueses tuvieron que tomar una medida enérgica. Calcularon que la pérdida diaria en rapé podia pasar de tres á cuatro mil reis (*) y determinaron cubrir la boca de los barriles con un enrejado de alambre tan espeso, que no permitia ni la entrada de un dedo. Los aficionados sin embargo burlaban las sábias precauciones de la policia portuguesa aplicando las ventanillas de la nariz y dando un fuerte sorbo.

Dejarémos á la Francia y á la Inglaterra para la conclusion de este capítulo, y pasemos de la Europa á la Asia y á la Africa.

Todos los objetos exhibidos por las naciones del continente y por la América del Norte, indican en lo general unas mismas costumbres, una misma civilizacion y una industria muy semejante. Las telas son mas finas en un país que en otro, los dibujos de la sedería mas bellos en Francia que en Inglaterra; los paños fabricados en Bélgica serán de mas duracion que los de Alemania; pero todo al fin, juzgándose en conjunto, tiene cierta semejanza, como si todo hubiese sido fabricado por un mismo pueblo. No sucede esto cuando de la Europa se

(*) Cada peso mexicano tiene mil reis portugueses.

pasa al Oriente. Fisonomías, trages, costumbres, industria, todo es enteramente diverso, raro y singular.

Esta idea venia inmediatamente á la cabeza cuando de los salones del Austria, de la Bélgica y de la Italia, se pasaba á los sorprendentes y magníficos departamentos de la Turquía.

Los sillones eran de marfil, los paraguas de lama de oro y de plata, los vestidos de las mugeres de seda teñida con los mismos vivísimos colores y dibujos lineales que usaban en los tiempos antiguos las hijas de Jerusalem y las *bayaderas* de Babilonia; las monturas de los caballos, de terciopelo verde y nácar bordadas de oro, y las armas blancas y de fuego, adornadas con esmeraldas y rubís.

Los árabes presentaron en la Exposicion las muestras de industria indígena, que consistia en grandes sombreros de palma, frazadas y cobertores, loza, vasijas de barro barnizadas, cristal verdoso ordinario, y zapatos de diversas hechuras.

Varias veces observé con cuidado todos estos efectos y encontré que las vasijas de barro eran no solamente iguales en calidad, sino aun en figura, muchas de ellas, á las que se fabrican en Cuautitlan y pueblos cercanos á la capital de México; las frazadas y *zarapes* iguales en dibujo, en tejido y en calidad á los que se fabrican en Querétaro y S. Miguel el Grande; los sombreros de palma iguales á los que usan y fabrican los indios de Papantla y

la Sierra de Oajaca; las telas blancas de que hacen los árabes los albornoces, idénticas á las que usaban las doncellas indias que solian salir al encuentro de los conquistadores con flores y ricos presentes. ¿De dónde proviene esta identidad? Para mí he visto un indicio cierto de la procedencia de algunas de las razas que poblaron el nuevo mundo.

Los objetos expuestos en el departamento de la China consistian en sederías y porcelana, cuya calidad se cree superior hoy á lo que en este ramo fabrican las naciones de Europa.

Cuando se pondera la habilidad y el grado de civilizacion de los chinos, se dice todavía que los ingleses y los franceses no han llegado á igualar ni la porcelana ni los tejidos de seda. Yo nunca he tenido esta opinion, y mucho ménos despues de haber visto la Exposicion de Lóndres, y prefiero mil veces un brocado de las fábricas de Leon y una vajilla de la fábrica imperial de Viena, á esos damascos de un dibujo tan monótono y á esos platos adornados con paisages tan informes y de figuras tan incorrectas. Muchos de los que lean esto pueden ser que queden escandalizados.

Cada una de las naciones que remitió su contingente á Inglaterra, presentó algo de notable; y ya que nos ocupamos de las naciones del Oriente se puede asegurar que entre las de Europa no te-

nian rival los seales de la India, ni las alhajas de filigrana y juguetes y obras de marfil de la China.

Los franceses averiguaron que ni los artículos de la exposicion de la China, ni el mandarin que se presentó ante la reina, eran originalmente enviados del celeste imperio; y esto se calculó como una superchería de la política inglesa descubierta por la suspicacia de la política francesa.

Lo que en la realidad hubo fué que en Lóndres, que se especula en todo y sobre todo, hay dos ó tres casas establecidas con solo el objeto de comerciar en objetos de China y las cuales frecuentemente reciben cargamentos surtidos de cuanto produce aquel país, no siendo extraño que de vez en cuando acompañando á las mercancías lleguen á Lóndres dos ó tres habitantes de ese país, ataviados con sus vestidos de seda bordados, su coleta hasta los talones y sus bigotes hasta el pecho. Los comerciantes venden á un precio muy subido los efectos á la aristocracia de Lóndres, y á los chinos los exhiben en los teatros y en los museos como si fuesen animales raros, y así que se cansa el público inglés los contratan con algun empresario frances que los conduce á Paris, proporcionando á los periodistas y á los ociosos del boulevard materia para escribir y hablar durante quince dias.

Esto sucedió en la época de la Exposicion. Dos

casas de comercio enviaron la mayor parte de los artículos que tenían ecistentes, acompañados de dos ó tres chinos legítimos y no contrahechos, y proporcionaron al público la oportunidad de ver reunidas metódicamente en un solo punto todas las principales producciones de la industria asiática.

En cuanto al celeste imperio juzgó que no se ocupó de mandar sus productos á la Exposicion ni de hacer conocer al mundo civilizado el nombre de los hábiles artistas y fabricantes que trabajan la filigrana, el marfil, la sedería y la loza.

Antes de concluir este capítulo, dirémos una palabra más. La Grecia, la cuna de las artes y de la filosofía, remitió tambien á la Exposicion su contingente. ¿Quién habia de decir á los griegos que contemplaban la hermosura de Aspasia, que veían pintar á Apéles, trabajar con el cincel á Fidias y que asistian á los pórticos de mármol del Pritaneo y del Ateneo, que dentro de algunos años todo el esplendor de la Grecia habia de eclipsarse, todas sus glorias habian de perderse en el olvido y todas sus artes desaparecer y trasplantarse á tierra y climas muy lejanos? ¿Quién habia de decir á los descendientes de Solon y de Temístocles, que despues de algunos siglos una isla fria y nebulosa de las regiones del Norte, habia de ser el emporio de la riqueza, del comercio y de la industria, y á esa isla habian de asistir los helenos presentando únicamente como recuerdos de la poesía de su po-

der perdido y de su gloria pasada, dos frascos de miel del monte Hymetto, y unas muestras del admirable mármol Pentelico, y del blanco purísimo de Paros?

Quizá dentro de quinientos años se levantará en alguna de las ciudades de América, no un palacio de cristal, sino un templo de plata y oro, y á este templo vendrán los franceses, los británicos y los alemanes, á presentar las muestras humildes de la miserable industria que haya sobrevivido á la ruina de la civilizacion y de las artes en el viejo mundo.

137

X.

LA EXPOSICION UNIVERSAL.

(CONTINUACION.)

Muchos de los escritores franceses, y entre ellos Mr. Arnaux, cuya obra está redactada con juicio, método y discernimiento, han supuesto que la Inglaterra al realizar la grande idea de la Exposicion Universal, tuvo por objeto desafiar á todas las naciones para tener el gusto de vencerlas; pero que en vez de pasar las cosas de esta manera sucedió lo contrario, y la Inglaterra fué vencida.

Ninguna de las dos cosas es cierta.

Bien puede ser que el orgullo haya sido el principal agente que obró en Inglaterra para realizar la Exposicion; pero en ese caso se hizo un buen uso de esa pasion, que bien dirigida, conduce á los

der perdido y de su gloria pasada, dos frascos de miel del monte Hymetto, y unas muestras del admirable mármol Pentelico, y del blanco purísimo de Paros?

Quizá dentro de quinientos años se levantará en alguna de las ciudades de América, no un palacio de cristal, sino un templo de plata y oro, y á este templo vendrán los franceses, los británicos y los alemanes, á presentar las muestras humildes de la miserable industria que haya sobrevivido á la ruina de la civilizacion y de las artes en el viejo mundo.

137

memorias

que los hombres á las empresas que hacen la
 un en la historia de todos los tiempos. Aun
 los franceses, los británicos y los alemanes, han
 estado mucho tiempo en disputa de ver
 mismo pensamiento. Por lo que no han
 xado.

X.

LA EXPOSICION UNIVERSAL.

(CONTINUACION.)

Muchos de los escritores franceses, y entre ellos Mr. Arnaux, cuya obra está redactada con juicio, método y discernimiento, han supuesto que la Inglaterra al realizar la grande idea de la Exposicion Universal, tuvo por objeto desafiar á todas las naciones para tener el gusto de vencerlas; pero que en vez de pasar las cosas de esta manera sucedió lo contrario, y la Inglaterra fué vencida.

Ninguna de las dos cosas es cierta.

Bien puede ser que el orgullo haya sido el principal agente que obró en Inglaterra para realizar la Exposicion; pero en ese caso se hizo un buen uso de esa pasion, que bien dirigida, conduce á los

pueblos y á los hombres á empresas que dejan fama en la historia de todos los tiempos. Además, los franceses, los americanos y los alemanes, han estado mucho tiempo en libertad de realizar el mismo pensamiento. ¿Por qué no lo han realizado?

Dando por sentado que los ingleses hubiesen tenido la idea de vencer á sus adversarios, en este caso tambien era una lucha noble y caballerosa, como la del hidalgo español, que arroja la careta y la capa, desenvaina su espada de taza y cruz, se pone en guardia, saluda cortesmente á sus enemigos y los espera con firmeza, con calma y serenidad.

El hecho fué, que los dos pueblos divididos por el canal de la Mancha, y colocados hace muchos años uno enfrente del otro como enemigos y rivales, trataron en esta vez, apesar de las festividades, de los sentimientos de fraternidad, de moda en la época y del espíritu cosmopolita de que blasonan las altas inteligencias, de renovar su antigua querrela, bien que afortunadamente los elementos de los dos enemigos eran el cincel, el arado y el telar, es decir, las bellas artes, la agricultura y la industria.

Hemos señalado, aunque muy en compendio, los objetos mas curiosos y notables enviados por las otras naciones; pero á decir verdad, cuando se recorrian los salones y galerías destinadas á la

Francia y á la Inglaterra, la industria de los demas países parecia pequeña é insignificante.

Estatuas de mármol blanco llenas de espresion y de belleza, figuras de bronce perfectamente fundidas, alfombras tan esquisitas que daba pena el tocarlas por miedo de marchitar sus flores, jarrones de porcelana adornados con primorosas miniaturas, muebles al estilo gótico y bizantino, cristal de mil formas y colores, relojes, candelabros, telas y brocados, transparentes y cortinages, espejos y candiles; en una palabra, todo lo que puede concebir la imaginacion, no solamente para las necesidades de la vida, sino tambien para el lujo y recreo, se encontraba reunido en la Exposicion francesa y en todas estas obras, aún en las mas insignificantes, se notaba de una manera evidente el gusto refinado, el talento de invencion, la elegancia, la finura y la voluptuosidad. Parece que los artistas franceses han concebido en comun el atrevido pensamiento de quitar á la existencia humana todo lo que tiene de amarga, de triste y de penosa.

¿No basta un simple espejo para mirarse, y un candelero sencillo para colocar una bujía? No. El arte francés no se contenta con esto; es menester que acompañen al espejo un grupo de genios y de pequeñas ninfas de oro, que ese espejo descansa en un mármol blanco, y que ese mármol blanco esté colocado sobre una consola que imite las filigranas y dibujos de una vieja catedral gótica, ó las guir-

naldas, festones y rosas de los tiempos de Luis XIV. Es necesario que la bujía se coloque en la corola de una azucena, ó que el candelero represente un elegante palmero de las Indias, ó un guerrero con su casco y su armadura.

¿Quién ha igualado en la Exposición Universal las telas y brocados de León, las porcelanas de Sevres, los tapices de Gobelinos y las alfombras de Aubusson?

La Francia debe estar muy satisfecha, y para ser grande en la industria y en las artes, para merecer la palma del buen gusto y de la elegancia, no ha necesitado ni necesita luchar, ni vencer, ni humillar á nadie, sino presentarse sencilla y tranquilamente en la Exposición de Londres, sin necesidad de que sus escritores, cegados por amor propio nacional, deprimieran las producciones de otros países para poner en todo caso en primer término las de los franceses.

Hemos dicho que la Exposición de Inglaterra ocupaba la mitad del local del palacio; pues bien, dirémos ahora, que la superioridad de la Inglaterra y el triunfo completo que obtuvo, por mas que se diga, consistió en nuestro juicio, en que el reino unido de la Gran Bretaña, presentó solo, los mismos ó mas artículos de industria, de ciencias y de artes que las demas naciones juntas; de manera que recorriendo los inmensos salones y galerías donde estaban colocadas las treinta y cuatro clases en que

se dividia la exposicion inglesa, se encontraban instrumentos de agricultura como los del Norte-América, cristal como el de Bohemia, porcelana como la de Viena, armas como las de Lieja, lienzos como los de Silesia, paños como los de Bélgica, alhajas, muebles y platería como la de Francia, quincallería como la del Zollverein, semillas y granos como la de los países mas fértiles del mundo; y ademas multitud de máquinas, y de instrumentos para la agricultura y las ciencias, y de otros objetos de esclusiva invencion inglesa, y que no se fabrican en poca ni en mucha cantidad en ninguna otra parte de la tierra.

Unicamente examinando la Exposición de Londres se podia comprender por qué los ingleses tienen tanto orgullo, por qué dominan moral ó físicamente las dos terceras partes de la tierra, por qué Londres es el depósito general de todos los tesoros, y en una palabra, por qué tiene ese país el primer lugar entre las naciones civilizadas. Todo esto no es mas que la recompensa necesaria y natural, del talento, de la constancia y del trabajo.

La Inglaterra, como los demas países, tenia en Hyde Park objetos que llamaban de preferencia la atención. Entre las producciones naturales pueden citarse el carbon de piedra y el fierro, es decir, los dos elementos indispensables que forman, por decirlo así, el alma de la industria y de la navegacion. Las minas de carbon de piedra produ-

ce anualmente sobretreinta y cinco millones de toneladas.

En cuanto á producciones industriales, la cuchillería, la cristalería blanca, la relojería, los instrumentos científicos y los pianos, tanto por la solidez como por la finura y belleza de su construcción, notaban rival entre los demás artículos de esta clase presentados por la Francia, la Alemania, la Bélgica y otros países.

Para concluir estos capítulos relativos á la Exposición de Londres diremos alguna cosa sobre México.

En uno de los departamentos ingleses habia un aparador y en él colocadas debajo de capelos de cristal hasta treinta figuras de cera que representaban un fraile confesando, un ranchero coleando un toro, una poblana, ocho ó diez figuras diferentes de salvages ó *mecos*, como aquí se llaman, un indio carbonero y algunas otras por ese estilo.

En diversas partes del aparador estaba colocado un letrero que decia: *Figuras mexicanas de cera*. Las tales figuras estaban muy distantes de tener la perfección, el pulimento y verdad que muchas de las que todos los dias se venden en el portal ó en las calles de México. Eran hechas por un italiano llamado Montanari, que habia formado de esto un ramo de comercio en Londres.

En mas de setenta visitas que hice á la Exposición me acerqué por el lugar donde estaban las fi-

guras de cera y siempre encontré el aparador rodeado de multitud de gente, y muy particularmente de señoras, que observaban con grande interés y curiosidad y se retiraban haciendo los mayores elogios. Esto era todo lo que habia de México en la Exposición.

Los lectores querrán saber si en efecto, apesar de haber sido convidado México para esta gran festividad de la industria, y de habersele reservado en el Palacio de Cristal un local mayor que á la Bélgica y que á la Holanda, remitió algunos objetos. Voy á explicarlo.

Yo no sé lo que positivamente preparó y envió la junta de industria que, segun entiendo, fué la encargada de este negocio; pero lo que yo ví los primeros dias, fué un cuadro de *camelote* bastante mal hecho, una marqueta de *chitle* vígen y una cajita con unos cuantos trozos de muestras de maderas. Una ó dos semanas despues todo esto estaba oculto felizmente con algunos efectos de los árabes y tunecinos, que hallando sin duda desocupado el territorio mexicano, lo invadieron y se apoderaron de él.

Generalmente se creyó que á la Exposición de Londres, donde iban á competir las naciones mas adelantadas de la Europa, no se podian enviar sino artefactos sumamente curiosos y raros. Se creyó en sustancia, que era una exposicion de curiosidades y no de productos agrícolas y fabriles, aun-

que fuesen de los mas comunes y de los mas toscos.

En efecto, en todas las naciones, desde la mas elevada y orgullosa, hasta la mas insignificante en la gerarquía social, presentaron las muestras que pudieron reunir de las producciones de su suelo y de su industria propia ó aclimatada.

Todo el que sale de México y visita otras naciones, no puede menos de reconocer cuántos años y cuántos sacrificios son necesarios para llegar á la altura que en la civilizacion, en el comercio y en los demas ramos que forman el saber humano, tienen las naciones que en Europa y en América ocupan el primer lugar; pero tambien se adquiere el convencimiento de que pocos años de paz y de orden bastarian para producir un desarrollo tan grande en alguno de los elementos naturales, que á nosotros mismos nos parecería increíble y nos causaría asombro tal progreso.

Muy distante estoy de creer que México hubiera podido competir en la Exposicion universal de Londres no solo con Francia ó con Inglaterra; pero ni aun con alguno de esos pequeños países alemanes; pero sí habria podido ocupar un lugar distinguido en el palacio de Hyde Park.

En cuanto á producciones naturales, México podia haber remitido muestras de oro, plata, cobre, plomo, plomo argentífero, fierro, azufre, sal-gema, cal, alumbre, amianto, resinas, goma, maíz de seis

ú ocho calidades diversas, trigos, harina flor, salvado, garbanzos, frijol, habas, chícharos, alverjones, pimienta, clavo, cacao, vainilla, liquidámbar, linaza, semilla de nabo, y otras oleajinosas, café, caracolillo, algodón, añil, cochinilla, ruibarbo y raiz de Jalapa.

Respecto de las frutas, se podian haber remitido en conservas ó en aguardiente las muchas y muy variadas que se producen en las tierras calientes y las frutas secas, tales como el piñon, la nuez, la avellana, y los dátiles pasados.

Respecto de maderas se podia haber reunido una coleccion de mas de trescientas clases diferentes, todas propias para la construcción de casas y muebles finos.

Se ha dicho que la exposicion de México no podia competir ni con la de algun ducado de Alemania. Esto es verdad tratándose de la industria; pero con solo esa lista de producciones naturales y de materias primeras que se hubiese llenado, México habria podido competir con la Rusia, con los Estados Unidos, con la Inglaterra y con los Países Bajos.

Estoy seguro de que las señoras y de aquellos que por simple espíritu de curiosidad visitaban la Exposicion, no habrían dirigido quizá una mirada á estas producciones; pero en cambio, los agricultores, los negociantes y los estadistas habrían admirado la increíble fecundidad de la tierra del

nuevo mundo; y muchos de los espectadores que concurren durante seis meses á la Exposición, se habrían cerciorado que el primer ramo que forma la riqueza de las naciones, que es la agricultura, estaba, juzgando comparativamente, bastante adelantada en un país que la Europa no conoce todavía y del cual puede sacar para su comercio mayores y mas considerables ventajas que las que le ha producido la inmensa cantidad de plata estraida del seno de la cordillera.

En el ramo de peletería se debían haber remitido pieles de jaguar, de león, de cíbolo, de javalí, de venado, de berrendo, de oso, de gatos monteses, de becerros, de cabras, de ovejas, de conejos y de liebres.

El curtido de las gamuzas y cueros de venado, no habría parecido inferior al de Europa y las pieles para botas y las que se emplean en la encuadernacion de libros y otros objetos, como muy inferiores en calidad, habrían despertado la idea de introducir en México la mayor perfeccion en este ramo de industria, contando con la abundancia de ganados y de caza de nuestras praderas.

Respecto de la industria indígena, se podían haber presentado las sillas de montar con todos sus accesorios, los *jorongos* y *rebozos*, las figuras de cera, los muñecos de trapo de Puebla, la loza fina de Guadalupe, las baterías y figuras de barro de Tonalá, las obras de yeso, de carbon, de

camelote, de papel picado y otras curiosidades de ese género. Es casi seguro que todo esto habría llamado mucho la atención y merecido justos y fundados elogios. Entre la multitud de objetos que había en la Exposición y cuyo catálogo solo ocupa un volumen de mas de cuatrocientas páginas, nada había que pudiera semejarse á los objetos que se acaban de mencionar y que habrían tenido, á pesar de su número reducido, un tipo y un carácter especial, como lo tenían las sederías de Oriente y las filigranas de la India.

Ademas de la industria que propiamente puede llamarse indígena, existe en la república la industria introducida de Europa y que de algunos años á esta parte ha hecho rápidos progresos, teniéndose en cuenta el continuo estado de agitación y de desorden en que hemos vivido.

Basta comparar los coches pesados y toscos que se construían hace diez años, con las carretelas elegantes y ligeras que se fabrican hoy en la capital, para conocer que si se hubieran enviado á Londres tres ó cuatro carruages, habrían podido lucir con mucho aprecio al lado de los de Bélgica y de Viena.

Casi todas las naciones presentaron muestras de calzados, desde los *sabots* que usa la gente del campo, hasta los finísimos botines de las damas elegantes. México habría podido presentar infinitas

muestras que hubieran podido figurar y entrar en competencia con cualesquiera de las otras naciones.

Poco mas ó ménos puede decirse de la mueblería.

Con solo comparar los muebles toscos é incómodos de que se servian antiguamente aun las casas mas opulentas, con los sillones, camas y sofás elegantes que se usan hoy, se conoce que si no ha llegado la carpintería y ebanistería al grado de curiosidad y perfeccion que en Europa, es debido únicamente á que siendo reducido el consumo no pueden todavía emplearse grandes capitales en este ramo.

Ya que tantos sacrificios le ha costado á la nacion la industria algodouera, habria sido muy conveniente que hubiesen figurado los tejidos blancos, trigueños y pintados de algodón, los paños y casimires, las alfombras y carpetas, sin olvidar tampoco el papel, el cristal, la porcelana y las obras de fierro fundidas. Todo esto debe suponerse que habria sido inferior á los artefactos de esta clase, de Inglaterra, Francia y Alemania; pero es menester repetir que esto nada hubiera importado, teniéndose en cuenta que cada país presentó lo que tenia, sin pretender una superioridad absoluta sobre sus competidores.

Todas estas producciones de la naturaleza y de la industria, acompañadas de un catálogo razonado y clasificado científicamente, habrian dado á co-

nocer á México de una manera muy ventajosa, y además de la satisfaccion que habiese resultado al orgullo nacional, se habria despertado indudablemente la atención de los capitalistas que hubieran quizá emprendido la explotacion de algunos productos nacionales, la construcción de caminos y el establecimiento de fábricas.

Canales, caminos de fierro, vapores, puentes, todo está ya hecho y explotado en Europa á la vez que el dinero abunda. El mundo comercial lo que desea no es el despotismo y la dominacion, sino la conquista filosófica y pacífica de los países nuevos y vírgenes, donde el jornalero que muere de frío en los largos inviernos del Norte, sea un pacífico y laborioso propietario, y donde el agricultor, el banquero y el fabricante encuentren un modo útil de emplear sus talentos y sus capitales.

Tal es la verdadera alianza y la verdadera union de los pueblos mas distantes de la tierra. Terminó en Londres la Exposición de 1851, y ha comenzado otra nueva en Nueva-York en 1853. A estos dos grandes acontecimientos á que ha sido llamada la gran familia, México no ha concurrido.

Las naciones como los hombres, para merecer el aprecio y la consideracion, necesitan ser conocidos en su caracter, en sus costumbres, en sus maneras y en su saber. México, pues, no pueda reclamar esas consideraciones mientras no procure darse á conocer de una manera distinta, es decir, por la in-

industria, por la riqueza de su suelo, por la literatura y por las artes, y no por las revoluciones, por el desorden y por la constante difamación que vuela de las columnas de nuestros diarios á las columnas de los diarios extranjeros.

Dentro de tres ó cuatro años, ó mas tarde quizá, pero no ha de pasar mucho tiempo, habrá otra Exposición Universal en París, en Londres, ó en Berlin. Si México es convidado á esta gran festividad, es menester que el lugar que se le destine no quede vacío, y que aunque sea con el sacrificio de algunos miles de pesos, el gobierno procure remitir una colección de todos los artefactos y producciones, aunque parezcan de la esfera mas grotesca y miserable.

A estas grandes solemnidades de las ciencias, México por lo ménos debia mandar una comisión de personas instruidas que estudiaran la maquinaria y las aplicaciones de la química á la agricultura y á la industria, adquiriendo los modelos de botes, de fábricas, de puentes, de instrumentos y de edificios. Seguramente muchos de nuestros ramos de explotación recibirían una mejora considerable, y la enseñanza de nuestros colegios no permanecería estacionaria, como sucede por lo comun, excepto en el caso que haya algun director ó catedrático sabio y empeñoso que procure estar continuamente al nivel de los adelantos que se hacen en Europa.

No concluyo este capítulo sin hacer una especial mención de nuestro compatriota el Sr. D. Rafael Adorno. Hace algunos años que siendo ministro de Estado el Sr. D. Luis de la Rosa, se le presentó el Sr. Adorno, manifestándole que habia inventado una máquina para torcer cigarros y hacer puros con mucha velocidad y economizándose mas de un 80 p^o de costo en la manufactura. Como sucede siempre á todos los hombres dedicados y estudiosos, el Sr. Adorno fué en aquellos momentos víctima de la incredulidad y de la envidia. El Sr. Rosa, hombre ilustrado, no pensó de esa manera, sino que conociendo que habia mérito en el Sr. Adorno, le facilitó 10 ó 12 mil pesos, y lo envió á Londres para que hiciese construir la consabida máquina.

Quando llegó á Londres el Sr. Adorno, la casa de comercio que giró las libranzas en México habia quebrado, así es, que solo logró realizar dos ó tres mil pesos, cuya mayor parte habia gastado en su viaje. Léjos de desanimarse por eso, emprendió con todo empeño su trabajo, y auxiliado de las casas de los Sres. Lizardi y Murrieta, logró no solo construir sus máquinas, sino perfeccionar su primera invención. En el departamento destinado á la maquinaria inglesa, se encontraba la máquina del Sr. Adorno, la cual fué elogiada por todos los inteligentes de Inglaterra, por la sencillez y por la precisión de todos sus movimientos. El señor

Adorno mereció que el jurado de calificación le concediera una medalla, y que la reina Victoria y el príncipe Alberto le prodigaran muchos elogios y cumplimientos. Los hombres dedicados á las ciencias, á las artes y á la literatura, cuando logran después de mil afanes hacer algo notable, trabajan en sustancia mas bien para su patria que para ellos; sin embargo, suelen recibir por todo premio el desprecio y el olvido á veces la persecucion. ¿Quién se acuerda ya de Rodriguez Galvan y de Fernando Calderon? ¿Quién sabe si existe en Londres el Sr. Adorno? Uno de sus parientes que murió hace poco, lo olvidó tanto, que su caudal lo dejó en herencia á uno de sus amigos.

La Inglaterra habia tenido ocasion de dar á conocer al mundo el inmenso poder de su fuerza naval cuando la guerra con Francia, y el patriotismo de sus ciudadanos, cuando el Banco Real suspendió sus pagos. El año de la Exposicion será memorable en los anales del comercio, mientras dure el mundo, porque el pueblo británico, desplegando en un solo campo de batalla todo ese ejército poderoso de fabricantes, de industriales y de artistas, resolvió prácticamente un problema que en la teoría hace muchos años ha sido reconocido y confesado; á saber, que los ejércitos, la marina y las fortalezas, no es la fuerza ni el poder de las naciones, sino el trabajo, la industria y la paz.

El que quiera conocer perfectamente la razon

porque la Inglaterra aparece superior á la Francia siempre que se trata de una empresa de industria ó de comercio, no tiene mas que abrir la historia. Todo país que arrebatara un millon de hombres á la agricultura, á la minería y á la industria, para llevarlos á morir al campo de batalla, y que quita á los capitales una parte de su utilidad y de su movimiento para mantener esas grandes falanges armadas, pero ociosas, podrá momentáneamente ser conquistador; pero nunca sólidamente grande, ni verdaderamente rico.

La utilidad que produjo el Palacio de cristal por solo las entradas, y deducidos todos los gastos de su construccion y entretenimiento, pasó de cuatro millones de pesos, y el movimiento y transacciones extraordinarias que hubo con motivo de la concurrencia inmensa de viajeros en los seis meses que duró la Exposicion, puede estimarse por cálculo bajo en cien millones de pesos.

El arquitecto del Palacio de cristal, que era jardinero de uno de los duques mas ricos de Inglaterra, entró á las altas regiones de la nobleza y de la aristocracia por la puerta magnífica y espléndida del talento, de la constancia y del trabajo. Paxton dejará á su familia en herencia un caudal muy respetable y uno de los blasones mas limpios y mas puros que pueda registrarse en las crónicas de la nobleza británica.

Los pictos y los escoceses hacian la guerra á los bretones, siguiendo la regla constante que empuja siempre á los pueblos del Norte contra los pueblos del Sur.

Parece que los romanos ántes de invadir las Galias, habian ya conquistado á la colonia de los *Trinobantes*, que quiere decir "*habitantes de la nueva ciudad*," que se habian establecido en las orillas del Támesis.

Los recuerdos mas frescos son del tiempo de Agrícola, que fué algunos años gobernador de la Bretaña, y se hizo célebre por la dulzura y moderacion de su carácter, y por la sabiduría de su gobierno.

El gran historiador Tácito estaba casado con una hija de Agrícola.

Los romanos, aunque valientes y guerreros, tuvieron necesidad de establecer una muralla para contener las invasiones de los pictos y de los escoceses, que entónces estaban íntimamente aliados y unidos. No hallándose todavía seguros los romanos y los bretones, construyeron una segunda muralla, todavía mas fuerte y mas espesa que la primera.

Ecsisten todavía en Carlisle y en Newcastle restos de estas antiguas fortificaciones, cuyo descubrimiento forma la delicia, la gloria y la reputacion de los viejos ingleses, que dedican años enteros de

XI.

LA CITY Y EL WEST-END.

Aunque superficialmente, hemos recorrido la Exposicion, justo será que tengamos tambien algun conocimiento de la ciudad donde pasó tan notable suceso.

Los anticuarios ingleses, empeñados en dar á Lóndres mas edad que la que tiene, han hecho los mas curiosos y profundos estudios para probar que fué fundado ántes que Roma, y que esta fundacion fué obra de un pariente muy cercano de la diosa Venus, la cual, como todo el mundo sabe, era la diosa de la belleza y la hija de Júpiter Tonante.

Lo que sí es cierto y no está confundido, ni mezclado con la fábula, es, que la pequeña isla de Bretaña que ahora tiene el sobrenombre de Grande, estaba habitada por tres razas. Los bretones al Sur, y los pictos y los escoceses, al Norte.

su vida á distinguir la cal y mezola modernas del ladrillo y del cimiento romano.

El gobierno romano, á consecuencia de sus propios vicios y desórdenes, tuvo que abandonar paulatinamente sus conquistas, y retiró al fin todas sus legiones del territorio británico, dejando á sus habitantes que defendiesen la muralla como bien pudieran.

Parece que el destino de los bretones fué siempre sucumbir á toda clase de enemigos. Amenazados por sus vecinos del Norte, y considerando que no eran bastante fuertes para defender la muralla, imploraron el auxilio de unos pueblos de la Germania llamados *Anglo-Sajones*.

Los aliados llegaron efectivamente al suelo británico, encontraron que el campo, el clima, los rios y los puertos, eran muy hermosos y mejores sin duda que los de su propio país. Resolvieron pues quedarse definitivamente, y reducir á los bretones á la condicion de criados y de esclavos.

Así lo hicieron efectivamente, sin que á su vez se vieran libres de ser atacados è invadidos por los daneses, conducidos por Canuto el Grande, y por los normandos, conducidos por Guillermo el Conquistador.

Fundado Lóndres, como hemos dicho, en las orillas del Támesis, la ciudad ha recibido ya los daños de la guerra, ya los beneficios de los diversos gobernantes.

Con todo, en los tiempos de que vamos hablando, es decir, por los años de 1050 de la era cristiana, todas las casas de Lóndres eran formadas de ramas gruesas de árbol con techo de paja, de manera que á cada momento habia incendios y se destruían las dos terceras partes de las habitaciones. Fué menester que por una ley se previniese á los propietarios que construyesen sus casas de ladrillo, y aun se determinó la altura y espesor que debian tener las paredes.

Así, desde el reinado de Eduardo el Confesor en adelante, Lóndres comenzó á mejorarse. En el Támesis no habia mas que un solo puente de madera, que cada año se destruía con la nieve y con las avenidas del rio. No fué sino hasta el año de 1176, cuando se comenzó un puente de piedra que se llamó el *Puente Viejo*.

A poca distancia de Lóndres, ó mejor dicho, de lo que los romanos llamaron *Londinium Augusta*, se edificó la ciudad de Westminster y posteriormente en una y otra orilla del Támesis se fueron fundando villas y pueblos pequeños, separados unos de otros por calzadas y caminos y que se comunicaban con Lóndres por medio de garitas que se cerraban de noche y se abrían en las mañanas con todas las formalidades que se acostumbraban entonces en las plazas de guerra.

Las persecuciones á los judíos y las guerras de Flandes hicieron que emigrasen á la Gran Breta-

ña multitud de gentes no solamente acaudaladas, sino instruidas en la agricultura, en las artes y en el comercio.

Los inventos y mejoras que se hicieron en la maquinaria por Hargreaves, Arkright y Crompton influyeron de una manera poderosa en el desarrollo de la industria; de suerte que añadiendo esto á la magnífica posición geográfica de Lóndres, situado á pocas leguas de la mar y en las orillas de un rio ancho y profundo, capaz de recibir en sus aguas miles de buques, resultó que se reuniesen en la ciudad los hombres mas industriosos y mas ricos de toda la isla.

Las murallas romanas desaparecieron enteramente, las garitas se destruyeron, edificándose en su lugar almacenes y edificios públicos; los barrios, aldeas y villas cercanas se unieron al antiguo *Londonium* por medio de casas y de calles anchas y espaciosas, la gótica abadía de Westminster en lugar de ser la catedral de una ciudad separada, no fué sino una de tantas iglesias destinadas para el culto, y el rio Tàmesis que en tiempo de la Heptarquía sirvió de límites entre reinos diversos, fué atravesado por siete puentes magníficos de granito y de fierro y por un puente subterráneo, obra maravillosa y de mero lujo, debida á la constancia y al orgullo de los ingleses.

Así, Lóndres hoy no es una ciudad, sino mas bien una nacion que vive junta y unida en trescientas

tas cincuenta mil casas y que transita por mas de diez mil calles y callejones.

La poblacion del antiguo Lóndres, situada hoy dentro de las murallas romanas, no escede de cincuenta y cuatro mil almas; pero incluyendo las parroquias de Marylebone, San Pancraccio y Paddington, y los barrios de Westminster Kensington, Lambeth, Hampstead, Islington, Greenwich y Woolwich llegaba en 1841 á dos millones de habitantes y en 1851 á dos millones trescientos cincuenta mil.

En esta gran ciudad, que no tiene mas rival que la de Pekin, en China, hay cuarenta mil modistas, veinte y nueve mil sastres, veinte y ocho mil zapateros, seis mil plateros, cuatro mil quinientos carroceros, setecientos boticarios, sobre treinta mil carpinteros, sesenta mil marineros empleados en el tráfico del rio, diez mil maestros de escuela, cinco mil médicos, dos mil quinientos abogados, doce mil cocheros de carruages públicos, cuarenta mil criados domésticos, ciento treinta y nueve mil nodrizas, cocineras, y recamareras, cincuenta mil labradores, ocho mil herreros, mil quinientos ingenieros y arquitectos y cuatro mil artistas. Ademas, otra multitud de personas dedicadas á diversos ramos de industria y de tráfico.

El que diga que conoce á Lóndres seguramente no habla la verdad. Los cocheros que en todas partes del mundo conocen á palmos las ciudades,

se equivocan y se pierden en ese laberinto de callejones, de jardines, de calles y de patios, que forman á veces cada uno de por sí, una ciudad pequeña.

Londres es una de las ciudades mas irregulares de la Europa. La parte antigua es formada de casas de cuatro ó cinco pisos, sin balconerías, patios, ni corredores. Las calles son angostas, torcidas, irregulares y oscuras; pero hay sin embargo calles sumamente anchas y hermosas que atraviesan en varias direcciones á Londres y que son como las grandes arterias por donde circula diariamente el infinito tráfico y comercio de toda la nacion.

Desde Bayswater, que es una calle formada de jardines y de quintas soberbias, siguiendo en línea recta por la calle de Oxford, High Holborn, Cheap-side y Whitechapel, se atraviesa todo Londres en un espacio de mas de ocho millas por una calle continuada con sus empedrados y aceras, su alumbrado de gas y llena de uno al otro lado de tiendas y almacenes surtidos de los efectos mas raros y esquivos que se pueden imaginar.

Londres realmente está dividido hoy en dos grandes porciones. La *City* es la parte antigua y el *West-End* la parte de la ciudad construida ciento cincuenta años á la fecha.

La *City* es toda del comercio. Allí se encuentra la aduana, la casa de moneda, los bancos, la admi-

nistracion general de correos, los almacenes y los diques.

En el *West-End* se hallan los parques, los palacios de la reina y de los nobles, los teatros de la ópera, los museos y galerías de pintura, las casas de campo y los jardines privados.

La *City* y el *West-End*, tienen diverso aspecto, diversa fisonomía y diverso carácter.

En la *City* no se ven por lo comun mas que coches de alquiler, ómnibus y carruages ligeros que conducen con cuanta velocidad es posible á los hombres de negocios. Grandes carros cargados de fardos y tirados por cuatro ó seis caballos normandos colocados en hilera, circulan en abundancia por aquellas calles y encrucijadas, depositando su cargamento en las bodegas y recogiendo otro nuevo.

Los hombres, vestidos uniformemente de negro se dirigen á pasos precipitados con un paquete debajo del brazo, con una cartera ó con un lápiz en la mano, á los bancos, á la bolsa, á los almacenes ó á los muelles.

Los repartidores del correo con sus libreas encarnadas salen á cada momento de San Martin el Grande, donde está situada la administracion general, á repartir su correspondencia, preocupados de tal manera, que no se cuidan ni aun de las gentes á quienes tienen que atropellar en su carrera precipitada.

Los almacenes que por lo comun son de una

profundidad muy grande, aunque tengan á la vista poca apariencia, llenos de efectos y de compradores y curiosos y el río lleno de una y otra orilla de barcos de todas dimensiones, que entran y salen, cargan y descargan, y son interrumpidos en su marcha á veces por los vapores que en cada puente y estacion dejan y recogen centenares de pasajeros, dan á la *City* un carácter tal de vida y de animacion, que no solamente admira é impone, sino que aturde y confunde al que no está habituado á este eterno ruido y á este infinito movimiento.

Nueva-York dá una idea de lo que es el tráfico y el comercio de la ciudad de Lóndres; pero Bruselas, Berlin, Viena y Paris, parecen tristes y desiertos al que ha tenido la costumbre de vivir en medio de este tumulto organizado que no cesa sino en algunas horas de la noche.

El *West-End* sin carecer tampoco de animacion y de actividad, presenta otra escena diversa. El comercio es verdad que ha invadido algunas de las calles de la aristocracia y de la nobleza; pero ha sido una invasion de lujo y de esplendor. Los sastres y los zapateros, son sastres y zapateros del príncipe Alberto. Los joyeros y modistas son joyeros y modistas de la reina Victoria. Los tapiceros y ebanistas son tapiceros y ebanistas del duque de Clarendon ó la duquesa de Southerland. Las puertas y aparadores de las tiendas son for-

madas con grandes y limpios cristales y con marcos y molduras de metal bruñido y reluciente.

Detras de esas vidrieras constantemente aseadas, se ostentan colocados con gusto y simetría los chales finísimos de cachemira, las porcelanas de China, las sederías de Leon, las vistosas lanas de Escocia, los broncees de Birmingham y los mármoles de Italia. Todo lo que hay de mas delicado, de mas esquisito y de la última moda, se encuentra allí reunido y esos primorosos almacenes visitados por las señoritas de la nobleza que dejan sus carruages elegantes y sus cocheros de peluca blanca y de librea encarnada, presentan un conjunto y vistoso conjunto que revela la delicadeza, la opulencia y el gusto.

La calle del *Regente* y la de *Picadilly* donde se hallan estas tiendas y almacenes, son anchas, rectas, formadas de edificios de arquitectura moderna y pintados al óleo de blanco ó de un amarillo bajo y apacible.

Difícilmente se encuentran en otro país unas calles que como estas, tengan un aspecto tan magnífico y animado.

Las calles donde viven los abogados, los diplomáticos y los barones, condes y duques, tienen una apariencia grave y quizá algunas veces melancólica.

Todo el rumbo de *Belgrave Square* y *Grosvenor Square*, está lleno sin escageracion alguna, no de

casas, sino de palacios. En todas las plazas, que son muchas, hay plantado y bien cultivado en el centro un jardín, con su enrejado de hierro. (*)

Las calles, en vez de ser de losa, piedra ó madera, están construidas bajo el sistema de *Mac Adam*; tienen una superficie tan tersa é igual como cualesquiera de nuestros salones. Regularmente la entrada á las casas es por una escalera corta de granito de Portland y á veces de mármol, tendida sobre la ancha acera y adornada con un balaustrado que termina con dos albornates que sostienen unas farolas con cuatro ó seis luces de gas cada una.

Esta pequeña escalera conduce á un vestíbulo de arquitectura dórica ó jónica, y este vestíbulo da entrada al interior de las habitaciones, todas alfombradas, con escaleras de caoba, con puertas talladas y con balaustrados de metal bruñido.

Nada de tiendas, nada de almacenes, nada de carros ni de negociantes por aquellos rumbos. Parece que no se vive en Londres sino, en un castillo aislado y retirado á muchas leguas de la población.

De noche sobre todo, iluminada cada puerta de las casas con dos farolas y la acera á cada vein-

(*) A estos jardines de las plazas públicas llaman *Squares* los ingleses. Cada vecino tiene una llave de la reja con el privilegio de que puedan entrar los niños y la familia, y la obligación de cultivar un trozo del jardín.

te pasos con un reverbero con cuatro luces de gas hidrógeno, es cuando el aspecto de los *squares* está lleno de interés. Todo está en un completo silencio; de vez en cuando se desprende de entre las columnas de los pórticos algún agente de policía, mudo y silencioso también, como todo el barrio, grave y mesurado en sus pasos como si fuese la estatua del Comendador. Se avanza hasta los enrejados del jardín, dá unos cuantos paseos á la sombra de los árboles y vuelve á entrar y á embutirse entre las columnas y las molduras de los edificios. Cada quince ó veinte minutos se oye el ruido lejano de un carruaje. Se aproxima en efecto un coche espléndido tirado por dos ó cuatro caballos, se detiene en la puerta de una casa, descenden de él dos señoras misteriosamente veladas y envueltas en sus chales de cachemira, y abriéndose una puerta entran y desaparecen esas bellezas, cuyos rizos blondos y cuyos ojos cándidos y azules, apenas se pudieron descubrir un instante por un lado del velo que las ocultaba. La puerta se ha cerrado con estrépito, el carruaje ha desaparecido velozmente, y á los cinco minutos han quedado de nuevo en el silencio mas profundo todas las ricas y aristocráticas habitaciones.

Regularmente la mayor parte de los que van á Europa, no solo dejan de viajar por el interior de Inglaterra, sino que entretenidos durante su corta residencia en las calles centrales, no llegan á conocer ni siquiera superficialmente á Londres.

Es menester en alguna de esas noches despejadas y tranquilas en que se han disipado las nubes del cielo, y en que han cesado las chimeneas de formar las nubes artificiales de la tierra, reconocer esas calles espaciosas del *Regent, del Pall-Mall, de Oxford,* y de *Tottenan Court Road*, iluminadas con luces de mil colores, con linternas y reverberos de las mas caprichosas formas, y presentando una vista óptica tan interesante y tan romántica, como la que concebimos en nuestra mente cuando pensamos en ciudades fantásticas, en edificios maravillosos, en espectáculos que no pueden ecsistir sino en el fuego y en el calor de la imaginacion.

Si de estas calles, donde dura la concurrencia y el comercio hasta las doce de la noche, y á veces hasta la una y dos de la mañana, pasamos á las orillas del Tamesis encontraremos otro espectáculo no menos interesante. Los puentes están iluminados por grandes farolas; los centenares de buques acomodados en una y otra orilla presentan con sus arboladuras y sus cables y cuerdas el aspecto de un bosque en el rigor de un invierno. De las altas chimeneas de las fábricas situadas en las márgenes del río, se escapan á veces columnas de fuego que enrojecen por un momento las ondas, y convertidas en una inmensa columna de humo, se van disipando lentamente ó reposan sobre las aguas profundas del Tamesis.

Si del río se toma por el rumbo de Westminster,

atravesando los inmensos parques, se entra en el verdadero centro del *West-End* y sin cesacion ninguna se puede andar durante cuatro ó seis horas por jardines, palacios, quintas soberbias que no se sabe donde principian, ni se puede averiguar donde acaban.

Muchas veces en estos paseos solitarios y nocturnos me ha sorprendido la luz del nuevo dia, pensando que debia dar gracias á la Providencia porque me habia concedido el admirar una ciudad quizá mas opulenta y grandiosa que las de Babilonia, Itálica, Nínive y otras, cuya fama y cuyos recuerdos no ecsisten mas que en la historia y en unas cuantas columnas y arquitraves rotos y derrumbados en medio del desierto.

Londres durante el dia es el comercio, el cambio y la vida material. Londres durante la noche, es la opulencia, el romance, la vida ideal.

La *City* representa la riqueza del pueblo. El *West-End* la riqueza de la aristocracia.

La *City* representa la libertad, la democracia y el trabajo. El *West-End* representa el principio de la aristocracia, el talento y el descanso. No hay mas que observar en el *West-End*, á un noble con paso tranquilo y mesurado ecsaminando con su lente la belleza de los olmos del parque, y la igualdad y brillo del césped, y compararle con el habitante de la *City* con la bolsa henchida de cuentas y de billetes de banco, ó saltando en el Tamesis de

barco en barco recogiendo de cada uno de los capitanes paquetes de muestras y facturas de embarque, para conocer que está representada perfectamente en estos dos individuos la division material de Londres.

En la *City* está la prision y la Penitenciaría: es decir, el lugar del sufrimiento y del castigo del pueblo: en el *West-End* está el *Club* y la ópera italiana, es decir, el lugar de holganza y de la delicia del rico y del noble.

En el *West-End* está el palacio: es decir, el principio y la fuente de la monarquía.

En la *City* están las casas municipales: es decir, el principio y la fuente de la autoridad popular.

La gran vanidad de muchos de los nobles ingleses, consiste en haber residido treinta ó cuarenta años en Londres, y no haber pasado nunca de *Temple Bar*; es decir, no haber pasado nunca del antiguo límite romano, normando y sajón.

El orgullo de los grandes comerciantes es haber residido durante treinta ó cuarenta años trabajando en su escritorio situado en los oscuros pasadizos de *Austin Friars*, *Adams Court* ó *Copthall Buildings* y no conocer ni aun de vista ni á la reina ni á los príncipes.

El *Vest-End* tiene su reina y su corte á quien obsequia y aplaude; pero la *City* tiene tambien su rey y su corte. Mientras la reina Victoria pasea en su carruaje abierto tirado por seis caballos en

el parque de San James, el Lord Maire se ostenta tan orgulloso y satisfecho como la soberana, y surca las aguas del Támesis con su barca con una esfinge dorada en la proa como las antiguas góndolas de Venecia.

Si la reina tiene su coche de Estado, tambien el rey electivo del comercio tiene su pesado carruaje lleno de molduras y de relieves del gusto antiguo, tirado por seis poderosos caballos de la raza normanda y conducido por cocheros y postillones que visten la librea roja de la nobleza de Inglaterra.

Y luego, cuando la reina de la Gran Bretaña se digna hacer una visita de ceremonia á sus leales banqueros, á sus fieles fabricantes y á toda esa poblacion trabajadora que vive y se enriquece en las orillas del Támesis, la ciudad cierra sus viejas puertas y todos los corregidores, todos los miembros de los gremios, sociedades y compañías vestidos de calzon corto y de uniforme morado, bordado de seda, precedidos del Lord Maire se presentan á entregar las llaves á la reina y á ofrecerle la hospitalidad con el amor, respeto y veneracion con que se usaba en los tiempos de los primitivos sajones.

En esas ocasiones se cierran los almacenes, se suspenden por un momento los negocios y todos se ocupan en llenar de banderolas, de gallardetes y de letreros de luz las antiguas calles del *Strand*, *Fleet*, *Ledenhall* y *Cheapside*, por donde han pasado en solemne procesion tantos soberanos y tantas

reinas ántes y despues de haber colocado sobre sus sienes la corona de fierro de San Eduardo.

Lo mas notable y singular de todo esto es, que á pesar de las diferencias tan marcadas entre la *City* y el *West-End* hay una armonía perfecta y se hallan tan bien combinados los elementos que una y otra parte se comunican mutuamente su fuerza, su poder y su riqueza para formar de Lóndres moderno el emporio del comercio, de la riqueza y de la industria de todo el mundo.

Es un error creer que Lóndres es la capital de la Gran Bretaña. Esto no es cierto, Lóndres es la capital de toda la tierra, el asilo comun de la civilizacion y de la libertad de todo el género humano.

La fundacion del Banco no se debió al estado de prosperidad, de que goza la *City*, sino al estado de decadencia y abatimiento en que se hallaba ántes de su fundacion. Este es el origen de su prosperidad actual.

XII.

EL BANCO REAL.—EL LLOYD'S.

Harémos una visita á algunos de los establecimientos mas notables que, segun hemos dicho, existen en la *City*.

Como monumento mercantil ocupa el Banco Real el primer lugar, no solo en Lóndres, sino en el resto de la Gran Bretaña y de Europa. A pesar del esfuerzo de los franceses que en algunas épocas han llegado á un grado de gloria y de esplendor bien notables, apesar de la actividad é inmensa riqueza de los holandeses, à pesar tambien del orgullo y esfuerzos de todos los escoceses, ni el Banco de Francia, ni el de Amsterdam, ni el de Edimburgo, han llegado á tener ni el movimiento, ni el firme y sólido crédito del Banco de Inglaterra. (*)

(*) Desde 1833 hasta 1845, el Banco real de Inglaterra ha tenido anualmente en circulacion por término me-

reinas ántes y despues de haber colocado sobre sus sienes la corona de fierro de San Eduardo.

Lo mas notable y singular de todo esto es, que á pesar de las diferencias tan marcadas entre la *City* y el *West-End* hay una armonía perfecta y se hallan tan bien combinados los elementos que una y otra parte se comunican mutuamente su fuerza, su poder y su riqueza para formar de Lóndres moderno el emporio del comercio, de la riqueza y de la industria de todo el mundo.

Es un error creer que Lóndres es la capital de la Gran Bretaña. Esto no es cierto, Lóndres es la capital de toda la tierra, el asilo comun de la civilizacion y de la libertad de todo el género humano.

La fundacion del Banco no se debió al estado de prosperidad, de orden y de quietud de la Inglaterra, sino al comercio que se hizo en el comercio, y á la necesidad de un establecimiento que se hallaba en la época de la guerra de los treinta años.

XII.

EL BANCO REAL.—EL LLOYD'S.

Harémos una visita á algunos de los establecimientos mas notables que, segun hemos dicho, existen en la *City*.

Como monumento mercantil ocupa el Banco Real el primer lugar, no solo en Lóndres, sino en el resto de la Gran Bretaña y de Europa. A pesar del esfuerzo de los franceses que en algunas épocas han llegado á un grado de gloria y de esplendor bien notables, apesar de la actividad é inmensa riqueza de los holandeses, à pesar tambien del orgullo y esfuerzos de todos los escoceses, ni el Banco de Francia, ni el de Amsterdam, ni el de Edimburgo, han llegado á tener ni el movimiento, ni el firme y sólido crédito del Banco de Inglaterra. (*)

(*) Desde 1833 hasta 1845, el Banco real de Inglaterra ha tenido anualmente en circulacion por término me-

La fundacion del Banco no se debió al estado de prosperidad, de órden y de poder de la Inglaterra, sino muy al contrario tuvo origen en el desconcierto, miseria y abatimiento en que se hallaba en esa época el gobierno, el cual tenia muchas veces que pagar 30 á 40 p^s de premio, empeñando como seguridad competente todo el producto de la contribucion establecida sobre la propiedad territorial.

Un escoces llamado William Paterson concibió el proyecto de reunir un fondo para prestar al gobierno permanentemente, con un interés mas moderado, escigiendo como seguridad las nuevas contribuciones que se establecieron con motivo de la guerra con la Francia.

Este fué el origen del Banco que comenzó su giro con un fondo de seis millones de pesos. La primera carta de incorporacion la obtuvo el Banco el 27 de Julio de 1694 en tiempo del reinado de Guillermo y de María.

Tres años despues de establecido el Banco, sufrió un contratiempo con motivo de haberse mandado reacuñar el oro viejo y dispuesto que se emitiesen bonos ó billetes á los tenedores del numario. Estos billetes fueron pagados por abonos con intervalos detres meses. Con este motivo la

dio diez y nueve millones de libras esterlinas cada año (95 millones de ps.) en billetes pagaderos al contado.

desconfianza creció en el público y estos billetes se vendieron hasta con 20 p^s de descuento.

La crisis mas sería fué la del año de 1797, (*) pues una complicacion de circunstancias, tales como

(*) El aumento rápido de la deuda nacional habia alarmado á los tenedores de bonos y billetes, de manera que habia muchos vendedores y muy pocos compradores, resultando en consecuencia una baja considerable en el valor de los fondos públicos. Como se temia, las cosas llegaron á un punto que era preciso que se afectase el banco de Inglaterra, no porque se creyese á sus directores culpables de malversacion ó de imprudentes especulaciones, sino porque todo el mundo sabia que el gobierno habia tomado cantidades inmensas que sirvieron para pagar los subsidios prometidos á las potencias extranjeras y que estas sumas debian haber sido satisfechas en metálico, lo que no se verificó oportunamente, disminuyéndose por razon natural la plata y el oro amonedados del reino.

Los directores del banco habian demostrado diversas ocasiones á Mr. Pitt su situacion comprometida; pero Mr. Pitt no habia hecho caso de estas representaciones y continuaba tomando á título de préstamos el dinero del establecimiento, de suerte que cuando al principio del año les habia pedido ademas de todo lo que tenian facilitado al gobierno, un préstamo de un millon quinientas mil libras para la Irlanda, los directores le respondieron que si se les obligaba á ministrar tal suma se verian probablemente obligados en seguida á cerrar las puertas del Banco.

Este temor de los directores era tanto mas fundado, quanto que desde el principio de la guerra con Francia

la de la carestía de granos, la falta de remisiones de fondos del extranjero y la guerra, que entónces comenzaba, ocasionaron que todo el público corriera à los Bancos particulares à sacar su dinero y que estos establecimientos quebraran en cantidades eshorbitantes. El terror pasó de los Bancos particu-

las gentes guardaban su dinero, y la mayor parte de los capitalistas, negociantes y propietarios retiraron sus fondos de los bancos del país. Era un verdadero terror pánico que de aumentó se hora en hora. Desde el 20 hasta el 24 de Febrero de 1797 el Banco estuvo constantemente sitiado por los tenedores de bonos que escigian se les cambiasen por dinero. Los directores, sumamente afligidos y embarazados, enviaron una comision à Mr. Pitt, encargada de referirle todo lo que pasaba. Mr. Pitt juzgó tan urgente el caso, que envió inmediatamente un mensaje al rey Jorge III que se hallaba en Windsor. El rey vino en el acto à Løndres y convocó un consejo à pesar de ser domingo, cosa que por primera vez hacia durante su reinado. El resultado del consejo fué que se prohibiese al Banco el pago de los billetes en numerario hasta tanto que el parlamento determinase lo que en el caso conviniera; mas como se prevefa que una providencia semejante difundiria la alarma en todo el público, esta orden fué acompañada de una nota donde se declaraba que la situacion del establecimiento no ofrecia ningun peligro y que los directores tenian la intencion de continuar sus negocios de cambio y de descuento.

El mismo dia que la orden se publicò habia una asamblea general de todos los banqueros y comerciantes y se acordó que decididamente se sostuviese al Banco Real.

lares al Banco Real, hasta el grado que solo quedaron en su tesorería tres millones de libras. El parlamento tuvo que ocuparse de tan grave asunto y decretó la célebre suspension de pagos en numerario, que fué sostenida por el patriotismo inglés y que seguramente salvó à la nacion de una positiva ruina.

para lo cual quedó tambien resuelto *que se recibiesen sus billetes en pago y por cualesquiera suma que fuese.* Los Lords del consejo tomaron una resolucion semejante.

En las cámaras se sostuvo de una parte, que autorizar al Banco à suspender sus pagos en numerario, era lo mismo que constituirlo en un verdadero estado de insolvencia y bancarota; y de otra se contestó, que se trataba en esos momentos de un caso extraordinario para lo cual eran inaplicables las reglas fijas y ordinarias; que como era notorio que el Banco poseía en valores efectivos mucho mas de lo que se le podia cobrar, no se trataba sino de destruir una alarma sin fundamento, que iba à causar que el Banco se quedase sin la plata y oro necesarios. En efecto, segun los informes de las comisiones secretas que entónces se nombraron, resultó que despues de pagar las deudas tenia un sobrantnte el banco de tres millones de libras, sin contar muy cerca de doce millones prestados al gobierno.

Presentados con maestría y elocuencia por Mr. Pitt estos razonamientos à la cámara de los comunes, fueron acogidos favorablemente y casi en el acto se aprobó un decreto que autorizaba à los directores del Banco para emitir billetes y darlos en pago en lugar de moneda. Por un artículo añadido à este decreto todo deudor podia

El Banco volvió á establecer la regularidad de sus operaciones despues del año de 1801, en que se celebró la paz general llamada de Amiens.

En 1825 el Banco sufrió otra crisis con motivo de haberse dispuesto la nueva acuñacion del oro; pero la casa de moneda trabajaba dia y noche y los cajeros del Banco calculaban el tiempo necesario para tener entretenido al público, que acudia á cobrar mientras que recibian nuevas remesas de moneda. Desde esa época hasta la presente el Banco ha caminado en prosperidad y desde su establecimiento

quedar sin responsabilidad ninguna por las cantidades que debiera á sus acreedores, con tal de que ofreciera saldarlas con estos nuevos billetes del Banco. Otro decreto permitia á diversos particulares emitir billetes de una libra. Con esta nueva moneda se hicieron entonces la mayor parte de las transacciones mercantiles.

Todas estas medidas financieras produjeron un efecto extraordinario que excedió aun á las esperanzas del hábil ministro que las concibiera. Aumentada la circulacion, los cambios y transacciones se aumentaron tambien, y el gobierno entonces pudo plantear las contribuciones que necesitaba para los enormes gastos que hacia, para pagar los réditos de la deuda y amortizar algun capital. Entonces algunas gentes decian que el movimiento, la actividad y la multitud de empresas que habia en Inglaterra, no eran mas que engañosas apariencias; pero que andando el tiempo y tomando la circulacion su curso natural, todo este grande edificio de prosperidad financiera deberia venir abajo. (Continuacion de la historia del Dr. Lingard.

tambien ha sido el administrador del gobierno unas veces y su refaccionario y cajero otras, utilizando por solo esta causa una suma anual de cosa de millon y medio de pesos.

El Banco está dirigido por un gobernador, un vicegobernador y veinte y cuatro directores, de los cuales ocho se renuevan anualmente. Para ser director se requiere tener lo menos 2.000 libras en acciones.

El gobernador y todos los directores tienen una sesion cada semana, pero la junta permanente se compone del gobernador y tres directores que asisten diariamente al despacho de los negocios desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Cada año hay una junta general de todos los accionistas, ya para elegir directores, ya para examinar las cuentas y asuntos de que se ha ocupado el Banco.

Hemos dicho que en 1694 el Banco comenzó sus negocios con seis millones de pesos; pues bien, veamos su estado en 1851. Está situado el Banco Real en un inmenso edificio cerca de la Bolsa y por virtud de muy respetables recomendaciones, el portero, vestido con una gran capa encarnada llena de galones de oro y con su sombrero tricórne y un alto baston con un inmenso puño dorado, me condujo al archivero, el cual me enseñó las cartas originales otorgadas al Banco, con el sello y firmas de los soberanos y de los ministros de Estado, y

uno de los dos billetes de quinientas mil libras que se conserva allí por curiosidad.

El otro billete está en poder del duque de Devonshire, quien hasta ahora no habiendo tenido necesidad de ocurrir á cobrarlo, lo tiene en su casa colocado debajo de un capelo de cristal.

El archivero me consignó á un cajero, el cual me hizo recorrer multitud de piezas, donde pude observar que habria unos sesenta ú ochenta cajeros y otros tantos tenedores de libros ocupados en recibir dinero y pagar billetes, y en llevar las cuentas corrientes, sin esageracion, de la mitad del género humano. Concluida la visita á las piezas del despacho público, el cajero me saludó y me entregó á otro dependiente, el que me condujo á un departamento donde se halla la máquina de pesar moneda, que por cierto es la mas fina é ingeniosa que he visto. Consiste en unas balanzas tan sensibles que basta para hacerlas inclinar, el peso del pelo de una pluma; pero lo singular no es esto, sino que esa balanza está acompañada de un aparato por medio del cual los escudos que tienen íntegro su peso, son arrojados de un lado y caen á un saco, mientras los que están faltos de peso, aunque sea en una cantidad imperceptible, son arrojados á otra parte y caen á otro saco diverso.

La máquina, pues, hace por sí sola las funciones del mas esperto é inteligente cajero.

Las operaciones del Banco, que ocasionan que se

llenen diariamente muchos libros, y que se emitan nuevos billetes, pues una vez cobrados al Banco las notas circulantes las agujera y amortiza, ecsigen una encuadernacion y una imprenta.

El primer establecimiento nada tiene de particular, si no es la multitud de artesanos que en él se ocupan. En cuanto á la imprenta, las prensas en que se imprimen los billetes, son de mano y de cilindro voluntario; pero estas prensas están unidas á otra maquinaria, por medio de la que á cada golpe de la prensa aparece en un cuadro un número que indica la cantidad de billetes que el operario va imprimiendo. Este número tiene una doble cara que da á otra pieza, donde se hallan dos ó tres dependientes de mucha confianza, ocupados en dar el papel ya cortado y mojado á los impresores, y en llevar una cuenta muy esacta de los billetes que se tiran, para entregarlos al director ó gefe de los cajeros que están encargados de emitirlos. El papel se fabrica especialmente y con ciertas marcas de luz y contraseñas, habiendo ademas establecidas otras seguridades que se mantienen en secreto, entre solo algunos de los dependientes del Banco, para evitar la falsificacion.

Los ingleses tienen la idea de no enseñar á los extranjeros multitud de cosas curiosas é interesantes. Por ejemplo, jamás muestran las habitaciones de la reina, aun cuando esté ausente de los palacios de Londres. Nunca tampoco enseñan los

grandes depósitos de armamento y municiones, ni el despacho privado de la oficinas.

Entre las cosas que á los ingleses no les agrada mostrar frecuentemente, se puede enumerar el tesoro del Banco. Por las publicaciones de los periódicos todo el mundo sabe la cantidad que existe; pero se puede asegurar que muy pocos la han visto.

Sin embargo, como yo estaba provisto de una recomendacion del ministerio de negocios extranjeros y de una tarjeta de Mr. Rostchild, apenas presenté estos documentos, cuando el dependiente que me habia enseñado la máquina de pesar moneda y la imprenta, me condujo al piso bajo y me entregó á otras dos personas, que sin duda estaban encargadas de ese departamento.

Inmediatamente encendieron unas lámparas, tomaron las llaves y acompañados de dos veladores ó vigilantes, nos encaminamos, subiendo y bajando escaleras, atravesando patios, ya grandes, ya pequeños y pasando por multitud de callejones y corredores, tan oscuros como los tránsitos y galerías de nuestras minas.

Llegamos por fin á una bóveda, segun creo subterránea, y nos detuvimos ante una puerta pequeña de fierro y penetramos por ella como quien entra á una caja de fierro semejante á la que usan los grandes banqueros para guardar su dinero. A poca distancia habia otra puerta con una cerradura

mas complicada, y finalmente otra tercera puerta de madera, sumamente gruesa y maciza, que daba entrada á la amplia y misteriosa tumba donde está concentrado el poder, la fuerza, la paz, la guerra, la felicidad, la abundancia y quizá tambien todos los males que volaron por el mundo cuando la curiosa Pandora abrió la caja fatal que se le habia confiado.

Todos estos elementos de bien y de mal encerrados debajo de una vóveda de piedra y de fierro, á prueba de fuego, de bomba y de agua, consistian en pequeños barretones de oro de California, en saquitos de rublos de Rusia, y en costales de pesos mexicanos, todavía no fundidos; en barras de plata de las Américas del Sur, y aún en águilas americanas labradas con el oro de la Virginia.

La riqueza mineral de todos los países de la tierra estaba allí dignamente representada, y escepto en el banco de Francia, se puede asegurar que en ninguna parte del mundo habia tanto dinero reunido como en aquel lugar.

Probablemente no bajarían de 75 los millones que habia encerrados. Salí de allí sin disgusto, sin envidia, sin desear otra cosa sino ver realizado en mi país un establecimiento de esta clase, aunque fuese en una escala muy pequeña, y pensando al atravesar de nuevo aquellos pasadizos oscuros, que si á mis guías les hubiese ocurrido apagar las luces y retirarse, me habria sucedido literalmente lo que

al rico avariento, es decir, me habria muerto de hambre procurando hincar el diente, aunque en vano, en los tejos de oro y plata.

Hay economistas sin embargo, en nuestro país, que opinan que los metales preciosos no pueden tener mas destino que reducirse á moneda y una vez reducidos á moneda, guardarla sin que salga ni un solo centavo.

A pesar de la inmensa importancia financiera y mercantil del Banco, no hay edificio mas irregular, mas lóbrego y mas triste que en el que se guarda esa gran riqueza. Si se exceptúa un doble peristilo corintio que se halla en un ángulo en la parte exterior, todo lo demas consiste en una reunion de piezas grandes y pequeñas y de pasadizos tan oscuros que continuamente es necesario que se hallen alumbrados con gas.

La persona que mas influjo tuvo en la direccion material del edificio, y que cambió y añadió piezas y corredores, fué Sir John Soane.

A juzgar por el estado natural en que dejó el edificio de que nos ocupamos, y el museo que fué de su propiedad, situado en *Lincoln's Inn Fields*, era el hombre mas esacto, mas eficaz y mas curioso que se puede imaginar; pero al mismo tiempo el mas cándido y el mas nécio de todos los anticuarios. Su casa, de una apariencia bastante regular, es en el interior tan estrecha, tan incómoda y tan caprichosa como el Banco. El Museo contiene algunas

cosas curiosas; pero en lo general no se encuentra sino una coleccion informe, tan inservible y ridícula, como la del célebre gabinete de curiosidades de Berlin. Volvamos al objeto de este capítulo.

Generalmente se cree en México que los ingleses han llegado á simplificar tanto el método de las oficinas y establecimientos públicos, que con tres ó cuatro personas basta para tener en corriente todo el despacho. Esto es inesacto.

Sin negar la regularidad, la esactitud y la perfeccion del sistema inglés en esas materias, haré notar que esto es debido á que todo establecimiento importante tiene los dependientes necesarios, y estos dependientes puntualmente pagados y con muy buenos sueldos.

Los directores del Banco tienen 40 mil pesos de sueldo al año. Y entre pagadores, tenedores de libros, grabadores, impresores y dependientes dedicados á otras ocupaciones, tiene el Banco mil personas á su servicio, es decir, poco mas ó menos el mismo número á que ascienden los empleados en todas las oficinas de la capital de México.

Despues del Banco debe citarse como edificio muy notable la Bolsa, (*Royal Exchange*), por las grandes transacciones que se hacen diariamente en aquel lugar y que exceden á veces á lo que se puede concebir en la imaginacion. Todo el continente europeo, algunos de los países de Oriente y todas

las Américas del Norte y del Sur, (*) deben una inmensa cantidad de millones al comercio y á los banqueros ingleses.

No solo dentro de Inglaterra, sino en cualquier parte del mundo donde hay caminos de fierro, canales, puentes, máquinas y vapores, se puede asegurar que en su mayor parte se han hecho con dinero inglés, ó al ménos con dinero sacado de la plaza de Lóndres. Pues bien, toda esta gran riqueza representada por bonos, se compra y se vende diariamente en la Bolsa, en cantidades fabulosas. El que tiene bonos de Rusia los vende para comprar peruanos ó mexicanos.

El que tiene mexicanos ó chilenos, segun las noticias que corren, se deshace de ellos para adquirir acciones de caminos de fierro ó canales.

Un mal humor del ministro de negocios extranjeros, una espresion equívoca del embajador ruso, un decreto del gobierno frances aumentando el ejército, una noticia de una sublevacion en Austria, un aviso falso, un chisme de un periódico; en fin el mas pequeño incidente hace bajar ó subir el precio de los bonos y produce una alteracion en cantidades enormes que forman la rápida é improvisada fortuna de mu-

(*) Segun el *Report* del antiguo comité de tenedores de bonos hispano-americanos, las nuevas repúblicas que fueron ántes colonias españolas, debian á la Inglaterra la suma de 36 millones de libras esterlinas, que á cinco pesos, son 180 millones de pesos.

chos y causan la ruina positiva y repentina de otros, porque es menester tener presente que la actividad y elementos de este comercio, lo constituyen precisamente estas noticias, estas contingencias, y estas casualidades que se suceden y se multiplican diariamente al regreso de los correos que parten de Inglaterra para todas las partes del mundo.

Para todas estas transacciones no se necesita ni del dinero al contado ni aun de tener materialmente los bonos.

Dos corredores, despues de haber tomado en una taberna un gran plato de sopa llena de pimienta y una botella de cerveza amarga de Escocia, se dirigen á la Bolsa, abren su cartera, sacan su lápiz y despues de haberse hablado pocas y concisas palabras, concluyen una operacion de trescientas ó cuatrocientas libras, retirándose en seguida con una calma y tranquilidad inalterables y no volviéndose á saludar sino á los quince dias, en cuyo plazo forzosamente los acontecimientos y las noticias han hecho perder al uno y ganar al otro.

El edificio donde se hacen todas estas operaciones es grandioso é imponente. Una ancha escalera de granito conduce á un pórtico formado de ocho columnas de orden corintio de cuatro piés de diámetro por setenta y cuatro piés de elevacion. Las columnas están sosteniendo un gran tímpano en cuyo centro hay multitud de figuras en bajo relieve que representan al comercio, á la industria, y á la

marina. El interior se compone de un estenso patio descubierto y en sus cuatro costados una espaciosa galería formada de columnas de orden corintio. Este edificio fué formado en el año décimotercio del reinado de Isabel, y restaurado en el año de 1844, séptimo de Victoria. Se calcula su costo en cerca de ochocientos mil pesos.

En el piso alto se encuentra la oficina del *Lloyd's* que contiene una magnífica sala de cien piés de largo, destinada para las juntas de los suscritores. Otra que se llama salón de los comerciantes, adornada con mapas y cartas marinas; otra que se llama sala de los capitanes; y otra destinada al club del comercio, donde tienen entrada franca todos los extranjeros que visitan á Londres con el objeto de hacer negocios.

Todas estas piezas y las destinadas para las oficinas y direccion se hallan adornadas suntuosamente y visitadas en todas las horas del despacho, que son de las diez á las cuatro de la tarde, por los armadores de buques y comerciantes mas ricos de la ciudad.

Cuando oímos decir por estos mundos que las suscripciones cuantiosas para los préstamos y las grandes y tumultuosas juntas de los tenedores de bonos, se hacen en una *taberna* y las noticias de los grandes armamentos de buques y desastres de la marina se adquieren en un *café*, no podemos ménos ateniéndonos á la significacion que en español tie-

nen estas palabras, de formar una idea inesacta y esagerar en alto grado el carácter de los ingleses.

Como en una taberna ó en un café, en medio de los ociosos y de los habituados á la cerveza y los licores; por no decir de los borrachos, se tratan asuntos de tanta importancia, y en los cuales se versan considerables cantidades de dinero? ¿Qué quiere V.ª responde alguno de los que tienen pretensiones de saber lo que pasa en Europa, así son los ingleses; todo lo hacen bebiendo en las *tabernas* y platicando en los *café*s.

Todo esto se explica cuando se sabe que el establecimiento de que acabamos de hacer mérito, donde todo se halla en un perfecto orden y arreglo, y establecimiento que los ingleses llaman *noble*, no solo por su lujo material, sino por su importancia moral, se conoce vulgarmente con el nombre de *Café del Lloyd's*.

Es necesario añadir algunas palabras sobre el objeto de esta institucion. Establecidas las compañías de seguros para los buques, fué necesario con el tiempo para que estas compañías no perdieran el dinero, que se tuviese una noticia del estado de cada buque; pero como esto no era fácil, atendiendo el número infinito de buques mercantes de la Gran Bretaña, fué necesario establecer una grande asociacion que se encargara de todas estas operaciones.

Este es el origen de la oficina del *Lloyd's*.

Tres cosas acaban con la vida de los barcos, las tempestades, la *broma* y la edad.

La oficina del *Lloyd's*, compuesta de una junta nombrada por todos los aseguradores, tiene agentes en los principales puertos del mundo y lleva una noticia esacta de la edad de los buques, del estado en que se hallan para el servicio de la mar, de su capacidad para largas navegaciones, y segun se califican todas estas circunstancias, así es la cantidad en que se asegura el buque. Apénas ocurre un naufragio, una avería ó cualquier otro accidente, aunque en la parte mas remota de la tierra, cuando la gente del *Lloyd's* se apresura á comunicar á la oficina de Lóndres todos los pormenores y particularidades con la mayor esactitud.

Todo esto se asienta, así como las entradas y salidas de buques en los principales puertos del mundo, en dos libros que se hallan diariamente abiertos en la oficina para que puedan saber los suscritores todas las noticias que les interesan.

XIII.

LOS DIQUES.—EL TUNEL,

El Banco Real y la Bolsa de Lóndres son las dos grandes ruedas que dan movimiento á esa inmensa é ingeniosa maquinaria que se llama *crédito y circulacion*; pero junto á esas ruedas de una potencia tan infinita hay otras que forman el conjunto admirable de la riqueza metálica de Lóndres.

Estas ruedas son los Bancos formados por medio de compañías ó asociaciones particulares que gozan del privilegio de emitir billetes en proporción de la mitad ó tercera parte del capital efectivo que representan; pero que no tienen ni el enlace que el Banco Real con la administracion pública, ni la preminencia de descontar las obligaciones del gobierno, y de suplirle en cambio de los productos de las contribuciones, la cantidad designada en los presupuestos para los gastos nacionales.

Este es el origen de la oficina del *Lloyd's*.

Tres cosas acaban con la vida de los barcos, las tempestades, la *broma* y la edad.

La oficina del *Lloyd's*, compuesta de una junta nombrada por todos los aseguradores, tiene agentes en los principales puertos del mundo y lleva una noticia esacta de la edad de los buques, del estado en que se hallan para el servicio de la mar, de su capacidad para largas navegaciones, y segun se califican todas estas circunstancias, así es la cantidad en que se asegura el buque. Apénas ocurre un naufragio, una avería ó cualquier otro accidente, aunque en la parte mas remota de la tierra, cuando la gente del *Lloyd's* se apresura á comunicar á la oficina de Lóndres todos los pormenores y particularidades con la mayor esactitud.

Todo esto se asienta, así como las entradas y salidas de buques en los principales puertos del mundo, en dos libros que se hallan diariamente abiertos en la oficina para que puedan saber los suscritores todas las noticias que les interesan.

XIII.

LOS DIQUES.—EL TUNEL,

El Banco Real y la Bolsa de Lóndres son las dos grandes ruedas que dan movimiento á esa inmensa é ingeniosa maquinaria que se llama *crédito y circulacion*; pero junto á esas ruedas de una potencia tan infinita hay otras que forman el conjunto admirable de la riqueza metálica de Lóndres.

Estas ruedas son los Bancos formados por medio de compañías ó asociaciones particulares que gozan del privilegio de emitir billetes en proporción de la mitad ó tercera parte del capital efectivo que representan; pero que no tienen ni el enlace que el Banco Real con la administracion pública, ni la preminencia de descontar las obligaciones del gobierno, y de suplirle en cambio de los productos de las contribuciones, la cantidad designada en los presupuestos para los gastos nacionales.

Por las dos calles laterales al Banco, es decir, por las calles de los *Lombardos*, de famosa memoria, del rey Guillermo, y por la *vieja calle ancha*, se despliega una serie de edificios, llena de escritorios, de despachos, de oficinas, de pagadurías; pues bien, todos estos locales llenos de gente todo el día, cobrando billetes, conduciendo sacos de oro hasta en carretas, son otros tantos Bancos cuyo capital fundamental varia desde doscientas mil hasta tres ó cuatro millones de libras. Añadida la riqueza del Banco Real y tomada en conjunto la de los demás establecimientos, forma una suma tan prodigiosa de oro y plata, que probablemente jamás se había conocido en la antigüedad, ni se encuentra hoy reunida en ninguna otra parte de la tierra, excepto en el seno profundo y misterioso de las montañas de nuestra Sierra Madre. He aquí la fuerte tentación de cuatrocientos mil rusos ó franceses. En una sola noche conquistarían en Londres mas tesoros que los que adquirieron Alejandro y César en todas sus campañas.

Si en los Bancos se conoce, ó al menos se puede calcular aunque inesattamente, la riqueza metálica reunida en Londres, es menester visitar los diques para poder formar una idea de la inmensidad de tesoros en especies depositados en aquellos almacenes.

Los diques se forman de un depósito de agua tomada del río Tamesis, por medio de un canal. Ese

depósito de agua está dividido en diversas porciones por medio de gruesas paredes, y algunas de estas divisiones cerradas con puertas de madera, que se levantan para darle salida al agua, y entrada á los buques. Cuando las mareas suben y que son muy abundantes en los puntos donde están situados los diques, naturalmente se llenan de agua. Entónces las puertas se bajan y quedan los buques allí encerrados, flotando perfectamente, separados unos de otros y aislados del río.

Los diques tienen el doble objeto de que los armadores ó empresarios de las líneas de buques tengan un lugar fijo y seguro donde colocar sus buques cuando llegan de los viajes; y segundo, que las mercancías puedan descargarse con poco costo y con mucha facilidad, acomodándose en un perfecto orden para evitar el extravío ó deterioro en almacenes cómodos y apropiados. Por esta causa la palabra española *diques*, no significa sino imperfectamente lo que los ingleses llaman en conjunto *docks*.

Estos diques no se han construido en un solo punto, sino en varios de las orillas del río, y como han sido formados por el sistema de compañías, cada una ha tomado su nombre respectivo que la distingue de las otras. Hoy existen:

Los diques de las compañías de las Indias Orientales y Occidentales.

Los diques de Londres.

Los diques comerciales.

El gran canal de Surrey.

Los diques de Santa Catarina.

Los diques de Oeste.

La compañía del canal del Regente.

Los diques que tienen mas estension y capacidad para recibir, tanto las embarcaciones como los cargamentos, son los de Santa Catarina, cuya construcción se concluyó el año de 1824; su costo llegó à once millones de pesos. Los diques de Londres se comenzaron el año de 1805; pero no terminó completamente su construcción hasta el año de 1844. Su costo fué de veinte millones de pesos.

Siguiendo la dirección del río, se encuentran también el famoso arsenal de Deptford, donde se han construido desde el año de 1843 hasta el de 50, diez y seis vapores de guerra de *tornillo de Arquímedes*.

Este arsenal corre de cuenta ó al ménos está bajo la inspección de la célebre compañía llamada de la *Santísima Trinidad*, que tiene á su cargo todos los negocios relativos á los faros, reverberos y luces de las costas, y á las boyas y señales marítimas del reino de la Gran Bretaña.

A cinco millas del arsenal de que acabamos de hablar, y á orillas también del río Támesis, se halla el Real Astillero de Woolwich, donde se encuentra la fundición de cañones, la maestranza de artillería, los depósitos y almacenes del ejército, la

academia militar, los cuarteles de infantería, artillería y marina, los diques necesarios para recibir y encerrar los buques de la marina real, y las oficinas, y talleres para la construcción de los buques. Durante veinte años se han construido en el arsenal de Woolwich cincuenta y dos buques de guerra, siendo de ellos mas de la mitad vapores de ruedas y de tornillo Arquímedes.

Así es que comenzando desde el puente de Londres y terminando en Woolwich, es decir, en una estension de mas de tres leguas mexicanas, el río está cubierto de barcos de todas dimensiones y sus orillas de diques, de canales, de astilleros mercantes ó de guerra, y de almacenes llenos de los mas valiosos efectos del mundo, á veces en abundancia tal, que pareceria increíble cuanto se refiere.

El visitar con espacio y detenimiento todos los diques que acabamos de mencionar, seria obra de dos ó tres meses; sin embargo, con cuatro ó seis días de paseo, se puede adquirir una idea aproxiada de la gran riqueza mercantii depositada en aquellos almacenes y de la inmensa concurrencia de barcos de todas las naciones que hacen que Londres sea hoy el primer puerto del mundo.

Cada clase de mercancía tiene destinados sus respectivos almacenes. Las maderas que llegan de la América y de la Rusia, se colocan en amplias galerías con separación de clases y de calidades. El sebo, el tabaco, el algodón, el lino, el cáñamo, el

alquitran, la brea y demas sustancias resinosas tienen sus respectivos departamentos. Un dia entero no seria bastante para visitar los almacenes de tabaco ó de algodón. En dos ó tres horas ví yo mas cajones de puros habanos y mas pacas de algodón en los diques de Lóndres, que en un mes en la Habana ó Nueva-Orleans, que como es sabido, son los depósitos y mercados de la mayor parte del tabaco y del algodón que se consume en el mundo.

El vino está depositado en unas catacumbas y separado tambien segun sus clases y procedencias.

Dos ó tres de esos subterráneos espaciosos están llenos de pipas de vino de Oporto, otros tantos de vino de Madera ó Jerez y así sucesivamente. Todas esas bóvedas pueden contener de sesenta á setenta mil pipas de vino. A todo el que visita los diques lo acompañan dos algunos los guardas ó dependientes, quienes lo conducen durante horas enteras por aquellos subterráneos, iluminados solamente por la débil luz de las lámparas de aceite que cada uno lleva en la mano.

Todo lo que no está alumbrado por la luz clara y meridiana del sol se rodea naturalmente de dudas y de misterio. En un lugar oscuro se anda con desconfianza y precaucion, y lo poco que se percibe con la luz artificial ó con la escasa claridad de una ventanilla ó de una claraboya lejana, se ve de una manera ecsagerada y fantástica. Así cualquiera que visite estos subterráneos se figurará co-

mo yo, que descendia á las catacumbas santas y misteriosas donde los primitivos cristianos se juntaban para bendecir y alabar á Dios á pesar de los edictos, de las persecuciones y de la vigilancia de los emperadores romanos. Pero esta ilusion mística desaparece y se borra completamente á los diez minutos de recorrer aquellas cavernas, porque es preciso bajo la pena de pasar por incivil y hasta por bárbaro, probar las diversas clases de vinos allí encerrados.

Cada uno de los conductores lleva, como se ha dicho, en una mano una candileja; pero faltaba añadir que la otra mano va ocupada con un vaso. Antes de salir de la caverna del vino de Borgoña se destapa una pipa, se llenan los vasos y poniendo las luces en el suelo y sentándose en alguna de las gruesas vigas que sirven para estivar los barriles, se saborea el delicioso licor mencionado, su edad y su patria, y ensalzando la fama y reputacion del fabricante.

Con los vinos sucede al contrario que con los hombres. La vejez debilita, enferma é inutiliza al hombre, mientras comunica vigor, fuerza y superioridad al vino; pues bien, los vinos depositados en Lóndres, no solo tienen una edad muy avanzada, sino que los nobles y grandes señores ingleses los mandan á viajar, y pipas de vino hay que han dado cuatro veces la vuelta al mundo.

Haciendo este género de reflexiones, se pasa á

la caverna donde está encerrado el Oporto. De la prision del Oporto se pasa á la del Jerez, á la del Rhin, y así sucesivamente, y como en cada una de estas cárceles se llenan los vasos, se repiten las pruebas y se multiplican los elogios, y los ingleses no admiten excusa y se dan por desairados y ofendidos cuando se trata de vinos añejos y que han adquirido la esperiencia de los viages, no es extraño que los que estén poco acostumbrados á estas esperiencias, salgan de aquella visita mirando duplicados y aun triplicados los mástiles, los cabos y las cuerdas de la multitud de buques encerrados en aquellas magníficas construcciones que se llaman los diques de Lóndres y que no tienen en el mundo mas rivales que los diques de Liverpool.

Muchos españoles creen todavía con la mejor buena fé, que el Escorial es la octava maravilla. En los tiempos antiguos se contaban sin duda mas de siete maravillas, y para convencerse de esto no hay mas que consultar á Diodoro de Sicilia y á Heródoto; pero en los tiempos modernos las maravillas se han multiplicado de una manera notable no solo en Europa, sino dentro de España misma.

La Alhambra de Granada es la novena maravilla.

La Mesquita de Córdoba la décima. La Giralda de Sevilla la undécima, y así sucesivamente; pero si las grandes obras del talento, del ingenio y de la constancia del hombre merecen distinguirse con un

título imperecedero, no cabe la menor duda en que el *Tunel* de Lóndres debe entrar en el rango distinguido de las maravillas de los tiempos modernos. Verdad es que la vista del Tunel no produce el efecto ni la admiracion profunda que las Pirámides de Egipto ó la Basílica de Róma, si no es considerando que encima de aquel subterráneo, sostenido por una doble arquería, descansa el lecho de un rio ancho y profundo donde navegan navíos de tres puentes, cuyos cargamentos pesan tres ó cuatro mil quintales.

El pensamiento de construir un paso subterráneo en el rio Tàmesis, fué concebido hace cincuenta y cinco años por un ingeniero llamado Ralph Dodd. En el año de 1805 se formó en Lóndres una compañía, y dos años despues se comenzaron las obras. El año de 1808 se habia hecho una escavacion de mas de doscientos piés; pero repentinamente rompió el rio con una fuerza tal que inundó y destruyó completamente todas las obras. La compañía se disolvió y el proyecto quedó abandonado.

La construccion del Tunel se debe en la realidad á un gusano, y vamos á referir como pasó esto.

Seis años despues de haberse abandonado el proyecto de Dodd, es decir, el año de 1814, se hallaba empleado un ingeniero en la construccion de una maquinaria en Chatham. Este ingeniero era como todos los hombres sábios, dedicado á la contem-

placion y al estudio de la naturaleza, y no perdía ocasion de observar el trabajo de las semillas para germinar, de las plantas para crecer, y de los animales para hacer sus nidos y habitaciones.

Pasando cerca de un barco que estaban componiendo en un dique, observó multitud de agujeros pequeños hechos por un insecto en la madera del costado de la embarcacion. Esto fué bastante para traer á su imaginacion todos los trabajos que ya se habian ejecutado con mal éxito en el Támesis. Pensó que los insectos que carcomian el costado del buque no ejecutaban otra cosa mas que unos tuneles pequeños y volvió á investigar con mas cuidado y atencion que ántes, observando que el insecto por medio de las antenas colocadas en su cabeza ejecutaba la escavacion, y que inmediatamente la revestia con una secrecion calcárea, que endurecida impedía que penetrase el agua.

Desde entónces el ingeniero creyó posible la ejecucion del Tunel é inventó una maquinaria ó aparato que ejecutase en grande escala el mismo trabajo que el insecto hacia en pequeño.

El insecto, es decir, el maestro, se llama *Teredo navalis*.

El ingeniero, es decir, el discípulo, se llamaba Isamberto Branel.

Desde 1814 en que esto pasaba, hasta 1823, el ingeniero permaneció fijo en su idea, y no cesó de hacer pruebas y modelos del aparato ó maquina-

ria que se proponia emplear en la construccion de la obra.

En 1825 se formó una nueva compañía y se comenzaron los trabajos por la escavacion de un gran pozo perpendicular á poca distancia de la orilla del rio en el punto llamado Rotherhithe.

Conforme lo habian pronosticado los geólogos, á pocas varas de profundidad encontró el ingeniero una capa muy espesa de arenisca, que costó mucho trabajo, mucho dinero, y mucho tiempo el remover. Se concluyó por fin el pozo y comenzó la escavacion horizontal el mismo año de 1825, aplicándose inmediatamente el aparato ó maquinaria del ingeniero, la cual consistia en un grande armaron circular de madera, con las divisiones necesarias para que pudieran trabajar los operarios, los cuales á medida que escavaban y que echaban fuera la piedra, la arena y el cascajo, revestian inmediatamente el lugar escavado con una capa gruesa de ladrillos unidos con cimento romano. Se vé que literalmente se seguía el plan admirable del *Teredo navalis*.

Conforme terminaba la escavacion y la construccion en todas las diversas celdillas ó divisiones de la maquinaria, esta se movia y se adelantaba hasta concluir otro nuevo trozo de obra, lográndose con este procedimiento que toda la parte ya perforada quedase segura y libre de las irrupciones que pudiese hacer el rio.

Algunas personas que vieron esta maquinaria me han dicho que no saben qué admirar mas, si los medios que se emplearon para construir el Tunel, ó el Tunel mismo.

Sin embargo de todas estas precauciones y de haberse construido un pozo de desagüe el año de 1827, comenzaron á notarse algunas filtraciones, por fin, el 12 de Mayo rompió con tal fuerza el rio; que en pocos minutos se llenó todo lo escavado y parte del pozo, habiendo perecido varios operarios y escapando casi milagrosamente el ingeniero que estaba de guardia.

Por medio de una campana de bucear descendieron varios hombres al fondo del rio, reconocieron la abertura y comenzaron á tajarla con grandes sacos embreados llenos de arena y de cascajo. Encontrándose eficaz este remedio, se procedió al desagüe del Tunel, que se concluyó en pocos dias, encontrándose que la bóveda de ladrillo habia quedado intacta. Esta ocurrencia desgraciada sirvió para confirmar mas y mas á Brunel en la eficacia de su maquinaria y en la solidez de su obra. Así es, que con algunas ligeras modificaciones la continuó con mas ardor y empeño que ántes, reanimando el espíritu de los accionistas, que consideraban que iban á perder su dinero, atendidas las dificultades y el atrevimiento de la obra, la cual continuó con felicidad hasta Enero de 1828, en cuya fecha repentinamente hizo el rio una segunda irrupcion, que llenó

en momentos todo el Tunel, ahogándose todos los que estaban trabajando en ese momento. Brunel, que estaba dirigiendo personalmente las obras, se agarró, movido del instinto de propia conservación, de un tonel que fué arrojado al pozo vertical.

De esta manera escapó la vida, aunque estropeado y lleno de contusiones.

Ademas de estas peligrosas inundaciones, cada momento habia violentas esplosiones de gas que iluminaban por un momento aquella profundidad y privaban de sentido á los operarios; pero ni el continuo peligro de perder la vida, ni estos inconvenientes, ni la lentitud con que naturalmente marchaba la obra, ni la falta de dinero, desanimaron un instante á Brunel, y merced á esta voluntad firme, dote tambien especial y precioso que Dios concede á los hombres de verdadero génio, concluyó la escavacion, que tiene mil doscientos piés de largo, construyendo tambien en la orilla opuesta del Támesis otro pozo para la salida, de igual profundidad al que sirve para la entrada.

La obra toda costó sobre dos millones y medio de pesos, calculándose que con novecientos mil pesos mas, se concluiría lo necesario para que puedan pasar caballos y carruages por debajo del rio.

El total costo del Tunel será menos de una mitad de lo que se ha gastado en el puente de Lóndres y en el de Waterloo.

El año de 1843 se inauguró solemnemente y hu-

bo en Londres una de esas grandes festividades que señalan la época de una mejora material, que impulsa el comercio y el tráfico, que produce utilidades á los accionistas y que aumenta el orgullo que los ingleses tienen de su nacionalidad y la conciencia de que son capaces de inventar y de ejecutar obras, que no han ejecutado ni inventado ninguno de los otros pueblos de la tierra. En efecto, registrando la historia de todos los prodigios del entendimiento humano y el catálogo de las obras de todos los reyes y señores poderosos, no se encuentra una idea tan atrevida y tan original como la del Tunel, idea que como la del Palacio de Cristal, mereció en su principio no solo la burla, sino hasta el desprecio de una porción de gentes.

En la época en que se inauguró el Tunel de Londres, Brunel (*) tendría cosa de setenta y dos á setenta y tres años. En su fisonomía se notaba todavía la robutez, la fuerza y la energía de un carácter estudioso y metódico. Sus facciones eran pronunciadas; pero revelaban sencillez y amabilidad. Vestía frac negro, corbata y chaleco blanco, pantalon oscuro y un botín ajustado desde la rodilla hasta el pie. Era Brunel en todo, el tipo invariable de un viejo inglés, sencillo en su fisonomía como en su traje, constante en sus estudios, como en sus costumbres, severo en los contratiempos y dificultades, y amable y simple en la felicidad.

(*) Sir Isamberto Brunel murió el año de 1849.

Aclamado y victoreado por la multitud atravesó los calles de Londres, descendió al pozo perpendicular, pintado ya, alumbrado con grandes claraboyas y ventanas y con una cómoda y elegante escalera; atravesó su prodigioso subterráneo, dividido en dos portalerías iluminadas por gas, y subió finalmente por el otro lado del río Támesis, donde lo aguardaba entusiasmada y satisfecha toda la gente del campo que había venido á contemplar la obra estupenda y á conocer y tributar homenajes al autor de ella. El viejo ingeniero saludaba cortesmente, y enternecido con su triunfo se le llenaban de vez en cuando los ojos de lágrimas.

Así que regresó á su casa, uno de sus amigos que lo esperaba para tomar el té, saludándolo le dijo:

—¿Qué tal ha ido el día de hoy, Brunel?

—Bien, perfectamente bien; hoy he recibido la recompensa de veintinueve años de trabajos. Hoy he olvidado que salí del Tunel medio muerto y asido maquinalmente de un barril que me salvó la vida. Cuando los pueblos son agradecidos, se puede hacer algo. Me alegro, me alegro mucho que se haya concluido el Tunel.

Este hombre, que con tanta ingenuidad decía á sus amigos que había hecho algo, acababa de ejecutar una obra que cuando ménos quitará á los españoles el derecho de decir que el Escorial es la octava maravilla.

Brunel, lo mismo que el arquitecto de S. Pablo, y lo mismo que el inventor del Palacio de Cristal, recibió el título de *Sir*, y si nació en la cuna del pueblo, reposará en el sepulcro de la nobleza; pero con todo y esto, cualquier versista, cualquier revolucionario, cualquier alborotador, es á veces mas conocido en el mundo que estos grandes hombres que bajan oscura y modestamente á la tumba, sin mas gloria que elevar contra la envidia y el desprecio del mundo monumentos que miéntras duren, atestiguarán el justo orgullo y el magnífico poder de su génio.

El Tunel, como la mayor parte de Lóndres, está invadido por el comercio. En las pilastras de los arcos han colocado alacenas semejantes á las de nuestro portal de Mercaderes, donde algunas pobres gentes se dedican á vender medallas, cajitas de madera, vistas del Támesis, y otras chucherías. A todas horas del dia y parte de las de la noche, el Tunel está lleno de concurrencia, no solo de las personas que tienen forzosamente que pasar de una á otra orilla del rio, sino de viajeros y de curiosos agrupados en derredor de las pequeñas tiendas y de los músicos ambulantes que acuden allí con sus cilindros y órganos, ó sentados tranquilamente horas enteras, como lo hacen todas las noches los abonados y parroquianos de los portales.

Al entrar en el Tunel se experimenta esa sensación fria y húmeda, propia de los sepulcros y de los

subterráneos donde nunca penetra el sol; pero aquel grueso cilindro de ladrillo que soporta el inmenso peso de las aguas, está construido con tal solidez y precision, que á pesar del tiempo y de las fuertes mareas, no penetra, ni se filtra una sola gota de agua; sin embargo, todo el que por primera vez atraviese el Tunel, no puede evitar un cierto temor involuntario, y se le figura que por cualesquiera de aquellos arcos puede de un momento romper el rio y destruir completamente aquella obra que por lo fuerte y atrevida debe llamarse romana; pero que la sorpresa y la preocupacion la juzgan muy débil é insubsistente.

pedir á la Divinidad el consuelo y el alivio de los males, y donde sepultar los cadáveres de las gentes queridas que van desapareciendo del mundo, sería un pueblo todavía en el estado salvaje.

Por eso en todas las poblaciones nuevas, fundadas por razas civilizadas, cualesquiera que sea su religion, lo primero que se edifica es la Iglesia, lo primero que se ve descollar entre los árboles, entre los caseríos y entre las colinas, es la veleta ó la cruz de esas modestas y sencillas iglesias de las aldeas.

Pues que Lóndres, como hemos dicho, y como sabe todo el mundo, es una gran ciudad, tiene por consiguiente no solo una gran iglesia, sino uno de los templos mas notables del mundo.

Desde cualquier altura de Lóndres, desde los puentes, desde el rio, y aún desde el campo, apesar de las nieblas espesas y de la atmósfera amarillenta y nebulosa, se distingue la cúpula de San Pablo dominando las alturas y descollando con magestad sobre toda esa multitud de casas, de hoteles, de iglesias y de torres de que está rodeada.

Algunas leyendas y tradiciones aseguran que la religion cristiana fué introducida en Inglaterra por el apóstol San Pablo, el cual residió entre los bretones algun tiempo y predicó el Evangelio. Este fué el origen de la fundacion de una iglesia consagrada à su memoria. Pero esta tradicion no está comprobada y las noticias mas recientes datan del

XV.
CATEDRAL DE SAN PABLO.—RECUERDOS DE VAN DICK.

Una vez que hemos recorrido los vastos edificios del comercio y observado los Bancos llenos de oro y de plata, los diques llenos de embarcaciones, y los espaciosos é innumerables almacenes ocupados en sus cuatro ó cinco pisos con los objetos mas nobles y mas costosos que produce la agricultura y la industria de todo el mundo, entremos al lugar de reposo, de paz y de oracion.

Una de las primeras necesidades de los hombres desde el momento en que se reunen en sociedad, es la Iglesia.

Un pueblo que no tuviera donde retirarse un momento del bullicio y del ruido del mundo, donde

año de 1010, en cuya época Etereldo, rey de Kent, fundó un monasterio dedicado à San Pablo. Desde ese tiempo hasta 1444, merced á la piedad y celo de algunos obispos, el templo fué aumentando su magnificencia y esplendor, hasta el grado de adquirir fama y nombre entre los de la cristiandad.

El mismo año de 1444, cayó un rayo que incendió la iglesia, quedando destruida parte de la torre. La compostura de todo el daño causado por el fuego, terminó el año de 1462.

En 1561 volvió á incendiarse la torre y habiéndose propagado el fuego, se destruyó el techo que era de madera. Creyóse, que como la primera vez, habia sido un rayo la causa de este accidente; pero treinta años mas tarde, un viejo plomero que se confesó á la hora de la muerte, dijo que la catedral se habia quemado porque dejó en la escalera mientras salió à comer, unos carbones encendidos, y que á su regreso el fuego era tan violento que no pudiendo apagarlo se retiró de la torre y por su conveniencia y seguridad personal, nunca contradijo la creencia ya esparcida en el público, de que un rayo habia sido la causa de la catástrofe.

Para reparar el templo se distribuyó una contribucion entre el clero, los funcionarios del Estado y la nobleza, determinándose que con el producto no solo se compusiese, sino que se mejorase notablemente la catedral.

En el curso del tiempo el fuego de las discor-

dias civiles y religiosas en Inglaterra fué para la catedral mas funesto que las llamas encendidas por el rayo y por los carbones del plomero.

Las discordias y las guerras civiles que no perdonan ni á los hombres ni á las cosas, aunque los hombres sean respetables y las cosas santas y sagradas, no perdonaron á la catedral, ni por su antigüedad, ni por las grandes sumas de dinero que habia costado, ni por el objeto piadoso á que el edificio se habia destinado, por tantos grandes soberanos, y por tantos obispos venerables.

Las rentas fueron confiscadas. Un púlpito famoso que estaba en el cementerio fué derribado y destruido, y los materiales y madera acopiados se vendieron para pagar los sueldos atrasados de la tropa. En el lugar de los altares y en los intercolumnios se establecieron tiendas de modistas, zapateros y merceros. En los pórticos y capillas se construyeron *hoteles* y tabernas, y todas aquellas columnas antiguas y magníficas, fueron agugereadas y desfiguradas, con esas nuevas y profanas construcciones. En la vida de los pueblos, como en la de algunos hombres, hay momentos de estupidez, de barbarie y de locura. El que hoy observa al pueblo inglés casi no puede creer las depredaciones, los ultrages y las mutilaciones que hicieron los fanáticos republicanos en las abadías, en las iglesias y en los monumentos mas bellos y mas nobles que tenían el tinte y la poesía de la

antigüedad, tinte y poesía que no puede comunicar el mejor arquitecto, ni el mejor escultor á los edificios modernos.

Un inesperado acontecimiento vino á completar la destruccion de la nueva catedral y á reanimar el abatido espíritu público. Este acontecimiento fué el gran incendio de 1666.

Todas aquellas modistas, cocineros, posaderos y traficantes fueron arrojados del lugar santo que habian profanado, por la espada de fuego del arcángel.

Despues de haber triunfado el fuego, dice Dugdale, en todas las posesiones que invadió, cesó repentinamente por la "voluntad de los cielos." Lo mas singular es que el fuego cesó despues de haber consumido la catedral, sin que de este edificio pasase á otros, como habia sucedido el dia anterior.

La piedad y el patriotismo de los habitantes de Lóndres se avivó estraordinariamente y de todas partes del reino se recibieron suscripciones para construir una nueva y espléndida catedral de manera que fuese la primera del mundo.

En efecto; la obra se comenzó en 1675, durante el reinado de Carlos II y se acabó en el espacio de treinta y cinco años, habiéndola dirigido en todo ese tiempo un mismo arquitecto y un mismo sobrestante. Su costo escedió de tres millones de pesos. La catedral de San Pablo tal como se halla, tiene la forma de una cruz griega, de quinien-

tos piés de larga y sobre doscientos cincuenta de ancha.

La fachada exterior consta de un gran pórtico de órden corintio. Sobre este pórtico hay otro mas pequeño coronado con un tímpano. En cada lado de la fachada se eleva una torre de poca altura y sobre el centro del brazo se la cruz una inmensa y cúpula, con una doble columnata que sostiene á la media naranja y á la linternilla, la cual está coronada con un globo y una cruz de bronce dorado. La altura á que se halla la cruz respecto del suelo de la iglesia es de cuatrocientos cuatro piés ingleses.

Todo el edificio es de cantería, cosa notable en Lóndres, donde escaseando este material, aun muchos de los palacios están contruidos de ladrillo. El piso está enlosado con mármol de Génova, y en los intercolumnios hay monumentos de mármol blanco contruidos por Flaxman Westmacot, Rossi y Chantrey y elevados á la memoria de los hombres grandes y notables de Inglaterra que han muerto en los combates navales y en las batallas á que han señalado su vida por algun servicio notable.

Toda la aristocracia inglesa muerta y reducida á polvo se halla en la catedral, quizá como un castigo patente del orgullo y vanidad de esa misma aristocracia que en vida se desdeña de entrar por las negras y mohosas puertas del Temple Bar.

Los ingleses al construir su nueva Catedral se

propusieron hacer un templo tan célebre como el de S. Pedro de Roma; pero la diferencia entre uno y otro templo es la que hay entre un campo de primavera y un campo de invierno. El uno variado, fresco, aromático, lleno de animación y de vida; el otro eriazo, monótono, frío y triste.

Todo esto tiene su explicación.

El protestantismo es el invierno de las artes. El protestantismo es el enemigo capital de la poesía, de la pintura y de la escultura. Quitad á las iglesias sus altares, sus flores, su incienso, sus cantos y sus melodías, y en vez de un templo no tendréis más que un inmenso panteon, frío, triste y desnudo como S. Pablo de Lóndres.

Desterrad de los santuarios las pinturas religiosas y las imágenes de los santos, y habreis inutilizado el cincel de Miguel Angelo y el pincel de Rafael y de Murillo.

Esta es la causa porque los ingleses han podido hacer los diques y el Tunel; pero aunque gasten millones de libras esterlinas y centenares de años, jamas podrán hacer una cosa ni aun parecida, á la Catedral de Milan ó de San Pedro de Roma.

Debajo del altar mayor de S. Pablo hay una cripta, y en esa cripta un sarcófago de mármol negro delante del cual arde una lámpara á cuya luz indecisa se leen estas palabras: "*Horacio, vizconde de Nelson.*" A poca distancia hay otro sepulcro cubierto con una plancha de bronce en la

cual está grabado lo siguiente: "*Sir Antonio Van Dick.*"

Cerca de este sepulcro hay otro, y en la lápida que lo cubre se lee la siguiente inscripción:

"*Debajo de esta lápida reposa*

El constructor de esta Iglesia y arquitecto de la ciudad,

CRISTOBAL WREN,

Que vivió cerca de noventa años,

No para él, sino para el bien público.

Lector, si tú visitas este monumento,

Mira atentamente lo que te rodea."

Juntos duermen el sueño perdurable de la muerte el pintor de Carlos I, el vencedor de Trafalgar, y el infatigable arquitecto que durante los dos tercios de su vida se ocupó de embellecer á Lóndres y de trabajar, como dice con mucha verdad el epitafio, no para él, sino para el bien público.

Pero estos tres hombres, cada uno eminente y sublime en su profesion, tuvieron durante alguna época de su vida, sinsabores y contradicciones de un mismo género.

Van Dick fué, como se sabe, discípulo de Pedro Pablo Rubens, y dió á conocer su talento con motivo de haber retocado el brazo de la Magdalena,

y la mejilla de la Virgen del famoso cuadro del Descendimiento que pintaba el maestro y que fué borrado por uno de los discípulos que jugaba con otro. Cuando Rubens volvió al día siguiente à su taller, contemplando atentamente las figuras, dijo:—En verdad que lo mejor que hice ayer fué el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Virgen.

Esta anécdota forma en verdad todo el elogio y la mas completa calificación del talento de Van Dick.

Separado del lado de su maestro partió para Italia, viajó por toda ella y se radicó algun tiempo en Venecia, estudiando el estilo del Ticiano y de Pablo Verones.

Es de suponer que los viajes y los estudios habian perfeccionado su talento y que regresó à su patria mejor artista que lo que era al dejarla; pero no fué así, al ménos por la calificación de unos canónigos.

Llamado à la catedral de Courtray, ajustó con el cabildo un gran cuadro para el altar mayor, y partió para Ambéres, su país natal, donde se dedicó con empeño à trabajar.

Así que concluyó su cuadro, que representa à Jesucristo en el acto de ser elevado à la cruz por los verdugos, regresó à Courtray con el objeto de colocar personalmente el cuadro.

Los canónigos acudieron llenos de gusto y de alborozo luego que supieron la llegada del pintor, el

cual rehusó enseñarles la pintura, manifestándoles que no podria conocerse todo su efecto ni su mérito, sino despues de que estuyese colocado en el lugar que le correspondia.

Los canónigos, curiosos como unas mugeres, cedieron en la apariencia à las razones del artista, y al día siguiente se dirigieron à la iglesia, quitaron la tela que cubria el cuadro y se puso todo el coro entero à examinarlo.

Van Dick llegó à este tiempo y aunque algo amostazado por la especie de traicion de los canónigos, consideró al ver la atencion con que contemplaban la pintura, que recibiria una salva de elogios y parabienes; pero fué muy al contrario, pues apenas los venerables prelados notaron la presencia del artista, cuando quitando los ojos del cuadro se rodearon del pintor y uno le decia que la figura de Jesucristo se parecia à la de un cargador; otro, interrumpiendo la palabra esclamaba que las demas figuras eran unos verdaderos mascarones; los mas moderados y entendidos decian con un acento de compasion que era una lástima que el claro oscuro estuyese muy mal comprendido, y que la encarnacion y el colorido de las carnes fuese tan escagerado.

Van Dick era de un caracter violento, y probablemente habria dado sobre todos los canónigos y hecho, como suele decirse, una diablura en la misma iglesia, à no habérselo impedido la misma sorpresa.

y estupor que le causó la intempestiva andanada con que fué recibido. Antes de que él hubiese podido reflexionar lo que le pasaba, le volvieron la espalda los canónigos, diciéndole que no era más que un miserable embarrador, indigno de pintar ni aún las muestras y letreros de las tiendas.

Van Dick se retiró lleno de cólera, de vergüenza y despecho, sin tener mas consuelo en ese lance, que la voz amistosa de dos ó tres criados que presenciaron la escena y que le aconsejaban que se llevara su lienzo y que lo destinara para forrar alguna ventana.

El lienzo sin embargo, permaneció en el altar mayor, y los canónigos pagaron el precio convenido, aunque con mucha repugnancia, repitiendo las invectivas y denuestos contra el desgraciado artista.

Andando el tiempo algunos curiosos é inteligentes en la pintura, visitaron la catedral, ecsaminaron el cuadro y encontrándolo muy bello y bien acabado, publicaron por todas partes los mas grandes elogios.

Aunque Van Dick no contó á nadie la aventura, todo el mundo la sabia con sus mas insignificantes circunstancias, y como de ello no resultaba ningun honor al buen gusto y talentos artísticos de los canónigos, se reunieron en cabildo extraordinario y declararon despues de una acalorada discusion que la figura de Jesucristo que les habia parecido la de

un cargador, era noble y sublime; que las demas figuras eran naturales y espresivas; que la luz y las sombras estaban muy bien entendidas, y que la encarnacion era delicada; en una palabra, que el cuadro todo era muy bello, y que para reparar la injusticia que se habia cometido con el pintor, se le mandasen pintar de cuenta de los fondos de la iglesia otros dos ó tres cuadros. ¡Inconcebible volubilidad é inconsecuencia de los cuerpos deliberantes!

Cuando Van Dick recibió la carta de los canónigos, que contenia todas estas esplicaciones, contestó secamente que supuesto que habia bastantes embadurnadores en la ciudad de Courtray y sus cercanías, á cualquiera de ellos podrian dirigirse para que les hiciera los cuadros; que en cuanto á él, estaba resuelto á pintar en lo sucesivo para hombres racionales y no para asnos.

Los canónigos en venganza de esta dura respuesta mandaron pintar los dos cuadros á Gaspar de Crayer. El uno representa la Santísima Trinidad, y el otro el martirio de Santa Catarina.

Tanto estos cuadros como el que ocasionó la disputa que acabamos de referir, se hallan en la Colegiata de Nuestra Señora de Courtray, y son admirados por todos los inteligentes y clasificados como las obras maestras de la escuela flamenca.

Por insignificante y despreciable que parezca una ocurrencia de estas, en la vida espléndida y llena de triunfos de un artista aparece siempre co-

mo una sombra triste que oscurece sus días de gloria y felicidad. Así sucedió á Van Dick. Durante todo el resto de su vida se acordó con indignación y enojo de las injurias y orgullosa ignorancia de los canónigos.

Disgustado con los religiosos agustinos de Amberes, con quienes tuvo algunas dificultades para el pago de sus obras, y con la crítica y envidia de todos sus discípulos á quienes habia escedido en talento de ejecucion y de invencion, dejó su patria y se marchó á Holanda y de allí á Inglaterra, donde hizo algunos retratos, sin poder cimentar, ni su reputacion artistica ni su fortuna.

Casi despechado, sin esperanza ya de ser hombre notable en el mundo, aunque con la conviccion íntima de que entendia el arte, regresó á su país, donde pasó algun tiempo aislado, pintando retratos que le encargaban algunos personajes extranjeros.

Algunos de estos retratos fueron llevados á Inglaterra, donde los juzgaron como obras maestras y admirables del arte, arrepintiéndose los ingleses de la poca atencion que antes habian prestado á tan eminente maestro.

Desde este momento la posicion y la fortuna de Van Dick cambiaron completamente. Volvió á Inglaterra acompañado de su amigo el caballero Digby y fué recibido con la mayor benevolencia por el rey.

Van Dick tendria en esta época treinta y cinco años. Era de estatura mediana, pero bien proporcionada contestura y de modales corteses en exceso. Su fisonomía era agradable y simpática, ojos mas bien pequeños que grandes; pero expresivos sin malicia, y dulces sin afectacion, nariz española y boca pequeña, sombreada con un bigote retorcido y una perilla espesa en la barba, segun la moda flamenca de aquel tiempo. Van Dick en su fisonomía, en su vestido, en sus maneras, era como su maestro Rubens, un caballero completo.

Con estas dotes añadidas á su talento ya conocido y celebrado en Inglaterra, las puertas de los castillos y de los palacios de la nobleza se abrieron para el artista, y las mugeres mas bellas y mas célebres de la época venian á colocarse delante del artista, para que reprodujese en la tela la suave encarnacion de sus mejillas, la dulce expresion de los azules ojos del norte, sus grandes y profusos rizos de cabello blondo y las proporciones admirables de sus blancos y turgentes pechos. Así, el que visite hoy los castillos feudales y las casas de campo de los Lords de Inglaterra, encontrará á cada momento esos admirables cuadros de cuyo fondo oscuro se desprende la figura fina, blanca y animada de alguna belleza reducida años hace al polvo y al olvido, y sepultada en la capilla oscura de alguna catedral gótica ó en el cementerio humilde y pequeño de una aldea.

Cárlos I, que era hombre de profundas afecciones con su familia y con sus amigos, recibió como hemos dicho, con mucha benevolencia á Van Dick, pero despues de algun tiempo esta benevolencia se convirtió en una afectuosa y sincera amistad. Cuando el monarca estaba poseído de la tristeza profunda y solemne que le producía el mal estado de los negocios de su reino, y quizá el vago presentimiento de su trágico fin, mandaba llamar al artista á su palacio y pasaba largas horas con él platicando de las artes, de los usos y de las costumbres de algunos pueblos del continente.

Un dia en que Cárlos I se quejaba en voz baja con el duque de Norfolk del estado de pobreza de su real tesorería, observó que Van Dick que se hallaba presente habia escuchado la conversacion. Volviéndose hácia él con la mayor franqueza y familiaridad le dijo:

— Parece, caballero, que habeis escuchado lo que yo estaba diciendo al duque en este momento.

Van Dick se sonrojó ligeramente y queria responder; pero el rey continuó:

— No lo digo por mortificaros, caballero, sino solamente por saber si alguna ocasion habeis experimentado la falta que hacen cinco ó seis mil guineas.

Van Dick ya tranquilo respondió inmediatamente:

— Señor, mi mesa está siempre puesta y servida para todos mis amigos y mi bolsa siempre abierta

para todos mis amores. Vuestra magestad debe pensar que, esto supuesto, mi caja está siempre vacia y con una necesidad permanente de cinco ó de seis mil guineas.

Van Dick en esos dias habia concluido el magnífico retrato del rey Cárlos I á caballo, que se conserva todavía en el palacio de Kessington, y el monarca acordándose de esta circunstancia remitió al dia siguiente al artista un regalo valioso enviándole á decir que sus cofres no estarian vacíos por dos ó tres dias, y que si su amigo el monarca de Inglaterra fuese mas rico, los cofres del amable Van Dick nunca estarian desocupados.

Como Van Dick pintaba en un solo dia un retrato, y como estos retratos eran generalmente de la rica nobleza, en un momento reunió un caudal considerable, y entonces sin dejar de trabajar estableció su casa con un esplendor extraordinario.

Tenia cosa de treinta criados, seis ú ocho carruages y diez ó doce tiros de los mas hermosos y finos caballos de Inglaterra. Desde la hora del almuerzo hasta la hora del té, la mesa estaba cubierta de manjares, y todos sus amigos, que eran innumerables, como se debe suponer, ocurrían á comer y tenían facultad de pedir todo lo que les agradaba. Van Dick no sabia, ni preguntaba jamas cuánto se gastaba, y solo cuidaba de llenar el cofre de dinero cuando el mayordomo le avisaba que estaba vacío.

Pero todo este lujo y este enorme gasto hubiera podido sostenerlo si no hubiese sido por la avaricia de algunos charlatanes que se propusieron arruinarlo.

Durante muchos años han tenido hombres no vulgares, la creencia de que se podía fabricar el oro lo mismo que cualquiera otro artefacto.

Uno de estos hombres de buena ó de mala fé se dirigió á Van Dick y le aseguró que habia descubierto un método seguro por el cual se podía fabricar oro en grande abundancia con un costo insignificante; y que para esto era menester construir un laboratorio provisto de todos los útiles é instrumentos necesarios.

Van Dick no solo creyó al alquimista, sino que preocupado como muchos de los hombres de su época, él mismo quiso ser alquimista y comenzó por construir á costa de mucho dinero, un gran laboratorio donde trabajar.

Así que se concluyó el laboratorio, Van Dick se encerró allí, abandonó completamente los pinceles y se dedicó á fundir metales, á combinar diversas sustancias y á hacer todos los experimentos posibles para lograr por resultado la fabricacion del oro.

El duque de Buckingham, sucesor del que fué asesinado por Felton, que era uno de los amigos mas sinceros que tenia el pintor, sabiendo la em-

presa en que estaba empeñado fué al laboratorio, lo riñó amistosamente y lo persuadió á que abandonase semejantes estudios, prometiéndole que le proporcionaria un modo de distraerse que encaminase sus pensamientos y sus ideas de otra manera. El medio que imaginó el duque fue de casar á Van Dick, como en efecto lo hizo, con María Ruthven, hija de un noble escoces y una de las mugeres mas hermosas y mas amables del reino.

Van Dick efectivamente abandonó la química; pero cuando salió del laboratorio estaba pálido, viejo y consumido por el humo del carbon y por las emanaciones mefíticas, y todo el oro que habia ganado con sus pinceles lo habia visto desaparecer en los crisoles y en las capellinas de su oficina.

Pocos años sobrevivió Van Dick.

Las experiencias de la alquimia le produjeron una afeccion de pecho que se le fué aumentando poco á poco hasta el grado de declararse mortal la enfermedad.

Cuando Carlos I supo el estado en que se hallaba su amigo, mandó llamar á su médico de cámara y muy alarmado le dijo:

—Corre, Doctor, á la casa del caballero Van Dick y apura todos los recursos de tu ciencia para salvarlo. Trescientas guineas de recompensa te daré si me traes una buena noticia.

Al dia siguiente volvió el médico á anunciar al rey que Van Dick no tenia remedio; y en efecto, á

pocos dias murió sin haber cumplido cuarenta y dos años de edad.

En el mismo año de 1641 en que esto pasaba, fué decapitado en Lóndres Lord Strafford, ministro de Carlos I, y murió el gran duque de Sully. El año siguiente de 1642 murió Galileo y Guido Reny.

En dos años la política, las artes y la ciencia perdieron á cinco de sus hijos mas ilustres.

Los principales cuadros pintados por Antonio Van Dick son: "La elevacion de la cruz." "El Calvario." "San Martin, dando la mitad de su capa á los pobres." "La Virgen de la Soledad, con el Salvador muerto en sus brazos." "San Antonio de Padua en oracion, y San Francisco." Estos cuadros se hallan en las iglesias de Bélgica.

En Inglaterra pintó, como hemos dicho, muchos retratos y cuadros; pero los mas notables son los retratos de "Carlos I, de Lord Strafford, del príncipe Ruperto, de Lord Falkland, del duque de Newcastle, de William Laud, arzobispo de Cantorbery, San Ambrosio y el emperador Teodosio. Retrato de Henriqueta María, de Anastasia Venetia, de la duquesa de Richmond, de la princesa Beatriz de Brabante, de Lucy Percy, condesa de Carlisle, y de Ana Clifford, condesa de Dorset."

Todos estos cuadros se hallan en los museos y palacios de Lóndres. Hay ademas otra multitud del mismo autor que no mencionamos y se encuen-

tran en los castillos y casas de campo de diversas provincias de Inglaterra.

En Francia ecsisten: "Un San Sebastian, el retrato de María de Médicis, una Virgen y un San Francisco de Paula. Un Descendimiento de la cruz, una copia de la Anunciacion, del Ticiano; una Virgen con la Magdalena, otra Virgen con el Niño Jesus, y una Venus forjando las armas para Eneas." Hay ademas en los museos y galerías de varios particulares algunos retratos y cuadros de mucho mérito.

En la academia de bellas artes de México, segun hago memoria, hay un retrato de Rubens de medio cuerpo. Ignoro la procedencia de ese cuadro; pero despues de haber ecsaminado el estilo de Van Dick, puedo asegurar sin temor de equivocacion, que es un original suyo. Entre los cuadros de la galería del conde de la Cortina, que hoy pertenece á D. Manuel Escandon, hay, segun recuerdo, dos ó tres originales del célebre amigo de Carlos I.

ros elementos de la náutica. Así que lo juzgó medianamente instruido, lo entregó al capitán Phillips. El capitán tenía en esos momentos entre manos un viaje muy corto y fácil, pues iba nada ménos que al polo del Norte á descubrir un paso para el mar del Sur, por entre regiones la mitad del año oscuras y la otra mitad iluminadas por las auroras boreales, y siempre cubiertas de montañas de hielo. Con este capitán partió Nelson el año de 1773. Una vez que hubo llegado á las regiones polares y estableciéndose el capitán en un invernadero, como es de necesidad en tales expediciones, Nelson se encontró á poco mas ó ménos ocioso y sin tener en que ejercitar su actividad; pero muy pronto le ocurrió el medio de ocuparse y distinguirse por su intrepidez y valor.

Se propuso pelear con los osos blancos; pero no contento con hacerlo en compañía de los marineros, entabló un día una lucha personal con un grande oso blanco. Tomó una hacha, se dirigió al punto donde vió un oso y lo provocó. El oso, con la furia propia de esas fieras del polo, se arrojó sobre el jóven para ahogarlo con sus brazos y romperle el cráneo con sus dientes; pero Nelson acertó á darle un hachazo en la cabeza y su adversario cayó muerto en el suelo.

Quando preguntaron á Nelson los oficiales de la tripulación por qué había hecho ese acto de temeridad, respondió con la mayor calma:

XVI.

HORACIO NELSON.—CRISTOBAL WREN.

Nos ocuparemos ahora de hacer algunos recuerdos del célebre marino. Nelson, desde niño, fué resuelto, atrevido, firme en todas sus determinaciones. Sus maestros y sus padres se alarmaron al observar en tan tierna edad algunos rasgos de un carácter indomable.

Su tío el capitán Suckling, calculó que lo mejor que podia hacerse con el niño, era enseñarle la náutica y echarlo por esos mares de Dios á que corriera peligros y aventuras. El tío lo queria mucho y no pudo darle mejor testimonio de su cariño que llevárselo á bordo del "*Razonable*" nombre que tenia el buque que mandaba, y enseñarle los prime-

¿Qué quereis que llevase á mi madre al regresar á Inglaterra de este viage, sino la piel de un oso blanco? En efecto, cuando volvió Nelson á Norfolk (*), donde nació y donde vivia su familia, entregó á su madre la piel del oso blanco. La buena señora no queria creer la hazaña de su hijo y cuando la creía le parecia imposible que la fiera no lo hubiese devorado.

Esta muestra de valor y de audacia le formó desde temprano una reputacion; así es que en el año de 1777 el almirante Cristóbal Parker se empeñó en que lo acompañase, y en efecto se lo llevó en la clase de teniente á la isla de Jamaica.

En 1779 fué ascendido á capitán de fragata y se le confió el mando de la *Borea*, habiendo tenido bajo sus órdenes al duque de Clarence. Sus expediciones fueron entonces por las costas de la América del Norte.

En 1792, cruzando el Mediterráneo asistió al sitio de Tolon y á los ataques de las plazas fortificadas de Calvi y Bastia. En esta campaña recibió un balazo en la sien, de cuyas resultas perdió un ojo.

Posteriormente atacó y desembarcó atrevidamente, con cosa de seiscientos hombres, en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, creyendo apoderar-

(*) Norfolk, ciudad marítima de Inglaterra, capital del condado del mismo nombre. Su costa está bañada por el Oceano Germánico.

se de los caudales que habian conducido, segun se decia, unos galeones procedentes de México; pero fué rechazado por la guarnicion española, y recibió un balazo en el codo, que le originó la amputacion del brazo. Entónces obtuvo una licencia y se retiró á Lóndres á curar, estableciéndose en *Baker Street* con su familia. Padeció durante algunos meses una inflamacion aguda en sus heridas, que le ocasionó los mas crueles dolores. Restablecido, trató de que se le formase la liquidacion de los sueldos que se le habian dejado de pagar durante el periodo en que se retiró del servicio.

Un empleado de la tesorería de marina se presentó un dia en casa de Nelson; despues de saludarlo, y preguntarle por el estado de su salud, le dijo:

—Comodoro, siento mucho el decir á vd., que sus sueldos atrasados no se le pueden pagar, porque el espediente no está bien comprobado.

—¡Bah! la cosa es muy sencilla, contestó Nelson, yo reclamo la suma que se me debió de pagar por el contador de mi buque, y que no se me pagó porque al atacar á Bastia una maldita bala me dejó sin un ojo, y forzosamente tuve que retirarme á curar.

—¿Con que una bala dejó á vd. tuerto en Bastia, comodoro?

—Pues es claro, replicó Nelson, mostrando al empleado su ojo apagado y vacío.

—Sí... *podrá ser verdad*, contestó el empleado con indiferencia, arrugando los ojos y observando la herida cicatrizada ya.

—*¡Podrá ser verdad!* gritó Nelson colérico, pues qué cree vd. que yo veo, ó que me sirve de algo este ojo?

—Por eso digo, comodoro, contestó el empleado con sangre fría, que *podrá ser verdad*; pero no me consta de oficio.

—Imbécil, no vé vd. mi ojo?

—Pues comodoro, yo no pago á vd., hasta que no me presente un certificado del cirujano de abordo, en que conste que vd. perdió un ojo; de lo contrario, yo no puedo decirle á nadie oficialmente que está vd. tuerto.

Nelson, apesar de su debilidad, pues estaba aún en la convalecencia, tuvo ímpetus de echar al empleado por la ventana; pero su muger, que estaba presente, lo contuvo y lo condujo á otra pieza.

El empleado se mantuvo firme, y salió diciendo que á él no le constaba que Nelson estuviera tuerto, y que sin una certificacion en debida forma del cirujano, no le habia de abonar ni un solo centavo de pagas atrasadas.

Esta ocurrencia pequeña é insignificante, amargó mucho la vida de Nelson, y lo mortificó tanto como á Van Dick el acontecimiento con los cañónigos de Courtray. Ya veremos en qué ocasion tan

solemne se acordó el almirante inglés de su amigo el empleado de la tesorería de marina.

Restablecido enteramente, volvió á entrar de nuevo al servicio, y la primera victoria espléndida y ruidosa de Nelson en su tercera expedición, fué la que obtuvo cerca del Cabo de San Vicente, apoderándose de cuatro navíos españoles, de los cuales uno de ellos era de ciento doce cañones.

Nelson fué recibido con entusiasmo en Lóndres, y el gobierno le condecoró con el título de *Sir*.

Al ingresar en la nobleza, tenia un título mas; pero un ojo y un brazo de ménos.

Su segunda batalla naval, y decimos su segunda, comenzando á contar por la tercera época de su vida, fué la del Nilo.

La flota francesa se componia de trece navíos de tres puentes, de seis fragatas, y de diez ó quince embarcaciones menores, entre bergantines y lanchas cañoneras.

Nelson con gran atrevimiento y peligro, por causa de los muchos bajos y arrecifes, se colocó entre la costa y la escuadra francesa fondeada en la bahía de Aboukir, y el combate se comprometió casi á tiro de pistola, quedando durante la batalla los navíos franceses en medio de dos fuegos.

El almirante francés, Brueys, murió, y su navío que se llamaba el *Oriente*, saltó á poco tiempo por la esplosion de la Santa Bárbara, pereciendo mas de quinientos hombres que lo tripulaban. El estalli-

do fué tan fuerte, que conmovió las casas de la ciudad de Roseta, distante cuatro ó cinco leguas del lugar de la accion.

Al capitan Dupetit-Thouars le llevó las dos pantorrillas una bala de cañon.

Al caer herido recomendó á la tripulacion que no se rindiera. La tripulacion cumplió su palabra, y cuando los ingleses se apoderaron del "*Tonante*" no encontraron mas que dos ó tres marineros moribundos.

Nelson destruyó completamente la escuadra francesa, y obtuvo tanta mas gloria, cuanto que se batió, como dice Thiers, con enemigos que hicieron prodigios de heroismo y de valor.

Cuando Nelson volvió á Nápoles triunfante de Aboukir, el rey y la reina en persona salieron á recibirle. A estos reales personajes acompañaba una muger que entónces tenia una posicion social muy elevada y un participio grande en la política.

¿Quién era esta muger? El ser mas curioso, mas interesante, mas original de la época, y nos permitimos decir dos palabras sobre ella.

Habia en el condado de Chester, en Inglaterra, una pobre criada, cuyo nombre y cuya procedencia se ha perdido en la oscuridad y en el olvido. Esta criada dió á luz en 1760 una niña, que á los nueve ó diez meses era el tipo acabado de una hermosura angelical. La madre, escasa de recursos

abandonó el condado de Chester y se dirigió al país de Gales, que era su patria natal, esperando encontrar algun recurso ú ocupacion por el influjo de los parientes y amigos que allí tenia. Con mil esfuerzos y trabajos logró la madre educar á la niña, enseñándola á leer, á mal escribir y al desempeño de los quehaceres domésticos mas usuales. La muchachuela se llamaba Emma Lyon. Antes de cumplir catorce años, tuvo necesidad de adquirir su subsistencia, siguiendo como su madre, el oficio de criada doméstica. Pero Emma tenia ambicion, tenia talento y tenia una hermosura sorprendente, y no quiso como su madre morir abandonada é ignorada en un pueblo miserable del país de Gales.

Ni las deidades fabulosas de la antigüedad, ni las actrices mas célebres de los tiempos modernos, han tenido tantas aventuras ni tantas metamorfosis como nuestra heroina. Comenzó por acomodarse en la casa del hermano de un célebre grabador, en calidad de aya de unos niños, y durante tres años salia todas las tardes tranquilamente, conduciendo á las criaturas á que jugaran y corrieran en los prados y las alamedas; pero esta vida era muy pacífica y muy monótona para su imaginacion ardiente, y se decidió á buscar el ruido y el movimiento de la capital.

En Lóndres entró al servicio de una gran señora. Emma vestia con mas elegancia que su ama, concurría á los teatros y á los espectáculos todas

las noches, y las horas que no ocupaba en adornar y peinar à su ama, las dedicaba à la lectura de novelas y de poesías.

De esta casa donde Emma pudo adquirir modales cortesanos y pulidos y escaltar su imaginacion, demasiado ardiente, pasó al despacho de una taberna frecuentada por cómicos, por músicos, y por marineros.

Algun tiempo despues abandonó la taberna y todos los que la conocian la perdieron de vista, ignorando por mucho tiempo cual habia sido su suerte.

Emma habia encontrado un rico y generoso protector, que la llevó à su casa y la cuidaba y la educaba con el esmero de un padre.

Este protector era Sir John Payne, capitán de la marina de guerra de S. M. B.

Emma aprendió à tocar el piano, à escribir perfectamente, à hablar el francés; además, se habituó à vestir con tanto gusto y esmero, como cualesquiera de las señoritas mejor nacidas, y à tener maneras afables, llenas de elegancia y de cortesanía.

Un dia, Sir John Payne recibió una órden urgente para hacerse à la vela. Entrando à la puerta de su casa encontró à uno de sus amigos.

—Venia yo justamente à presentar mis respetos à Miss Emma.

—Mucho me alegro, respondió Sir John, porque precisamente estoy de viage y temo que dure dos ó tres años. Vd. comprenderá, caballero, que un

marino que tiene que pasar las tres cuartas partes de su vida en el Océano, no puede encargarse de custodiar permanentemente joyas que es imposible lleve siempre consigo. ¿Me comprende vd., caballero?

—Perfectamente. Por todas las probabilidades conocidas hasta ahora, muy al contrario de lo que à vd. sucede, pasaré yo las tres cuartas partes de mi vida en la tierra firme; así puedo tener mas oportunidad de cuidar todas las joyas que vd. tenga necesidad de abandonar.

—He hecho todo cuanto he podido por ella, caballero, dijo Sir John, sumergiendo los dedos en su caja de polvos. Toca el piano con mucho gusto habla bien frances, es admirable para las ocupaciones domésticas, y sirve el té con tal perfeccion, que en toda Inglaterra no habrá quien la iguale.

Los dos ingleses se despidieron.

Sir John se fué à bordo de su buque.

El caballero fué à presentar sus respetos à Emma, que quedó no poco sorprendida del cambio repentino que se habia efectuado en su posicion y en su fortuna.

¡Pobre Emma, dos meses despues se encontró sola, abandonada, obligada à vender sus trages, sus adornos y sus alhajas y à vagar desde San Pablo à Westminster, en aquellas largas noches de invierno, transida de frio y sin haber tenido muchas ocasiones ni un pedazo de pan que llevar à la

boca. El manto silencioso del olvido, cayó sobre la seductora y brillante Emma.

Repentinamente apareció *Hygea*, la diosa de la salud, y los pintores, los escultores y los artistas todos acudían en tropel á reproducir aquella divinidad griega, ignorada hasta entónces, de formas pulidas y de proporciones admirables.

Un jóven, sobre todo, instruido, juicioso y de la noble familia de Warwick, se enamoró perdidamente de *Hygea* y le prometió casarse con ella.

Este jóven se llamaba Carlos Greville, sobrino de Sir Guillermo Hamilton, embajador de Inglaterra en la corte de Nápoles.

Desde que el tío supo el descarrío de su sobrino y la locura que pensaba hacer, casándose con una muger de oscuro nacimiento, y conocida solamente en el mundo galante por sus raras y escandalosas aventuras, se enfureció de tal manera y concibió tal odio por Emma, que dió instrucciones á sus amigos de Lóndres para que á toda costa, y haciendo el sacrificio y gasto de cualquier suma, por escesiva que fuese, impidiesen el casamiento y separasen definitivamente á Carlos de la compañía de tan despreciable criatura.

Emma y Carlos se amaban. Un rayo no les hubiese hecho mas daño que la noticia de la obstinación del viejo embajador. ¿Qué hacer? Emma, que no perdía la serenidad de espíritu aún en medio de los mayores infortunios, pensó que en vez de

escribir cartas y de emplear el favor y el resorte de personas estrañas, era mejor afrontar la dificultad y presentarse en persona á defender su propia causa.

Emma partió para Nápoles. Muchas lágrimas, muchos suspiros y promesas ántes de separarse; pero el gran consuelo de los pobres amantes era la esperanza de volverse á ver muy pronto y reunirse para siempre por medio de un lazo santo é indisoluble.

Emma llegó á Nápoles. Sir Guillermo no solo no quiso verla al principio, sino que intentó marcharse al campo. Dirémos una palabra sobre Sir Guillermo. Era un hombre de edad madura, aficionado á los viages, de dicado con pasión al estudio de las antigüedades y de las ciencias. Había estado mas de veinte años ausente de Inglaterra, y hecho mas de veinticinco ascensiones al Vesubio. La coleccion de lavas de Sir Guillermo no tenia rival en Europa. En cuanto á su carácter era amablemente frio como un verdadero escocés, bueno y noble como el escudo de los Hamilton de quienes procedía.

Emma y Sir Guillermo se vieron al fin.

Emma, vestida elegantemente. Sir Guillermo con su traje sencillo y monótono.

Emma con la sonrisa en sus labios suaves y purpurinos, con el amor y el ruego en sus grandes ojos, y la seducción en todos sus movimientos y accio-

nes. Altiva, suplicante, llorosa, despechada; en una palabra, todas las mas ardientes pasiones estaban retratadas á su vez en el rostro siempre seductor, siempre hermoso é interesante de Emma.

Sir Guillermo, con la frialdad escocesa, con la gravedad diplomática, tenia el firme ánimo de no cambiar ni la direccion de sus miradas, ni las inflexiones de su voz, ni la posicion de sus cejas ni la de la frente. Impasible, severo, inmutable en su resolucion, se proponia rechazar todas las pretensiones y aniquilar todas las esperanzas de Emma.

Así se presentaron los dos adversarios, cada uno con sus armas ofensivas y defensivas, cada uno con una coraza exterior en el pecho, y con una coraza todavía mas fuerte en el corazon.

Emma y Sir Guillermo por fin se vieron y se hablaron.

La sirena venció. El amor, como siempre, dirigió al leon con una hebra de seda.

El lector querrá saber si por fin el viejo embajador consintió en el casamiento de su sobrino Carlos con Emma.

Nada de eso, la victoria fué todavía mas completa y mas decisiva.

Sir Guillermo por vía de indemnizacion se hizo cargo de pagar las deudas de su sobrino Carlos Greville, que eran enormes y se casó con Emma, la que desde ese momento entró á la nobleza británica con el nombre de Lady Hamilton.

El embajador y su nueva consorte se establecieron en un suntuoso palacio en Nápoles, y la aristocracia, los poetas, los escritores, se apresuraron á concurrir á los salones de esta divinidad de moda en cuya sociedad y compañía se olvidaban las calamidades de la guerra, y los grandes é importantes acontecimientos de la época.

Una noche se presentaba Lady Hamilton como una *bayadera* oriental, y sus movimientos, sus ojos lánguidos, revelaban de una manera admirable á aquellas mugeres nacidas en el clima de la Persia, embellecidas todavía mas por la imaginacion de los poetas (*). Otra noche la bayadera desaparecia y en su lugar se presentaba la seductora Aspasia, la desgraciada Dido, ó la interesante Elena, y entónces los concurrentes se veían trasportados como por encanto á los tiempos heróicos y poéticos que han cantado Homero y Virgilio. Todo esto era en Nápoles, en la ciudad de las flores y de los aromas, de los volcanes y de los amores.

Allí fué Nelson, mandando el poderoso buque *Agamenon*; allí fué el génio de los mares, allí fué cautivado por los encantos de esta muger, allí fué coronado por el amor despues de la espléndida victoria de Aboukir, allí fué recibido en triunfo por

(*) Lady Hamilton fué la que inventó el baile llamado *Schall*, que hemos visto ejecutar en el teatro de México por Mr. y Madama Momplaisir.

los reyes y al lado de los reyes, hermosa, espléndida, llena de orgullo iba Emma, la aya de los niños, la protegida de Sir John, la diosa de la Salud, la embajadora de Inglaterra; en una palabra, el ídolo del que era el ídolo entonces de toda la Inglaterra. Jamás actriz alguna hizo en el teatro tantos y tan variados papeles, con tanta gracia, maestría y dignidad como Emma en la gran comedia humana.

Sir Guillermo abandonó sus viages, sus estudios, sus colecciones de antigüedades y de lavas del Vesubio, para entregarse en el último crepúsculo de la vida, á las ilusiones de rosa y de oro del amor.

Sir Guillermo murió. — El vizconde Horacio pereció atravesado de un balazo, y Emma se retiró entonces á Londres, donde en medio de la pobreza, de la soledad y de los pesares, vió desvanecerse toda la grandeza y acabar los tesoros que habia reunido, hasta que la muerte vino también á poner término á los sufrimientos y á los dolores que dejan en pos de sí los desórdenes y los placeres.

Digamos una palabra mas sobre la batalla de Aboukir.

El sultan, inmediatamente que supo la victoria de los ingleses, mandó una comision que felicitase á Nelson y le presentase varios regalos, entre otros un prendedor de diamantes que valia mas de treinta mil pesos.

El rey de Nápoles le dió con una hermosa pose-

sion en Sicilia, el título de duque de Bronte. (*) El gobierno inglés, ménos generoso que los extranjeros, hizo á Nelson baron del Nilo, con una renta de dos mil libras cada año, cuando habia llenado de riquezas, de honores y de dignidades, á otros que no habian hecho en toda su carrera ni una sola de las hazañas de Nelson. Así pasan siempre las cosas en la tierra. La envidia y la injusticia se mezclan en todo. Nelson, con este motivo, escribia á su amigo Sir Eduardo Berry: “Lo que me ha sucedido, amigo mio, sirve para probar que una

(*) La escuadra francesa que salió de Tolon para el Egipto, enviada por el Directorio con el objeto de destruir á los beys y hostilizar el comercio y el poder inglés en la India, se componia de los navios de tres puentes: *El Oriente*, *el Franklin*, *el Guillermo Tell*, *el Pueblo Soberano*, *el Guerrero*, *el Conquistador*, *el Timoleon*, *el Esparciata*, *el Aquilon*, *el Tonante*, *el Felix*, *el Dubois* y *el Causse*.

Las principales fragatas eran la *Diana*, la *Juno*, la *Justicia*, la *Valerosa* y la *Sensible*. Habia ademas varios bergantines y lanchas cañoneras. A bordo del *Oriente* estaba el almirante Brueys y el Estado Mayor.

Mientras que Nelson buscaba esta escuadra y permanecia en Nápoles ocupado en asuntos un poco mas agradables que los de la vida dura y azarosa del marino, Bonaparte tomó la isla de Malta, desembarcó en Egipto y ganó la célebre batalla de las Pirámides, y dijo aquella todavía mas célebre arenga que han imitado con tan poco tacto varios capitanes, sin mas fruto que haber logrado que los soldados no los entiendan.

Por fin Nelson supo en Nápoles la direccion de la flota francesa, y dejando por un momento sus entretenimientos amoro-

batalla ganada cerca de las costas de Inglaterra, es mucho mas estimada que una victoria que se obtiene en climas lejanos." (*)

Es imposible seguir al almirante en todas las navegaciones, en todos los peligros y en todas las aventuras, del periodo relativo á los veinte últimos años de su vida. Basta decir que durante este tiempo acaecieron los sucesos mas notables é importantes de la historia de los dos últimos siglos.

La independenciam de los Estados- Unidos. La revolucion francesa. La aparicion y elevacion de Napoleon.

Nelson tuvo la mision de contrariar desde el principio de su carrera hasta su muerte, estos grandes acontecimientos y estas poderosas revoluciones en que la fuerza moral tenia tanta parte como la fuerza fisica y material de los colosos que representaban el drama sangriento y sublime que llenó durante treinta años de admiracion y de miedo á todo el mundo.

Del mar de las Antillas al Mediterráneo, del Mediterráneo al Nilo, del Nilo al Báltico, del Báltico á las costas de España, en todas partes el valor y el talento de Nelson, hicieron prodigios, que serán un eterno recuerdo de gloria para la marina de la Gran Bretaña.

Consagraremos algunas líneas á la memoria de una de las hazañas mas atrevidas que ha intentado escuadra alguna del mundo.

El mar Báltico está cerrado por la costa de Dinamarca y por la de Suecia. Las únicas entradas son por el *Pequeño Belt*, por el *Gran Belt* y por el *Sound*. Las dos primeras entradas, muy estrechas y llenas de arrecifes y de bajos estaban defendidas por la naturaleza. El *Sound*, cuya anchura no llegará á cinco mil varas, estaba defendido por baterías situadas á flor de agua en una y otra costa; de manera que, ademas de los vientos del Nordeste que sopla con violencia, ademas de los arrecifes y escollos, habia que sufrir el fuego cruzado de un número considerable de piezas de artillería antes de llegar delante de Copenhague, capital de Din-

[*] Continuacion de la historia de Lingard.

principio de su carrera hasta su muerte, estos grandes acontecimientos y estas poderosas revoluciones en que la fuerza moral tenia tanta parte como la fuerza fisica y material de los colosos que representaban el drama sangriento y sublime que llenó durante treinta años de admiracion y de miedo á todo el mundo.

Del mar de las Antillas al Mediterráneo, del Mediterráneo al Nilo, del Nilo al Báltico, del Báltico á las costas de España, en todas partes el valor y el talento de Nelson, hicieron prodigios, que serán un eterno recuerdo de gloria para la marina de la Gran Bretaña.

Consagraremos algunas líneas á la memoria de una de las hazañas mas atrevidas que ha intentado escuadra alguna del mundo.

El mar Báltico está cerrado por la costa de Dinamarca y por la de Suecia. Las únicas entradas son por el *Pequeño Belt*, por el *Gran Belt* y por el *Sound*. Las dos primeras entradas, muy estrechas y llenas de arrecifes y de bajos estaban defendidas por la naturaleza. El *Sound*, cuya anchura no llegará á cinco mil varas, estaba defendido por baterías situadas á flor de agua en una y otra costa; de manera que, ademas de los vientos del Nordeste que sopla con violencia, ademas de los arrecifes y escollos, habia que sufrir el fuego cruzado de un número considerable de piezas de artillería antes de llegar delante de Copenhague, capital de Din-

marca. El almirante Parker y los demas oficiales viejos y experimentados de la marina inglesa, calculaban casi como imposible penetrar al Báltico. Los unos decian que era menester pasar por el *Gran Belt*, los otros que por el *Sound*. En cuanto á Nelson, lo único que queria era pasar, y poco le importaba por donde. Decidióse, sin embargo, por el *Sound*, y aseguró que con doce embarcaciones que se le dieran se comprometia á forzar el paso, á bombardear á Copenhague y á destruir en seguida las flotas sueca y rusa.

El 30 de Marzo de 1801, Nelson tomó la vanguardia, y ayudado de un viento N. O. comenzó el paso del *Sound*. Inmediatamente que la escuadra inglesa se acercó á las fortificaciones, comenzaron estas á vomitar una descarga de balas rojas y de bombas.

Los ingleses, que observaron que las baterías de la costa de Suecia hacian un fuego muy débil, se acercaron á ella, evitando así el ser ofendidos por los fuegos de la costa opuesta. A medio dia, con pérdida de muy poca gente, fondeó toda la escuadra en medio del Golfo.

Los dos dias siguientes por la noche, Nelson y el viejo almirante Parker, reconocieron personalmente toda la línea en medio de la nieve y del fuego. En medio de la nieve, porque como es sabido, el invierno no se retira del Báltico, sino hasta fin de Mayo, y algunos años hasta mediados de Ju-

nio; y en medio del fuego, porque los daneses tenían una línea formidable que comenzaba por las fortificaciones de tierra y seguia con las baterías de algunos navíos anclados en la bahía. Nelson no era hombre que vacilaba mucho en sus determinaciones, y queria que las cosas una vez comenzadas acabasen pronto.

Supuesto, decia, que hemos venido á atacar á Copenhague, es menester atacarlo, porque emplear la escuadra iuglesa en tirar cañonazos desde el golfo, seria gastar la pólvora y las balas de los almacenes de su magestad sin utilidad ninguna.

Lo mismo que en Aboukir, Nelson concibió que la operacion que habia que hacer era romper una de las alas de la línea enemiga, interponerse entre la costa y la escuadra y comenzar el combate á tiro de pistola. Estos planes no los concibe en verdad un hombre prudente; pero sí son dignos de ese atrevimiento y de ese valor terrible que fué uno de los distintivos marcados de su carácter.

Nelson se colocó efectivamente dos dias despues de haber formado su plan, en la posicion que deseaba, habiendo perdido tres fragatas, que se estrellaron contra los arrecifes.

Es menester haber visto la violencia de los vientos en la estacion del invierno en el mar Báltico, la furia con que se levantan las olas del fondo de los arrecifes y se estrellan en las peñas, y el aspecto solemne, triste y mortuorio de todas aquellas

costas cubiertas de nieve, para formarse una idea del cuadro que presentaba el campamento fortificado de Copenhague y la escuadra inglesa batiéndose á tiro de fusil y vomitando bombas y balas rojas, que iluminaban continuamente aquellos países cubiertos de hielo y aquellos mares hirvientes y alborotados.

El príncipe de Dinamarca, que asistía al combate desde una de las baterías no pudo resistir tan horrible espectáculo y mandó suspender el fuego. Esa circunstancia salvó quizá á Nelson, pues envió un parlamentario y entre tanto pudo mejorar la posición de sus buques y mandar retirar tres de ellos considerablemente maltratados.

Pasando yo una vez el canal de la Mancha con un viejo capitán de la marina inglesa, que había asistido como guardia marina al combate naval de Copenhague, me contó que observando el almirante Parker que Nelson iba á ser completamente aniquilado por las baterías danesas, puso una señal ordenándole que hiciese cesar el fuego y se retirase. Un teniente advirtió á Nelson la orden del almirante. Este se volvió hácia el lugar donde aparecía la señal, y poniéndose la mano sobre las cejas, contestó que el humo que levantaban las descargas de la artillería era muy espeso y que él no distinguía nada. El oficial volvió á insistir y le señalaba con ahínco el rumbo; entónces Nelson subió al castillo de popa y pidió el anteojo. El ofi-

cial se lo puso en las manos en el acto. Nelson cerró el ojo bueno y se puso el anteojo en el ojo seco y vació que había perdido en Bastía y después de tres minutos devolvió el anteojo al oficial diciéndole "no veo señal ninguna."

El oficial iba á hacerle alguna observación; pero Nelson le interrumpió, y dándole una palmada en el hombro le dijo:

— La tesorería de Lóndres no tiene *conocimiento oficial de que yo haya perdido este ojo*. Nelson descendió del castillo, dió sus órdenes y el fuego y el combate siguió con mas furia que ántes. (*)

El resultado de tan sangrientas escenas fué un armisticio convenido con los daneses, de catorce semanas. A poco tiempo se celebró otro armisticio general en el Báltico y Nelson durante algun tiempo quedó allí haciendo pacíficamente su crucero.

Miéntas esto pasaba, Pablo I, emperador de Rusia, acababa de ser asesinado en su palacio, y el conde de Pahlen autor principal de la conspiración, con un desprendimiento raro en los conspiradores, colocaba en el trono á Alejandro.

La nueva república de los Estados Unidos quieta y pacífica, miéntas toda la Europa estaba devorada por la guerra, colocaba por la elección del

(*) Esta anécdota, aunque no con los pormenores que me la refirió el capitán, recuerdo haberla leído en una vida de Nelson escrita en inglés.

pueblo en la silla presidencial, á Tomas Jefferson.

El general Ralf Abercromby moria batiéndose en Egipto contra los franceses, en la memorable batalla de Canopus.

Napoleon, que no tenia mas que cuarenta y dos años, gobernaba la Francia con el título de primer cónsul.....

El ministerio inglés, cambiando un poco su sistema, trataba de negociar una paz general.

Nelson, marino impasible, aguardaba junto á los cañones de su buque, las órdenes de su gobierno, para moverse de uno á otro extremo del mundo y llevar la guerra, el triunfo y la gloria, desde los tranquilos y ardientes mares de las Indias hasta las aguas turbulentas y heladas del Norte.

Rota la paz de Amiens y vuelta á encenderse la guerra en Europa con mas fuerza que ántes, Nelson vino del Báltico al canal de la Mancha y del canal de la Mancha á Trafalgar. (*)

Trafalgar es uno de los combates navales mas sangrientos de que hay memoria en las crónicas. En este combate pereció Nelson á bordo del navío de tres puentes la "Victoria," no de un balazo dirigido del "Bucentauro" como algunos escritores di-

(*) El cabo de Trafalgar se halla á la entrada del estrecho de Gibraltar, en la costa S. O. de España, provincia de Andalucía. Los antiguos le llamaban Promontorio de Juno, [*Junonis Promontorium.*]

cen, sino de un tiro de fusil disparado desde las cofas del "Redoutable" que mandaba el capitán Lucas de la marina francesa.

Nelson comenzó su vida luchando con los osos en los mares del polo, y la terminó á los cuarenta y siete años, en medio del estruendo y de los horrores de una batalla.

El mando de la escuadra inglesa lo tomó el vice-almirante Collingwood, que murió despues en el Mediterráneo y está sepultado junto á Nelson, en la cripta de San Pablo.

En la noche se encargó una horrible tempestad de los funerales del célebre marino.

Como si el cielo hubiese querido castigar, dice Thiers, la temeridad de dos naciones civilizadas que se entregaban á los furios de un sangriento combate, envió despues de la batalla una tempestad horrorosa que dispersó y arrojó por diversos rumbos á los encarnizados combatientes. (*)

(*) El 20 de Octubre de 1805, se encontraron la escuadra combinada española y francesa que salió de Cádiz, y la inglesa que venia de la Mancha y de las costas de la Gran Bratania. La escuadra combinada se componia de treinta y tres navíos de línea, entre los que se contaba el Santísima Trinidad, de ciento cuarenta cañones, cinco fragatas y dos bergantines. Se dividió en dos secciones. La primera *de batalla*, era mandada por el almirante frances Villeneuve; y la segunda, *de reserva*, era mandada por el almirante español Gravina.

La escuadra inglesa se componia en totalidad de treinta

La vida de Sir Cristóbal Wren, presenta un carácter enteramente distinto que la de Nelson. La una quieta, tranquila y pacífica; la otra agitada y llena de peligros y sin embargo tan importante la una como la otra, porque si Nelson ha dejado una fama eterna y dió lustre y prez á la marina británica, Wren ha sido quizá el único que ha llevado al clima frio y nebuloso de Lóndres, la pura y bella arquitectura nacida en los climas templados de la Grecia y de la Italia.

Cristóbal Wren nació el año de 1632. Su padre fué capellan del rey Carlos I, y dean de la capilla de Windsor. Su tio era arquitecto y al mismo tiempo obispo de Ely, y tuvo la increíble constancia de sufrir veintiun años de prision ántes que ser infiel á su rey y á sus principios políticos y religiosos.

y seis velas, y estaba dividida tambien en dos secciones. Una al mando del almirante Horacio Nelson, y otra al del almirante Collingwood. En la batalla murieron Nelson, Gravina; y el vice-almirante Magon. Villeneuve fué hecho prisionero y conducido á Inglaterra, habiendo obtenido mas adelante el permiso de pasar á Francia para vindicarse. Temiendo ser condenado por el consejo de guerra, se suicidó enterrándose un *estilete* en el corazon. Los pormenores mas curiosos y mas esactos sobre la sangrienta batalla de Trafalgar, se encuentran en el tomo sexto de la admirable obra de Mr. Thiers, titulada: el *Consulado y el imperio*.

Cristóbal Wren nació de una constitucion tan débil y tan delicada, que no solamente sus padres, sino los médicos, pronosticaban que no viviria mucho tiempo. Dedicáronlo, sin embargo, á los estudios de las ciencias, recomendando á los profesores que no lo hiciesen estudiar tanto como los reglamentos del colegio lo ecsigian. Pero muy al contrario, Wren estudió tanto y con tan buen écsito, que ántes de cumplir veinte años le llamaban ya el *milagro de la juventud*, pues no solamente habia aprendido lo que todos sus condiscípulos, sino que habia inventado una máquina pneumática, un instrumento para escribir dos copias á la vez, otro para escribir en la oscuridad, y publicado tambien un tratado sobre la trigonometría esférica y una teoría sobre el planeta Saturno. En 1657 fué nombrado catedrático de astronomía del colegio de Gresham, y en 1659 profesor tambien de astronomía de Oxford. Durante todo este tiempo no solo estuvo ocupado en enseñar á sus discípulos, sino en hacer modelos, en mejorar los instrumentos ya existentes y en inventar otros nuevos.

En 1663 se le encargó la compostura de la iglesia de San Pablo, la que no comenzó sino hasta 1665, porque ántes quiso hacer un viaje á Paris y esudiar toda la arquitectura, dibujar los monumentos mas notables y regresar á su país á trabajar despues de haberse trasladado, como él decia, *toda la Francia sobre un papel*.

En el año siguiente aconteció el gran incendio, y Wren fué encargado no solo de hacer de nuevo la iglesia de San Pablo, sino de reconstruir toda la parte de la ciudad que se habia arruinado.

Durante un largo periodo de años, se ocupó en la construccion de la catedral y de cincuenta iglesias mas, trabajando continuamente todas las horas del dia y algunas veces por las noches, sin mas remuneracion que trescientas libras cada año (mil y quinientos pesos.)

Cristóbal Wren nació en el reinado de Jacobo I, vió coronarse y perecer en el patíbulo á Carlos I, aparecer y desaparecer á la república y al protector Oliverio Cromwell; asistió ya hombre formado y conocido en Europa, á la restauracion y á los funerales de Carlos II, siguió sus obras en los tiempos de Jacobo II, Guillermo y Maria y la reina Ana, y cuando subió al trono Jorge I, el sábio, el infatigable arquitecto fué despojado del empleo que por tantos años habia ocupado, y relegado á la pobreza y al olvido sin mas causa que unos infames anónimos que algunos enemigos gratuitos y ocultos dirigieron al monarca.

Murió á los noventa y un años de edad, pobre, olvidado y perseguido de los hombres; pero bendecido y protegido por Dios, porque habiendo nacido enfermizo y débil, le concedió mas adelante una salud fuerte y una larga vida, y murió tranquilamente sin sufrir enfermedad ni dolor alguno.

En cuanto al rey, que molestó y persiguió á un viejo tan respetable, ha recibido el castigo que los escritores malos ó buenos de todos los países de la tierra, reservan á los que ocupan altos y grandes puestos en el mundo con almas pequeñas y miserables. El puesto queda grande y espléndido; pero el hombre pequeño y oscuro.

Contra la ingratitud é inconsecuencia de los hombres Sir Cristobal Wren opuso lo que opone todo hombre que vale algo en el mundo, su génio y su constancia. Con el génio y la constancia comenzó y concluyó la suntuosa catedral de San Pablo, es decir, su mausoleo, su panteon, su tumba, tan grande y tan magnífica, como quizá no la podrá construir ningun monarca.

Todo el que visita San Pablo alza la vista para contemplar la altísima cúpula, la atrevida columnata y los arcos correctos y elegantes de las naves; examina el coro de madera primorosamente tallado y el gran órgano de voces sonoras; sube á la biblioteca, se aventura en aquellas estensas escaleras, llega á la galería de oro y tiene el gusto de tocar la inmensa esfera en que está plantada la cruz; pero al fin desciende y satisfecha su curiosidad baja por último á la cripta y forzosamente sus ojos caen sobre la lápida del arquitecto de la iglesia.

Esta es la venganza que diariamente ejerce Sir Cristóbal Wren, muerto, sobre el pobre rey Jorge I, ya olvidado.

Tambien están enterrados en la cripta Tomás Lawrence, Benjamin West, y Joshua Reynolds, tres eminentes pintores ingleses, de los que nos ocuparemos mas adelante.

Entre los marinos, los pintores, los arquitectos, los cancilleres y toda esa aristocracia del talento y del dinero que duerme allí el sueño postrero y perdurable, se halla un hombre modesto, oscuro, plebeyo si se quiere, pero que se grangeó la estimacion de cuantos lo conocieron en vida, y un sepulcro régio para despues de su muerte. Este hombre se llamó Mr. Attwood. (*) Era el organista de la catedral. Sirvió ese empleo durante treinta y cinco años, y ni un solo dia faltó á la hora señalada para tocar, sin haber llegado ni en los inviernos mas rigurosos, un minuto mas temprano, ni un minuto mas tarde. Los canónigos en premio de esta esactitud y constancia lo colocaron cuando murió, muy inmediato al almirante Nelson.

Insensiblemente me he difundido mas de lo que hubiese deseado en este capítulo; pero siempre que

(*) Entre nosotros había un hombre del mismo carácter que el organista de San Pablo. Este era D. Apolinario Saenz Manzo relojero de la catedral de México. Su vanidad consistia en no haber faltado un solo dia á las doce para observar el relox durante el espacio de veinte y cinco ò treinta años que sirvió el destino. D. Apolinario merecia una tumba entre las de nuestros canónigos.

encuentro una montaña, un árbol anti-diluviano, ó el sepulcro de un grande hombre, me detengo á meditar y á contemplar en su historia; porque cuando se sabe la historia de estas grandes cosas, se sabe el poder de Dios que corona de nieve á la montaña, que reviste al árbol anciano de verdes y frondosas, hojas y que dota al hombre del talento necesario para ejecutar obras que sobreviven cuando ha vuelto al polvo y á la nada de donde salió.

de un matrimonio de Estado, y en Rusia el amor era parte muy secundaria.

La emperatriz Isabel murió el año de 1762 é inmediatamente fué proclamado emperador Carlos Pedro con el nombre de Pedro III.

Era el Czar hombre justo, elemente y generoso. Uno de los primeros actos de su reinado fué permitir que regresasen á sus casas diez y siete mil infelices que habian sido desterrados á la Siberia y las fronteras de la Tartaria. En Rusia todo se hace así. Cuando se destierra, se trasplanta realmente una ciudad á otra parte. Cuando se conspira, se ahorca, se mata, se destruye enteramente el obstáculo, y no importa que este obstáculo se llame general ó emperador.

Pedro estinguió en seguida la chancillería secreta, que era un tribunal temible y arbitrario que juzgaba cada vez y cuando al monarca le placia, á los nobles y á los grandes señores, á quienes la corte odiaba ó temia, y los que frecuentemente eran condenados al destierro, ó al pago de multas considerables.

Estos actos de un monarca justo y civilizado, ademas de la afabilidad de su trato personal, le grangearon el amor de la multitud, que por instinto conoce y aplaude las buenas acciones; pero este favor del pueblo pasajero y efímero en todas partes se convirtió á poco tiempo en odio. Pedro era un servil imitador de Federico el Grande y quería

EPISODIO RUSO.—LOS FAVORITOS.

Puesto que estamos recordando uno de los acontecimientos mas notables de los países del Norte, de esos países civilizados por el tiempo y el contacto con las demas naciones del continente y bárbaros por el clima, las razas y las distancias, los lectores perdonarán este episodio, que no carece de interés.

Pablo I, emperador de Rusia, nació el año de 1754.

Era hijo de Sofia Augusta, princesa de Anhalt Zerbst y de Carlos Pedro Ulrio, duque de Holstein Gottorp.

La emperatriz Isabel, tia de Carlos Pedro, lo designó como heredero del trono, lo hizo gran duque y lo casó con Sofia Augusta el año de 1745.

Carlos y Sofia no se amaban; pero se trataba

no solo ser filósofo como Federico, sino imponer esa filosofía à todos sus súbditos. La declaración que hizo Pedro al obispo de Nowgorod de que trataba de variar la religión del Estado le arrancó con una velocidad eléctrica toda la popularidad que en los primeros días de su gobierno le habían granjeado sus actos de clemencia y de justicia.

Lo que sucedía positivamente era que el poder y la grandeza del Czar se perdía y se ofuscaba ante el poder, el talento y la ambición de su esposa.

Sofía Augusta tenía 33 años en la época en que su marido subió á la silla imperial. Era una mujer espléndida, llena de magestad, revelando en cada una de sus facciones el genio y el talento. Amor é inteligencia en los ojos, expresión y atractivos en la boca, talento y atrevimiento en su frente magnífica y despejada. Su marido tenía todo el poder y la autoridad, y sin embargo la milicia, el pueblo y la mas alta nobleza, se habían acostumbrado ya al dominio y á la imponente magestad de Sofía, y donde ella estaba, allí residía la grandeza y el poder.

Sofía era ambiciosa de amor, ambiciosa de mando y dominio, ambiciosa de gloria y de conquistas, ambiciosa de placeres de lujo, y de riquezas; ambiciosa por último de adquirir un nombre en la literatura.

Federico el Grande cuando no peleaba en campaña, hacía versos y componía libros. Era forzo-

so que fuese la literatura en esa época la pasión de moda entre los personajes que tenían una corona en la cabeza.

Era Sofía hermosa, como hemos dicho, y la hermosura es el poder mayor que se conoce en el mundo, y como la princesa se aprovechó admirablemente de este magnífico presente que le hizo la naturaleza, la historia de sus amores y la historia de la política y de los acontecimientos de Rusia están íntimamente ligadas.

El primer amante de Sofía fué el Chambelan Soltikof, jóven gallardo, atrevido, emprendedor y mas que todo afortunado, pues la política lo separó del lado de la princesa condecorándolo con un empleo de embajador.

Fué en estos momentos cuando nació Pablo I, Sofía lloró amargamente la pérdida del Chambelan; pero todos los corazones estremadamente sensibles y ardientes reemplazan fácilmente una pasión con otra nueva.

Estanislao Poniatowski fué destinado por su estrella para derramar un bálsamo consolador en el corazón de Sofía y volver á la vida las ilusiones del alma que creía se habían volado y desvanecido para siempre.

Digamos una palabra sobre Estanislao.

Hijo de un caballero de la Lituania, de poca fortuna y de lo que llamaban la pequeña nobleza, tuvo que entregarse á la suerte y ventura en que con-

fian todos los calaveras y los ambiciosos. Era joven, bien parecido, robusto y valiente, confiaba en el porvenir y se lanzaba en busca de la diosa Fortuna, que dando vueltas caprichosamente á su terrible rueda eleva á los que están en el polvo y en el olvido, mientras abate y maltrata á los que están en la cumbre de la fortuna del poder.

La guerra es el teatro de las aventuras y de los calaveras. Carlos XII de Suecia, que desde que subió al trono hasta que murió hizo la guerra á la Rusia, estaba en campaña y en actividad. Allí fué Estanislao, y tuvo participio en algunas de las prodigiosas marchas y rudos combates por aquellas llanuras eternas cubiertas de nieve, blancas y tristes como si fuesen el inmenso sudario con que se cubre la naturaleza durante algunos meses del año en las regiones del Norte.

Como Carlos XII era un hombre severo en la disciplina, infatigable en el trabajo, sábio y casto en su vida privada, Estanislao se disgustó, y separándose del servicio del rey de Suecia, buscó mejor amo en Augusto III, rey de Polonia. Allí la fortuna comenzó á sonreírle. Enamoróse de la princesa Czartorinska y á poco se casó con ella; pero los gastos enormes que tuvo que hacer para salir airoso de una boda tan aristocrática, lo hicieron contraer muchas deudas y abandonar la capital del reino de Polonia, dirigiéndose á Paris.

Hace muchos años Paris es el emporio de los

placeres, de las diversiones y de las intrigas amorosas. Estanislao se halló entonces en su verdadero elemento; pero le fué preciso gastar y contraer nuevas deudas, hasta el grado que los acreedores unidos con la policía tuvieron que detener por un momento su carrera de gloria y de ilusiones y ponerlo en una estrecha prision.

En el fondo oscuro de las prisiones de Paris, tuvo el apuesto y gallardo Estanislao un ángel que lo viniese á libertar.

Este ángel en figura de muger fué la buena y amorosa Madama Geoffrin. ¡Tan joven, tan amable, con sus ojos tan dulces y ademas extranjero y sin amigos ni relaciones en Paris, (decia Madama Geoffrin) es imposible abandonarlo á la crueldad de los corchetes y á la compañía de los asesinos y malhechores. Seria una falta de caridad!

Como consecuencia de estas reflexiones Madama Geoffrin pagó todas las deudas de Estanislao y lo sacó de aquellas mansiones donde mas bien que el cuerpo, el alma ardiente del joven estaba prisionera.

Pero los hombres son inconstantes, ligeros é ingratos como la mariposa que liba la miel y desprecia la flor. Estanislao apenas se vió libre abandonó á la caritativa Madama Geoffrin y pasó á Londres. Allí formó relaciones con los personajes mas notables y logró marchar en compañía del embajador inglés á San Petersburgo. Algun tiempo des-

pues Augusto III lo nombró ministro de Polonia en la corte de Rusia.

En ese tiempo Soltikof habia partido, la princesa Sofia se hallaba con el corazon lastimado, era curiosa, y las aventuras, peligros y trabajos de Estanislao Poniatowski habian llegado por la distancia á la corte rusa, aumentadas, como sucede siempre, y la habian interesado vivamente. Tuvo muchos deseos de conocer al héroe; y el héroe de estas verdaderas aventuras novelescas tenia ya formado su plan.

La princesa, en una palabra, olvidó enteramente á Soltikof y adoró á Poniatowski. Algunos años despues, cuando ya no ecsistian mas que memorias y dulces recuerdos, la princesa Sofia, que era ya una poderosa emperatriz, hizo que la Polonia proclamara como su rey y señor á su antiguo y nunca olvidado favorito, y el jóven oscuro de la Lituania, el prisionero protegido y amparado por Madama Geoffrin, fué en efecto proclamado el año de 1764 rey de Polonia, con el nombre de Estanislao Augusto II Poniatowski.

Verdad es que fué el último rey, y el rey mas singular del mundo. Fué poco á poco acabando con la Polonia, hasta que no quedándole ya ni un palmo de territorio suyo, tuvo necesariamente que dejar desocupado el trono, como un mueble viejo, inútil y ocioso.

La primera desmembracion hecha por la Rusia fué el año de 1772.

La segunda hecha por Federico de Prusia y Catarina, fué el año de 1793.

La tercera; la Prusia, la Austria y la Rusia, se dividieron definitivamente toda la Polonia.

Poniatowski se retiró á Rusia y murió el año de 1796.

Catarina hizo á su favorito el regalo mas original del mundo.

Le dió una corona; pero le quitó el reino.

Pasemos al sucesor de Poniatowski.

Habia en la artillería rusa un jóven que tenia solamente el grado de teniente. Este jóven era robusto, desarrollado en sus miembros, bien hecho de cuerpo y de un rostro varonil, en el cual estaba pintada la audacia y el valor.

No podia desmentir su origen. Su abuelo, que habia pertenecido á esa temible y turbulenta milicia rusa conocida con el nombre de *Stretlitz*, era una de las víctimas que debian ser degolladas por la mano misma del Czar Pedro I, que castigaba ó se vengaba de las persecuciones que de estos géneros rusos sufrió en su juventud. Pedro habia pasado algunas veces junto al abuelo de nuestro teniente, sin decidirse á matarlo.

—Has pasado muchas veces junto á mí y no me has matado, le dijo presentándole el cuello.

El Czar se lo quedó mirando un momento y luego le respondió:

"Eres un hombre bastante hermoso, y por eso quiero perdonarte. Vete."

Este teniente de artillería, nieto del hombre que por su gallardía perdonó Pedro el Grande, se llamaba Gregorio Orlof. (*)

Con motivo de los deberes de su empleo, Gregorio Orlof tenía que concurrir frecuentemente á la casa del gran maestre de artillería. Allí vió alguna vez con la velocidad de un relámpago, pasar de una pieza á otra una muger que le pareció tan hermosa como una sílfide. Era la princesa de Kourankin, á quien adoraba con todo su corazón el gran maestre de artillería.

Gregorio Orlof decidió arrebatarse á su jefe esta prenda de tanta estimación y comenzó á poner en planta todos los medios de que usa en tales casos un hombre enamorado, valiente y emprendedor.

A poco tiempo el gran maestre de artillería estaba destronado completamente, y el teniente ocupando el lugar mas preferente en el corazón de la interesante y seductora princesa.

[*]. Un sobrino del héroe de esta narración, llamado Alejo Orlof, es actualmente el ayudante de todas las confianzas del emperador Nicolás. Frecuentemente lo manda al desempeño de misiones diplomáticas á las cortes extranjeras. Capefigue por esta razón lo cuenta entre los diplomáticos y hombres de estado, y habla de él en la obra que últimamente ha publicado.

Una noche, cuando entraba Gregorio con el corazón lleno de amor y la cabeza llena de ilusiones al palacio de la princesa, fué asaltado por seis hombres que lo sorprendieron, lo desarmaron, lo amarraron, le vendaron los ojos y lo colocaron en un carruaje, que echó á andar con violencia.

A cabo de muchos dias de camino, Orlof llegó á la tierra donde van á residir los súbditos rusos que cometen alguna falta en política, en amor, en religion, ó simplemente en la etiqueta establecida.

Los lectores comprenderán que se trata de la fría, de la triste, de la desierta y silenciosa Siberia.

Allí fué el teniente Orlof á espiar con largos dias de soledad, de fastidio y desesperación, las breves horas de ilusiones que habia tenido en San Petersburgo.

Un dia, el dia ménos pensado, tal vez quizá en el momento mismo en que Orlof pensaba estrellarse la cabeza contra una pared, fué sacado de su habitación y conducido con los ojos vendados á un carruaje, que partió con la velocidad del rayo.

Los conductores eran mudos y misteriosos como los que lo arrebataron de la puerta del *hotel* de la princesa de Kourankin.

Gregorio creyó que lo llevaban á una de esas grandes llanuras para matarlo allí, ó abandonarlo para que muriese de hambre.

Después de muchos dias de camino una noche lo despertaron á deshora, le vendaron los ojos y

cambiando de carruaje, lo hicieron caminar como sesenta horas seguidas, hasta que lo colocaron en un lecho cómodo, donde casi inmediatamente le sobrevino un sueño profundo.

Al día siguiente despertó y se encontró en San Petersburgo en el pabellón de su cuartel. Encima de la mesa había un despacho de capitán.

—¡Oh! la princesa, la buena princesa de Kou-rankin, exclamó Gregorio. Gracias; mil gracias, dijo besando el despacho.

El gran maestro de artillería había sido destinado á una misión fuera de la capital, y el jefe de Gregorio era ya otro general distinto.

Dos días después, cerca de las nueve de la noche, se presentó en el pabellón de Orlof una mujer cuyo rostro estaba cubierto con una máscara.

—¿Teneis valor? le preguntó.

Orlof se echó á reír.

—Positivamente os pregunto si teneis valor.

—¿No habeis conocido á mi abuelo, misteriosa señora?

—No.

—No estraño entónces que me hagais tal pregunta.

—Poco importa vuestro abuelo; lo que quiero que me respondais decididamente es si teneis valor.

—No fuera entónces soldado, contestó Orlof algo impaciente.

—Capitán de artillería ¿no es verdad?

—Es verdad, y cómo lo sabeis, interrumpió Orlof lleno de curiosidad.

—Ya veis que... pero es necesario no perder el tiempo. Venid conmigo.

—Vaya, dijo Orlof, será la princesa...

—¡Silencio! Si mentais á la princesa, sois perdido. Cuando ménos, tendreis que hacer otro viaje á la Siberia.

El capitán meneó la cabeza. ¿Pues dónde me llevais?

—Nada puedo responder. Solo os digo que si intentais descubrirme, que si pretendéis averiguar dónde vive y quién es la hermosura que desea tener una conferencia con vos, vuestra vida corre gran peligro.

Orlof inclinó la cabeza y siguió en silencio á la desconocida. Ambos subieron en un coche, dieron muchas vueltas por las calles de San Petersburgo, y se detuvieron por último en una casa de pobre apariencia; allí entraron Orlof y su misteriosa conductora.

Al cabo de dos horas salió Orlof y encontró en la puerta otro carruaje diferente. El cochero lo invitó á montar en él y lo condujo al pabellón del cuartel.

¿De quién era la mano misteriosa que lo había arrancado repentinamente de la Siberia, que le había puesto el título de capitán sobre su mesa y que había hecho variar de residencia al gran maestro

de artillería? Sin duda era la mano del ángel de amor oculto en la pobre y misteriosa casa de un barrio de San Petersburgo; pero ese ángel no era la princesa de Kourankin, aunque como ella, tenía una voz dulce, sonora y persuasiva. ¿Quién era entonces?

Mucho tiempo pasó sin que Orlof pudiese ni aún sospechar quién era la maga encantadora que tanto lo amaba.

En este tiempo los disgustos, mejor dicho, el odio del Czar Pedro III se había desarrollado de una manera formidable contra la princesa Sofia. Estaba ya acordada la publicacion oficial de la deshonra de la madre, declarando que el hijo no era el legítimo heredero del trono. De este paso seguiria el divorcio; y en final resultado para la princesa, el destierro, la persecucion, la muerte, quizá. Era menester un paso decisivo.

Un dia se presentó Orlof oficialmente y vestido de riguroso uniforme ante la princesa Sofia.

—Señora, le dijo, una mano bienhechora me sacó de mi triste destierro, donde seguramente habria muerto, y esta misma mano ha puesto sobre la mesa de mi dormitorio un despacho de capitán y otro de mayor de artillería. Yo soy agradecido y os vengo solo á pedir permiso para obrar y manifestar de una manera palpable mi reconocimiento.

La princesa se puso encarnada y se turbó un poco.

—Nada de lo que me decís comprendo, dijo la princesa.

—Ni yo tampoco lo pretendo, señora, contestó Orlof; lo único que deseo es que me deis vuestro consentimiento para obrar. Vos, señora, debeis ser la emperatriz de las Rusias, ó de lo contrario resignaos al destierro.... á la muerte tal vez. Reflexionad, señora.

—Orlof, Orlof, ¿qué vais á hacer? exclamó la princesa, dejando adivinar en el brillo de sus ojos y en la agitacion de la voz la emocion que le causaban las palabras del jóven.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Haced lo que querais, contestó Sofia con voz medio apagada y abandonando al mayor una mano blanca y admirablemente torneada.

—Gracias, señora, mil gracias; dijo Orlof doblando una rodilla y besando respetuosamente la mano de la princesa.

Orlof se retiró.

El 9 de Julio de 1762, estalló un pronunciamiento en San Petersburgo, al cual se adhirieron la mayor parte de los cuerpos de la guarnicion que habian sido de antemano ganados por Gregorio Orlof y sus hermanos.

Los sublevados declaraban incapaz de gobernar á Pedro III, y proclamaban como emperatri á la princesa Sofia.

El emperador Pedro fué reducido á prision.

Siete dias despues entró á la prision donde estaba el Czar, Alejo Orlof (1) hermano del favorito, que era de una estatura colosal y de las fuerzas de un hércules; lo acompañaban dos amigos llamados Teplof y Barantiuski.

Cuando salieron de la prision, Pedro III no existia y Alejo Orlof tenia una señal cárdena en la mejilla que conservó toda su vida. Su hija, hermosa como una estrella, no tenia mas defecto que haber nacido con la misma marca que dejó en el carrillo de su padre el dedo del moribundo emperador de Rusia. (2)

La princesa Sofia fué coronada con gran solemnidad y pompa en Moscou con el nombre de Catarina Alexiowna II.

¿Catarina tuvo parte en la muerte del emperador?

[1] Algun tiempo despues un cosaco llamado *Pougatchef* se fingió Pablo III, contando al vulgo que se habia escapado de las manos de los asesinos y proclamándose emperador. Por lo pronto tuvo muchos prosélitos, los unos de buena fe y los otros por odio á Catarina y á la familia de los Orlof; pero al fin lo abandonaron sus partidarios y fué aprehendido por las tropas del gobierno y ahorcado en el acto.

(2) Alejo Orlof en premio de su crimen, recibió el empleo de almirante, á pesar de que ningun estudio ni práctica tenia en la náutica. Un marino inglés ganó un combate á los turcos, y Alejo se apropió toda la gloria.

Federico el Grande escribia á uno de sus amigos:

“Pedro III ha sido destronado por su muger, y todo el mundo se lo esperaba.” Pero el mismo Federico afirmaba que Catarina no tuvo ninguna parte en el crimen que se cometió. Nada hay al ménos en la historia que pruebe su complicidad.

Dirémos una palabra mas, para concluir con la historia de Gregorio Orlof.

Elevada una vez al trono su bella y misteriosa protectora, cesaron las citas nocturnas y las aventuras romancescas para comenzar la vida espléndida de un favorito que gozaba del amor y de la protección de tan poderosa soberana.

Del grado de mayor y tesorero del cuerpo de artillería fué Orlof ascendido á coronel, y finalmente á gran maestro, de manera que el oscuro teniente, sin mas antecedentes que su audacia, su buena figura y su mejor fortuna, dejó á su antecesor sin empleo y sin dama. Hé aquí las vueltas de la rueda de la caprichosa deidad que preside el destino de los mortales.

Siempre que una persona de una constitucion nerviosa sube á una torre ó á la cumbre de una montaña, cuando mira á sus piés desde la altura á que está colocada se desvanece y pierde la cabeza.

Los honores políticos y las grandes riquezas adquiridas de improviso, son en lo moral las altas torres y las elevadas montañas. Raro es el hom-

bre que sube, sin sentir su cabeza perdida y su sistema enteramente trastornado. Orlof no se contentó con el título de favorito, con un rango elevado en la nobleza y en el ejército y con las riquezas que había acumulado. Quiso ser emperador, ó al ménos marido de la emperatriz. Catarina estaba pronta á casarse en secreto; pero en política no le convenia, y tuvo bastante firmeza para no comprometerse á contraer un enlace público.

Doce años duró la privanza y el favor de Gregorio Orlof. Poco á poco su carácter altanero, suspicaz y ambicioso le fué enagenando el cariño de la soberana, hasta que lo alejó enteramente y le prohibió la entrada en el palacio y la asistencia á la corte. Su lugar tan alto y tan envidiado en S. Petersburgo, fué ocupado por Jorge Potemkin.

Orlof no pudiendo soportar el desprecio de Catarina, perdió el juicio y murió en medio de la mas grande desesperacion é infelicidad, dándose é hiriendo su cabeza y sus miembros con las paredes de la estrecha celda donde por causa de su enfermedad se le habia confinado.

Veamos en qué ocasion comenzó la fortuna de Jorge Potemkin.

Potemkin, lo mismo que Gregorio Orlof, era únicamente un simple oficial subalterno del ejército. Cuando Catarina fué proclamada emperatriz por sus guardias, quiso dar un golpe de popularidad revistiéndose con las insignias del ejército. Po-

temkin en ese dia estaba de faccion y con una audacia sin ejemplo se quitó la dragona y la ofreció á la nueva soberana.

Catarina observó entonces la noble y varonil figura del oficial, lo miró con atencion y pagó su presente con una sonrisa que anunciaba un porvenir de felicidad y de gloria.

—Oh!— decia en ese momento Potemkin, mi carrera y mi vocacion se han determinado ya. Qué inspiracion tan feliz fué la mia cuando abandoné la teología y los libros místicos, para trocarlos por el brillante uniforme, por el fogoso corcel y por el amor de la soberana mas poderosa y mas bella del mundo!

Potemkin habia sido en efecto destinado por sus padres para la carrera eclesiástica y los años primeros de su juventud los pasó en la oscuridad y en el retiro, estudiando todas las ciencias propias para la profesion santa que debia ejercer; pero su imaginacion ardiente, su carácter resuelto y su ambicion, le hacian adivinar en medio de sus estudios un porvenir inmenso y un campo ancho como el mundo donde habia de encontrar en medio de la guerra y de la política, los honores, la riqueza y el amor.

Desde el dia memorable en que hizo atrevidamente su regalo á la soberana, comenzó su elevacion. A los pocos dias fué ascendido á capitán, despues á coronel, y despues al rango de enviado

extraordinario cerca del gobierno de Suecia, para comunicar la elevacion de la emperatriz Catarina.

Gregorio Orlof, alarmado justamente de la preponderancia de Potemkin, empleó en union de sus hermanos, cuantas intrigas y arterías pudo para arrebatarle la predileccion de Catarina; pero todo fué en vano, pues lo mas que logró fué sacarlo de San Petersburgo y enviarlo á la guerra que entonces hacia la Rusia á los turcos.

Potemkin tuvo que obedecer, y partió con la rabia y la desesperacion en su alma, porque entre todos los favoritos que habia tenido la emperatriz, no habia uno solo que la amase tan tiernamente como él.

Una vez que llegó al ejército, todo su cuidado fué informarse qué puntos y qué empresas ofrecian mas peligro, ó mejor dicho, la probabilidad de morir honrosamente, y consecuente al propósito que habia hecho, en todos los combates, en todas las escaramuzas, en todos los asaltos, Potemkin era el primero, y siempre se le veía en medio del fuego y de la refriega, elegante, bello, impetuoso unas veces, tranquilo y sereno otras.

Potemkin, en vez de la muerte, encontró la gloria. En efecto, cuando volvió á la corte, no solo recibió el empleo de teniente general, sino otras varias comisiones militares á que lo habian hecho digno su esperiencia y su valor en la guerra. Pero durante su ausencia Gregorio Orlof habia resta-

blecido su dominio en el corazon de Catarina. Potemkin, si bien merecia del gobierno honrosas distinciones, no habia ni un solo indicio que le diese á conocer el cariño personal de la soberana, que era todo lo que ambicionaba.

Lleno nuevamente de amargura y de zelos, y no habiendo encontrado en el campo de batalla el remedio eficaz que buscaba, abandonó el uniforme, los caballos y las armas, renunció el empleo y las comisiones y se metió en un convento, donde resolvió abrazar la profesion de religioso y espiar por largos años de penitencia, de ayuno y de cilicios, los desórdenes de su vida de soldado y la locura de una pasion tan profunda y tan elevada.

Despues de algunos dias, la mano compasiva y amorosa de Catarina sacó á Potemkin del convento y lo llevó á palacio, donde le dió el cargo de chambelan.

La privanza de Orlof declinaba rápidamente, y la de Potemkin ascendia con la magestad y esplendor con que se levanta el sol en el Oriente.

Potemkin era uno de los personajes mas difíciles de conocer y retratar. En lo fisico era de fisonomía varonil, de proporciones atléticas, de formas desarrolladas y vigorosas como un verdadero hombre del Norte. Su vestido era algunas veces elegante y hasta podria decirse pulido; otras descuidado, ridículo y aún desaseado. En la moral ya aparecia como un ser frívolo, superficial, entregad-

á los deleites y á las ilusiones, ya como un hombre rudo, severo, inflexible, á quien no era capaz de dominar ni las mugeres, ni el dinero, ni los honores. No cabe duda en que era hombre de gran valor, de muy claro talento y de una orgullosa energía que le daba calma y serenidad en el peligro, y resignacion en la adversidad.

La pasion dominante de Potemkin en los primeros años de su juventud, fué el amor. Mas tarde cuando el hombre maduro y reflexivo sustituyó al joven fogoso, el amor se estinguió y dejó su lugar á la ambicion.

Oficial subalterno del ejército, lo mismo que su rival Orlof, no se contentó con los títulos de príncipe del imperio, mariscal de campo, general en jefe de los ejércitos, gran almirante de las escuadras del mar Negro, del mar Caspio y del mar de Azof; inspector general de los ejércitos de mar y tierra y de las maestranzas de artillería; gran *ataman* de los cosacos y gobernador de la Taurida y de la Crimea, sino que aspiraba á ceñir una diadema.

Potemkin desde la oscuridad del colegio, llegó en Rusia al mas alto grado de riquezas y de honores, y no estaba contento siempre; queria sentarse al lado de Catarina en el trono de Pedro el Grande, ó cuando ménos ceñirse la diadema de Polonia, ó la corona ducal de Courlandia.

La ambicion humana, como la eternidad, no tiene límites.

Verdad es que Potemkin no era como el miserable chambelan Soltikof, cuya carrera y ambicion terminó con un empleo de embajador.

Potemkin era uno de los generales mas afortunados y mas inteligentes de esos tiempos, y ademas de muchas batallas que ganó, conquistó para su adorada soberana, un país entero, la Crimea, y las fortalezas de Ismael, Kinburn y Tagarok.

Miéntas que Potemkin se hallaba en campaña, Platon Zoubof procuraba despertar en el corazón de Catarina la desconfianza y los zelos.

Platon Zoubof, fué el último favorito de la emperatriz.

Potemkin en el acto que tuvo pruebas bastantes de su desgracia y del poder de su nuevo rival, se puso en camino para San Petersburgo, donde esperaba con su genio, con su talento y con el dominio que habia adquirido sobre Catarina, volver á recobrar su prestigio, aniquilar completamente á sus enemigos y elevarse entónces al pináculo del poder.

Al tercero ó cuarto dia de su viaje almorzó como de costumbre, con muy buen apetito y montó en su coche; pero á poco andar sintió un dolor muy fuerte en el estómago. Ordenó que parase el carriage, se bajó de él, envolvióse en su capa y se acostó debajo de un abeto en medio de una vasta y triste soledad.

Cuando llegó su sobrina la condesa Braniska,

que se había quedado un poco atras en otro carruaje, acudió llena de susto á socorrerlo.

Potemkin apénas tuvo tiempo para estrechar la mano de la condesa y cerrar los ojos para siempre.

Zoubof quedó triunfante y dueño del campo, conservando su poder y privanza hasta la muerte de la emperatriz.

Muchos escritores llenos de indignacion, dicen, que los favoritos de Catarina costaron inmensas sumas al pueblo ruso. No es enteramente esacto.

Reasumamos.

Poniatowski regaló á Catarina cerca de la mitad de la Polonia.

Gregorio Orlof, acabando con la vida de Pedro III, le regaló la silla imperial en que estuvo sentada durante treinta y cuatro años.

Jorge Potemkin, ganó muchas batallas á los turcos; y finalmente, dió á su país y á su soberana una de las mas fértiles y hermosas provincias del imperio: La Crimea.

En cuanto á Soltikof, que fué el primer amante, y Zoubof que fué el último, se puede hacer quizá una observacion curiosa.

Soltikof dió un emperador á Rusia; Zoubof lo ahorcó.

XVIII.

EPISODIO RUSO.—MUERTE DE PABLO I.

Hay dos naciones cuyos progresos rápidos llenan de admiracion y de asombro á todo el mundo.

La una al norte de la América.

La otra al norte de la Europa.

La una gobernada por un sistema popular en su última esencia.

La otra gobernada por el sistema despótico en el primer grado.

Las dos emprendedoras, audaces, avaras de territorios, ya sean desiertos ó poblados, ya fértiles ó eriazos.

Las dos mezcladas siempre en la política de sus

que se había quedado un poco atras en otro carruaje, acudió llena de susto á socorrerlo.

Potemkin apénas tuvo tiempo para estrechar la mano de la condesa y cerrar los ojos para siempre.

Zoubof quedó triunfante y dueño del campo, conservando su poder y privanza hasta la muerte de la emperatriz.

Muchos escritores llenos de indignacion, dicen, que los favoritos de Catarina costaron inmensas sumas al pueblo ruso. No es enteramente esacto.

Reasumamos.

Poniatowski regaló á Catarina cerca de la mitad de la Polonia.

Gregorio Orlof, acabando con la vida de Pedro III, le regaló la silla imperial en que estuvo sentada durante treinta y cuatro años.

Jorge Potemkin, ganó muchas batallas á los turcos; y finalmente, dió á su país y á su soberana una de las mas fértiles y hermosas provincias del imperio: La Crimea.

En cuanto á Soltikof, que fué el primer amante, y Zoubof que fué el último, se puede hacer quizá una observacion curiosa.

Soltikof dió un emperador á Rusia; Zoubof lo ahorcó.

XVIII.

EPISODIO RUSO.—MUERTE DE PABLO I.

Hay dos naciones cuyos progresos rápidos llenan de admiracion y de asombro á todo el mundo.

La una al norte de la América.

La otra al norte de la Europa.

La una gobernada por un sistema popular en su última esencia.

La otra gobernada por el sistema despótico en el primer grado.

Las dos emprendedoras, audaces, avaras de territorios, ya sean desiertos ó poblados, ya fértiles ó eriazos.

Las dos mezcladas siempre en la política de sus

vecinos y con pretensiones de dominar exclusivamente la una en América, la otra en Europa.

Tales son la república y el imperio que se llaman Estados-Unidos y Rusia.

En otro libro quizá hablaremos solamente de los Estados-Unidos. Ocupémonos ahora de la Rusia.

Hace poco mas de ochocientos años la Rusia no era una república, ni una monarquía, ni un imperio, sino simplemente un ducado. ¿Quién era el jefe de este pequeño gobierno?

Un escandinavo, un hombre del Norte, un bárbaro llamado Rurico, de alta estatura, de constitucion dura y fuerte como la de los osos del polo. Sus vasallos eran cazadores, pescadores, piratas que hacian sus expediciones en aquellos mares turbulentos y robaban y cautivaban á sus vecinos débiles é inermes.

La familia de Rurico gobernó por muchos años hasta que, como sucedió á los godos en España, vino de países lejanos una raza estraña, bárbara tambien, valiente y guerrera, y destruyó la dominacion y el gobierno escandinavo.

Esta raza era la de los tártaros. Los tártaros estaban mandados por el Alejandro, el Federico ó el Napoleon de esos tiempos, por *Gengis*, bravo general que bajo el título de Gran Kan de Tartaria pudo reunir bajo su dominio y sujetar á su voluntad de hierro numerosas legiones que con la táctica, los pertrechos y las armas mas raras y estra-

ñas, se arrojaron sobre los países de Rurico y como un torrente dejaron en su tránsito señales de estermio y de desolacion.

La dominacion de los tártaros duró cosa de ciento ochenta años.

Ibán I fué el primer soberano que trató de darle una forma mas compacta y regular á ese país tan vasto y compuesto de poblaciones tan heterogéneas. Trasladó la capital á Moscou, y de esto provino el que se llamasen Moscovitas.

Hasta 1682, en que subió al trono Pedro el Grande, la Rusia no solo era poco conocida en el mundo, sino en el resto de Europa. Los moscovitas, dice Voltaire, eran todavía en la época de que vamos hablando, menos civilizados que los mexicanos que encontró Cortés en este nuevo mundo.

Así la Rusia verdaderamente no cuenta doscientos años de ecsistencia.

Pedro el Grande, como es sabido generalmente, viajó disfrazado por las ciudades principales de Europa, y cuanto aprendió, cuanto observó, cuantas mejoras le sugirió la esperiencia y cuantas ideas creó en su cerebro el estudio de ese gran libro de la naturaleza cuyas inmensas hojas tiene delante de la vista todo el que viaja, tantas trató de poner en planta cuando regresó á su patria.

San Petersburgo es una ciudad que sorprende aun á los que han visto Lóndres, Paris y Berlin, debe su ecsistencia á Pedro I.

Los rusos, propiamente hablando; es decir, los descendientes de los pueblos escandinavos, eran valientes, sumisos y capaces de soportar las fatigas de una larga campaña; mas apesar de estas cualidades, de todos los pueblos de Europa eran los menos á propósito para la guerra. Fué Pedro el Grande tambien el que formó esa temible infantería rusa que se deja matar antes de retroceder una pulgada del lugar donde la han colocado sus oficiales. El maestro de Pedro en la guerra fué Carlos XII. A fuerza de perder batallas los rusos y su emperador, aprendieron el arte con tanta perfeccion, que en la Pultava dieron un ejemplo muy notable al valiente é infatigable rey de Suecia.

Quando murió Pedro el Grande dejó no solamente formado un imperio poderoso, sino aumentado con las estensas y ricas provincias de la Finlandia, la Livonia, la Estonia y la Ingria.

Catarina II era como Pedro, de pasiones ardientes, de carácter enérgico y activo; en medio de las aventuras y de los amores, no olvidaba nada de lo que podia engrandecer su nombre y el país que gobernaba.

Destinada á mandar como soberana absoluta un vasto imperio, teniendo que ejercer á fuerza, como ella decia, el oficio de aristócrata, sus ideas eran no solamente liberales, sino quizá republicanas.

La Rusia ocupa la quinta parte de la tierra. En la Europa, en la Asia y en la América se halla

Cristóbal Wren nació de una constitucion tan débil y tan delicada, que no solamente sus padres, sino los médicos, pronosticaban que no viviria mucho tiempo. Dedicáronlo, sin embargo, á los estudios de las ciencias, recomendando á los profesores que no lo hiciesen estudiar tanto como los reglamentos del colegio lo esigian. Pero muy al contrario, Wren estudió tanto y con tan buen éxito, que antes de cumplir veinte años le llamaban ya el *milagro de la juventud*, pues no solamente habia aprendido lo que todos sus condiscípulos, sino que habia inventado una máquina pneumática, un instrumento para escribir dos copias á la vez, otro para escribir en la oscuridad, y publicado tambien un tratado sobre la trigonometría esférica y una teoría sobre el planeta Saturno. En 1657 fué nombrado catedrático de astronomía del colegio de Gresham, y en 1659 profesor tambien de astronomía de Oxford. Durante todo este tiempo no solo estuvo ocupado en enseñar á sus discípulos, sino en hacer modelos, en mejorar los instrumentos ya existentes y en inventar otros nuevos.

En 1663 se le encargó la compostura de la iglesia de San Pablo, la que no comenzó sino hasta 1665, porque antes quiso hacer un viaje á Paris y estudiar toda la arquitectura, dibujar los monumentos mas notables y regresar á su país á trabajar despues de haberse trasladado, como él decia, *toda la Francia sobre un papel*.

En el año siguiente aconteció el gran incendio, y Wren fué encargado no solo de hacer de nuevo la iglesia de San Pablo, sino de reconstruir toda la parte de la ciudad que se habia arruinado.

Durante un largo periodo de años, se ocupó en la construccion de la catedral y de cincuenta iglesias mas, trabajando continuamente todas las horas del dia y algunas veces por las noches, sin mas remuneracion que trescientas libras cada año. (mil y quinientos pesos.)

Cristóbal Wren nació en el reinado de Jacobo I, vió coronarse y perecer en el patíbulo á Carlos I, aparecer y desaparecer á la república y al protector Oliverio Cromwell; asistió ya hombre formado y conocido en Europa, á la restauracion y á los funerales de Carlos II, siguió sus obras en los tiempos de Jacobo II, Guillermo y Maria y la reina Ana, y cuando subió al trono Jorge I, el sábio, el infatigable arquitecto fué despojado del empleo que por tantos años habia ocupado, y relegado á la pobreza y al olvido sin mas causa que unos infames anónimos que algunos enemigos gratuitos y ocultos dirigieron al monarca, quizá por envidia ú otra passion ruin.

Murió á los noventa y un años de edad, pobre, olvidado y perseguido de los hombres; pero bendecido y protegido por Dios, porque habiendo nacido enfermizo y débil, le concedió mas adelante una salud fuerte y una larga vida, y murió tranquilamente sin sufrir enfermedad ni dolor alguno.

se encuentra una montaña, un árbol anti-diluviano, ó el sepulcro de un grande hombre, es imposible dejar de meditar y de indagar su historia; porque cuando se sabe la historia de estas grandes cosas, se sabe el poder de Dios que corona de nieve á la montaña, que reviste al árbol anciano de verdes y frondosas hojas, y que dota al hombre del talento necesario para ejecutar obras que sobreviven cuando ha vuelto al polvo y á la nada de donde salió.

se encuentran los montañas en el interior de la Rusia, es un país de montañas, es un país de montañas, es un país de montañas.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XVII.

EPISODIO RUSO.—LOS FAVORITOS.

Puesto que estamos recordando uno de los acontecimientos mas notables de los países del Norte, de esos países civilizados por el tiempo y el contacto con las demas naciones del continente y bárbaros por el clima, las razas y las distancias, los lectores perdonarán este episodio, que no carece de interés.

Pablo I, emperador de Rusia, nació el año de 1754.

Era hijo de Sofia Augusta, princesa de Anhalt Zerbst y de Carlos Pedro Ulrio, duque de Holstein Gottorp.

La emperatriz Isabel, tia de Carlos Pedro, lo designó como heredero del trono, lo hizo gran duque y lo casó con Sofia Augusta el año de 1745.

Carlos y Sofia no se amaban; pero se trataba

la Rusia. Razas diversas ocupan esas llanuras espaciosas, (*) esas inmensas cadenas de montañas, esas costas de los mares interiores y esas riberas infinitas de los rios que despues de correr muchas leguas y de fertilizar muchas tierras, van á arrojar se á los mares tempestuosos y helados del polo.

Catarina quiso saber las necesidades locales de todos esos pueblos; conocer sus fisonomías, sus trages y sus costumbres; imponerse de sus prácticas religiosas y formar en seguida un código de leyes, que al mismo tiempo que aprovechase á los pueblos, completase la unidad rusa y estableciese bases y principios fijos en todos los casos que se ofreciesen.

Para lograr esto Catarina, convocó un congreso.

En la Rusia habitan los mongoles, los tártaros, los samoyedas, los pueblos diversos de la Siberia, los fineses, los daneses y los alemanes. En una palabra, dividido el país en cincuenta ó cincuenta y tres provincias, de cada una de ellas debieron venir y efectivamente vinieron, tres ó cuatro diputados que se reunieron en San Petersburgo, donde por fin Catarina tuvo el gusto de observar el espectáculo mas extraño y mas curioso del mundo.

Las discusiones comenzaron, y como las cosas y las ideas iban mas adelante de lo que convenia, Catarina que tenia forzosamente que cumplir con su

(*) Las llanuras muy estensas que se hallan en algunas provincias de Rusia se llaman Steppes.

oficio de aristócrata, se vió obligada á disolver el congreso y despachar á los diputados á sus lejanas provincias.

Los samoyedas, ese pñeblu que vive debajo de chozas formadas de nieve y que se considera solamente como una tribu bárbara, fué el que envió diputados que mostraron un juicio y una sensatez digna de memoria.

Preguntados los samoyedas qué leyes necesitaban para ser felices en su país y qué clase de instituciones políticas les parecerian mejores, respondieron sencillamente:

“Para ordeñar la leche de los renos, que es nuestro principal alimento, no se necesitan leyes ningunas. Vivimos perfectamente así, y solo pedimos que no se ocupe el gobierno de nosotros.”

No habiéndose formado Catarina por la reunion del congreso la idea que deseaba del país, convocó á los hombres mas sábios en las ciencias que le fué posible, y régiamente espensados los envió á que viajaran por todas direcciones, con obligacion de que reconocieran minuciosamente las diversas provincias é hiciesen una descripcion de su riqueza mineral, de sus productos agrícolas, del carácter de sus habitantes, y de las mejoras materiales que necesitase el comercio.

Desde esta época es cuando se comenzaron á tener en Europa ideas mas esactas de los diferentes

pueblos y de las variadas producciones de la Rusia, influyendo todo esto, como es fácil de concebir, el desarrollo de la agricultura, en el aumento de tráfico y en la prosperidad del comercio. (*)

No satisfecha todavía Catarina con esto, emprendió visitar personalmente muchos de los Departamentos, con especialidad los nuevamente adquiridos y agregados al imperio.

En algunos de estos viajes sucedia una cosa tan singular, que solo podia tener ejemplo en los cuentos inventados por la imaginacion oriental.

[*] Los países pequeños, antiguos y muy poblados, son naturalmente conocidos perfectamente, tanto en sus costumbres como en sus recursos naturales; pero los países estensos, nuevos, poco poblados y de superficie llena de accidentes por las erupciones volcánicas, la estructura de las montañas ú otras causas, como la Rusia y las Américas, necesitan ser reconocidos y explorados no una, sino muchas veces, para que de esta manera se pueda aumentar su poblacion, esplotar y valuar sus recursos minerales y agrícolas, y abrir en una palabra, la corriente á la civilización y al comercio. Desde que el baron de Humboldt viajó por estos países, hasta la fecha no se ha hecho ninguna nueva exploracion científica, y seria muy conveniente ahora que el supremo gobierno está autorizado con un poder extraordinario, que se organizara una espedicion compuesta de algunos profesores y sábios estrangeros acompañada de los jóvenes mexicanos mas aprovechados en las ciencias, que se encargara de recorrer los Distritos mas notables y de describirlos científicamente.

El gobierno de Kerson, por donde caminaba una vez la emperatriz, estaba á poco mas ó ménos en su mayor parte desierto é inculto; pero Catarina siempre encontraba no solo un alojamiento suntuoso, abastecido de cuanto en materias de lujo y de comodidad se conocia entonces, sino poblaciones enteras perfectamente ordenadas y cuyo aspecto revelaba la felicidad y el bienestar.

La emperatriz quedaba encantada.

El mágico poderoso que poblaba materialmente en instantes los desiertos y que hacia brotar de las llanuras poblaciones enteras, era Jorge Potemkin.

Miéntas la emperatriz descansaba dos ó tres dias en una poblacion, Potemkin hacia que pueblos enteros se fijaran en el sitio destinado para la siguiente jornada. Esto se ejecutaba como por obra de encanto y la soberana atravesaba constantemente por un país tan lleno de habitantes como lo está hoy la Inglaterra.

En una de estas jornadas cuando salió Catarina de su alojamiento, leyó un letrado que estaba fijado en la puerta y decia: "*Camino de Constantinopla.*"

Potemkin lisonjeaba la vanidad de Catarina, cuyos planes habian sido establecer y trasladar á Stamboul la capital de las Rusias.

A propósito. Hemos dicho antes que la Rusia adquirió la Crimea, vamos á decir como.

El gabinete ruso comenzó á formar intrigas en

la Crimea para que esa provincia que habia pertenecido á la Puerta Otomana se declarase independiente; estas intrigas surtieron su efecto y la consecuencia fué una completa sublevacion del país, alimentada y protegida por la Rusia.

En 1774 la Rusia y la Turquía hicieron un tratado para asegurar la independenciam de la Crimea.

En 1787 la Rusia declaró agregada la Crimea al imperio.

El procedimiento fué muy semejante á lo que hicieron los Estados-Unidos con Tejas en 1845.

En cuanto á la Polonia, ya hemos visto que Catarina, sin ser suya, la regaló á uno de sus amantes, y así que el amor se estinguió recobró la emperatriz su joya, dando algunas de sus piedras á la Prusia y á la Austria.

Así la Rusia estendida por Pedro el Grande, fué todavía aumentada por Catarina á costa de dos países vecinos.

Para los vecinos y para el resto de Europa, que buscaba y busca todavía lo que nunca encontrará, *el equilibrio*, que en política es lo que en la alquimia la piedra filosofal, Catarina era una soberana usurpadora, ambiciosa y relajada de costumbres, y merecia bien que todo el mundo dijera lo que la escrupulosa María Teresa de Austria. ¡*Oh y qué muger!* . . . Pero para su patria no cabe duda en que fué en lo moderno, grande y espléndida en todo, como la Semíramis antigua.

Todos los establecimientos que necesita un país civilizado, fueron creados, fundados y protegidos por Catarina. La escuela de artillería, la escuela de medicina, la de marina, la especial de partos, la biblioteca y el Museo, deben su existencia á esta inteligencia fuerte, activa é incansable, que aprovechaba para su gloria y para el engrandecimiento de su país hasta sus debilidades amorosas.

Desde que regresó de sus viajes Catarina, pensó decididamente en la conquista de Constantinopla. Jamás se le olvidaba aquel letrero que le puso Potemkin en la provincia de Kerson, y tenia tomadas todas sus disposiciones para que ese rasgo de adulacion se convirtiese en un hecho histórico.

En medio de estos preparativos, estalló la revolución francesa. Catarina tuvo que suspender su campaña.

Los demagogos salvaron á los hijos del profeta. Catarina, llena todavía de proyectos de conquista, fué atacada repentinamente de una congestión y á los 67 años de edad, murió en 1796, la amiga íntima y la protectora de Voltaire, de Diderot y d'Alambert.

Durante el tiempo que gobernó Catarina II, su hijo Pablo estuvo relegado, no solo á la oscuridad, sino al desprecio. Solicitó muchas ocasiones servir á su país en la clase de oficial en el ejército de Persia, ó el destinado contra la Turquía, y nunca

se le permitió ni eso, ni ninguna otra cosa que directa ó indirectamente pudiese darle importancia política. Catarina quiso gobernar sola, y con efecto lo consiguió hasta su muerte.

Este acontecimiento colocó á Pablo I en el trono de Rosia, el mismo año de 1796.

Todos los autores convienen en que Pablo tenia un carácter escelente, un corazón recto y un gran fondo de honradez y de justicia; pero que la falta de una buena educación y los disgustos y contrariedades que habia experimentado en su juventud, viéndose privado constantemente del amor de sus padres, habian influido en que se volviese melancólico, sombrío, y algunas veces escéntrico.

Los primeros actos de su gobierno fueron llenos de sensatez y de justicia. Reformó los abusos que se habian introducido en las tropas y que se escaparon á la vigilancia de Catarina, puso en libertad á multitud de polacos, y al valiente Kosciuzko, al último y constante defensor de la Polonia; lo trató con las mayores consideraciones personales y le señaló una pensión que el héroe polaco tuvo la dignidad de no recibir, abandonando para siempre un país que habia subyugado injustamente el suyo.

Su ódio á la revolución francesa y á los personajes que figuraban en ella era profundo. Proscribió todo lo que era francés, aun cuando fuese lo más útil é inocente; las modas mismas, que tanto han agradado siempre en Rusia fueron perseguidas

por Pablo. No queriendo quedar como simple espectador de los acontecimientos, trabajó activamente en coligar al mundo entero si hubiese podido contra la república francesa y envió á Souvarow y Korsakou, con mas de cien mil hombres á que hiciesen las campañas de Italia, habiendo recogido los moscovitas, ya en esa época muy diestros, valientes y aguerridos, algunos laureles en las montañas de la Suiza.

Entretanto apareció Napoleon, político, conquistador, financiero, hombre raro, superior, grande, en una palabra, que hacia que todo el mundo se ocupase de todas sus acciones. Apenas escuchó las relaciones casi maravillosas que se hacian de Bonaparte, sus palabras sentenciosas, su esactitud para juzgar de la suerte de una batalla, su firmeza para obrar y su valor frio y tranquilo en los peligros, cuando lleno Pablo I de entusiasmo, sus ideas y sus afecciones fueron inclinándose poco á poco á la Francia y desviándose de una manera visible de la Inglaterra.

Bonaparte, que siempre tenia su atencion fija y su pensamiento ocupado con ese gran imperio que amenaza todavía desbordarse é invadir el resto de la Europa, pensó que lo mejor que habia que hacer era ganarse la voluntad y la consideracion y amistad personal del Czar, y para empezar con buenos auspicios esta importante negociacion, envió á Pablo seis ú ocho mil prisioneros rusos, que marcharon á

su país bajo su sola palabra de honor, asistidos perfectamente de cuanto necesitaban para el camino, y sin cange ni otra obligacion alguna.

No necesitó mas Bonaparte para cautivar al emperador de Rusia, quien cambió de una manera tan absoluta, que si antes proscribia todo lo francés, despues queria que todo en la Moscovia fuese francés, ó al ménos á la francesa. Modas, costumbres, uniformes de las tropas, peinado, todo habia de ser como se usaba en el país donde dominaba Bonaparte.

Así como Pedro III se convirtió en un imitador servil de Federico el Grande, su hijo Pablo fué por algun tiempo imitador todavía aun mas servil de Napoleon.

Como consecuencia de estas ideas todo el poder de la Rusia se inclinó á la Francia, no solo abandonando á la Austria y á la Inglaterra, sino formando con las demas potencias del Norte una neutralidad armada para hostilizar á la Gran Bretaña. Preciso fué que Nelson se dirigiese á bombardear á Copenhague, no por el deseo único de hostilizar una capital, sino para destruir allí el poder y la influencia de la Rusia.

Dia por dia el carácter y el humor de Pablo se hacian mas raros y sombríos. Tan pronto daba á muchos de los que componian su corte muestras de confianza y estimacion, como los despreciaba y alejaba de su presencia, imponiéndoles á veces sin

que se pudiera alcanzar la causa, la terrible pena de un destierro á la Siberia. Cada momento tenia un nuevo capricho, al cual queria sujetar á todos sus súbditos, contrariando sin utilidad alguna para su poder y para su gobierno, las costumbres mas resueltas y antiguas.

Estos cambios repentinos, estos frecuentes rasgos de mal humor, que por mejor decirlo, eran obra de un desórden mental tenia en consternacion y alarma á todo el mundo y fueron difundiendo el descontento en todas las clases de la sociedad.

Pablo, á medida que dictaba los reglamentos y disposiciones mas absurdas, aumentaba las precauciones en su modo de vivir. Se encerró en el palacio de San Miguel, se rodeó de numerosas guardias que velaban dia y noche; aseguró sus aposentos con gruesas puertas de fierro que lo separaban aun de los dormitorios de su esposa y de sus hijos, y no recibia sino á muy señaladas personas.

Todas estas precauciones, muy eficaces si la rebelion y la conspiracion hubiesen sido en la plaza contribuyeron á su pérdida, supuesto que, como era natural, la conjuracion deberia nacer como nació, dentro del mismo palacio.

El conde de Palhen, uno de los hombres de mas sangre fria y audacia que pueden registrarse en la historia, fué el protagonista de esta sangrienta tragedia.

Palhen era gobernador militar de San Peters-

burgo, es decir, que como entre nosotros el comandante general, tenia el mando inmediato de todas las armas y el respeto, amistad y conocimiento personal de los gefes y oficiales y el secreto diario del servicio militar.

Palhen, guiado quizá de un sentimiento patriótico, que le hacia pensar que la Rusia tendria un soberano mejor en el gran duque Alejandro, hijo primogénito de Pablo I y sucesor natural de la corona, ó temiendo fundadamente que de un momento á otro viniera por tierra su poder y su privanza y sufriese la cruel y amarga suerte que tantos otros personajes que dia por dia derribaba de sus puestos la voluntad absoluta y el carácter desigual del Czar, se decidió á quitarlo del trono y á procurarse con destreza, sagacidad y prudencia, un número de amigos que le pudiesen servir de coolaboradores ó de cómplices.

Poco á poco y encerrando estrechamente en su pecho su designio secreto dispuso las cosas de tal manera, que el dia que dió el golpe, fué certero y eficaz.

Lo mas difícil era preparar el ánimo del sucesor que, como hemos indicado, no debia ni podia ser otro mas que el príncipe heredero. Era Alejandro de un carácter apacible y de corazón estremadamente bondadoso; así era muy difícil hacerle entrar en un complot contra su padre, aun cuando simple y sencillamente se tratara de quitarle no la vida, sino el trono.

Pahlen, con un talento que envidiarán siempre los revolucionarios vulgares, supo sembrar la desconfianza tanto en el corazón del padre como en el del hijo. Pablo desde entonces, redobló sus precauciones para ponerse á cubierto de cualquier intento que pudiese abrigar el príncipe para heredarlo en vida, y Alejandro por su parte temiendo la muerte ó el destierro cuando ménos, se prestó mas fácilmente á las miras del gobernador de San Petersburgo.

A poco mas ó ménos Alejandro estaba colocado en la misma posición que Catarina II cuando destruyó á su marido.

El instrumento poderoso para poner una palanca que pudiese soliviar el gran peso de un Czar fué en aquella ocasión Orlof, en esta vez Pahlen.

Los auxiliares, ocultos é invisibles en todos estos grandes sucesos, son los elementos que en medio de la sociedad arrojan los soberanos mismos cuando han perdido esa ciencia prodigiosa y admirable que se llama *don de gobierno*.

Por su naturaleza misma nunca en esas conjuraciones en que tienen que intervenir diversos agentes, el sigilo es tan rígido y escrupuloso que no lo llegue á saber con mas ó ménos exactitud el gobierno.

Los rumores de la conspiración que se tramaba llegaron á los oídos de Pablo como el trueno lejano, pero aterrador, de una fuerte tempestad.

Un día que entró como de costumbre, el conde de Pahlen á tomar las órdenes del Czar, éste lo tomó del brazo. (*)

—Estábais en San Petersburgo, le dijo, el día en que mi padre fué asesinado, y mi madre Catarina la Grande fué proclamada emperatriz?

—Sí, señor, estaba yo en efecto en la ciudad, le contestó el conde con indiferencia.

—¿Y qué parte tuvisteis en ese acontecimiento?

—¡Bah!, respondió el conde afectando mucha negligencia y descuido, entónces era un oficial subalterno en la caballería del ejército, y fuí un espectador y nada mas.

—Sabeis, le interrumpió Pablo clavando sus ojos en el conde, que se trata hoy de repetir la historia de 1762?

—Todo lo sé, contestó el conde sin inmutarse, sin descomponer una sola de las facciones de su rostro y sin alterar el tono de su voz.

—Entónces?.....

—Soy nada ménos que uno de los conjurados.

El emperador retrocedió un paso.

—Precisamente, continuó el conde de Pahlen, soy uno de los conjurados, porque de esta manera podré estar á cabo de todas las maniobras y velar por vuestra seguridad y vuestra vida.

El conde salió de palacio y el Czar se retiró á sus aposentos privados, sombrío y pensativo.

(*) *Thiers*.—El Consulado y el imperio.

Después de un rato, dijo:

—Este hombre no es un verdadero conspirador, porque si lo fuese, le habría sorprendido en la voz ó en su semblante algún indicio.

En estos momentos, la vida del conde de Pahlen, como debe suponerse, pendía de un cabello. Era menester abreviar el desenlace.

En la noche, el conde de Pahlen dió en su casa un magnífico convite. La mesa estaba cubierta con los manjares mas exquisitos y los vinos mas generosos.

Concurrieron à tan estraña comida el general Beningsen, de origen hannoveriano y al servicio de la Rusia, el conde Platon Zoubof, favorito de Catarina, segun hemos visto, y Nicolás su hermano, que era hombre de una fuerza física digna de rivalizar con el fabuloso Hércules, y algunos otros personages de ménos nombradía.

Comenzaron à comer con la mayor alegría, como si se tratara simplemente de celebrar un aniversario ó algun otro feliz acontecimiento. Las copas comenzaron à circular y à medida que la noche se avanzaba los licores hacian su efecto.

Este momento escogió el conde de Pahlen para desenvolver à todos los convidados su plan, que consistia únicamente en hacer que Pablo I firmara su abdicacion y proclamar emperador à su hijo, el gran duque Alejandro.

Animados con la influencia estraña del vino

aceptaron la proposicion, y salieron en número de sesenta, divididos en dos bandas, la una guiada por el mismo conde de Pahlen y la otra por el general Beningsen.

Eran cerca de las doce de la noche del 20 de Marzo de 1801. El invierno aun hacia sentir sus rigores, y las calles medio cubiertas de nieve, estaban ya à esas horas poco transitadas; pero como los pocos guardias ó paisanos veían à la cabeza de esta reunion al gobernador de San Petersburgo, pensaron que era alguna escursion militar originada por las órdenes del emperador.

Los conjurados se dirigieron al palacio de San Miguel, que es mas bien una especie de fortaleza, lúgubre y sombría entónces, por las horas silenciosas de la noche, y por el aislamiento y retiro en que hemos dicho vivia el Czar.

El coronel y el gobernador, que tenian de antemano ganado por conducto de Nicolás Zoubof à los oficiales de guardia, trataron de penetrar hasta el mismo aposento del emperador. Dos soldados que estaban de guardia, fieles al cumplimiento de su deber, dan la voz de alarma y se oponen à la entrada de los conjurados, los cuales resueltos à arrollar con los obstáculos que pudieran presentárseles, matan à cuchilladas à uno de los guardias y hacen huir al otro, que en vano corrió pidiendo auxilio.

El conde de Pahlen se queda atras con una par-

te de la fuerza, mientras el coronel Beningsen y los Zoubof, penetran al interior.

Pablo dormía en su lecho y una lámpara que acostumbraba dejar todas las noches, alumbraba escasamente el aposento.

El ayuda de cámara que dormía en la antecámara, acobardado con las amenazas abre la puerta, y los conjurados penetran con espada en mano.

El Czar, que despertó y oyó todo este ruido, se levantó, trató de huir; pero encontrando todas las puertas cerradas, se ocultó detrás de uno de los cortinajes. Como un relámpago pasó por su imaginación el pensamiento aterrador de su último fin; pero Platon Zoubof, que se acercó al lecho y lo vió vacío, se volvió hacia los conjurados.

—Se ha escapado, les dijo; y somos perdidos. Huyamos. El Czar se creyó salvado.

Los conjurados vacilaron.

Beningsen se puso á registrar el aposento hasta que encontró al monarca.

—Habeis cesado de reinar; le dice el coronel, presentándole con una mano la abdicación y con la otra la punta de la espada. Firmad, y así salvaréis vuestra vida.

Pablo mira, vuelve á todos lados para observar si entre aquella gente había algún amigo, ó una oportunidad de escaparse.

—Firmad, repite Zoubof; vuestro hijo el gran

duque Alejandro subirá al trono, y vos viviréis tranquilo.

Pablo, indignado, rechaza la abdicación que se le presentaba.

—No, no firmo, dice con voz resuelta; nací emperador y emperador he de morir. Marchaos.

En esto los conjurados oyen un ruido, se alarman, creen que han sido descubiertos y echan á correr.

Pablo se cree otra vez salvado y quiere aprovechar los momentos y escapar, ó buscar una arma para defenderse.

—¡Canalla! esclama Beningsen, han huido todos; pues bien, yo solo basto.

—No huireis, señor, le dice á Pablo poniéndole en el pecho la espada. Firmad.

Pablo se quiere defender. Los conjurados, que no fueron espantados, sino por el ruido que formaban sus compañeros, vuelven, y furiosos y borrachos se arrojan sobre el Czar y lo derriban al suelo. Uno le rompe el cráneo con el pomo de su espada y otro le aprieta el cuello con una banda.

La lámpara se apaga, y cada uno de los actores de tan terrible tragedia se sale silencioso y espantado de su propia obra, dejando al emperador ya sin vida, y tendido en el suelo de su alcoba.

Este fué el suceso que ocurrió en Rusia á la sazón que Nelson bombardeaba á Copenhague.

La noticia voló por toda la Europa y cambió enteramente la faz de los asuntos.

No faltó quien dijera, y en la apariencia con mucho fundamento, que la muerte de Pablo había sido obra esclusiva de la política británica. La fuente de estas imputaciones era en la amistad que unia á Lord Withoorth, embajador inglés en San Petersburgo, con la familia de los Zoubof, amistad que originó relaciones amorosas entre el Lord y la condesa de Zoubof, hermana de Nicolás, que fué segun el parecer de algunos, el que personalmente ahorcó al emperador. Nada hay sin embargo, que pruebe la complicidad del ministro inglés, ni mucho ménos la del gabinete británico.

Pablo fué casado dos veces. La primera con Guillermina, princesa de Hesse Darmstad, que murió muy jóven de resultas de un parto. La segunda con Dorotea, princesa de Wurtemberg, que tomó el nombre de Maria Fedorowna.

De este último matrimonio tuvo nueve hijos, cuatro varones y cinco hembras.

El primogénito, bajo el nombre de Alejandro I Paulowitsch, subió al trono, no sin haber derramado muchas lágrimas, cuando Pahlen (*) le anunció

(*) Poco tiempo despues de este suceso, el conde de Pahlen fué alejado de la corte, y permaneció en la oscuridad y en el retiro doméstico, hasta el año de 1826 en que murió.

con su silencio, el fin tràgico de su infeliz padre. Toda su vida Alejandro conservó un fondo grande de tristeza, temiendo quizá que su abuelo y su padre le dejaran en herencia no solo el trono, sino tambien una muerte atroz y violenta.

Concluirémos este episodio, demasiado largo ya, con algunas observaciones sobre ese poderoso país.

En 1535 que subió al trono Juan el Terrible, la Rusia no tenía mas que treinta y siete mil millas cuadradas alemanas de estension.

A la muerte de Catarina la Grande, el imperio ruso tenía trescientas treinta y seis mil millas cuadradas.

Hoy tiene cosa de cuarenta mil millas mas, que en tiempo de Catarina.

Pedro el Grande y Catarina murieron; pero la gloria, la fuerza y el poder de la Rusia aumentan cada dia mas, hasta que el Señor de los reyes con el soplo de su poder, derribe las columnas de los palacios, destruya los ejércitos, y el orgullo de tantos tiranos modernos que quieren como los titanes colocar montañas sobre montañas para escalar el cielo.

Alejandro, ese jóven tímido que subió al trono derramando lágrimas y empujado por la mano ensangrentada del conde de Pahlen, cuando se reconcilió un momento con su enemigo fué para acordar entre los dos, en medio de una barquilla movida por la corriente del Niemen, la division de la tierra.

Alejandro se quedaria con todo el Oriente del mundo. Napoleón se contentaba con el Occidente.

Los dos soberanos se olvidaban que existía cerca del continente una isla pequeña que ha tenido menos ambición, y se contenta solo con dominar el mar, es decir, las dos terceras partes del globo, y con influir, si no mandar, en la tercera parte soberante.

Cuando los ejércitos extranjeros invadieron la Rusia, Alejandro quiso mitigarles el rigor del invierno y quemó una ciudad entera para que les sirviera de chimenea.

Finalmente, cuando Alejandro como general, se puso á la cabeza del ejército, no paró hasta pasearse dos ocasiones en los boulevards de París y dormir en los palacios de los antiguos reyes franceses.

Por la muerte de Alejandro, subió al trono de Rusia su hermano Nicolás, hijo tercero del infortunado Pablo.

Nicolás, siguiendo el plan que Catarina no pudo realizar, está ya en camino para Constantinopla.

Los Estados-Unidos, no satisfechos con haber adquirido Tejas, Nuevo-México y California, han dirigido sus miradas á la isla de Cuba.

Las dos naciones, una al norte de la Europa, y otra al norte de la América, siguen su espíritu invasor, hostil é injusto con sus vecinos.

Algo tendrá que hacer con el tiempo sobre todo esto la Inglaterra.

XIX.

LA COLUMNA DE FUEGO.—EL "TREN

DE PLAISIR."

El interes que en estos momentos tiene la cuestion que la Turquía ha emprendido con la Rusia, y la relacion de las escenas de la historia de ese país con las expediciones y campañas del almirante Nelson, nos hicieron difundirnos un poco suspendiendo nuestra visita á los edificios históricos de esa vieja é inmensa *City*; pero volveremos ántes de pasar al aristocrático *West-End* á ocuparnos, si no de todos, al menos de los mas notables que existen actualmente.

Hemos dicho en uno de los capítulos precedentes, que la antigua catedral de San Pablo fué des-

Alejandro se quedaria con todo el Oriente del mundo. Napoleón se contentaba con el Occidente.

Los dos soberanos se olvidaban que existía cerca del continente una isla pequeña que ha tenido menos ambición, y se contenta solo con dominar el mar, es decir, las dos terceras partes del globo, y con influir, si no mandar, en la tercera parte soberante.

Cuando los ejércitos extranjeros invadieron la Rusia, Alejandro quiso mitigarles el rigor del invierno y quemó una ciudad entera para que les sirviera de chimenea.

Finalmente, cuando Alejandro como general, se puso á la cabeza del ejército, no paró hasta pasearse dos ocasiones en los boulevards de París y dormir en los palacios de los antiguos reyes franceses.

Por la muerte de Alejandro, subió al trono de Rusia su hermano Nicolás, hijo tercero del infortunado Pablo.

Nicolás, siguiendo el plan que Catarina no pudo realizar, está ya en camino para Constantinopla.

Los Estados-Unidos, no satisfechos con haber adquirido Tejas, Nuevo-México y California, han dirigido sus miradas á la isla de Cuba.

Las dos naciones, una al norte de la Europa, y otra al norte de la América, siguen su espíritu invasor, hostil é injusto con sus vecinos.

Algo tendrá que hacer con el tiempo sobre todo esto la Inglaterra.

XIX.

LA COLUMNA DE FUEGO.—EL "TREN

DE PLAISIR."

El interes que en estos momentos tiene la cuestion que la Turquía ha emprendido con la Rusia, y la relacion de las escenas de la historia de ese país con las expediciones y campañas del almirante Nelson, nos hicieron difundirnos un poco suspendiendo nuestra visita á los edificios históricos de esa vieja é inmensa *City*; pero volveremos ántes de pasar al aristocrático *West-End* á ocuparnos, si no de todos, al menos de los mas notables que existen actualmente.

Hemos dicho en uno de los capítulos precedentes, que la antigua catedral de San Pablo fué des-

truida à consecuencia de un incendio. En efecto, el incendio del año de 1666, ha sido sin duda uno de los mas grandes que ha habido en el mundo, esceptuándose el que envió Dios á las ciudades culpables de que habla la Escritura.

Hemos dicho tambien en otra parte, que en los primeros años de la fundacion de Lóndres, los incendios eran frecuentes por causa de que la mayor parte de las casas eran de madera. El gobierno tuvo que intervenir y publicó varios reglamentos, relativos á la construccion de casas, de almacenes y de edificios públicos. A pesar de estas disposiciones, en el año de 1666, y todavía aun en la época presente, muchos de los techos de las casas, cúpulas y torres de las iglesias, son todavía de madera, y las calles antiguas muy angostas y torcidas. (*) Así todas estas circunstancias ocasionan que cuando ha comenzado el fuego en una habitacion, se comunique rápidamente á otra casa, y á poco que sople el viento, pasa con la mayor violencia de una calle á otra, y de una manzana á otra.

Estas calamidades que aflijen á los habitantes de Europa, son muy raras entre nosotros, en razon à que las casas son todas de piedra y las calles an-

(*) Actualmente se están construyendo en Inglaterra y los Estados-Unidos, casas de fierro y ladrillo ó cante-
ría. De esta manera los incendios serán ya casi imposi-
bles en esta clase de construcciones.

chas en lo general, siendo tambien muy favorable el que no haya bancos de seguros de incendio, pues es casi cierto que en el momento que tuviéramos aquí establecimientos de esta clase, habria cuatro ó seis quemazones cada semana.

Volvamos, ó mejor dicho comencemos nuestra breve narracion del incendio de Lóndres. El dia 2 de Septiembre de 1666, á cosa de la una de la mañana comenzó á quemarse en el *callej del Pudín (Pudding Lane)* la casa de un panadero, y como era un barrio aislado de la ciudad y formado casi enteramente de casas de madera, en el curso de la noche tomó el fuego tal incremento, que cuando amaneció el dia siguiente, ya no fueron bastantes para contenerlo las bombas de que se pudo disponer; que en esa época es de pensarse no eran ni tantas ni tan bien construidas y manejadas como hoy. En esos momentos comenzó á soplar un viento del Oeste que á cabo de pocas horas se convirtió en un formidable huracan. No fué menester mas. El fuego se propagó, formando dos grandes alas, que corrian violentamente por uno y otro lado de Lóndres, rechazando y arrojando à los habitantes.

En vano se arrojaban los muebles por las ventanas, en vano se derribaban casas en todas direcciones, en vano se aplicaban fuertes columnas de agua y se arrojaban sacos de arena sobre las llamas, todo era inútil y los moradores tenían necesi-

dad de huir precipitadamente y de retroceder de calle en calle, despues de haber visto devorar sus propiedades y quizá tambien algunas personas de su familia.

El Lord Mayor de la ciudad, todos los corregidores y el rey mismo en persona con los nobles de su palacio, acudieron á todas partes, haciendo aunque inútilmente, todos los esfuerzos posibles para disminuir los horrores de una calamidad que amenazaba destruir toda la ciudad.

El fuego duró tres días y tres noches y destruyó cuatrocientas calles, trece mil doscientas casas, noventa iglesias, incluyéndose la catedral de San Pablo, y dejó cosa de doscientas mil personas sin tener donde alojarse ni que comer. Repentinamente cesaron el fuego y el viento por un milagro visible de la Providencia Divina, según lo aseguran de toda conformidad, las diversas crónicas y escritos de aquel tiempo.

Aunque ya hemos dicho las causas palpables de esa desgracia, que eran conocidas por todo hombre de buen sentido, los partidos que aprovechan en sus momentos de exaltacion cualquiera circunstancia, por pequeña que sea, se apoderaron de esta fatal ocurrencia y los católicos hicieron aparecer á los republicanos como autores del incendio, mientras los republicanos aseguraban que los católicos eran los que habian personalmente prendido el fuego en la casa de un panadero.

Hume con mucho juicio observá que no se podía concebir qué ventajas podian lograr ninguno de los dos partidos con incendiar la mitad de la ciudad. Por otra parte, el viento fué el que evidentemente propagó el fuego, y si á los hombres les es permitido dar impulso al ódio y á las pasiones, solo Dios tiene poder para impulsar á los vientos y dominar el huracan.

Si nos hemos detenido un poco en estas consideraciones, es solo para hacer palpable la pequeñez y miseria de las pasiones políticas y de los movimientos revolucionarios, cuando pasado el tiempo vienen la historia y la sana razon á establecer la verdad y á poner cada cosa y cada suceso en el lugar que le corresponde.

Mas sea de esto lo que fuere, en el tiempo á que nos referimos, los republicanos obtuvieron el triunfo que les proporcionó la mentira y la calumnia, lograron que se establecieran varios tribunales de averiguacion y que el rey promulgase severas ordenanzas contra los católicos.

Esto era en cuanto lo moral; pero respecto de lo material, las cosas pasaron mucho mejor, pues despertó el patriotismo de los ricos y del gobierno, se colectaron donativos, se esceptuó del pago de contribuciones á los habitantes de la *City* y se tomó el mayor empeño en reparar los daños que sufrió el público, nombrándose inspector general de todas

las nuevas obras à Sir Cristóbal Wren, con quien hemos hecho ya conocimiento (aunque en la tumba) en el capítulo precedente. Merced à la constancia, al trabajo y al buen gusto del arquitecto, toda esa parte disminuida de la ciudad volvió à renacer como el fénix de la fábula, de sus propias cenizas, mas hermosa, mas jóven, y mas galana que antes.

Se determinó tambien por el rey Carlos II que se erigiese un monumento en el lugar donde habia cesado repentinamente el fuego, y en efecto se construyó tambien por Sir Cristóbal Wren, una columna de órden dórico coronada con un vaso, de donde brota una llama y que tiene cosa de treinta piés mas alta que la columna de Antonino en Roma. (*)

En cada lado de la base de la columna està grabada una inscripcion que contiene poco mas ó menos los mismos pormenores relativos al incendio que ya hemos referido y la fecha en que se comenzó, que fué en el año de 1671 y la de su conclusion que fué en el de 1677. Su costo total fué de setenta mil pesos.

Mucho tiempo sirvió la columna no solo como un recuerdo histórico, sino como un ornamento à esa parte de la ciudad antes tan triste y tan angosta; pero en el curso del tiempo fué el lugar que esco-

(*) El monumento de Lóndres tiene 202 piés de altura y la columna de Antonino 172 piés ingleses.

gieron las mugeres desgraciadas y los hombres atacados de *spleen*. Frecuentemente subia un hombre en la apariencia tranquilo, ó alguna jóven fresca, hermosa y tal vez con la sonrisa en los lábios y à poco rato se veía volar desde lo mas alto de la columna una figura humana, que dando vueltas y revueltas en los aires, venia à estrellarse en el pavimento de la calle ó hacerse pedazos contra las fachadas y azoteas de los edificios cercanos. A otros les ocurrió la idea de construir unas grande alas y volar en competencia con las águilas; pero tales esperimentos fueron tambien, como se puede colegir, desgraciados; y à duras penas, y merced al aparato, que algo modificó la fuerza de su caída, escapó con vida uno de esos nuevos pájaros que se lanzaban desde tan grande altura.

A este monumento es lo que vulgarmente llaman en Lóndres la columna de fuego.

Para formarse completa idea de una ciudad y de sus cercanías; es necesario subir à una altura, pero como Lóndres està continuamente lleno de nieblas, todas las veces que habia yo subido à la cúpula de San Pablo ó à la columna de fuego, no habia logrado ver mas que masas densas de nubes rodando casi sobre los techos de las casas y cubriendo las tres cuartas partes del horizonte visible. Empeñado en ver el Tàmesis cubierto de barcos y esos millares de edificios donde se alojan mas de dos

millones de seres humanos, repetí mis visitas al monumento y en una de ellas encontré en la mitad de los trescientos cincuenta escalones de que se compone el caracol, mas de cuarenta franceses, unos formando una horrible algazara, y otros fatigados abriendo la boca, sacando la lengua y sin poder casi ni respirar. Como los franceses son sociables y comunicativos, y el paso era estrecho, me fué forzoso detenerme y continuar ya unido con ellos la ascension, trabando consecuentemente ese género de amistad curiosa y pasagera que contraen los que se encuentran viajando en un país extranjero.

Todos estos franceses pertenecian á un *tren de plaisir*.

Esplicarémos lo que en la época de la Exposicion era un *tren de plaisir*.

Lóndres tiene la bien sentada reputacion de ser el país mas caro de la tierra. Esto es muy esacto; pero lo era mucho mas en tiempo de la Exposicion, en que por causa de la coneurencia, no solo de strangers, sino de la gente de las provincias, habian duplicado los precios de la mayor parte de las cosas necesarias para la vida. Así, por grande que fuera el deseo de muchos franceses de ecsaminar las maravillas de la industria, y por corto y cómodo que fuese el camino, pues no hay mas que doce ó catorce horas de Paris á Lóndres, no se atrevian á moverse de sus casas por temor de no

entregar sus cortas fortunas á los posaderos, fondistas y cocheros ingleses.

Para evitar este grave inconveniente, se formaron diversas compañías en Paris bajo las bases siguientes:

Primera. Trasportar de su cuenta de Paris á Lóndres á los viajeros, en vapores y ferro-cariles cómodos y elegantes.

Segunda. Mantener durante ocho dias á los viajeros en la metrópoli de Inglaterra, dándoles alojamiento, almuerzo, comida y té en la noche.

Tercera. Enseñar á los mismos viajeros no solo la Exposicion, sino todas las curiosidades y todos los establecimientos dignos de llamar la atencion de los hombres ilustrados.

Cuarta. Trasportar tambien sin gasto alguno á todos los suscritores de Lóndres á Paris, despues de haberse terminado los ocho dias de paseo.

Todo esto lo hacian las compañías por el precio de quinientos francos por persona (cien pesos.)

Establecieron tanto en Paris como en Lóndres sus agencias respectivas y comenzaron los franceses á suscribirse y á venir en bandadas á la Exposicion, seguros de que con solo el gasto de cien pesos iban á gozar ocho dias de placeres y de delicias que recordarian toda su vida.

Tal era un *tren de plaisir*, y á este *tren de plaisir* pertenecian los franceses que con tanto ruido y algazara invadieron la columna de fuego.

La agencia de Londres tenía á su disposición tres ó cuatro ómnibus y otros tantos dependientes que hacían el oficio de *cicerones*, y estaban encargados de conducir por todas partes á un trozo de veinte ó treinta abonados.

La compañía, con la sana intención de que se aprovechara el tiempo, había fijado un magnífico y deslumbrador programa que los suscritores estaban obligados á seguir, dejándose guiar con docilidad por el pedagogo, como unos niños de la escuela.

Dirémos algo sobre el programa y sobre los disgustos y trabajos de los suscritores. Parte me refirió Mr. Thomas, un hábil platero de París, con quien hice conocimiento al subir al monumento de Londres, y parte lo observé acompañando varios días á los suscritores.

Los viajeros se alojaban en una gran casa, cerca de los jardines de Cremorne, la mitad de ella concluida y la otra mitad ocupada todavía por los albañiles, carpinteros y pintores.

A las nueve de la mañana se tocaba una campana que avisaba que el almuerzo estaba servido. El almuerzo se componía de grandes tazas de té con unas cuantas gotas de leche, de trozos de salmón cocido sin sal y de platos de papas fritas. El salmón y las papas es lo mas barato que hay en Inglaterra.

El primer día, los franceses llenaban de elogios el almuerzo.

¡Oh! *sacre bleu*, decían, con razón están tan gordos y tan colorados estos ingleses, si toman una taza de té tan bien hecho y un almuerzo tan sencillo y tan provechoso para la salud.

Es necesario tener presente que la Inglaterra es el té, y la Francia el café.

Los ingleses, y especialmente las inglesas, creen que no hay en el mundo quien pueda hacer una taza de té como ellos. Los franceses tienen la misma creencia respecto del café.

Volvamos á nuestros viajeros.

Después del almuerzo, que terminaba á las diez, el ómnibus estaba ya listo, y el *cicerone* diciendo en la puerta de la posada:

—Caballeros, tengan vdes. la bondad de subir pronto, porque tenemos mucho que ver y Londres es muy grande.

Entónces los unos *in-side*, es decir, dentro del coche, y los otros *out-side*, es decir, en el techo del coche, se acomodaban.

Un ómnibus inglés lleno de esta manera, puede conducir de veinte y cinco á treinta personas. Antes de partir el *cicerone* leía el programa:

Primer día. — Palacio de San James. — Parque de San James. — Palacio de Buckingham. — Nuevas casas del Parlamento. — Salon de Westminster. —

Abadía de Westminster.—Whitehall.—Tesorería.
—Almirantazgo.—Columna de Duque York.—
Clubs.—Calle del Regente.—Parque del Regente.
—Jardín Zoológico.

El ómnibus comenzaba á andar y así que llegaba al palacio de San James se paraba y el *cicerone* decía:

—Caballeros, tengan vdes. la bondad de bajar si les agrada, pues hemos llegado al palacio de Enrique VIII.

Los franceses descendían y empezaban á examinar la portada gótica de ladrillo y á decir lo que es muy cierto, que mucho mejor era el palacio de las Tuillerías ó el de Versalles, que el de los reyes de Inglaterra.

El conductor, así que pasaba un rato, volvía con su amonestación de costumbre.

—Caballeros, haganme vdes. favor de subir, porque Londres es muy grande y tenemos mucho que ver.

—Pero ¿qué, no entramos al palacio?

—Los ingleses son muy raros, nunca dejan entrar, sino al patio de los palacios; respondía el conductor.

—¿Pero el parque?

—¡Oh! el parque, como no vale la pena, desde aquí se ve bien.

Los suscritores, poco convencidos, tenían necesidad de entrar en el ómnibus y continuar su camino.

Enfrente del palacio de Buckingham, el coche se detenía un momento. El conductor les explicaba que en ese palacio vivía la reina Victoria, y había costado veinte y cinco millones de francos.

Los viajeros examinaban desde el techo, ó por las ventanillas del coche la arquitectura del palacio, y continuaban su camino, conviniendo todos en que era muy caro su costo y superior el Eliseo ó San Cloud.

Delante de las casas del Parlamento, que no están todavía concluidas, se detenía de nuevo el ómnibus, y allí descendían todos y se dispersaban á examinar el gran edificio gótico, encontrando siempre que las piedras de la catedral de Nuestra Señora de Paris ó la de Rouen, eran mejor labradas que las del Parlamento.

De allí se dirigían á pié á la abadía y se dispersaban por entre las tumbas y las estatuas de que está llena.

Era menester que el conductor los reuniera con mil trabajos, para continuar su viaje.

El guía no les enseñaba lo mejor de la iglesia, que es la capilla de Enrique VII, por la razón sencilla de que para verla es menester pagar seis peniques (un real) por cada persona, y la compañía, muy económica y arreglada en sus gastos, evitaba el sacrificio de un solo penique con tal de que no fuese absolutamente necesario.

De la Abadía tomaban el rumbo de *Parliament*

Street, y al pasar el conductor, les señalaba desde lejos el palacio de *White Hall*, la Tesorería y el Almirantazgo.

Llegando á la columna del Duque de York, el guía se detenía un momento.

—Caballeros, aquí teneis la columna del Duque de York; ya vereis que es mucho mejor la columna de Julio y la columna de la plaza de Vendome.

—Podéis ir derecho por esta calle hasta llegar á esa plaza que se ve desde aquí.

—Teneis dos horas de tiempo para pasearos y ver las magníficas tiendas de la calle del Regente, y el ómnibus los aguardará en este lugar.

Los franceses se dispersaban en grupos de tres ó cuatro personas, deteniéndose como hacen todos los que de nuevo llegan á una ciudad, delante de todas las tiendas á examinar hasta los objetos mas insignificantes.

Terminadas las dos horas se reunian todos los viajeros en el coche, y tomando por la misma calle del Regente y por Portlant-Place, llegaban á las rejas del Parque del Regente.

—Caballeros, decia el guía, vamos á atravesar el inmenso Parque del Regente hasta llegar al jardín Zoológico. Ya veréis qué magnificencia.

De Portlant-Place al Jardín Zoológico habrá cosa de dos millas.

Los franceses tenían que atravesar todo el Parque á pié con un calor eshorbitante.

—Cuando el guía los veía un poco fatigados, volvía la cabeza y les decia:

—Animo, caballeros, ya vamos á llegar y veréis qué leones y qué animales tan soberbios le ha regalado el virey de Egipto á la reina. Ya veréis sobre todo al hipopótamo; es la primera vez que la Europa posee vivo un animal de esta clase.

Fatigados y cubiertos de sudor llegaban al jardín Zoológico, y como de costumbre se dispersaban queriéndolo ver todo y examinarlo todo á la vez.

El conductor les concedía otras dos horas de tiempo para pasear por el jardín, indicándoles el lugar donde podrian reunirse para tomar el ómnibus.

Muchos de los viajeros se estraviaban en aquellas calzadas y encrucijadas de los jardines; otros buscaban al hipopótamo, sin poderlo encontrar, y salian renegando y diciendo que era una de las mas grandes tonteras del mundo el haber atravesado el canal y volverse á Paris sin haber visto el hipopótamo.

En Lóndres, á todas horas del dia, pero muy especialmente de dos á tres de la tarde se puede asegurar que llueve; así al salir los abonados al *tren de plaisir* del jardín, comenzaban á caer ya gruesas gotas de agua, y entónces se trababa la disputa entre los que iban afuera del ómnibus y los que iban adentro.

Por fin, los mas atrevidos y lijeros tomaban el mejor lugar, dejando á los otros espuestos á la lluvia y al viento. Abrian los paraguas, sacaban los sacos y paletós y todos se ponian en camino.

—Caballeros, decia el guia ó conductor, parece que nos hemos divertido mucho; pero Londres tiene la nulidad de que llueve á todas horas.

Los viajeros que habian tenido la desgracia de colocarse *out-side*, es decir, afuera, llegaban á la posada mojados y transidos de frio; pero bajaban alegres, con la ilusion de que iban á comer un buen *roastsbeef*. La fama del *roastsbeef* inglés es general, y los franceses, á pesar de sus continuas y amargas críticas contra la Inglaterra, hacen los debidos elogios de ese manjar; pero como para obtener un buen *roastsbeef* se necesita la carne de una buena y gorda ternera, y la compañía, hemos dicho que era económica, compraba carne flaca y tal vez de vacas viejas, y los franceses á la hora de la comida tenian necesidad de comer un *roastsbeef* duro, corrioso y detestable.

No puede vd. figurarse, me decia un dia Mr. Thomas; he venido á Londres mas lien por comer un buen *roastsbeef*, que por ver la Exposicion; y despues de cinco dias no me dan mas que unos miserables trozos de carne dura.

—Caballeros, decia el conductor, la compañía me encarga que diga á vdes. que lo que se sirve

en la mesa es el verdadero y legítimo *roastsbeef* inglés y que está hecho por uno de los cocineros mas afamados de Londres.

Los franceses trababan una acalorada disputa sosteniendo que lo que habian comido no era ni podia ser el verdadero *roastsbeef* inglés. El empresario y su representante sostenian el honor de la compañía tanto como les era posible, y así que conocian que debian ser vencidos, cambiaban la conversacion, ecsagerando las maravillas que iban á mostrar á sus abonados en los siguientes dias.

El segundo dia era destinado para visitar el palacio de cristal. La entrada á este edificio era de la manera siguiente. Por medio de billetes de abono que costaban tres libras esterlinas. Los propietarios de esos billetes podian entrar toda la semana, escepto el domingo, en que estaba cerrada la Exposicion.

Los lunes eran los dias dedicados para la gente del campo, para los operarios y para los pobres, y se pagaba de entrada una peseta de nuestra moneda. Los martes era el dia dedicado para la nobleza, la aristocracia y la gente rica; y la entrada era á razon de diez *shillings* por persona. El resto de la semana la entrada era de cinco *shillings* y la concurrencia era mezclada de la gente del campo, de la nobleza y del comercio, que concurría ya habitualmente como á un teatro ó á un paseo público.

Como hemos dicho que el principio fijo y constante del "tren de plaisir" era la economía, los suscritores eran conducidos á la Exposición el lunes, que era el día mas barato de toda la semana y en vez de observar junta y reunida á toda la nobleza de Inglaterra, no veían sino una multitud de irlandeses, de campesinos y de operarios, con sus toscos vestidos, con sus fisonomías iguales, como si fueran vaciadas en un mismo molde, y con sus grandes zapatos cubiertos de hierro la suela, invadiendo en tropel las galerías y departamentos, hasta el grado de que aun á fuerza de empujones y de abrirse paso con los codos era muy difícil poder ver de cerca alguna de las cosas que estaban allí espuestas.

El tercer día la compañía embarcaba á los suscritores en un vapor en el puente de Westminster y los desembarcaba en el puente de Londres. De allí eran conducidos á la columna de fuego y de la columna de fuego á San Pablo, obligándolos á subir sobre ochocientos escalones en los dos monumentos mencionados y á bajar otros tantos, sin haber logrado formarse idea del grandioso panorama de Londres, pues no lograban ver sino inmensas nubes de humo rodando lentamente por los techos de las casas, sin poder percibir ni un rincón del azul del cielo, ni uno solo de los árboles frondosos de que están llenas las calzadas de las cercanías de Londres.

Así terminaban los ocho días, regresando los franceses á su país sin haber comido un buen *roastbeef*, sin haber bebido un vaso de buena cerveza escocesa, sin haber visto el panorama de Londres, sin haber asistido á la ópera italiana, sin haber visitado el interior de los palacios y edificios públicos, sin haber observado ni la vigésima parte de los objetos espuestos en el Palacio de Cristal; y por último, sin haber visto sino por entre el postigo de un ómnibus y como un movable panorama, las calles opulentas y espaciosas de la ciudad monstruo.

Todo esto era debido á las economías de la compañía, que por lo general no costeaba diversiones ni paseos que escedieran de dos ó tres reales por persona para obtener lo menos doscientos cincuenta francos de utilidad sobre el precio que pagaba cada uno de los suscritores.

Muchos de los franceses volvian á Paris diciendo que nada habian visto, que nada habian gozado, que habian tenido que asolearse y mojarse durante ocho dias sin observar mas que las nubes y el humo del carbon de piedra, y que se consideraban perfectamente robados por la compañía empresaria. Otros por el contrario, se manifestaban completamente contentos y satisfechos y regresaban á Paris vociferando que conocian Londres á palmas, que todo lo habian visto y que nada les habia quedado que desear.

Muchos de estos viajeros escribieron sus impre-

siones de viaje y llenaron los periódicos de artículos, describiendo los usos, las costumbres, los edificios y los trages de la Inglaterra.

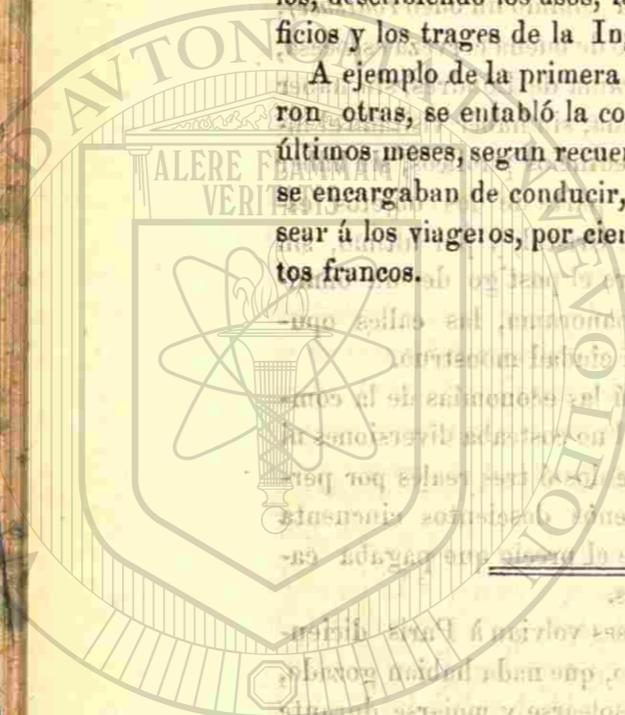
A ejemplo de la primera compañía se establecieron otras, se entabló la competencia, y ya en los últimos meses, según recuerdo, había empresas que se encargaban de conducir, de mantener y de pasear á los viajeros, por ciento cincuenta ó doscientos francos.

El que dirigía la obra fue el duque de Devonshire. El tiempo en que se escribió esta obra, era también en aquel tiempo un excelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido formando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es difícil encontrar una pedregal que no haya sido destruido por las bombas y las máquinas, y varias y variadas destrucciones otras á consecuencia del incendio de 1841.

XX.

LOS TRES HENRIQUES.

Entre los monumentos edificados en medio de las épocas de paz, de tranquilidad y de civilizacion, por los esfuerzos del comercio y de la industria, hay una reunion de construcciones irregulares ennegrecidas con el moho de los siglos, que brotan al parecer de las aguas frias y de las tristes nieblas del rio Támesis. Esto es lo que se llama la Torre de Lóndres. Está situada en una colina poco elevada á las orillas del rio, y se distingue exteriormente por una gruesa muralla y cuatro torrecillas edificadas al parecer en el centro del edificio. La Torre de Lóndres tiene cosa de ochocientos años de existencia. Fué construida probablemente de 1087 á 1090, por órden de Guillermo el Con-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siones de viaje y llenaron los periódicos de artículos, describiendo los usos, las costumbres, los edificios y los trages de la Inglaterra.

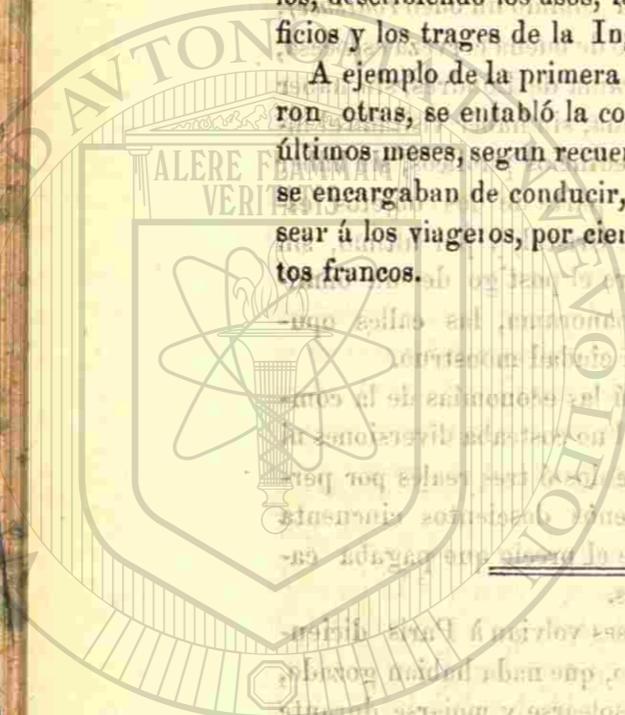
A ejemplo de la primera compañía se establecieron otras, se entabló la competencia, y ya en los últimos meses, según recuerdo, había empresas que se encargaban de conducir, de mantener y de pasear á los viajeros, por ciento cincuenta ó doscientos francos.

El que dirigió la obra fue el duque de Devonshire. El tiempo en que se escribió esta obra, era también en aquel tiempo un excelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido reformando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es difícil encontrar una pedregal que no haya sido destruido por las bombas y las máquinas, y varias y variadas destrucciones otros á consecuencia del incendio de 1841.

XX.

LOS TRES HENRIQUES.

Entre los monumentos edificados en medio de las épocas de paz, de tranquilidad y de civilizacion, por los esfuerzos del comercio y de la industria, hay una reunion de construcciones irregulares ennegrecidas con el moho de los siglos, que brotan al parecer de las aguas frias y de las tristes nieblas del rio Támesis. Esto es lo que se llama la Torre de Lóndres. Está situada en una colina poco elevada á las orillas del rio, y se distingue exteriormente por una gruesa muralla y cuatro torrecillas edificadas al parecer en el centro del edificio. La Torre de Lóndres tiene cosa de ochocientos años de existencia. Fué construida probablemente de 1087 á 1090, por órden de Guillermo el Con-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quistador. El que dirigió la obra fué Gundolfo, que á la vez que era arzobispo, era tambien en aquel tiempo un escelente arquitecto. Posteriormente cada soberano ha ido reformando las construcciones antiguas y haciendo otras nuevas; de manera que hoy es realmente la Torre una pequeña ciudad llena de callejones irregulares, de capillas y departamentos, ocupados unos con algunas oficinas militares, y vacíos y medio destruidos otros á consecuencia del incendio de 1843.

La primera vez que visité la Torre me sucedió lo que á todos los demas.

Encontréme con unos viejos soldados de alta estatura, vestidos con su calzon corto, su perpunte encarnado y su sombrerillo negro de copa baja y ala muy angosta. Su trage, sus armas y aún sus modales secos y frios, revelaban que estos hombres querian recordar de una manera palpable los tiempos del rey Henrique VIII.

Uno de estos guardias me condujo á la sala de armas, donde se halla una coleccion histórica de las armas que se han usado en la guerra, de ochocientos ó mil años á esta parte, superior quizá á cualquier otra coleccion de este género, de los museos de Europa. En seguida fuí conducido á otro salon donde están montados en caballos de madera del tamaño natural, la mayor parte de los reyes y grandes señores de Inglaterra, revestidos con sus pesadas armaduras de acero, y con sus lanzas en la mano co-

mo en los tiempos en que salian á combatir y á conquistar en las batallas sus coronas y sus señoríos.

De este salon pasamos á una pieza oscura y estrecha donde se hallan debajo de una gran jaula de fierro las alhajas de la corona.

Entre las alhajas mas notables se encuentra la corona de S. Eduardo. La nueva corona de Estado que tiene un rubí de gran valor, que se asegura llevaba en su casco el hijo de Eduardo III, llamado el *Príncipe Negro*. La corona de los príncipes de Gales, toda de oro puro, adornada de diamantes. La diadema de la reina, que segun los historiadores costó ciento once mil libras y fué construida para la coronacion de María de Este, muger de Jacobo II.

La espada de la Justicia y la espada de la Clemencia con el puño de oro macizo incrustado con diamantes. La fuente bautismal, toda de plata, y porcion de platos y platonos de oro y plata usados en las ceremonias de las coronaciones de los reyes. Tambien se encuentran allí la corona de Ana Boleña, la hacha con que fué degollada María Stuard, la espada de Roberto Bruce rey de Escocia, y algunas otras antigüedades de este género y de sumo interés para los ingleses y para los que conocen la interesante y sangrienta historia de esos tiempos.

Concluido el ecsamen de estas curiosidades, los alabarderos conducen al viagero sano y salvo á la po-

terna de los leones, por donde tantos desgraciados entraron y no volvieron á salir sino muertos: y lo dejan allí enseñándole el camino de la calle y diciéndole que ya no hay mas que ver en la Torre, porque los demas departamentos de ella están ocupados por las tropas y oficinas de su magestad la reina Victoria, de manera que en menos de una hora se concluye la visita del edificio que ha sido durante muchos años, la fortaleza, el palacio de los sobe. anos y la prision de los reos de Estado, y que representa en sus paredes antiguas, en sus torres negras y mohosas, en sus calabozos profundos, en sus patios y en sus callejuelas tristes y aisladas, toda la historia y toda la crónica de la nobleza ambiciosa ó desgraciada de Inglaterra.

El que lleva en su cabeza la tradicion de los siglos y las memorias de las desgracias de tantos personajes tan ilustres, queda muy poco satisfecho de la charla insípida de aquellos soldados contrahechos y falsificados que tienen algo de histórico, pero quizá mucho de ridículo en los tiempos presentes. Una vez que se ha entrado á la Torre, aquellos hombres por el interés de la gratificacion de uno ó dos reales no se despegan del desgraciado viajero, y comienzan á repetir con la monotonía de unos pericos la relacion histórica que tienen aprendida de memoria.

Despues de dos ó tres visitas á la Torre, conseguí mediante dos ó tres *shillings*, el señalado favor

de que los viejos archeros no me esplicasen nada y me dejasen en paz, y conocido ya por algunos de los oficiales de la guarnicion, pude entrar y examinar con detenimiento diversos alojamientos que no se enseñan comunmente al público y en los cuales han pasado los acontecimientos mas terribles y mas dramáticos.

Como seria imposible, sin ocupar dos ó tres volúmenes, seguir paso á paso la crónica de todas las variaciones materiales que ha tenido la Torre desde que puso la primera piedra en ella el arquitecto Gundolfo y la historia dolorosa de todas las lágrimas derramadas, de todos los suspiros y de todas las agonías que han sufrido los prisioneros encerrados allí durante un largo periodo, nos reduciremos solo á evocar los recuerdos mas notables y á animar por un momento algunos personajes ilustres que fueron víctimas de la guerra civil, de la ambicion y de las costumbres bárbaras de los tiempos que han precedido la civilizacion, como preceden las tormentas y los huracanes á las estaciones apacibles y tranquilas del año.

Desde 1334 á 1371, es decir, en un periodo de cosa de cuarenta años, la Inglaterra fué gobernada por tres monarcas del mismo nombre. Henrique IV llamado Bolingbroke (*).

(*) Henrique, que tenia por sobrenombre Bolingbroke, era duque de Herefort é hijo de Juan de Gante, gefe de la casa de Lancaster.

Henrique V de Montmouth.

Henrique VI de Windsor.

Bolingbroke, que decia tener preferentes derechos al trono y se hallaba en Francia, desembarcó en Inglaterra mientras el rey Ricardo II estaba en Irlanda. En momentos se le reunieron multitud de partidarios y con ellos pudo hacer frente á las tropas reales, las venció y obligó á Ricardo á abdicar la corona públicamente en el gran salon de Westminster.

Un viejo proverbio dice que *el rey depuesto es rey muerto*, y nada fué mas cierto. Inmediatamente que Ricardo II se dejó despojar de la autoridad, fué conducido prisionero á la Torre de Londres, incomunicado de todos sus amigos y separado de la reina. Se habia casado en segundas nupcias con Isabel de Valois, hija de Carlos VI, rey de Francia y de Isabel Baviera, de quien tendremos ocasion de hablar mas adelante.

Cuando Ricardo II se casó, Isabel era una niña de seis años, inteligente, hermosa, llena de las gracias inocentes de su edad, y anunciando que en el curso del tiempo sería una muger espléndida por subelleza y por sus virtudes.

Ricardo II no podia haberse enamorado de una niña; pero tuvo sin duda la idea de educar á su lado y bajo su vigilante cariño una buena esposa; que le tuviese el amor tranquilo pero sólido, que nace con el trato diario y familiar. Antes de que el monar-

ca viese colmados sus deseos, la tempestad de la revolucion lo habia separado de su *pequeña* reina, como le decian los ingleses arrojándolo á una prision, de donde no volvió á salir sino para la tumba.

Henrique IV logró sentarse en el trono; pero como la vida del monarca caído era un amago, constante para su seguridad, fué necesario deshacerse de él. De la Torre de Londres fué trasladado al castillo de Pontefract.

Entre tanto la reina, niña como era, pero llena de aliento y de vigor, auxiliada por el conde de Kent, y por otros nobles, fieles y adictos al monarca desgraciado, publicó una proclama desconociendo la autoridad de Henrique Bolingbroke y llamando al pueblo á la defensa de su rey legítimo. Reunióse en efecto un ejército considerable, púsose la niña reina á la cabeza de él y marchó al encuentro de los enemigos, llena de entusiasmo y de alegría, teniendo por seguro que obtendria la victoria y lograria restablecer á su Ricardo en el trono de sus antecesores.

Las cosas no pasaron así, sino por el contrario, fué traicionada en la ciudad de Cirencester. La mayor parte de los gefes que la seguian, fueron aprehendidos y decapitados inmediatamente, y ella misma escapó de la muerte solo por consideracion á su tierna edad.

Henrique IV despues de este suceso se afirmó mas en el trono; pero no por eso quedó perfecta-

mente tranquilo ni seguro, pues que las mismas ejecuciones de los partidarios de Ricardo, engendraban en las familias proscriptas y desgraciadas, los deseos de venganza y la necesidad de una nueva rebelion.

Contiendo un dia el rey con algunos de sus cortesanos y hablando como era de suponerse, de la política y de los sucesos del tiempo dijo:

—¡Qué desgracia la mia! No tengo un amigo fiel, verdadero, que me libre de una vez de una persona cuya vida es mi muerte y cuya muerte sería mi vida. (*)

Los cortesanos guardaron silencio; pero uno de ellos que fijó mucho la atención en las palabras del rey, se levantó de la mesa y salió del palacio. Llegado à su casa reunió ocho personas mas, montó à caballo y se dirigió al castillo de Pontefract, donde hemos dicho que habia sido trasladado Ricardo II.

Cuando los caballeros llegaron al castillo, Ricardo estaba sentado en la mesa comiendo. Recibiólos con amabilidad y cortesía y les preguntó el objeto de su visita. Respondieron que el rey Henrique ordenaba que se hiciesen algunas alteraciones en el servicio de la mesa y que ellos venian à dar estas nuevas órdenes.

Al oír esto Ricardo esclamó lleno de cólera:

(*) *Agnes Strickland-Lives of the queens of England.*

—Que todos los diablos carguen con Henrique de Lancaster y con vosotros. Al decir esto, le dió con el cabo del cuchillo de la mesa à uno de los hombres que estaba sentado à su lado. Inmediatamente los ocho asesinos desnudaron sus armas y acometieron al rey.

Este, valiente y altivo como su padre, en un abrir y cerrar de ojos arrancó una espada de manos del que estaba mas inmediato, formó una trinchera con la mesa y comenzó à defenderse con el ímpetu y con el arrojo de un leon. A pesar de la destreza y de la ferocidad de los asesinos, Ricardo logró herir y poner fuera de combate à cuatro de ellos; pero los restantes destruyeron la trinchera que se habia formado el rey, el cual tuvo entonces que correr al rededor de la pieza, defendiéndose siempre y guareciéndose las espaldas con los muebles y las paredes. El cortesano favorito de Bolingbroke, que como hemos dicho, se halló tan pronto para complacer los criminales deseos de su soberano, se acobardó con la resistencia obstinada de Ricardo y se refugió en un rincon de la pieza, subiéndose en una silla curiosamente esculpida, en donde acostumbraba Ricardo reposar la comida. En una de las vueltas que Ricardo dió por la habitacion luchando siempre con sus asesinos, el cobarde cortesano le dió un palo en el cerebro con el cabo de una hacha y lo derribó al suelo, donde acabaron de matarlo.

Así murió casi al tiempo de vencer á sus enemigos y luchando hasta el último momento de su vida, á la edad florida de treinta y cuatro años, Ricardo de Burdeos, soberano legítimo de Inglaterra, é hijo del valiente y afamado Eduardo de Gales, conocido con el sobrenombre del Príncipe Negro.

Henrique IV. quedó ya seguro en el trono, aunque en su conciencia no muy satisfecho de los medios de que se habia servido para elevarse y asegurarse en tan alta dignidad.

Henrique IV. fué casado dos veces. La primera con María de Bobún, y la segunda con Juana, hija de Carlos el Malo, rey de Navarra.

Del primer matrimonio tuvo un hijo, que nació en el castillo de Montmouth, y del segundo una hija, que murió á los pocos meses de haber nacido, y tres hijos. Tomas, duque de Clarence. Honfrói, duque de Gloucester; y Juan, duque de Bedford.

Henrique de Montmouth tomó el título de príncipe de Gales, y su padre se propuso educarlo con el mayor esmero para que á su muerte ocupara dignamente el trono de Inglaterra.

Henrique era lo que en aquellos tiempos podia llamarse un apuesto garzon. Joven, fuerte, robusto, diestro en los ejercicios de las armas, de una fisonomía abierta y franca, cautivaba á todos los que lo trataban, muy especialmente á las gentes del pueblo.

En sus grandes ojos azules se revelaba el fondo excelente de su carácter, y en la espresion sincera de su ingenua sonrisa se dejaba ver que su corazón no tenia la hiel y la malicia de algunos nobles de la época, cuyo vicio dominante era la ambicion, de la cual el mismo monarca reinante habia dado á sus súbditos un funesto y señalado ejemplo.

A pesar de las recomendables prendas con que la naturaleza habia dotado al príncipe, tuvo la desgracia de rodearse de inmultitud de hombres oscuros de nacimiento, de viciosas inclinaciones y de conducta depravada.

Pasaba las noches en los garitos, en las tabernas, y algunas veces en los caminos reales asaltando á los colectores del rey y á los pasajeros, y despojándolos á mano armada del dinero y de los efectos que traian consigo.

La historia, con aquella gravedad y concision que le es propia, apenas ha trazado en sus páginas uno que otro rasgo de la juventud de Henrique V; pero la poesía se encargó de dejar á la posteridad el cuadro mas acabado y completo de los primeros años de uno de los monarcas mas valientes, mas nobles y mas grandes que ha tenido la Inglaterra.

Las alegres y tumultuosas reuniones del Príncipe *Hall*, como le decian sus amigos, eran en la taberna de la *cabeza del Javali*, calle de *East cheap*. (*)

(*) La calle de *East cheap* está situada en Londres

Sus compañeros en aquellas orgías nocturnas, eran Sir Juan Falstaff, Poins, Bardoloh, Pistol y Miss Quickly.

Darémos á conocer al lector á estos interesantes personajes, alegres é independientes siempre de la política del tiempo, y amigos fieles y constantes del príncipe heredero.

Falstaff era un inglés chaparrón, con un enorme vientre, con unos ojos pequeños y maliciosos, con un rostro encendido y con unas narices prominentes y rojas. Pobre, pero calavera y tirador de dinero, siempre estaba, como suele decirse, á la cuarta pregunta; pero encontraba á cada momento recursos para llenar sus bolsillos de oro, salir de sus mas urgentes compromisos, obsequiar de vez en cuando á sus numerosas amistades femeninas. Afecto á los vinos, bebia todo el dia y toda la noche, y decia que toda la educacion que los reyes debian dar á sus hijos, debia reducirse á acostumbrarlos á beber vino añejo de España. Tímido como una paloma, cargaba siempre al costado una grande espada, que sacaba muy á menudo; pero sin esgrimir-la contra nadie, pues siempre encontraba á mano alguno á quien echar por delante para que respondiese á sus querellas, miéntras él corria ó se ocu-

en la *City*. La célebre taberna donde Skaspeare coloca algunas de las escenas de su drama de Henrique IV, fué destruida en el incendio del año de 1666.

taba en algun escondite. Pasados los lances daba miedo y asombro oírle contar sus hazañas, sus aventuras y sus heróicas proezas.

Seis ú ocho enemigos eran para él cosa de poco momento. En un cerrar y abrir de ojos á uno le cortaba la cabeza, á otro un brazo, al de mas allá las piernas, y los demas se escapaban llenos de espanto, dejando dueño del campo al grueso y pesado Sir Juan, blandiendo su larga espada y esperando nuevos enemigos, por solo tener el gusto de vencerlos.

Sir Juan, ademas, era filósofo y siempre tenia para todo razones, con las cuales disculpaba sus errores de todo género y cubria perfectamente su conciencia.

Cuando su querido príncipe *Hall*, lo urgia para que lo acompañase á alguna espedicion peligrosa Sir Juan se ponía á discurrir con la esactitud y facilidad de los mejores filósofos de la antigüedad.

—¿Qué necesidad, decia, tengo yo de apresurarme á encontrar á mi acreedor, ántes de que él me busque? Vamos, continuaba, el honor me aguijona y me dice que vaya adelante. Pero si el honor me conduce á la muerte, ¿qué haré yo entónces? ¿Si me rompen una pierna ó un brazo, el honor me la soldará y me la pondrá en su lugar? No. ¿El honor puede aliviarme los dolores de una herida? No. ¿El honor sabe algo de medicina y de cirujía? Tampoco. ¿Qué cosa es, pues, el honor? Una pala-

bra. ¿Qué es en sustancia esta palabra? Nada mas que viento.

Pues, ¡famoso cálculo por cierto, el del honor! ¿El que muere el miércoles, escucha el jueves al honor, lo siente, lo palpa? No. ¿Es verdad que el honor es el enemigo natural de todos los que viven? Sí. Pues entónces, renuncio al honor, supuesto que no es mas que un fúnebre y vano escudo.

Penetrado bien de estas máximas el buen Sir Juan, las puso en práctica en la primera batalla en que se encontró. Apénas comenzó la refriega, cuando se dió por muerto y se cubrió aunque con dificultad, con el cuerpo del primero de los contrarios que cayó sin vida en el campo. En el momento que se acabó la batalla, Sir Juan resucitó y contó á todo el mundo que habia sostenido un combate singular y sangriento hasta vencer y matar al infeliz guerrero con cuyo cuerpo se habia guarecido.

Poins y Bardolph eran dos *veteranos*, como suele decirse, que vivian á costa del príncipe, cometiendo diariamente por su cuenta grandes felonías en los caminos reales, burlando las pesquisas de la justicia, y cuando solian caer en sus manos apelaban al influjo del príncipe y gozaban al fin de la mas completa impunidad.

Pistol era un capitan borrachon y pendenciero; á los cinco minutos de haber entrado Pistol en una taberna era forzoso que las sillas y los vasos volaran por el aire, que las espadas salieran de la vai-

la y que la pendencia terminase con dos ó tres astimados, tal vez con algun muerto. La justicia necesariamente intervenia, pero siempre se hallaba pronto y listo el príncipe para dispersar á los corchetes y salvar á sus amigos.

Miss Quickly era una muger buena y sencilla en el fondo que respetaba y adoraba al príncipe y creía á puño cerrado todas las hazañas de Sir Juan Falstaff. Para ella Sir Juan era el tipo del valor, del talento, y de la honradez. El enorme vientre y las rojas narices del caballero, le parecian perfecciones con que lo habia dotado la naturaleza.

Como Sir Juan comia mucho y bebia todo el dia y toda la noche, las cuentas de la taberna subian á una cantidad enorme, y como hemos dicho que Sir Juan no era muy esacto para pagar á sus acredores, la pobre Miss Quickly sufría enormes quebrantos y compromisos que la llenaban de impaciencia y la hacian por un momento renegar del caballero, hasta el grado de ponerle demanda ante la justicia; pero Falstaff, hombre de habilidad y de mundo, hacia dos ó tres cariños á la dueña de la taberna, la miraba tiernamente con sus ojitos inyectados y le prometia casarse con ella.

Toda la cólera y mal humor de Miss Quickly acababa como por encanto, con la risueña y dorada esperanza de casarse con un caballero amigo y favorito del príncipe de Gales.

Tales eran los compañeros y amigos del prínci-

pe Henrique, según los dejó admirablemente dibujados Shakspeare.

Con la muerte de Ricardo hemos dicho que Henrique IV quedó seguro en el trono; pero los gérmenes de la rebelión no se sofocaron enteramente.

Los escoceses, aliados con los franceses y mandados por Jacobo Douglas y Juan de Viena, invadieron la frontera. El rey de Inglaterra les opuso un ejército respetable y ambas fuerzas se encontraron en Otterburn. La batalla fué muy sangrienta.

El conde Douglas mirando que sus soldados flaqueaban y estaban ya en momentos de huir y desorganizarse, tomó su grande maza, picó los hijares de su caballo y matando, hiriendo y derribando se abrió paso por en medio de los escuadrones enemigos. Esto alentó á los demás combatientes. Cada gefe procuró animar á sus soldados, los que se organizaron de nuevo y acometieron con mas brio y denuedo á sus contrarios.

El conde Douglas sin embargo de su gruesa armadura, de su valor indomable, y de la fuerza hercúlea de su brazo, que dejaba de cada golpe dos ó tres soldados tendidos en el campo, cayó herido mortalmente, pudiendo solo con mil esfuerzos arrastrarse hácia el punto donde podían acudir y socorrerlo sus amigos. (*) Llegó en efecto en esos momentos el caballero Sinclair.

(*) Walter Scott.—*Tales of a Grand-Father.*

—¿Cómo os va, primo? le dijo, acercándose y procurando levantarlo.

—Perfectamente, respondió Douglas, ya casi moribundo. Ocultad mi muerte al ejército; empuñad la espada, corred y atacad de nuevo á los ingleses y a victoria será nuestra, porque así lo ha dicho una vieja tradición de mi familia.

Sinclair sin aguardar que espirase su gefe, montó de nuevo á caballo, reunió á los gefes y acometió á los ingleses, gritando: *Douglas y Victoria*, los desorganizó enteramente cayendo prisioneros Ralph y Henrique Percy (*), hijos del conde de Northumberland. La batalla quedó indecisa y los dos ejércitos perdieron muchos soldados y sus mas valientes y afamados gefes, sin que nadie pudiese decir de parte de quién habia quedado la victoria.

Archivaldo, conde de Douglas, é hijo del que hemos visto morir tan valientemente en la batalla de Otterburn, deseoso de vengar á su padre, reunió un cuerpo de diez mil hombres y entró con bandera desplegada en las fronteras de Inglaterra; pero los hijos del conde Northumberland, prisioneros en la anterior batalla y que se rescataron como se usaba entonces, mediante gruesas sumas de dinero, reunieron prontamente un ejército, atacaron á los es-

(*) La familia de los Percy ha sido y es de las mas nobles y antiguas. (Walter Scott en la historia de Escocia.)

coces en las alturas de Homildon y los derrotaron completamente. Archivaldo, un poco menos desgraciado que su padre, perdió un ojo en tal batalla y cayó prisionero en manos de los Percy.

Todos estos acontecimientos aumentaron el poder, la gloria y el brillo del reinado de Henrique IV, que si bien al tiempo de subir al trono se manchó con el crimen de la usurpacion y del asesinato, procuró despues por el valor, el talento y la prudencia grangearse el amor del pueblo y de la nobleza.

Pero los mismos elementos que servian á los soberanos para cimentar su poder, para ganar batallas y para hacerse temidos y respetados dentro y fuera del país, se convertian á veces en su contra y les hacian débiles y en la realidad vasallos y tributarios de los condes, de los duques y de los barones.

Cada uno de los señores feudales de esos tiempos tenia dos ó tres castillos bastante fuertes, y puede decirse inespugnables, atendidas las armas que entonces se usaban.

Ligadas estrechamente las familias, podian disponer no solo de sus vasallos, sino de los de sus deudos y amigos, de manera que cuando se ofrecia una campaña se levantaban en momentos y como por encanto multitud de lanceros cubiertos de hierro y acero, é innumerables peones y archeros, que

parapetados llegado el caso, detrás de gruesas estacadas, descargaban una nube de dardos y de flechas contra la caballería enemiga.

Si todas estas fuerzas, al ménos su mayoría, eran adictas al soberano, entónces el trono estaba firme y su poder y su gloria asegurados; mas si por el contrario, el mayor número de esos guerreros abrazaba con cualquier pretesto el estandarte de la rebelion, entónces no quedaba otro recurso al monarca que aventurar su corona al peligroso é incierto juego de las batallas.

Llegó la vez de que la familia de Northumberland, poderosa por la situacion de sus Estados en la frontera; por el valor de los hijos del conde y por sus alianzas y relaciones con otros señores igualmente poderosos, se disgustara con el rey y levantara el pendon de la revuelta.

Henrique IV por su parte, valiente y decidido á no dejarse destronar con la misma facilidad que él destronó á Ricardo II, reunió á sus partidarios y á sus amigos, levantó un ejército tan numeroso cuanto le fué posible y marchó á la campaña con esa firme é irrevocable decision que le inspiraban las circunstancias mismas que lo habian elevado al trono.

Pero lo que mas affigia al rey en medio de esta tempestad que tronaba sobre su cabeza era la conducta de su hijo. Antes de partir lo llamó á su presencia.

El príncipe Henrique, que había pasado la noche en su taberna favorita bebiendo vino generoso de España, charlando con los cortesanos, burlándose y tratando de hacer perder la paciencia al buen viejo Falstaff, se dirigió lleno de mal humor y de impaciencia, pensando oír, pero no escuchar, el largo sermón de su padre. Al llegar delante del rey se hincó y le besó la mano.

El rey con tono grave, pero afable, le tendió la mano.

—Tenia, le dijo, un gran peso en el corazón y deseaba verte. ¿Sabes lo que pasa en mis Estados?

—Lo sé, señor.

—No, no lo sabes, Henrique, le interrumpió el rey, porque si lo supieras, habrías venido á encontrarme antes de que te llamase. Los grandes y poderosos señores del Norte se han rebelado contra mí, ó mejor dicho, contra tí; porque si yo he defendido mi corona, porque si voy á defenderla todavía en el campo de batalla, es para dejártela á tí que eres el heredero y el destinado por Dios para regir este pueblo y para gobernar á estos barones ambiciosos y turbulentos.

—Yo supongo, señor, contestó el príncipe, que os habrán venido á esagerar mis alegrías, ó si se quiere mis locuras; pero os juro

—Nada de juramentos, hijo mio, volvióle á interrumpir el rey.

—Voy á decirte ahora, Henrique, continuó tomándole una de las manos y llevándola junto á su corazón, lo que nunca te habría dicho.

Ni los cuidados del gobierno, ni la ingratitud de los hombres, ni las rebeliones contra mi trono, ni los peligros y azares de las batallas, me asustan ni me afligen; solo tú me tienes traspasado continuamente el corazón.

Tú no me amas, Henrique; tú conspiras contra mí; tú eres el amigo y el partidario de mis enemigos.

—¿Os han dicho eso, señor? Sí, os lo han dicho; pero vos, señor, seguramente no lo habreis creído. Mirad en mi fisonomía, leed en mis ojos, y si encontráis el disimulo, el dolo ó la traicion, castigadme desde ahora y mandadme cortar la cabeza, ó encerradme para todos mis dias en la Torre.

El rey levantó la cabeza y miró un momento frente á frente á su hijo.

—Es verdad, Henrique; si los ojos son el espejo del alma, no hay nada en los tuyos que revele el disimulo y la traicion; pero ¿sabes quiénes son nuestros contrarios?

—Lo sé, señor; los enemigos de V. E. son Hotspur y Douglas.

—Douglas, continuó el rey, ha sido puesto en libertad á condición de que ausilie con su brazo y con su tropa á los que se han sublevado, y viene al

suelo de Inglaterra á vengar le muerte de su padre el valiente Jacobo.

—Hotspur es quien le ha dado la libertad, dijo el príncipe. Hotspur es el guerrero de la época, el modelo de los valientes, la flor de los caballeros, el tipo del honor y el lustre de su casa.

—Todo eso es cierto, muy cierto, dijo el rey tristemente, inclinando la cabeza.

—Comprendo perfectamente, dijo el príncipe. ¿No es verdad, señor, que vos querriais que Hotspur fuese el hijo de Henrique IV?

—No, Henrique, no, dijo el rey conmovido, lo que querria es, que el heredero de Henrique IV fuese como el hijo del conde de Northumberland.

—Basta, señor, dadme vuestra mano y permitidme que os acompañe á la batalla.

Apénas salió el jóven, cuando entró Sir Thomas Blunt, acompañado de otros dos caballeros.

—Venimos á suplicar á V. M., le dijeron inclinándose, que nos mostreis el casco, el plumage y la armadura con que debeis presentaros á la batalla.

—Con mucho gusto, Sir Thomas, respondió el rey; pero á mí vez os preguntaré ¿cuál es la causa que mueve vuestra curiosidad?

—V. M. nos permitirá que no le digamos ni una sola palabra mas sobre esto, sino despues que termine esta guerra, que no puede ménos de concluir

sino con el castigo de los rebeldes y con el triunfo completo de las armas reales.

Los caballeros se retiraron y el rey dió orden para que les enseñaran las armas, el casco, la armadura y el caballo que debian de servirle en la campaña.

El príncipe salió conmovido con la conversacion que habia tenido con su padre; pero á poco recobró su alegría y dispuso su marcha acompañado de sus amigos, sin faltar por supuesto el alegre rollizo Sir Juan Falstaff.

Pocos dias despues de estos sucesos el ejército contrario mandado por Henrique Percy á quien por su valor y su carácter llamaban Hotspur (*) y por Archivaldo Douglas, se encontró con el ejército real mandado personalmente por Henrique IV y por los príncipes de Gales y Lancaster en las llanuras de Skrewsbury.

Todo el afan del conde de Douglas se reducía en la batalla á vengar la muerte de su padre, y esta venganza no la estimaba suficiente ni completa, si no era combatiendo y matando personalmente al rey de Inglaterra.

Archivaldo, como su padre, era valiente, y como su padre fuerte; así es, que imitando al viejo conde, empuñó su espada, hundió las espuelas en los hijares del caballo y se arrojó en lo mas rudo de la

(*) Hostpur en inglés, quiere decir violento impetuoso.

pelea, abriéndose paso por entre las picas de los enemigos y buscando al rey. Reconoció por su plumage y su rica armadura, se adelantó impetuosamente á su encuentro y se comenzó un atrevido y sangriento combate.

Douglas venció y mató á su enemigo; pero el vencido no era el rey.

El Lord escocés, mas colérico con la equivocación, siguió revisando el campo hasta que divisó de nuevo el plumage y la armadura del rey. Volvió á poner la espuela á su caballo, acometió á su enemigo y lo derribó en el suelo; pero tampoco era el rey.

Frenético con esta nueva equivocación, vió otro guerrero. Entonces creyó que era llegado el momento de su venganza. La cólera reanimó sus fuerzas gastadas con tanto combate y acometió con rigor á su adversario, el que despues de una defensa desesperada, cayó á los golpes redoblados del terrible escocés. Pero tampoco este caballero era el rey.

— El infierno parece que se conjura contra mí, gritó Douglas. Antes que yo encuentre á Henrique IV, se cansará mi brazo y se romperá mi armadura y mi espada. ¡Ah! pero allí veo otro caballero que parece ser el rey, y si no lo es, por mi nombre de Douglas juro que he de matar á todos los que hayan tenido la desgracia de revestirse con el casco y la armadura reales.

En esta vez Archivaldo no se equivocó, pues habiendo muerto los tres leales caballeros que á costa de su vida salvaron á su soberano, no quedaba ya en el campo otra persona que la del monarca que tuviese la armadura, el casco y el plumage que en toda la batalla habia buscado el vengativo conde.

Henrique IV no solamente se vió atacado por Archivaldo, sino tambien por Hotspur, y aunque se defendia valerosamente, como defiende un rey su corona y su vida, sus dos adversarios eran los mas terribles y esforzados guerreros de la época.

Próximo ya á sucumbir, apoyada su armadura, cansado su brazo de parar y dar golpes, y vacilante y casi vencido su caballo, llegó el príncipe de Gales, el disoluto, el calavera, el cómplice de los bandidos, el amigo íntimo de Talstaff y de Miss Quikly, é interponiéndose entre su padre y sus enemigos, le liberta la vida y comienza á combatir.

— Heme aquí, Hotspur, le dice. El héroe de la taberna de la cabeza del Javalí viene á combatir con el tipo de los caballeros. Prometí á mi padre ser igual al hijo del conde de Northumberland, y heme aquí en el campo de batalla pronto á cumplir mi palabra.

Miéntas el jóven Henrique combatia con el vigor de los guerreros mas diestros y experimentados, el rey se repuso, gritó á sus caballeros y decidió completamente la batalla.

Hotspur, murió según algunos, por el dardo de un arquero que le atravesó el cuello; según otros, por la espada del príncipe de Gales, que al fin lo venció en el combate.

Archivaldo Douglas, merced á la lijereza de su caballo y á la fuerza de su brazo, se abrió campo por enmedio de los enemigos, y huyó, acompañado de otros caballeros; pero al saltar un precipicio, dió en tierra y fué hecho prisionero.

Así concluyó la memorable batalla de Shrewsbury, que destruyó á todos los enemigos de Henrique IV. En cuanto al príncipe de Gales, persuadido de que habia cumplido simplemente con su deber de hijo y de príncipe, y satisfecho con haber vencido no á Hotspur, sino á los enemigos que lo desacreditaban cerca de su padre, volvió á Londres á ocupar su tiempo en sus acostumbradas orgías y á frecuentar la sociedad de la buena Miss Quickly, satisfecho mucho mas con las fingidas hazañas del caballero Falstaff, que con los hechos gloriosos del heredero del trono.

XXI.

LOS TRES HENRIQUES.

(CONTINUACION.)

Ni las victorias en el campo de batalla, ni las fiestas y regocijos públicos, ni la lisonja de los cortesanos, ni las alhajas y tesoros, pudieron dar á Henrique IV la paz, la calma y la tranquilidad, que no se adquieren sino con una conciencia sana y limpia.

Los últimos años de la vida del monarca, fueron llenos de agitacion y de sufrimientos. Atacado de epilepsia y de una enfermedad cutánea en la cara, su rostro, que habia sido imponente y lleno de magestad, se puso deforme y repugnante. El mas leve disgusto le ocasionaba un ataque violento que

Hotspur, murió según algunos, por el dardo de un arquero que le atravesó el cuello; según otros, por la espada del príncipe de Gales, que al fin lo venció en el combate.

Archivaldo Douglas, merced á la lijereza de su caballo y á la fuerza de su brazo, se abrió campo por enmedio de los enemigos, y huyó, acompañado de otros caballeros; pero al saltar un precipicio, dió en tierra y fué hecho prisionero.

Así concluyó la memorable batalla de Shrewsbury, que destruyó á todos los enemigos de Henrique IV. En cuanto al príncipe de Gales, persuadido de que habia cumplido simplemente con su deber de hijo y de príncipe, y satisfecho con haber vencido no á Hotspur, sino á los enemigos que lo desacreditaban cerca de su padre, volvió á Londres á ocupar su tiempo en sus acostumbradas orgías y á frecuentar la sociedad de la buena Miss Quickly, satisfecho mucho mas con las fingidas hazañas del caballero Falstaff, que con los hechos gloriosos del heredero del trono.

XXI.

LOS TRES HENRIQUES.

(CONTINUACION.)

Ni las victorias en el campo de batalla, ni las fiestas y regocijos públicos, ni la lisonja de los cortesanos, ni las alhajas y tesoros, pudieron dar á Henrique IV la paz, la calma y la tranquilidad, que no se adquieren sino con una conciencia sana y limpia.

Los últimos años de la vida del monarca, fueron llenos de agitacion y de sufrimientos. Atacado de epilepsia y de una enfermedad cutánea en la cara, su rostro, que habia sido imponente y lleno de magestad, se puso deforme y repugnante. El mas leve disgusto le ocasionaba un ataque violento que

lo privaba de la razon y lo tenia algunos dias en cama.

La popularidad que le habia grangeado su juventud, su vigor y su fortuna en la guerra, iba perdiéndose dia por dia.

Veía el pueblo á su rey enfermo, á veces totalmente falto de juicio é incapaz por consecuencia de defenderse, ni de defender á sus amigos de los ataques y asechanzas de los partidarios de la casa de York, representada por el jóven conde de March, y heredero natural y legítimo de la corona. Deseaba, pues, que cuanto antes acabara la vida del soberano y ocupase el trono el príncipe de Gales, callavera y disoluto, pero valiente, franco y generoso.

El pueblo, dicen los historiadores, adivinó con un delicado instinto que habia en el fondo del alma del jóven príncipe, cualidades sublimes que se desarrollarían en alto grado luego que subiese al poder.

Los malos amigos y peores consejeros, que nunca faltan al lado de los grandes, continuamente inspiraban al monarca temores, zelos y desconfianza con respecto á su hijo, eesagerándole sus extravíos y faltas, y pintándolo como un ambicioso, aliado con la gente mas perdida y mas inmoral del reino, para arrebatárle en primera oportunidad el cetro y la corona. Así, cuando Henrique despertaba de esa dolorosa soñolencia en que lo hundian

sus padecimientos físicos, no era sino para buscar agitadamente su corona, que siempre colocaba en la cabecera de su lecho, para preguntar donde estaba y qué hacia su hijo, y para quejarse de él con los cortesanos que lo rodeaban.

Un dia, por fin, el rey tuvo un ataque mas violento que el de los dias anteriores, y hubiera caído en el suelo si no hubiesen acudido á socorrerlo el duque de Clarence, el duque de Gloucester y el conde de Warwick que en brazos lo condujeron á su alcoba. Cuando el príncipe de Gales entró, el rey habia perdido el conocimiento, su cuerpo se habia enfriado y su respiracion se habia contenido.

Pues que al escribir esta narracion hemos seguido no solo á los mejores historiadores, sino tambien á Skahspeare, á ese gran historiador y filósofo (*) que tan admirablemente supo trazar cuadros

(*) Lingard en la historia de Inglaterra, al hablar del príncipe de Gales, despues Henrique V, se refiere á Skahspeare, y cree que lo que dice el poeta merece una fé histórica. Skahspeare no solo se servía de las crónicas escritas en aquel tiempo, sino de las narraciones orales que transmitidas de padres á hijos aun cuando en las formas estén revestidas por la imaginacion de un carácter romancesco, en el fondo conservan la pureza y la verdad histórica. Creemos por lo demas, hacer un obsequio á los amantes de la literatura en México, poniendo ante su vista algunos trozos muy bellos del autor inmortal de Otello y de Julieta.

fieles que retratan perfectamente las escenas y costumbres de la época, dejémosle hablar en los últimos momentos de la muerte de Henrique IV.

El rey se halla tendido en un suntuoso lecho lleno de cortinages de púrpura y de oro. El príncipe descuidado en su vestido, maltratado y marchito su rostro por los desórdenes y las orgias, se acerca á su padre. Todos los demas parientes y cortesanos han dejado solos en este momento solemne al rey ya muerto y al heredero del trono. Hay en el palacio un silencio profundo.

Henrique se sienta junto al lecho, y observa con atencion la corona real que su padre tenia junto de la cabecera.

“¿Por qué está colocada, dice el príncipe, debajo de la almohada esta importuna compañera de la noche?

¡Oh brillante objeto, cuántos cuidados y pesares oculta tu oro reluciente!

Cuántas veces tienes abiertas toda la noche las puertas del sueño á la inquietud y al cruel insomnio! ¿Tú duermes con ella ahora? Nunca tu reposo será tan dulce y tan perfecto como el del hombre cuya frente ciñe la banda grosera de la indigencia y que llena la noche con la respiracion de un sueño profundo. ¡Oh magestad, cuánto pesas al que te soporta; te pareces á una rica y pesada armadura que calentada con los ardores del estío quema y abrasa al hombre á quien defiende!”

El príncipe se levanta, toma una pluma y la coloca junto á la boca de su padre, y observando que ni aun lijeramente se mueve, vuelve á sentarse y esclama:

“¡Padre mio, gracioso soberano!”

Queda un momento en silencio, y luego continúa:

“Hé aquí un sueño bien profundo. Sí, es el sueño que hace caer para siempre de la frente de los reyes de Inglaterra este círculo de oro que se llama corona. Padre mio, debo pagarte el tributo de las lágrimas y de los dolorosos gemidos que la ternura filial me inspira. Yo cumpliré con estos tristes deberes, ¡oh padre querido! Y tú que debes á tu hijo la corona real, permíte que de tu trono y de tu frente descienda inmediatamente sobre mi cabeza. *(El príncipe toma la corona y la coloca sobre su cabeza.)* Ya está colocada. El cielo me la conservará, y aun cuando la fuerza toda del universo se concentrara en el brazo de un gigante, este gigante no me arrancaria esta corona hereditaria. La recibo de tí, padre mio, y la transmitiré á mis hijos como tú me la trasmites á mí!”

El rey, que no habia tenido mas que un letargo, vuelve en sí y lo primero que hace es buscar instintivamente con sus manos descarnadas y trémulas, la corona que habia dejado debajo de su almohada. “Mi corona, mi corona, Warwick, Gloucester, Clarence, ¿dónde está mi corona? ¿Quién se la ha lleva-

do? Ah! el príncipe Henrique la habrá tomado sin duda; corred à buscarlo. ¿Está tan impaciente que ha creído que estaba yo muerto cuando solamente dormía? Buscadle, Lord Warwick, y obligadlo que venga aquí. Esta conducta agrava mi mal y apresura mi fin. Hijos, he aquí lo que sois y con qué prontitud en cuanto brilla el oro ante vuestra vista, os convertís en desnaturalizados y rebeldes. ¿Para esto los padres insensatos interrumpen su sueño, fatigan sus miembros, trabajan y se llenan de cuidados y de inquietudes? ¿Para esto se afanan en acumular los talegos del oro corruptor, adquiridos quizá á costa de grandes sacrificios? Hé aquí la recompensa de todos los cuidados que tienen los padres para educar á sus hijos, instruirlos en las artes y en los ejercicios marciales. Los padres tienen la suerte de la abeja que saca de cada flor su jugo bienhechor y cargada de cera y de miel lo lleva todo al panal, y obtiene la muerte como recompensa. Este amargo sentimiento acaba de aniquilar á un padre moribundo."

El príncipe Henrique, llamado por Warwick, entra á la alcoba del rey, el cual manda que todos salgan y lo dejen solo con su hijo.

—“No creía yo, padre mio, dice el príncipe, poderos oír todavía una vez.

—“Tu deseo secreto, le responde el rey, te ha inspirado esa idea. Vivo demasiado tiempo, es

verdad, y tu estás cansado de verme. ¿Desea tanto mi trono y tienes tanta impaciencia de verlo acante, que no has podido evitar el adornarte con mis insignias reales, antes que tu hora legítima haya llegado?

—“¡Oh juventud loca! tú aspiras á la corona y su peso te doblegará! Aguarda todavía un momento, hijo mio. La nube dorada de mi grandeza sostenida solamente por un viento débil, no dilatará en evaporarse y desaparecer para siempre. Pronto acabará para mí el dia.

—“Tú me has robado vergonzosamente una corona que con algunas horas de paciencia era tuya sin culpa y sin crimen; pero al instante mismo de mi muerte pones el sello á mil tristes sospechas. Tu vida me ha probado que no me amabas y has querido que yo muriese convencido de ello. Tú ocultas en tu corazon de roca mil secretos pensamientos que como otros tantos puñales me asesinan en la última hora de mi vida. ¿Qué no has podido contenerme y dejarme vivir tranquilo siquiera una hora mas? Pues bien, ve, corre á cavar mi tumba tú mismo, y ordena que las campanas repiquen alegremente y anuncien que tú te has coronado y que yo he muerto. Que las lágrimas que debian regar mi ataúd sirvan para ungrir tu cabeza coronada. Apresúrate á sepultar entre el polvo oscuro y pronto olvidado, y á entregar á los gusanos el cuerpo de quien te ha dado la vida.

“Despoja de sus empleos á mis servidores y á mis oficiales, borra mis decretos porque ha llegado el tiempo en que se pueda insultar á las leyes y burlarse de todas las reglas de la moral. ¡Henrique V está coronado! Locura despierta, grandeza real desaparece, huid severos magistrados y sabios consejeros, y vosotros todos los que seáis hombres frívolos y ministros de la ociosidad, de la indolencia y de la prostitucion, venid de todos los países del mundo á reunirnos á la corte de Inglaterra. Naciones vecinas tenéis disolutos que juran, que beben, que bailan y que charlan todas las noches, y ladrones que roban y asesinan? ... Felicitaos que ya no turbarán vuestra tranquilidad.

“La Inglaterra los llama y paga abundantemente sus crímenes con oro. La Inglateera les dará empleos, honores y autoridad, porque Henrique V romperá el freno que contenia al escándalo, y este monstruo feroz podrá impunemente enterrar sus dientes y sus garras en la virtud y en la inocencia.”

“¡Oh mi pobre reino todavía sangrando de tus llagas domésticas! Si toda mi autoridad y mis cuidados no han podido preservarte de los excesos de la prostitucion y del vicio, ¿qué será cuando el vicio en persona va á ser tu amo y tu señor? ¡Oh! te convertirás en un vasto desierto poblado únicamente de lobos hambrientos y voraces.”

El príncipe Henrique no habia podido interrumpir al rey moribundo, á quien la cólera y el senti-

miento le daban energía aun en los últimos instantes de su vida; pero apenas guardó un momento de silencio cuando el jóven sollozando se prosternó ante el lecho de su padre.

“Perdonadme, mi soberano y mi señor. Si las lágrimas no me hubiesen quitado la facultad de hablar, habria evitado este amargo reproche de vuestra ternura, ántes que el pesar hubiese envenenado vuestras palabras y que yo hubiese oido este discurso desgarrador. Hé aquí vuestra corona, y que el Señor que ciñe en los cielos la corona eterna, la conserve todavía largo tiempo sobre vuestra cabeza. Si yo amo la corona, es porque ella representa vuestro honor y vuestra gloria. El cielo es testigo que cuando he entrado en vuestra alcoba ningun soplo animaba á V. M. Mi corazón en aquel momento ha sido asaltado de un frio mortal, y muera yo si miento, en medio de la vergüenza de mis extravíos, sin tener tiempo para demostrar al mundo incrédulo el noble cambio que se ha efectuado ya en mi alma.

“Venia para veros, padre mio, y creyendo que estábais muerto, casi muerto yo mismo á causa del sentimiento de haberos perdido, dirigia la palabra á esta corona, como si ella hubiese podido oirme y la hacia estos reproches. Las inquietudes que van juntas contigo han acabado la vida de mi padre; tú eres el oro mas puro y mas brillante; pero tambien el mas peligroso.

“Haciéndole estas recriminaciones es como yo coloqué la corona sobre mi cabeza, como para afrontar el poder de un enemigo que delante de mis ojos habia dado la muerte á mi padre.

“Mas si su posesion ha manchado mi alma con un solo sentimiento de alegría, ó mis pensamientos con el orgullo; si la idea del poder, de la rebelion ó de la vanidad han lisonjeado mi corazon con algun placer, que se aleje para siempre de mi cabeza y que yo quede sumergido en el abatimiento del mas oscuro vasallo, que á su sola vista tiembla de terror y dobla la rodilla.”

El rey tranquilo enteramente con la respuesta de su hijo, porque el corazon de un padre necesita muy poco para perdonar y dejarse convencer, le responde:

—Hijo mio, quizá el cielo te ha inspirado la idea de llevarte mi corona, proporcionándote con esta imprudencia una ocasion de que recobres mas y mas mi afecto. Acércate, Henrique; siéntate junto á mí y escucha el consejo que te dá mi voz moribunda. El cielo sabe, hijo mio, por qué tortuosos y obliuos senderos he obtenido la corona, y yo sé cuánto ha turbado y oprimido mi cabeza mientras que ha reposado en ella. Sobre la tuya se colocará pacífica y honrosamente y estará mas firme, porque los reproches que á mí me ha costado el adquirirla van á sepultarse conmigo en la

tierra. Para mí no ha sido mas que un honor arrebatado violentamente, y estaba rodeado de todos los que me echaban en cara que no la habia obtenido sino por su apoyo y cooperacion. De aquí nacia continuas disputas y la necesidad de derramar sangre. He disipado la tormenta y he sostenido como tú lo ves, esta lucha atrevida y terrible; pero todo mi reinado no ha sido, por decirlo así, mas que una escena donde esta gran cuestion se ha debatido constantemente. Mi muerte cambia enteramente el estado de las cosas, y esta corona, de que yo me apoderé por la conquista y por la fuerza, caerá sobre tu cabeza por un derecho mas dulce y legítimo, porque tú recibes la diadema en virtud de un título hereditario.....

—Mi amado soberano, responde el príncipe, puesto que vos la habéis ganado, la habéis llevado sobre vuestra cabeza, la habéis sostenido y me la dais, su posesion debe ser legítima y tranquila, y prometo llevarla y defenderla contra todo el universo.....

Así pinta Shakspeare la escena en que Henrique IV abandonaba la vida, mientras su hijo el caballero y tormentista príncipe de Gales, tomaba la corona para sentarse en el trono de Inglaterra con el título de Henrique V.

La historia y las antiguas crónicas contienen al-

gunos rasgos que completan el cuadro, bastante bien trazado ya por el talento del poeta.

Luego que los cañones de la Torre de Londres anunciaron que el rey había muerto, el príncipe Henrique se retiró á la abadía de Westmister, y tuvo una larga conferencia con un santo eclesiástico. Quedóse toda la noche entregado á las oraciones y á la meditacion, y al dia siguiente se trasladó á palacio á tomar posesion del trono, del cetro y de la corona, que le habia dejado su padre como legítima herencia.

¿Qué es lo que iba á ser ya el dueño de una corona, el jóven disoluto que habia pasado la mayor parte de su vida en las tabernas, que estaba acostumbrado á los licores, á la ociosidad y á los escándalos? Nadie lo sabe.

Unos presagiaban para Inglaterra una época de luto y de terror; y otros aseguraban que muy pronto perderia la corona un príncipe que no tenia ni juicio, ni talento, ni moralidad para gobernar; pero el pueblo, que generalmente hablando, se equivoca rara vez en sus faltas, tenia una confianza ciega en el grande y magnífico corazón del príncipe.

Tan luego como estuvo ya sentado en el trono, se acercaron á palacio todos los amigos y compañeros de las orgías nocturnas de la taberna de *East-Cheap*, y todos los cortesanos aduladores y viles

que esperaban dominar al lado de un trono, cuyo programa deberia ser el desórden y la prostitucion.

El príncipe abrió las puertas de su palacio, recibió á todo el mundo y comenzó á obrar.

Lo primero que hizo, fué llamar á su presencia al justicia mayor del reino, el cual se presentó inmediatamente con temor, sí, pero con la calma y firmeza de un hombre que tiene su conciencia limpia.

—¿Os acordais, le dijo el rey luego que lo vió, de las muchas ocasiones en que vulnerando el respeto debido á mi raugo y á mi nacimiento me habéis atacado, rodeado de vuestros corchetes y pretendido llevarme á las prisiones, como se lleva al último plebeyo y al mas endurecido criminal de todo mi reino?

—Perfectamente, señor; respondió con voz serena el justicia mayor. El rey vuestro padre me habia dado un mando y una autoridad, y yo, no solo debia cumplir con mis deberes, sino procurar que la gloria y el nombre de mi soberano, no fuesen empañados por la conducta del príncipe de Gales.

—¿Y qué pensais hacer ahora? le interrumpió el rey, fijando los ojos en el magistrado.

—Si os dignais, señor, conservarme en este puesto de confianza y de honor, cumpliré simplemente con mi deber como lo he hecho hasta ahora, y qui-

zá seré con vuestro hijo mas severo que lo que he sido con vos.

—Bien, perfectamente bien; dijo el rey, acercaos, dadme un abrazo y recibid de mí nuevamente los mismos honores y la misma autoridad que os venia de mi padre.

El justicia mayor, sorprendido, pues aguardaba cuando ménos una fuerte reprimenda de parte del soberano, retrocedió un paso:

—¿Os causa sorpresa mi determinacion, no es verdad? Teneis razon, y puesto que necesitais una prueba mas, esperadme un poco.

El rey volvió la vista hacia donde se hallaban sus antiguos amigos de la taberna, que estaban á punto de soltar una gran carcajada de risa, creyendo que Henrique se burlaba del anciano juez.

—¿Quién sois vosotros, y qué quereis?

—Henrique, nuestro querido príncipe....

El rey sin dejarlos hablar mas, los miró fijamente con una espresion de enojo, que contuvo la palabra en sus labios.

—Os repito que no os conozco. Recuerdo solamente que fuisteis los disolutos y depravados compañeros del príncipe de Gales. El príncipe de Gales ha desaparecido, ha acabado ya, y quien está sentado en este trono es Henrique V de Inglaterra. Henrique V no os conoce, ni puede hacer otra cosa por todos vosotros, que recomendaros á

la vigilancia del justicia mayor del reino. Salid de aquí.

Todos aquellos malvados, que esperaban la fortuna, la riqueza y el poder, salieron confundidos y el rey volviéndose al justicia mayor le dijo con tono afable:

—¿Estais convencido ahora de que Henrique V confirma y aprueba todo lo que hizo su padre?

—Gracias, mil gracias, señor, dijo el juez, doblando la rodilla y besando la mano del rey. No puedo prometeros mas, sino que os serviré con la misma fidelidad que serví á vuestro padre.

Algunos dias despues los cortesanos vinieron á decirle que el hijo del valiente Hotspur, mal aconsejado trataba de sublevarse proclamando como legítimo soberano al conde de March.

El conde de March, que en efecto era el competidor por los derechos que tenia al trono por la rama de York, habia estado mucho tiempo prisionero por orden del difunto rey. Los cortesanos añadian que era necesario tomar medidas muy severas que acabaran por esterminar definitivamente á todos los enemigos de la casa de Lancaster.

Henrique reunió á sus hermanos y á los principales nobles de su reino, y así que estuvieron en consejo, les dirigió la palabra.

—“Apénas he subido al trono, les dijo, cuando la rebelion y la guerra amenazan á mi reino; fuerza será que hagamos justicia sin escuchar las pasiones,

porque mi voluntad las domina y las tiene encadenadas al pié del trono.

Hermanos míos, si habeis perdido un padre, yo lo reemplazaré; y vosotros, milords, si habeis perdido un soberano que os amaba, yo me esforzaré en ganaros vuestra amistad.

Si el hijo de Hotspur se quiere rebelar, desde ahora mando que se le restituyan todos los bienes que se le confiscaron á su padre, que fué el adversario mas noble y mas valiente que tuvo el príncipe de Gales.

Si el conde de March tiene derechos al trono de Inglaterra, que lo recobre por sus servicios y por su valor; pero jamas quiero que se diga que manteniéndolo en una oscura prision, lo privo de elevarse al alto rango para que se cree destinado.

Mando, pues, que sea puesto en libertad y restituido en su rango y sus honores.

Disponeos tambien para acompañarme á los funerales que he dispuesto se hagan en la abadía de Westminster al difunto y desgraciado rey Ricardo II.

Despues de todo esto aguardo tranquilo la traicion y la revuelta."

Los cortesanos, los nobles, los hermanos mismos de Henrique que temian de su carácter desordenado é impetuoso, la persecucion, quedaron sorprendidos de actostan grandes y notables de magnanimidad y de talento, y á pocos dias la fama del

soberano voló por toda la isla y su prestigio y popularidad creció con el esplendor, con la violencia y con la igualdad con que se esparce la luz todos los dias por la superficie de la tierra.

En efecto, Henrique V era un personage enteramente diverso del duque de Gales y verdaderamente, como dice Shakspeare, habia como todos los hombres eminentes y distinguidos en la historia, encadenado sus pasiones al pié del trono.

Hemos visto á Henrique V calavera, valiente, generoso, decidido por la gloria; pero sin envidia de la corona de su padre; despues como si fuese otro personage distinto, lo hemos contemplado subiéndolo al trono hereditario lleno de juicio, de sabiduría y de prudencia; falta ahora considerar este personage tan amable, tan original, como soldado en los campos de batalla.

Luego que Henrique se consideró seguro y consolidado en su trono pensó en la guerra y en la gloria.

Dirigió su vista á Francia, á ese país eterno enemigo y competidor de los isleños. Los monarcas ingleses descendientes de Eduardo III y de su hijo el Príncipe Negro escludos por la ley sálica (*) de la corona de Francia habian siempre man-

[*] Como son curiosas las observaciones de Shakspeare acerca de la ley sálica, consigno en este lugar lo que dice el poeta en el drama de Henrique V por boca

tenido vivas sus pretensiones al dominio hereditario de ese reino y no habían perdido oportunidad de formar alianzas con los duques y condes descontentos para lograr sus pretensiones.

Henrique V se decidió á formar una expedición, reuniendo para ello á toda su nobleza, empeñando del arzobispo de Canterbury.

Dignaos escucharme, gracioso soberano, y vosotros tambien, nobles Pares, que debéis vuestra vida, vuestra fe y vuestros servicios á este trono imperial. No hay otro obstáculo á los derechos de V. M. á la corona de Francia que el siguiente principio, cuyo origen, segun dicen, viene de Faramondo. *In terram salicam mulieres ne succedant*; ninguna muger sucederá en tierra sálica. Y los franceses por un mesaje comentario pretenden que esta tierra *salica* es la Francia y suponen que Faramondo fué el autor de esta ley que excluye á las mugeres. Sin embargo, sus propios historiadores afirman de buena fe que la tierra sálica está en la Germania entre los rios *Sala* y *Elba*, donde Carlos el Grande despues de haber subyugado á los sajones estableció una colonia de franceses, los cuales por desprecio á las mugeres germanas, cuya vida y costumbres estaban manchadas por vicios vergonzosos, establecieron la ley de que ninguna muger seria heredera en tierra sálica, y esta tierra sálica, como se ha dicho, está situada entre el *Elba* y el *Sala* y se llama en Alemania *Meisen*.

Es claro, pues, que la ley sálica no fué establecida para el reino de Francia y que los franceses no estuvieron en posesion de la verdadera tierra sálica sino cuatrocientos veintin años despues del fallecimiento de Faramondo. Faramondo murió el año de nuestra redencion de 426, y

y aun vendiendo las alhajas de la corona. En pocos dias se alistó una escuadra en Southampton equipada de cuanto era necesario, y con cerca de treinta mil hombres se embarcó para las costas de Francia y somitió á los sajones.

En los momentos de partir se descubrió una

En la Iglesia nombrada la Casa de Dios en Soissons, Carlos el Grande subyugó á los sajones y estableció la colonia francesa el año de 805. Ademas, los autores franceses dicen que el rey Pepino, que destruyó á Childerico, fundó sus pretensiones y sus títulos á la corona de Francia en la herencia legitima que venia de Bilde, hija del rey Clotario. Hugo Capeto, que tambien usurpó la corona á Carlos, duque de Lorena, único heredero varon de la verdadera línea de Carlos el Grande; para revestir su título con alguna apariencia de verdad supuso ser heredero de Lingara, hija de Carlo Magno. Así el rey Luis X que era el único heredero del usurpador Capeto, no pudo mientras tuvo la corona de Francia, estar en paz con su conciencia hasta que se le probó que su abuela, la hermosa reina Isabel, descendia en línea directa de Eramengara, hija del ya mencionado Carlos duque de Lorena; por cuyo matrimonio la línea de Carlos el Grande habia sido reunida á la corona de Francia, de manera que es claro como la luz del medio dia, que el título del rey Pepino, la pretension de Hugo Capeto, y la aclaracion que tranquilizó la conciencia de Luis X, tuvieron todos de las mugeres su derecho y su título, á pesar de que hagan valer hoy esta ley sálica para oponerse á las justas pretensiones de V. M. y usurpar vuestros títulos y los de vuestros antecesores.

conspiracion formada con el objeto de asesinarlo y de colocar en el trono al conde de March.

Los agentes principales de esta trama eran el conde de Cambridge, Lord Scrope y Sir Tomas Grey, algunos de ellos amigos íntimos y confidentes de los secretos del rey. (*)

(*) En la Iglesia nombrada la *Casa de Dios* en Southampton, fueron enterrados los cadáveres de los conspiradores. Lord Defawar mandó erigir un monumento que tiene la siguiente inscripcion:

RICARDO, CONDE DE CAMBRIDGE

LORD SCROP DE MASHAM

SIR TOMAS GRAY DE NORTHUMBERLAND

CONSPIRARON

PARA ASESINAR AL REY HENRIQUE V, EN ESTA CIUDAD,

CUANDO SE ESTABA PREPARANDO PARA DARSE A LA VELA

CON SU EJERCITO

CONTRA CARLOS VI, REY DE FRANCIA.

POR CUYA CONSPIRACION FUERON DECAPITADOS

Y ENTERRADOS EN ESTE LUGAR

EN EL AÑO DE MCCCCXV.

Como habia pruebas y documentos suficientes el rey puso a los conjurados a disposicion de un tribunal militar, el cual obró con tanta actividad, que mientras el rey se embarcaba, los delincuentes sufrían el castigo del último suplicio.

Henrique V, despues de una navegacion corta y feliz, entró en la embocadura del Sena. Entónces no existía el Havre de Gracia, ese puerto que con mucha razon dice Julio Janin, que es uno de los mas hermosos del mundo; pero existía ya a poca distancia de la costa Harfleur, que era una plaza fortificada, quizá de tanta importancia como Calais. La guarnicion era poco numerosa, pero compuesta en su totalidad de soldados y caballeros valientes, decididos y llenos de entusiasmo por su rey y por su patria.

Henrique V, despues de haber intentado diversos ataques y asaltos, sin obtener fruto alguno, se decidió a formar sitio por tierra y bloqueo por agua, y de esta manera hizo rendir la guarnicion al cabo de cinco ó seis semanas.

Habiendo perdido el rey en esta primera operacion militar entre heridos, enfermos y muertos, mas de la mitad de su fuerza, lo mas fácil y sencillo hubiera sido aguardar allí nuevos refuerzos ó reembarcarse para Inglaterra; pero ni su valor ni su orgullo le hicieron inclinarse ni un solo instante a esta determinacion, y resolvió, por el contrario, marchar con diez ó doce mil hombres que le que-

daban á Calais, atravesando provincias enemigas y llenas de poblacion y de recursos.

Quando llegó á Francia la noticia de que Henrique IV habia muerto y su hijo el príncipe de Gales habia subido al tropo; todos los grandes personajes de la corte hablaron con el mayor desprecio del nuevo soberano, figurándose que los pocos dias que conservara el trono, debería ser el juguete de sus súbditos y la burla de todos los reyes, duques y condes del continente.

La noticia de los preparativos guerreros de Henrique, fué referida en Paris como un cuento que nunca se habia de realizar; pero la toma y rendicion de Harfleur, cayó como un rayo en medio de aquella corte, que ya tenia en su seno los gérmenes del desórden y de la corrupcion.

En ese momento se comenzó á conocer que Henrique V era un pesonage muy distinto del aturdido príncipe de Gales.

Con la prontitud y aturdimiento que en tales casos inspira un peligro prócsimo, se reunieron todas las fuerzas y todos los recursos del reino para oponerlos al monarca inglés, el cual, apesar de tener sus tropas desnudas, muertas de hambre y completamente desalentadas, continuaba imperturbable su marcha con direccion á Calais.

Cerca de San Pol, el condestable de Francia, que con una fuerza considerable iba á la vista de

Henrique, le envió tres heraldos, que fueron inmediatamente conducidos á su presencia.

—En nombre de nuestro soberano, dijeron los heraldos, os conjuramos á que desocupeis el suelo de Francia, seguro de que vuestras pretensiones si fueren justas, serán atendidas y obsequiadas por medio de un tratado.

—Bien sabe Dios, respondió el rey de Inglaterra, que yo no he venido á este país, si no es porque creo un deber de justicia recobrar el derecho de mis antecesores. Despues de haber hecho rendir la fortaleza de Harfleur, me propuse pasar á Calais. Decidle á vuestro rey, que voy en mi camino.

Los heraldos insistieron en disuadir á Henrique de su intento, y él despues de haber escuchado con paciencia su larga disertacion, les respondió con indiferencia:

—Que se haga la voluntad de Dios.

—V. M. nos permitirá por último, dijeron los heraldos, preguntarle por qué camino vá á Calais.

—Por el mas corto, respondió el rey, y si se oponen á ello mis enemigos, no será sino con mucho peligro de su vida.

—Los heraldos se retiraban ya.

—Esperad un poco, les dijo el rey, deteniéndolos. Escuchad bien lo que os voy á decir. Yo no iré á provocar á mis enemigos; pero decidles, que ni un dia, ni una hora, ni un minuto, abreviaré, ni detendré mi marcha para escusarme de ellos. He

hecho todo lo posible para evitar el que se derrame la sangre cristiana, y no puedo hacer en este momento otra cosa mas.

Lo que habia hecho Henrique, era lo que se usaba en esos tiempos de caballería para evitar la efusion de sangre y el sacrificio inútil de muchas vidas preciosas para las familias y para la patria; es decir, enviar un cartel de desafio al delfin de Francia, para decidir, por medio de un combate singular, la justicia de cada uno. El delfin no admitió el reto, y Henrique continuó su marcha.

Al despedir á los heraldos los llenó de atenciones y de cumplimientos, y les hizo un regalo de cien coronas de oro.

Los heraldos se retiraron admirados de tanto valor, de tanta sabiduría y de tanta serenidad como el rey desplegó en una situacion tan difícil y comprometida.

Henrique continuó lentamente su camino, hasta una llanura que estaba dominada por una colina. Cerca de este lugar se hallaba un viejo edificio feudal llamado el castillo de Azincourt.

El condestable de Francia, tan luego como supo la respuesta del rey de Inglaterra, que le fué relatada fiel y puntualmente por los heraldos, reunió todo su ejército y se propuso colocarse en una posicion tal que hiciese ó atacar ó retroceder á los enemigos.

El rey de Inglaterra que tenia que llevar ade-

lante su propósito y cumplir lo que habia ofrecido á los heraldos, se dispuso á la batalla. Ocupó la colina dominante y tendió en la llanura sus tropas, divididas en tres secciones. Todas sus fuerzas no llegaban á doce mil hombres.

Los franceses mandados por el condestable Carlos d'Albret, por los duques de Marle, de Alençon y de Falcombery, en número de cerca de cien mil combatientes, se colocaron en frente y á muy corta distancia del campamento enemigo.

El dia se pasó en los preparativos. En la noche el campo francés se iluminó completamente, como si ya hubiera coronado la victoria el valor de los guerreros; cada uno de los gefes y nobles plantó en el campo una tienda suntuosa con su estandarte, y en cada tienda de estas hubo un banquete y la noche se pasó en juegos, en alegría y regocijo.

El campamento de Henrique V presentaba el aspecto contrario; triste, silencioso y sombrío. Los soldados desnudos, estenuados por la hambre, las enfermedades y las fatigas, erraban como unos espectros al derredor de los pocos y medio apagados fogones.

Henrique solo tenia completa confianza en su valor y en su fortuna. Mandó ensillar uno de sus mejores caballos y empleó la noche en recorrer el campo, visitando las tiendas de los oficiales y animando con sus palabras tranquilas y su sem-

blante sereno, á los soldados, que tenian por cierto que aquel campo deberia ser su sepulcro.

Las músicas militares del campo inglés que dieron al viento sus armonías al momento de salir la luz y una misa solemne oída con gran devoción por todas las tropas, infundió fuerza y brio á aquel puñado de hombres perdidos en medio de un país extranjero y enemigo.

Henrique se retiró á su tienda, se entregó un momento al descanso, y despues salió montado en su mejor caballo de batalla y ataviado con una rica y brillante armadura y un casco con una corona en la cimera, en que estaban grabadas las armas de Francia é Inglaterra.

Un momento antes de la acción, recorrió las filas de su reducido ejército y observando que había algunos oficiales descontentos:

“Todos los oficiales y soldados, les dijo, que quieran separarse del ejército y retirarse á Inglaterra, pueden hacerlo, pues todavía es tiempo. En cuanto á mí, con el auxilio de Dios y los pocos hombres que me queden, estoy seguro de abatir el orgullo de mis enemigos.”

Ninguno de los soldados fué tan cobarde que aceptara la oferta del rey, y por el contrario, todos aseguraron que si no lograban vencer por el corto numero, al ménos morirían valientemente defendiendo los derechos de su soberano y el honor de su país.

Los dos ejércitos así preparados no se atrevían á comenzar la lucha.

Los franceses se sentaron tranquilamente junto á sus armas y banderas.

Henrique tuvo necesidad de comenzar el combate. Sin que los franceses pudieran notarlo destacó dos secciones. Una deberia atacar el flanco izquierdo del enemigo, y la otra incendiar algunas casas y esparcir la confusión y la alarma á la retaguardia.

Esto pasaba en el año de 1415, y se vé que Henrique V guiado solo por su génio, ponía en práctica una maniobra de la táctica moderna.

La acción comenzó. La caballería francesa, cubierta con las pesadas armaduras y sus largas lanzas, puso la espuela á los corceles y se desprendió impetuosa y amenazadora como una gran máquina animada y llena de puntas relucientes de acero.

Los archeros ingleses, impasibles, dejaron acercar la caballería y así que la consideraron á tiro, descargaron sobre ella una nube de flechas. Sintiendo los caballos heridos, se alborotan, se desorganizan, relinchan y corren precipitados, derribando á los ginetes y conduciendo á otros sobre las filas de la misma infantería francesa, que entró en el mas completo desorden. (*)

(*) Muchas ocasiones en los encuentros que ha tenido nuestra caballería de línea con las tribus del desierto

Entretanto las dos secciones que habia enviado Henrique comenzaron á obrar y los franceses se vieron rechazados por el frente y acometidos por el flanco y retaguardia.

Entónces, como sucedia frecuentemente en aquellos tiempos, el combate se hizo personal. Quince caballeros franceses, á cuya cabeza se puso el duque de Alenzon, se propusieron con espada en mano abrirse paso y penetrar hasta donde se hallaba el rey de Inglaterra, que se distinguia por el estandarte real y por la corona que hemos dicho, llevaba en la cimera de su casco.

Henrique, mirando á su hermano el duque de Clarence rodeado de enemigos que lo atacaban y acometian, se abre paso con su espada, derriba y mata á cuantos se le oponen; pero llega tarde. El duque de Clarence caía en ese momento sin vida, cubierto de heridas.

Henrique echa una mirada sobre el cadáver de su valiente hermano y vuelve las riendas de su caballo; pero se encuentra rodeado de caballeros franceses que se arrojan sobre él.

Alenzon que está á la cabeza de los franceses, se arroja al encuentro de Henrique con una de esas que igualan en vigor, en resolucion y en destreza para manejar el arco, á los antiguos archeros, ha sucedido lo mismo que refiere la historia en la célebre batalla de que estamos haciendo memoria.

pesadas mazas que se usaban entónces y le descarga un fuerte golpe que le divide la cimera de su casco y la corona de oro y piedras. Henrique aturcido cae; pero intrépido como Eduardo III y como el Príncipe Negro, sus antepasados, se levanta inmediatamente, recobra el vigor de su brazo y comienza á defenderse. En esto llega un auxilio de caballeros ingleses, y cuando el duque de Alenzon se da á conocer y se rinde, es ya tarde, pues cae sin vida en el campo á muy poca distancia del duque de Clarence.

Miéntras esto pasaba, las divisiones francesas creyéndose rodeadas por todas partes, se desorganizan, vacilan y pierden por fin pié, dando con esto lugar á que la caballería enemiga comenzase la persecucion.

En poco tiempo todos los que no lograron salvarse por una precipitada fuga, fueron muertos ó cayeron prisioneros. En el campo quedaron ocho mil muertos.

Henrique inmediatamente que se acabó la batalla dió solemnemente gracias al Señor por la increíble y completa victoria que habia permitido obtuviesen sus armas, y de los campos tristes y ensangrentados de Azincourt marchó á Calais, dirigiéndose pocos dias despues á Inglaterra, donde fué recibido con las muestras mas vivas de entusiasmo.

Henrique no se retiró del territorio frances sino para volver á él armado con la doble fuerza del

ejército y de la política, porque no solamente era un soldado valiente que sabia manejar con destreza un caballo y esgrimir con fuerza una espada, sino un calculador hábil, discreto y frio, que se proponia sacar ventajas para su país y para su gloria, de los errores y desgracias de la nacion vecina.

La nacion vecina, como se ha dicho, era la Francia.

La Francia entónces no tenia ni la estension de territorio, ni la fuerza, ni la importancia que hoy. Rodeada de pequeños soberanos, cada uno de ellos era un vecino incómodo que daba paso á tropas enemigas, que celebraba alianzas y pactos en perjuicio de la Francia con los soberanos extranjeros, y que muchas veces median sus fuerzas y su poder con el mismo rey de quien eran aliados, parientes ó tributarios.

El gobierno de la Francia en esa época se componia del rey y la reina.

Cárlos VI, que en su primera edad habia sido manso, bueno y pacífico en los dias que mas necesitaba de la fuerza y de la energía, perdió la razon y se le tenia confinado en una habitacion, sin darle no solo parte en los asuntos del gobierno; pero ni aun lo necesario para una miserable subsistencia. La corte de este pobre rey se reducía á Odetta, que era una muchacha del pueblo; pero buena, linda y compasiva como un ángel de los cielos.

Isabel de Baviera, que era la reina, no era loca como su marido Cárlos VI; pero era todavía una cosa peor: depravada.

Así el gobierno de uno de los países mas importantes de la Europa se componia de la locura y de la maldad. La locura sufría: la maldad hacia sufrir.

La Francia, ó mejor dicho Paris, centro hace muchos años de todas las revoluciones, de todos los desórdenes y de todas las ideas buenas y malas que han volado por toda la tierra con el ímpetu y violencia con que se desprenden los vientos del polo del Norte, se dividió en dos bandos; los partidarios de Cárlos, duque de Borgoña, que se llamaban borgoñones, y los partidarios de los condes de Armañac, que se llamaban armañaques.

Cada uno de estos partidos se engrosaba con toda la gente perdida y sin ocupacion que habitaba en Paris y en los puertos cercanos y con toda la multitud de rudos y desalmados aventureros cuya ocupacion era el pillage y la matanza; cada noche en ese Paris, centro hoy de la civilizacion y de los placeres, pero entonces oscuro porque no habia alumbrado, inseguro y triste porque no habia policia, y lleno en sus angostos y tenebrosos callejones de lodo y de suciedades, se encontraban dos ó tres bandas armadas, se reconocian como enemigos, las espadas salian al aire, las campanas de las iglesias cercanas tocaban á rebato, todas las puertas y ventanas

se cerraban inmediatamente y comenzaba una lucha sangrienta y reñida, que no terminaba acaso sino con la luz del medio día. Entonces recogían los cadáveres de los hombres asesinados, que no producían en los dos partidos sino el efecto de encender más y más el odio y preparar la venganza.

Entre tanto Isabel, llena de ardor y de hermosura, pasaba las noches en medio de los vinos, de la alegría y de la música; de manera que dentro del palacio estaban los placeres y la risa, y en la calle la venganza, el llanto y la muerte.

Así, poco más ó ménos, estaba la Francia cuando Enrique V desembarcó segunda vez en las costas de Normandía, pensando ya como hombre de experiencia y como político, que pues que la guerra no tiene más objeto que la paz, debía concluir por un tratado pacífico la obra que había comenzado por una batalla sangrienta.

De las hijas de Isabel, una que como hemos dicho, llamaban en Inglaterra la pequeña reina, se casó con el desgraciado Ricardo II; Micaela se casó con Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Juana con el duque de Bretaña; y María, que profesó de monja en el convento de Poissy.

Quedaba Catarina. Enrique V pidió á Catarina en matrimonio; pero escogió que le dieran cuatrocientas ó quinientas mil libras de dote y la regencia de Francia durante su vida.

Los franceses no consintieron. El orgullo de ese

pueblo que en medio de sus desventuras y desórdenes ha conservado la noble y gloriosa cualidad del valor, se sublevó contra las pretensiones del monarca inglés, que quería para su trono una reina y para la Inglaterra una nación entera, y comenzó á defenderse.

Henrique tuvo que comenzar de nuevo la campaña, y para esto contó con el auxilio de la casa de Borgoña. En pocos días las principales ciudades y fortalezas fueron tomadas por asalto ó por hambre, y los franceses, que tenían valor para asesinarse diariamente en París, no tenían aliento para combatir y arrojar de su patria á los enemigos extranjeros.

Lo único que podía salvar á la Francia, era la hermosura de Catarina. Era su rostro de una encarnación suave y pura; todos los lineamientos de su cara eran espresivos y perfectos. Su cabello, que dividido en dos bandas, daba vuelta por debajo de las orejas formando una onda, engastaba su fisonomía llena de gracia y de espresion. El traje de seda y de brocado, cuya hechura era muy semejante á la que hoy se usa, dejaba advertir en Catarina al mismo tiempo, una cintura delgada y las formas suaves y proporcionadas de las estatuas antiguas.

Con esta diosa del amor, pensó Isabel de Baviera desarmar la energía guerrera é indomable del rey de Inglaterra.

Se provocó una entrevista, se inició un tratado, y el ángel que llevaba la verde y frondosa oliva de la paz, no era otro más que Catarina, que brillante y espléndida como una estrella, le fué presentada á Henrique V.

Hemos dado una idea de la vida desordenada del rey cuando era príncipe de Gales; pero no hemos dicho nunca que esos desórdenes fuesen obra de una pasión delicada y profunda; por el contrario, todas aquellas pobres flores que atrancaba el joven caían marchitas, secas y olvidadas, al día siguiente.

La primera vez que en medio del aparato de la guerra y circundado de la aureola gloriosa que ya lo rodeaba, latió bien y fielmente el corazón de Henrique, fué cuando vió á Catarina.

Habiendo ocupado la mitad de su vida en las tabernas y en la guerra, jamás había fijado su atención en esas mugeres cuyo pecho se levanta y late más fuertemente con la primera palabra de amor, cuya sangre pura y limpia sube á sus mejillas y las enciende con la tinta purpúrea de la rosa, y cuyas acciones y movimientos delicados son dirigidos por la santa y tímida inspiración de la virginidad.

Henrique amó decidida y apasionadamente á Catarina, la sentó á su lado, la dijo mil tiernas palabras y se adelantó á tomar una de sus manos blancas y á llevarla á sus labios, imprimiéndole un beso, que hizo estremecer á la prometida esposa.

Catarina salió de la espléndida tienda de campaña, y Henrique se quedó meditando á solas en la conducta futura que debería seguir.

De un lado veía á Catarina hermosa, poética, como las visiones que se aparecían á los bardos antiguos, en los viejos y solitarios bosques de la Caledonia; y de otro, á una muger de edad, vestida sencillamente, con un rostro pálido, con unos grandes ojos sin movimiento y sin brillo, con una fisonomía fría é indiferente como las estatuas de mármol que se colocan en las tumbas de los reyes.

Eran el amor y la política, personajes enteramente enemigos en el palacio, en la tribuna y en el campo de batalla.

Cuando el amor ríe, la política frunce el ceño. Cuando el amor hace dormir á los reyes debajo de los cortinages espléndidos de brocado, la política se encarga de despertarlos con la mano seca y fría con que ha conducido á las batallas á Federico el Grande de Prusia, y á Carlos XII de Suecia.

Hay sin embargo, organizaciones privilegiadas, que tienen el poder de reconciliar por un momento á estas dos enemigas. Francisco I, Catarina II y Luis XIV, pueden servir de ejemplo.

En la situación en que se encontró el rey de Inglaterra, la política triunfó, el amor vino después; es decir, por el célebre tratado de Troyes se estipuló una paz perpetua entre la Francia y la Inglaterra, á condicion de que Henrique sería regente

de Francia, durante la vida de Carlos VI, y así que muriese, obtendría la corona en toda propiedad. En compensación el monarca británico aceptaba la mano de Catarina, y se comprometía á mantener en el goce pleno y entero de su libertad á los Parlamentos, á los Pares, á la nobleza y á los ayuntamientos de las ciudades.

Después de esto, se celebró el matrimonio con la mayor pompa y solemnidad, y Henrique, en unión de su esposa y á la cabeza de veinte mil hombres, marchó á continuar la campaña y las hostilidades contra las poblaciones que permanecían obstinadas y rebeldes.

Concluidas estas operaciones en muy pocos meses, Henrique y Catarina marcharon á Inglaterra, donde fueron recibidos con un entusiasmo que rayaba en delirio y frenesí.

El pueblo inglés respetaba y quería á Henrique; pero idolatraba sobre todo á la reina, á quien generalmente llamaban en la Gran Bretaña, *Catarina la Bella*.

el muestro espectáculo de la pompa y de los placs
res de la vida.
La primera vez que Henrique volvió á Londres
lo hizo montado en un orgulloso caballo y con
to con la humildad que le había servido en la bata
lla de Axhott.

XXII.

La segunda vez se como representante de
Francia, al lado de Catarina la Bella, y robando de
lo más bellos y elegantes que entonces tenía la
noblesse británica.

La tercera vez el espectáculo era distinto. Qui
mismo que en sus anteriores, con
armas á la mano y mandando á sus
de la

LOS TRES HENRIQUES.

(CONCLUSION.)

El tiempo y la muerte son los dos enemigos ir-reconciliables de las glorias y de las grandezas humanas.

Todas las esperanzas del rey afortunado y conquistador, se desvanecieron repentinamente, y todos sus proyectos de engrandecimiento se hundieron como él en la eternidad y en el polvo del olvido. Siempre sucede así en la tierra. El momento en que los reyes piensan en las ilusiones doradas de la grandeza, del poder y de las riquezas, es tal vez el mismo en que el dedo frío y emponzoñado de la muerte convierte en luto y en lágrimas todo

el mágico espectáculo de la pompa y de los placeres de la vida.

La primera vez que Henrique volvió á Londres, lo hizo montado en un arrogante caballo y cubierto con la armadura que le habia servido en la batalla de Azincourt.

La segunda volvió á su país como regente de Francia, al lado de *Catarina la Bella*, y rodeado de lo mas hermoso y elegante que entónces tenia la nobleza británica.

La tercera vez, el espectáculo era distinto. Quinientos caballeros montados en corceles negros, con armas á la funerala y armaduras y plumages de luto, precedian al rey.

A poca distancia de los caballeros, caminaba á paso lento un carro fúnebre. Dentro del carro-estaba tendido un personage con los ojos cerrados, con los lábios entreabiertos y con las sombras de la muerte pintadas en su frente y en sus mejillas. En su mano derecha tenia mal empuñado y sostenido un cetro real; en la izquierda, un globo con una cruz; en la cabeza, una corona de oro con las armas de Francia y de Inglaterra.

Era Henrique V, que á su vez dormia como su padre, ese sueño eterno que habia arrancado el círculo de oro de la frente de los reyes de Inglaterra. (*)

(*) Henrique V padeció mucho tiempo de una fistula. Cuando la enfermedad se desarrolló con mas fuerza, los

Detras del carro fúnebre venia *Catarina la Bella*, pálida, triste y rodeada de damas vestidas de luto y que derramaban lágrimas, arrancadas quizá por un amor respetuoso, secreto é imposible.

Cuando esta solemne procesion llegaba á las ciudades en vez de los gritos de júbilo y de alegría de un pueblo entusiasmado, se escuchaban los acentos fúnebres y religiosos de los obispos, de los abates y de los monges, que precedidos de la cruz, salian de sus abadías góticas á encontrar el cadáver de su señor temporal. Así llegó el rey desde Vincennes hasta Londres, donde se celebraron primeramente unas magnificas esequias en la catedral de San Pablo, repitiéndose despues en Westminster, donde finalmente encontró el monarca que no cabia en dos reinos, un estrecho sepulcro á poca distancia de Eduardo el Confesor.

La hermosura y el amor nada pudieron para salvar á la Francia. La muerte, hiriendo en la flor de su edad y en medio de su carrera, al soberano inglés, hizo algo en favor de un pueblo desgraciado.

Catarina, la reina de dos reinos y la soberana de la hermosura, se confundió en la oscuridad y en el olvido. Los médicos no le encontraron remedio y declararon al monarca que su fin estaba próximo. Henrique murió cristianamente en el castillo de Vincennes el 30 de Agosto de 1422, á los treinta y cuatro años de edad.

olvido durante muchos años, hasta que volvió á aparecer como la fundadora de la casa de Tudor, que produjo al tigre coronado de la Gran Bretaña y á la grande y memorable reina Isabel.

Henrique V y Catarina la Bella tuvieron un hijo que nació en Windsor y fué bautizado con el nombre de Henrique, y es el tercero de los soberanos que dió á Inglaterra la casa de Lancaster.

Cuando murió Henrique V, su hijo quedó de edad de nueve meses y entonces los duques de Bedford y de Gloucester quedaron á la cabeza del gobierno, el primero como Regente de Francia y el segundo como protector del reino de Inglaterra durante la minoridad del heredero.

Los duques de Bedford y de Gloucester, lo mismo que Henrique V, eran valientes en el campo de batalla, prudentes y sábios en el gobierno, y discretos y entendidos en las negociaciones políticas; así el uno prosiguió con actividad la guerra en Francia mientras el otro, aliado y amigo de los nobles mas poderosos é influentes, conservó en paz la Inglaterra.

A los dos meses de haber muerto Henrique en Vincennes, murió tambien Carlos VI y su hijo fué proclamado bajo el nombre de Carlos VII rey de Francia y coronado en Poitiers.

La escena habia cambiado mucho; pero el drama

sangriento continuaba siempre entre el duque de Bedford y el nuevo soberano de Francia.

Los ingleses, acostumbrados á pelear y á vencer, abundantes de recursos y de soldados, obtenian siempre la victoria en todas las campañas y en todos los asaltos. Los franceses, debilitados con una larga guerra civil, con un tesoro ecshausto y con una milicia valiente en lo general, pero insubordinada y afecta al pillage y al desórden, tenian siempre que retirarse ó mantenerse á la defensiva, sin esperanza ni aun remota, de vencer á los enemigos extranjeros ni de espulsarlos definitivamente del territorio. A todo esto es menester añadir la profunda enemistad que ecsistia entre Isabel de Baviera y su hijo, de manera que habia siempre, lo mismo que en vida de Henrique V, dos partidos, el uno verdaderamente nacional cuya tendencia y cuyo objeto no era mas que hacer una guerra sin tregua á los ingleses y restablecer la autoridad y gobierno de la dinastía francesa; y el otro, que propiamente se podia llamar extranjero, engendrado por los amores y las intrigas de Isabel de Baviera y compuesto de aventureros, de aliados estraños y de los partidarios de segundo órden de los grandes señores que aun sostenian las detestables maquinaciones de la reina.

Como á todas estas circunstancias se reunia la prudencia, la sabiduría y el valor del duque de Bedford, fué tan feliz los primeros años en sus campa-

ñas y en su gobierno, que logró que Henrique VI á la edad de once años fuese coronado en Paris solemnemente como rey de Francia.

Isabel de Baviera, marchita ya por los años, lleno su corazon de amargura y de fastidio, pero sin haberse estinguido en ella la ambicion ni la venganza, vió pasar desde las ventanas del hotel de San Pablo donde vivia, toda aquella espléndida y fastuosa procesion, en medio de la cual iba su nieto Henrique VI, todavía envuelto por su tierna edad con la blanca vestidura de la inocencia y del candor.

Cuando acabó de pasar por el hotel toda aquella vision fantástica de púrpura, de acero y de oro que tenia por objeto colocar la corona sobre las sienas débiles de un niño estrangero, la reina Isabel se retiró de la ventana y entró en su alcoba, bañada en lágrimas. Estas lágrimas, eran probablemente arrancadas por el remordimiento; pero ella decía que eran nacidas del placer que le causaba el ver á su nieto adornado con dos coronas.

La coronacion de Henrique VI fué el año de 1432, y tres años despues, es decir, en el año de 1435, murió Isabel de Baviera. Los ingleses tuvieron que conducir su cuerpo ocultamente y de noche á la abadía de San Dionisio, donde fué sepultada junto al cadáver de su esposo, á quien tanto atormentó durante su vida.

Hemos animado, por un momento, á una reina

hermosa como la Vénus de la antigüedad, y perversa como esas eternas y acabadas figuras de la Mesalina Romana, y á dos reyes; el uno jóven, valiente, guerrero y afortunado, digno de los cantos de los antiguos trovadores, y el otro sufrido, constantemente desgraciado, ultrajado por su muger, abandonado de sus amigos, despreciado de sus súbditos, y terminando sus dias privado de la luz divina de la razon.

Isabel de Baviera, Henrique V de Inglaterra, y Carlos VI de Francia. Los tres murieron.

Dejémosles reposar en paz en sus frias y oscuras sepulturas, é invoquemos un momento la memoria de dos mugeres: la una hermosa, valiente, constante y esforzada como una amazona; la otra bella, resignada, sublime como una santa de la cristiandad.

Una de estas mugeres se llama Margarita, la otra Juana.

Por la lectura de las líneas que han precedido, se puede formar una idea del estado de debilidad en que á la época en que nos referimos se hallaba la Francia. Un rey errante ó desconocido, la capital con un gobierno estraño, las provincias saqueadas y diezgadas por los amigos y los enemigos, el país todo lleno de una á otra parte de caballeros errantes que venian á caer repentinamente como aves de rapiña sobre las poblaciones indefensas. Todos los guerreros valientes, afamados, todos los

señores poderosos, los políticos y hombres de Estado, nada podían hacer. Si las cosas hubiesen continuado así por más tiempo, Carlos VII hubiera tenido que abandonar enteramente el suelo de la Francia y buscar asilo y refugio en otros países.

Para cambiar enteramente esta escena, no fué necesario más que dos instrumentos, quizá de los más débiles é insignificantes que entonces se pudiera imaginar.

Estos dos instrumentos eran una cortesana llena de belleza, de gracias y de juventud, y la otra una muchacha sencilla del campo, dotada de la simplicidad y candor común de las familias educadas en medio de las costumbres tranquilas de las aldeas.

Una de estas mugeres se llamaba Ines Sorel, y vivía en el castillo de Chinon. (*)

(*) Ines Sorel era hija del caballero Sorel de S. Gerardo. Nació en el año de 1410, en el pueblecito de Fromenteau en la Turena. Siendo joven, vino á Paris como dama de honor de Isabel, duquesa de Anjou. Allí la conoció el rey Carlos VII y se enamoró de ella, conservándole cariño y amistad durante toda su vida. Ines murió antes de cumplir cuarenta años de edad en Jumièges, según todas las probabilidades, envenenada por el Delfín, después Luis XI: fué muger que tuvo un amor tan decidido por su patria, que rayaba en entusiasmo; sumamente caritativa, de manera que no había pobre que ocurriese á ella que no fuese abundantemente socorrido. La mayor parte del dinero que pasó por sus manos, fué para ser empleado en hacer caridades y fundaciones religiosas. Tuvo de Carlos

La otra se llamaba Juana de Arco, y vivía en Doremy, pueblecillo pequeño de la Champaña.

Todo el mundo sabe cuán poderoso es el influjo de una muger sobre todas las acciones de un hombre apasionado. Carlos VII adoraba á Ines Sorel, la que afortunadamente para la Francia no era de aquellas mugeres de un espíritu vulgar. Amaba al rey; pero quizá amaba más su nombre y su gloria. Su corazón grande tenía sentimientos delicados para el hombre y sublimes para la patria; y si bien se resignaba á ser únicamente la favorita, no quería cargar con la vergüenza y el baldón que el pueblo le echaría encima, culpándola de que quitaba al rey su armadura de guerrero para adormecerlo en sus brazos amorosos, y mantenerlo en el ocio y en la inacción cuando la patria necesitaba de la fuerza, de la energía y de la autoridad del soberano.

Ines Sorel escaltó el amor propio del rey con las palabras dulces y suaves que las mugeres saben decir; le infundió una energía y un vigor que hasta entonces no había conocido, y con el imperio del amor lo lanzó en medio de los combates y de los campos de batalla.

— Carlos VII tres hijas, que fueron legitimadas, reconocidas y ricamente dotadas. Carlota se casó con Jacobo de Breze, quien á los pocos días por causa de un arrebató de zelos, la mató á cuchilladas. Juana, que casó con el conde de Sancerre, y Margarita con Oliverio de Coetivi.—(Annie Forbes Bush *Memoirs of the Queens of France.*)

Hé aquí un enemigo oculto que no conoció Henrique V al morir, y que tampoco esperaba el duque de Bedford. Los grandes hechos históricos proceden casi siempre de incidentes muy pequeños y despreciables. Hasta que no se analicen y se escriban todos ellos de una manera minuciosa, no se encontrará la verdadera filosofía de la historia.

Juana era una doncella del campo, simple como la naturaleza, ignorante de las grandes cosas, como lo son por lo general todos los que viven retirados de las cortes; religiosa y buena como las hijas de todas las familias que aprenden por hábito y por antigua tradición de familia la religion y el evangelio. Juana, además, si no era una de esas cortesanas delicadas, finas, voluptuosas, llenas de gracias realzadas por el artificio y la educación, podía pasar en su pueblecillo como una de las vigorosas y frescas hermosuras, parecidas á las flores salvages que repentinamente amanecen abiertas y espléndidas en medio de la soledad de los bosques.

Juana, según sus declaraciones, según las memorias orales transmitidas de generación en generación, según las crónicas de esos tiempos, y según también la historia escrita en nuestra época, tuvo visiones celestes, oyó voces sobrenaturales, que le ordenaban que tomase las armas, que corriese á la defensa y á la salvación de su patria.

Pero ella, pobre, muchacha, desvalida y oscura, ¿qué podía hacer para acercarse al rey y á los grandes, y cómo podría competir con tantos y tan afamados generales?

Las voces del cielo le ordenaban sin embargo que saliese de la oscuridad de su aldea y que se lanzase resuelta y atrevida en medio de la corte, y allí sacudiendo la pereza del rey y de sus caballeros empuñase el blanco estandarte recamado con las flores de lis, y diese el ejemplo saliendo al encuentro del enemigo.

Juana fué presentada á ese señor de Baudricourt, mezquino y pequeño personaje cuyo nombre no ha llegado á nosotros sino porque casualmente era gobernador de la ciudad mas cercana á la aldea de Juana.

El Sr. de Baudricourt la presentó á la corte, que se hallaba en Chinon, y entonces la buena muchacha, que iba noble y desinteresadamente á sacrificar su vida, sufrió los interrogatorios, los inconvenientes, las contradicciones, las demoras mas estrañas, como si esa corte degradada y corrompida que huía ante los enemigos, hubiera podido darle algo en recompensa de las grandes y maravillosas hazañas que iba á efectuar.

Por fin Juana se revistió su armadura de acero, empuñó su pendon y su lanza, y desembarazada, esperta, segura de sus operaciones como el guerrero mas consumado, se dirigió á Orleans, introdujo

viveres en la plaza, y finalmente, hizo levantar el sitio á los ingleses, que tenian reunidas, asediando la plaza, sus mas aguerridas y experimentadas tropas, mandadas por el conde de Suffolk, por Sir Juan Talbot, y por Falstaff.

Juana fué herida en la espalda por una flecha, y allí en las murallas de Orleans comenzó su martirio.

Despues de una série de hazañas, todas atrevidas, meritorias y gloriosas, que dieron por resultado la completa derrota de los ingleses, y la muerte, la retirada ó la cautividad de sus principales caudillos, Juana intentó la empresa de conducir á Carlos VII á que se coronase en Reims, donde acostumbraban hacer los soberanos franceses desde tiempos muy antiguos, esa doble ceremonia política y religiosa.

Mientras el rey de Francia no se habia coronado en Reims, el pueblo no lo consideraba un rey completo.

Carlos habia tenido necesidad, como hemos dicho, de coronarse en Poitiers, porque el país desde Paris á Reims estaba ocupado por los enemigos. El monarca, reducido á su propia capacidad y á sus recursos, habria dilatado mucho tiempo, ántes de ser un rey completo; pero se presentó una pobre muchacha, una simple aldeana, y de la mano llevó al rey por en medio de la victoria y de los triunfos hasta ponerlo en el altar de la gótica cate-

dral de Reims, donde fué ungido con el óleo santo que una paloma trajo del cielo para consagrar al fundador de la monarquía francesa.

Juana acabó su mision, dejando á las ciudades rebeldes conquistadas, á los enemigos vencidos, á las pocas tropas inglesas que quedaban llenas de terror, y al rey coronado ya, rodeado de una nobleza que le era adicta y de un ejército orgulloso, moralizado y valiente con las nuevas y espléndidas victorias que habia alcanzado.

Juana, hemos dicho, que consideró concluida su mision, y sin ambicion, sin honores, sin orgullo, se retiraba á su aldea, al lado de sus padres, á morir en medio de la paz y de la oscuridad doméstica.

El rey, que consideraba á su trono sin apoyo, á su ejército sin general, y á todo el país sin protección ni abrigo, si Juana se retiraba, le instó para que se quedase y continuara sus servicios, hasta lograr la entera espulsion de los ingleses.

Juana se quedó triste, desanimada, silenciosa. Los ángles que la acompañaban se habian volado, las voces dulces y argentinas que desde los cielos llegaban hasta sus oídos permanecian en silencio; aquellas visiones blancas, vaporosas, que la visitaban en sus sueños, habian desaparecido para siempre.

Juana habia quedado enteramente sola y humilde, y simple pastora, volvía á su casa á enseñar las cicatrices de sus nobles heridas recibidas en la prodigiosa y nunca vista campaña que habia hecho.

El rey, como hemos dicho, no la dejó, y la muchacha tuvo necesidad de vestirse otra vez con su casco y su armadura, montar en el corcel y salir á la campaña.

Sus protectores habian desaparecido, y solo quedaban á su derredor la envidia, la traicion y la ingratitude.

Abandonada de todos los franceses á las inmediaciones de Compiègne, combatió á sus adversarios como cualquiera de los mas valientes caballeros de ese tiempo, los hizo huir dos ó tres veces; pero cercada al fin por todas partes, fué hecha prisionera y vendida despues por Juan de Luxembourg á los ingleses.

¿Qué hicieron los ingleses con Juana la valiente, con Juana la generosa, con Juana la bella? Declararla *hechicera, prostituida, irreligiosa y contumaz*, y condenarla en nombre de la justicia y de la religion, á ser quemada viva.

La sentencia fué llevada á efecto, y Juana quemada en una de las plazas de Rouan.

En los campos de batalla habia sido Juana una heroína; en el suplicio fué una santa.

En medio de los crujidos de las llamas que subian á devorar sus formas puras, castas y mórbidas su alma se elevaba á los cielos y espiraba ofreciendo sus tormentos á Dios, perdonando á sus verdugos, y llenando de besos el símbolo santo de la cruz.

El rey Carlos VII, Dunois, Xaintrilles, todos olvidaron completamente á Juana; quizá tambien un sentimiento de zelo hizo que Ines Sorel abandonara en los últimos dias de su desgracia á la noble y valiente compañera con quien habia trabajado para encender en el alma tibia del delfin, el amor de su patria y el sentimiento de la dignidad real.

Todos aquellos cobardes personajes, entregados á la ociosidad, al egoismo y al miedo en los dias en que Juana combatió por la patria y derramaba su sangre al pié de las murallas, salieron de su retiro el dia de su desgracia, á ultrajar, á acriminar y á encender la hoguera que debia consumir el cuerpo vírgen de la heroica muchacha.

¿Pero estos milagros, estas inspiraciones, estas figuras celestiales, estas voces y mandamientos de otro mundo que hicieron salir á Juana de su aldea y la condujeron hasta la gloria del martirio, y cuyas memorias referidas hasta por los historiadores enemigos é incrédulos han llegado á nosotros, tuvieron algo de real, de positivo y de cierto?

Este es un misterio que pasó entre Dios y Juana de Arco; pero lo que hay de positivo es, que si todos los seres racionales reciben al nacer una chispa sagrada de ese fuego con que Dios animó al primer hombre, algunos hay á quien la Providencia por sus altos designios infunde algo mas de su poder y de su fuerza para que hagan en la tierra cosas grandes y maravillosas, y sufriendo la ingra-

itud, la envidia y la maldad de los hombres, vuelvan purificados con el martirio al seno de la eternidad y de Dios.

Para los que creemos en esa mácsima sencilla y simple que anda en boca del pueblo, de que la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios esas figuras humanas como la de Juana de Arco, aparecen siempre al través de las edades y de los tiempos, y á pesar de la calumnia que intentó manchar la pureza de su vida, revestidas con el traje puro y reluciente de la inspiración celestial.

No sabemos si la crítica deberá caer sobre el gobierno ó sobre el pueblo; pero lo cierto es, que la Inglaterra es implacable y terrible en sus venganzas, y es más implacable y terrible mientras más grande y heróico es el enemigo.

Juana de Arco y Napoleon son los ejemplos más notables.

Cuando se registre la inmensa galería de cuadros magníficos y gloriosos de la historia inglesa, el observador filósofo notará dos de mayores dimensiones que los otros. El uno representará una plaza pequeña en la ciudad de Rouan, rodeada de edificios antiguos ennegrecidos por el tiempo. En un costado de esa plaza estará una casa de tres pisos, con ventanas y vidrieras muy antiguas, con dos torrecillas en la entrada, con almenas en las azoteas y con todas las apariencias de una habitación feudal. Delante de esa casa ó castillo llamado *Hotel de*

Bourg Theroude, se elevará una pira formada de trozos de leña seca que comienzan á crujir y á echar gruesas columnas de humo al impulso del fuego; sobre esa pira y atada en una gruesa viga está una doncella, con su cabello suelto y cubierta con una lijera vestidura blanca. Cuando la llama comienza á subir y prende sus vestidos, vuelve sus ojos, y no encontrando amparo en los soldados feroces y en la multitud imbecil que llena la plaza, levanta su rostro hácia el cielo y clama á la víctima de la crueldad humana, que imploran siempre todos los desgraciados y todos los que al abandonar la vida mueren en el seno de la religión.

En esta plaza, solitaria á las horas en que van apagándose los últimos rayos del sol y llenándose las estrellas de una luz blanca y apacible y reclinado junto á la muda estatua de la doncella de Orleans, es cuando he recordado esta melancólica historia y he dado gracias á la Providencia porque me ha hecho nacer en unos tiempos en que han acabado estos actos señalados de barbarie.

Se nos pasaba la descripción del otro cuadro. Representa una isla pequeña, solitaria y en medio de un gran mar. Las olas azotan con fuerza unos peñascos erizados unas veces, y al parecer trozados á pico otras. En la cima de una de esas rocas, se halla un hombre de baja estatura, de miembros gruesos y fuertes, pero de semblante pálido y casi amarillento. Levanta un momento su vista, la

tiende por la inmensidad del mar y después inclina la cabeza, cruza los brazos y queda en silencio, agobiado de un dolor profundo é incomprendible; debajo de estos dos cuadros están escritas con letras de acero las siguientes palabras que reasumen dos épocas enteras de la historia y que leerán las naciones mas distantes de Europa: *Venganza de la Inglaterra. Ingratitud de la Francia.*

¿Por qué la Francia, tan enérgica, tan valiente, tan llena de vida, no se levantó en masa para arrancar de la hoguera á su santa y heroica libertadora, y para sacar del destierro al que habia llevado en triunfo por las naciones mas fuertes y poderosas de la tierra, las águilas francesas? ¿Por qué la Inglaterra tan grande, tan célebre en el mundo, no quiso adquirir la dulce y eterna celebridad de la clemencia, tendiendo una mano generosa á sus enemigos?

Dios habia destinado á Juana para el sacrificio, y al emperador para la espiacion; y la heroína que salvó á su patria, recibió la recompensa en una hoguera; y el capitan que no cabia en el mundo, espiró en una pequeña roca.

Algunos sucesos de la historia, ó tienen esta espiacion, ó no pueden tener ninguna otra.

XXIII.

LA REINA MARGARITA.

Desde el momento en que apareció la gloriosa doncella de Orleans, los negocios cambiaron enteramente de aspecto. La fuerza moral y material crecia en Francia á medida que menguaba visiblemente en Inglaterra.

Henrique VI tenia un carácter enteramente opuesto al de su padre. El uno habia sido tormentista y pendenciero en su juventud, mientras el otro era tranquilo, reposado y metódico. El uno tenia en las venas de su sangre el ardor guerrero, mientras el otro amaba la paz y la quietud de todo corazón. El uno tenia por cualidad natural la accion y el movimiento: el otro el reposo y la indecision. El uno tenia por su carácter, por su vida y sus expediciones, sus estravíos y sus arrebatos;

tiende por la inmensidad del mar y despues inclina la cabeza, cruza los brazos y queda en silencio, agobiado de un dolor profundo é incomprendible; debajo de estos dos cuadros están escritas con letras de acero las siguientes palabras que reasumen dos épocas enteras de la historia y que leerán las naciones mas distantes de Europa: *Venganza de la Inglaterra. Ingratitud de la Francia.*

¿Por qué la Francia, tan enérgica, tan valiente, tan llena de vida, no se levantó en masa para arrancar de la hoguera á su santa y heroica libertadora, y para sacar del destierro al que habia llevado en triunfo por las naciones mas fuertes y poderosas de la tierra, las águilas francesas? ¿Por qué la Inglaterra tan grande, tan célebre en el mundo, no quiso adquirir la dulce y eterna celebridad de la clemencia, tendiendo una mano generosa á sus enemigos?

Dios habia destinado á Juana para el sacrificio, y al emperador para la espiacion; y la heroína que salvó á su patria, recibió la recompensa en una hoguera; y el capitan que no cabia en el mundo, espiró en una pequeña roca.

Algunos sucesos de la historia, ó tienen esta espiacion, ó no pueden tener ninguna otra.

XXIII.

LA REINA MARGARITA.

Desde el momento en que apareció la gloriosa doncella de Orleans, los negocios cambiaron enteramente de aspecto. La fuerza moral y material crecia en Francia á medida que menguaba visiblemente en Inglaterra.

Henrique VI tenia un carácter enteramente opuesto al de su padre. El uno habia sido tormentista y pendenciero en su juventud, mientras el otro era tranquilo, reposado y metódico. El uno tenia en las venas de su sangre el ardor guerrero, mientras el otro amaba la paz y la quietud de todo corazón. El uno tenia por cualidad natural la accion y el movimiento: el otro el reposo y la indecision. El uno tenia por su carácter, por su vida y sus expediciones, sus estravíos y sus arrebatos;

el otro el carácter mismo de su vida era inclinado á la castidad y á la virtud. Jamas hijo alguno salió con cualidades tan enteramente opuestas á las de su padre.

Los tres Henriques personificaban un vicio y dos virtudes.

Henrique IV era la ambicion.

Henrique V era la gloria.

Henrique VI la resignacion.

La ambicion usurpó. La gloria se ciñó la corona de la conquista. La resignacion vió tranquila, aunque triste, que le arrebatában los ducados, el reino y aun la vida.

Los mas nobles y esforzados capitanes ingleses habian muerto.

Sufolk, Bedford y Talbot no podian prestar ya á su país ni la fuerza de su brazo ni el poder de su talento. Implacable y uraña la guerra, los habia arrancado de la escena con su mano ensangrentada. Esto, y el carácter manso y pacífico del rey, desanimó á los ingleses y engendró dentro del palacio mismo el partido de la paz. Este partido de la paz á cuya cabeza se puso el cardenal de Winchester, produjo naturalmente la desunion de los magnates, y de la desunion nació la debilidad.

Se celebró una tregua con Francia, y mientras que espiraba esa negociacion, se negoció el matrimonio del rey de Inglaterra.

La eleccion recayó por fin en Margarita. Di-

rémolos dos palabras sobre la familia de Margarita. Su madre se llamaba Isabel, y era la heredera de la casa de Lorena. Su padre se llamaba René, y era duque de Anjou.

La reina Juana de Nápoles adoptó como hijo sucesor del reino á Alfonso V, rey de Aragon; pero los españoles que ocurrieron al nuevo dominio de su soberano le parecieron altaneros, déspotas y osados, y convencido de que habia cometido un error solemne, revocó la adopcion y nombró en su lugar, como sucesor, al padre de Margarita.

En 1438 murió la reina Juana, y los napolitanos que detestaban la dominacion española, proclamaron inmediatamente como soberano de Nápoles y de la Sicilia, al duque de Anjou, quien pudo tomar posesion de tan magnífica herencia.

Pero como sus enemigos eran españoles, y además aragoneses, no lo dejaron mucho tiempo en paz. Alfonso V equipó una poderosa escuadra y se presentó á reconquistar su herencia, sin tener para nada en cuenta la última voluntad de la reina Juana. Comenzó por bloquear á Gaeta y hacer formidables estragos en la ciudad; pero el duque de Milan, aliado entónces de los napolitanos, reunió todas sus velas, cayó repentinamente sobre la flota española, la destrozó, cogió prisioneros al rey Alfonso y á los principales gefes y capitanes españoles. René se consideró perfectamente segu-

ro en su trono. ¡Qué poco vale fiar en las cosas humanas!

El duque de Milan formó una alianza con Don Alfonso, le otorgó la libertad, y uniendo sus recursos, sus armas y sus fuerzas de mar y tierra, dieron los dos sobre René, el cual no pudo resistir y tuvo que salir precipitadamente de Nápoles.

Afortunadamente, léjos de ser René un soberano ambicioso, era lo que puede llamarse un filósofo completo.

Cuando los napolitanos lo aclamaron, subió tranquilo al trono, como si se hubiera tratado de un acto ordinario de la vida; así que llegó la vez de que la fuerza lo espulsara, con la misma tranquilidad y calma abandonó no solo sus pretensiones á la corona, sino también su ducado de Anjou, que lo cedió definitivamente á su hijo, contentándose con construir una hermosa casa de campo, y con entregarse á los apacibles entretenimientos de la poesía, y con titularse siempre rey de Nápoles y de la Sicilia, para tener siquiera esa superioridad moral sobre los adversarios que lo derrotaron. Tal era el padre de Margarita.

Henrique V antes de casarse vió y habló á su prometida esposa. Su hijo se enamoró perdidamente de un retrato de Margarita, con una pasión tal, que estaba dispuesto á hacer los mas grandes sacrificios para obtener la mano de su adorada princesa.

El inconveniente mas grave que se presentó, fué la pobreza de los dos novios.

Siendo su padre, como hemos dicho, un rey destronado, poeta y filósofo, no tenia la prometida esposa mas tesoro que sus gracias, sus virtudes y su hermosura. Así lo declararon los embajadores encargados de negociar el matrimonio.

En cuanto á Henrique, era, en esa época de sus amores, si se quiere mas pobre aún que Margarita. (*)

(*) Para quien observa hoy la inmensa riqueza de Inglaterra y los crecidos sueldos que se pagan á los empleados y funcionarios, se hace increíble lo que refieren las crónicas antiguas respecto á la paga ó salarios de los servidores que tenían los reyes, reinas y casas de los nobles, y los gastos que hacian en sus viajes. *Agnes Strickland*, en su preciosa obra de las "Vidas de las reinas de Inglaterra," y la cual nos ha servido mucho para escribir la memoria histórica de Margarita, nos da algunos pormenores sumamente curiosos relativos á algunos de los gastos ejecutados en el casamiento de Margarita. En su viaje de Francia á Inglaterra, acompañaron á Margarita la condesa de Shrewsbury, Lady Emma Seales, cinco barones y baronesas con el sueldo de diez reales diarios, diez y siete caballeros con cinco reales diarios, sesenta y cinco escuderos á tres reales, y ciento setenta y cuatro criados á un real y medio diarios. En la primera jornada de Margarita, que fué á Pontoise, la comida tanto de ella como de su comitiva, fué del bolsillo del rey de Inglaterra, y costó cosa de sesenta y cinco pesos. El segundo día los gastos importaron veinte y cinco pesos; el tercero, veinte

Para acudir à los gastos de su matrimonio, tuvo que empeñar el pedazo que le habia quedado de un collar que formaba parte de las alhajas de la corona; mas como no hay obstáculo, por grande que sea que no pueda vencer un amor verdadero, la boda se ajustó y fué celebrada en Francia con ocho dias de torneos, de bailes y de regocijos, á los que concurrió toda la nobleza y caballería francesa, sin faltar Ines Sorel, vestida con un magnífico traje de amazona y montada en un arrogante caballo, enjaezado con el mayor gusto. Cuando llegó á Lóndres la nueva reina, fué recibida por el ayuntamiento, Lord mayor de la ciudad y todas las corporaciones, y conducida en procesion hasta la abadía de Westminster, donde fué coronada con mas lujo y solemnidad de lo que podia permitir la escasez del tesoro de su marido.

Los primeros dias transcurrieron felices, breves y tranquilos para los dos esposos. El rey gozaba de la popularidad debida à su carácter pacífico y bondadoso; y Margarita por su parte con las gracias de su hermosura y con la afabilidad de sus maneras, se habia grangeado el respeto y el amor de la multitud; pero poco à poco comenzó à engendrarse la desconfianza entre los nobles, y la rivalidad

pesos, y así sucesivamente. Cualquier particular que viaja hoy por Europa, con su familia y sus criados, hace mayor gasto que el que hizo la novia de Henrique VI.

entre los diversos personajes que rodeaban á la reina. La casa de York, que habia estado perseguida durante tres reinados, pero que no abandonaba sus pretensiones á la corona, comenzó à influir en la opinion pública, á formar alianzas con los descontentos y á menoscabar el respeto debido al trono. A estas circunstancias se reunieron los desastres que sufrieron las armas inglesas en el reino de Francia. Carlos VII renovó las hostilidades en pocos dias, reconquistó la Normandía y algunas otras provincias; de manera, que en muy breve tiempo, los ingleses perdieron todo el fruto del valor, del talento, y la fortuna de Henrique V.

Todas estas desgracias se atribuían à la reina, que llegó à ser considerada como una estrangera perniciosamente introducida en el reino para favorecer la causa y los intereses del monarca francés.

Henrique VI en estas circunstancias, enfermo y privado algunas veces de la razon, puede decirse que desapareció enteramente de la escena, y Margarita tuvo que reasumir toda la responsabilidad del gobierno y de la política y hacer frente à la terrible y desecha tormenta que le preparaban los dos bandos que se disputaban el poder en la Gran-Bretaña.

El emblema de la hermosura y de la pureza, fué escogido como distintivo de cada uno de los partidos que durante muchos años llenaron de sangre el suelo de Inglaterra y se disputaron el poder.

Hallándose en una ocasión en los jardines del Temple el duque de Somerset y el conde de Warwick, rodeados cada uno de sus amigos y partidarios, Somerset cortó una rosa encarnada y la colocó en su pecho.

“Amigos míos, es fuerza que los que tenemos una misma opinión y defendamos una misma causa nos señalemos por un mismo emblema.”

El conde de Warwick cortó entonces una rosa blanca y la colocó también sobre su pecho, diciendo: “nada es más justo en efecto, que los que defienden una buena causa sepan quiénes son los amigos y quienes los enemigos.”

Entonces los dos poderosos señores invitaron á todos los que allí se hallaron á que se decidiesen.

Los caballeros comenzaron á cortar rosas blancas y rosas encarnadas, hasta que no quedó en el jardín una sola de estas flores, y se retiraron siguiendo á sus respectivos caudillos, con el propósito de no abandonar los poéticos emblemas que habían arrancado á la naturaleza, hasta no estermiarse enteramente.

Margarita en el curso del tiempo fué naturalmente la que se puso á la cabeza de todos los partidarios de la rosa encarnada, porque su marido era de la casa de Lancaster.

Edmundo, duque de York, descendiente de Leonel, duque de Clarence, hijo tercero de Eduardo, fué el jefe del partido de la rosa blanca.

Margarita y el duque de York se hallaron frente á frente. La una defendiendo á su marido y á su hijo, y el otro peleando la corona de que había estado privada su familia durante tres reinados.

La guerra civil de las dos rosas duró cosa de cuarenta y ocho años. En ese periodo se dieron doce batallas campales, en las cuales murieron ochenta príncipes de las dos casas rivales.

Creemos que en los anales de las demás naciones no se encuentra un ejemplo más notable de constancia en el ódio y en el rencor que el que presentan estas dos casas inglesas, luchando durante medio siglo, y ejecutando durante ese larguísimo tiempo, los actos más bárbaros de venganza.

Aunque es demasiado interesante esa época, no es nuestro ánimo entrar en todo ese campo sangriento y resucitar en la memoria de los que vivimos, á tanto caballero ya muerto, á tantos nobles sacrificados en las batallas, y tantos príncipes excelentes asesinados en los primeros años de su vida; solo harémos reminiscencia de aquellos hechos muy notables que tengan relación con la vida de la reina Margarita.

Sucede en algunas revoluciones que para probar fortuna, en vez de atacar de frente un sistema ó una idea, se toma al principio una línea curva para venir en seguida al camino principal. Así

sucedió en Inglaterra en la época de que estamos hablando.

La casa de York pretendía la corona; pero hasta tanto esa idea no fuese popular, era necesario no aventurarla absoluta y definitivamente á la suerte de una batalla; así todos los primeros movimientos fueron únicamente contra los ministros y contra los favoritos.

Margarita conoció inmediatamente que se trataba de una pretension mas avanzada y que era menester combatirla con energía y decision, y á pesar de la repugnancia del rey lo obligó á ponerse á la cabeza de las tropas y á atacar al duque de York, que habia reunido á sus partidarios y se dirigia á Lóndres. En las cercanías de San Albans se encontraron las dos fuerzas. El rey fué derrotado, herido gravemente y hecho prisionero por el duque de York, quien entró en Lóndres, convocó al parlamento, el que lo declaró protector por la incapacidad de Henrique.

En efecto, atacado de una enfermedad grav Henrique, habia estado durante mucho tiempo imposibilitado de dedicarse á los negocios del gobierno; pero la reina, cuyo espíritu elevado y cuyo talento superior se consideraba humillado, desplegó desde estos momentos la actividad y la energía varonil que se necesitaba. Parecia que el carácter guerrero é indomable de Henrique V habia abandonado enteramente á su hijo, para introducirse

en el alma de la bella y altiva princesa de Provenza. Margarita ya en esta época tenia un hijo, que habia sido bautizado con el nombre de Eduardo, y el amor maternal era un aguijon constante que no le permitia descansar un momento.

Entregada la capital á los enemigos, la reina y su hijo se dirigieron á Coventry. La hermosura de Margarita, su carácter resuelto y decidido, y sus maneras nobles, dignas y afables, le granjearon en momentos las simpatías del pueblo y de todos los nobles que vivian en las cercanías y que acudieron á engrosar y sostener esta corte improvisada y fugitiva.

El resultado de los movimientos, tanto del duque de York como de Margarita, fué de pronto la convocacion de un congreso de la paz. Cada uno de los nobles del reino fué invitado para asistir á él y procurar los medios de un avenimiento.

En efecto, el congreso se reunió; pero cada uno de los diputados entró en Lóndres seguido de quinientos ó seiscientos hombres, ricamente equipados; de manera que ningun congreso destinado para un objeto pacífico, ha tenido nunca un aparato mas bélico.

Los escuderos, los criados, los soldados, participaban de los sentimientos de sus señores; así es que la primera necesidad que se esperimentó en esa ocasion fué la de que la policía interviniera y separase en cuarteles y rumbos distantes de la ciudad.

dad, á las comitivas armadas de los diversos duques y condes. No se evitaba por esto que cada vez que se encontraban los partidarios de la Rosa blanca y los de la encarnada se insultasen, y echando por fin mano á las espadas trabasen una reñida lucha, que se convertía en pocos momentos en una batalla. Las querellas de los criados y escuderos, llegaban hasta los palacios y hacian mas difícil todo avenimiento.

Venciéndose todas las dificultades que oponia á cada instante el amor propio y el orgullo, los ambiciosos y turbulentos nobles, prometieron obediencia á Henrique, y reconocieron como sucesor del trono á su hijo Eduardo. Para solemnizar esta reconciliacion, se dispuso que se cantase en la catedral de San Pablo, un solemne *Te Deum*, al cual asistieron en procesion atravesando á pié las calles de Lóndres, todos los grandes personajes. El duque de York daba el brazo á la reina Margarita. El duque de Somerset iba junto al conde de Salisbury. El rey caminaba en medio de los que pocos dias ántes habian sido sus mas crueles enemigos.

El pueblo victoreaba entusiasmado á toda esta nobleza, que cubria con el oro y el terciopelo los sentimientos de odio y de venganza que hervian dentro de sus corazones.

Léjos de que esta reconciliacion sirviese para afianzar la paz y la tranquilidad, no produjo sino

el efecto contrario. El conde de Warwick habia calumniado á Margarita, manchando su honor, y una muger tan llena de dignidad y de brio no podia perdonar nunca un agravio semejante.

Los partidarios de la casa de York, mandados por el conde de Salisbury, renovaron muy pronto las hostilidades. Lord Audley tomó el mando de las tropas del rey, y trabada la accion en las cercanías de Bloreheath la fortuna favoreció de nuevo á la Rosa Blanca.

El rey estaba en esa época enfermo y se contentaba con preguntar simplemente "¿qué ha sucedido el dia de hoy?"

Margarita desde una torre cercana al campo de batalla, vió perecer á mas de tres mil de sus partidarios y al valiente Audley, que murió peleando con el esfuerzo de un leon; pero como tenia en sus venas la sangre de Carlo Magno y habia nacido en el tiempo en que una muger derrotó á los mejores generales ingleses, (*) léjos de desanimarse vo-

(*) En todo este capítulo no hago mas que seguir á la célebre autora inglesa Agnes Strichland que ha escrito la vida de Margarita de Anjou con una multitud de pormenores interesantes que no habian sido antes referidos por los autores que han escrito la historia de Francia y de Inglaterra relativa á esa época. Aunque en este trabajo nada pueda yo hacer de nuevo ni de original, los lectores que no sepan otros idiomas tendrán gusto de encontrar en español sucesos tan curiosos.

ló á reunirse con el rey, recorrió en su compañía las provincias donde tenia buenos y fieles amigos y en poco tiempo hizo crecer de tal manera la popularidad del rey, que pudo levantar un ejército muy numeroso y ponerse á su cabeza para combatir al duque de York que conservaba una posición amenazadora y hostil.

El duque de York, se vió con esta actividad de Margarita tan comprometido, que para evitar la desercion de sus tropas tuvo que circular en su campo el falso rumor de que Henrique VI habia muerto, y aun mandó celebrar con la mayor pompa y solemnidad una misa de difuntos por el alma del soberano; pero no habiendo sido bastante esto y encontrándose con pocas fuerzas, pues una parte de ellas desertó siempre y otra se acogió al indulto y se fugó para Irlanda. El hijo mayor y heredero de la casa de York, que era el conde de March, á quien dió la libertad y trató tan generosamente Henrique V, abandonó el castillo de Ludlow y se dirigió á Calais. La duquesa de York y sus dos hijos menores fueron hechos prisioneros y el castillo y pueblecillo de Ludlow saqueados.

El triunfo de la rosa encarnada fué pronto, decisivo y poco sangriento.

La solemne misa de difuntos que hemos dicho mandó celebrar el duque de York, fué lo que ec-saltó de una manera increíble á Henrique VI, habitualmente pacífico y tolerante.

El triunfo de la causa real, á pesar del nuevo juramento de fidelidad que otorgaron los pares y nobles, no duró mucho. El conde de Warwick levantó un ejército de cuarenta mil hombres; se puso al frente de él Eduardo, conde de March, y se dirigió á marchas dobles á Lóndres, donde lejos de hacerle resistencia le abrieron las puertas.

La reina, con la mayor actividad, reunió sus tropas y se estableció en Coventry, que era su población favorita. Eduardo naturalmente salió en busca de las fuerzas reales. La batalla se trabó en las inmediaciones de Northampton. El rey Henrique fué hecho prisionero y cosa de diez mil soldados quedaron tendidos en el campo, contándose entre los muertos al duque de Buckingham, Lord Beaumont, el hijo de Talbot, Lord Egremont, y otra multitud de gefes y de caballeros.

La suerte y la traicion de uno de los generales del rey, dieron en esta vez el triunfo á la rosa blanca.

Margarita que desde una altura vió toda la accion y presenció la muerte y la fuga de sus caudillos, partió precipitadamente con su hijo el príncipe de Gales, seguida solamente de unos cuantos servidores. En el camino fué reconocida y capturada por uno de los escuderos de Lord Stanley, que se propuso robarle todo su equipage y alhajas, y mientras registraban los cofres, Margarita se escapó y se dirigió al país de Gales, donde llegó

acompañada del duque de Somerset, que prófugo también buscaba un asilo.

En el Norte del país de Gales, proporcionó asilo á los fugitivos, un castellano de un valor que rayaba en ferocidad, y de la estatura y fuerzas de un gigante. Este castellano se llamaba Jeuan ap Einion, y tenía su residencia feudal en medio de un país escabroso y rodeado de precipicios y de rocas inaccesibles por todas partes.

Henrique VI fué conducido prisionero á Londres, y despues al castillo de Eltham, confiándose su custodia al afortunado y vencedor conde de March.

El duque de York, en el momento que supo el triunfo de la rosa blanca, se dirigió á Londres, donde entró seguido de quinientos caballeros vestidos de gala.

Inmediatamente se dirigió á la cámara de los Lords, saludó magestuosamente y se adelantó hasta el trono, poniendo un pié en la grada y una mano en el sillón.

El duque creía que los Lords lo aclamarían inmediatamente y aguardaba con impaciencia este momento para dar el paso y sentarse.

La cámara permaneció en el mas completo silencio, y el duque tuvo mil dificultades para salir de esa situación embarazosa en que se habia colocado, retirándose en seguida con muestras de un grande enojo porque no lo habian hecho rey. Ya ve-

ríamos la corona que le tenia preparada Margarita.

Los esfuerzos de los partidarios de la triunfante rosa blanca se reducian á que Henrique abdicara la corona. Aunque desgraciado y prisionero conservaba su orgullo y sostenia su dignidad. Cuando le urgieron para que respondiese, dijo con firmeza:

“Mi abuelo fué rey, mi padre fué rey, y yo nací príncipe; heredè una corona que tengo en la cabeza, y así he de morir.”

Despues de muchas intrigas lograron que Henrique desheredando á su hijo, nombrase por sucesor al duque de York, y bajo la pena de incurrir en el delito de alta traicion, compeliase á la reina y al príncipe de Gales á presentarse en Londres.

Margarita cuando recibió estas órdenes se hallaba en el solitario castillo del gigante, sin recursos pecuniarios, sin armas, sin soldados y sin gefes, pues los unos habian muerto y los otros se hallaban fugitivos; pero su energía y su carácter se levantaron con mas fuerza que nunca, contra todos los obstáculos al parecer insuperables.

Seguida de unos cuantos servidores, tomó una barca y por mar se dirigió á Escocia á implorar el auxilio de la reina, que era su amiga y parienta.

La energía y la constancia en el infortunio, causaron la admiracion, é hicieron nacer inmediata-

mente las simpatías entre todos aquellos señores del Norte, rudos en su trato y en sus costumbres guerreras; pero muchos de ellos nobles y grandes en los sentimientos de su corazón.

No solo el rey de Escocia auxilió á Margarita, sino que habiendo tomado partido en la rosa encarnada todos los caballeros de Cumberland, Lancashire y Westmoreland, Margarita se halló capaz en muy pocos dias de acudir el llamamiento que se le hacia y de marchar á Lóndres no sola y aislada para ser una víctima, sino á la cabeza de un ejército para castigar á los que habian humillado á su marido y quitado á su hijo el trono.

Margarita tomó en persona el mando de las fuerzas, y con una actividad, que desconcertó enteramente á sus enemigos, se presentó en las garitas de la ciudad de York.

El duque, que aguardaba volver á ver la reina desarmada, humilde y tal vez prisionera, no habia hecho preparativos ningunos; así es que, lo que de pronto pudo hacer, fué reunir quinientos hombres y encerrarse con ellos en su fuerte castillo de Sandal para esperar la llegada de su hijo Eduardo con nuevos refuerzos.

Apénas llegó á conocimiento de Margarita todo esto, cuando movió sus tropas y se presentó delante de las murallas del castillo y envió durante varios dias al duque los retos mas insultantes.

El duque de York, que era hombre de lorulo

de valor y de grandes conocimientos militares, oía con el mayor desprecio los insultos de Margarita, á quien hasta cierto punto con razon, consideraba sin instruccion en las armas y aun sin el valor y constante energía que se necesita en la guerra; pero incómodo ya con tan repetidos recados, se decidió á salir del castillo y batir á la insolente muger que tanto lo provocaba.

Davy, que era uno de esos viejos y leales servidores que nacia y morian en los castillos feudales, amando y respetando á sus amos y que con un pincel tan maestro nos pinta Walter Scott, en el momento que supo la resolucion de su amo, corrió á echarse á sus piés.

—Señor, yo soy un pobre servidor de la familia y no debo mezclarme en los asuntos de la guerra y de la política; pero os ruego que no salgais del castillo.

El duque miró con una especie de ternura á su anciano criado, pero se sonrió de sus temores.

—Os conjuro á que no salgais, repitió observando la poca impresion que habian hecho sus palabras en el duque; esa reina Margarita es una leona, y ántes de que arranquen la corona á su hijo es capaz de hacer destrozos. Mirad, señor, que se halla á la cabeza de quince mil hombres entusiasmados con su rostro hechicero y seductor, y todos se dejarán matar ántes de abandonarla.

—¡Ah! Davy, Davy, respondió el duque indignado.

nado; ¿es posible que me ames tanto, que con tal que viva, pretendas que viva deshonrado? Recuerda, mi viejo servidor, continuó el duque, que cuando yo era regente de Normandía, el delfín con todo su poder se presentó á sitiarme, y entonces no me quedé encerrado como un pájaro en una jaula, sino que salí al campo. Como un hombre combatí con mis enemigos, á Dios gracias, y los vencí.

— Señor, insistió Davy tomando las manos de su señor; las fuerzas son hoy muy desiguales.

— Si por temor de un poderoso príncipe no me encerré entonces dentro de las murallas de un castillo, y si no he escondido mi rostro á ningún hombre, ¿quieres que ahora me encarcele yo mismo dentro de las garitas por miedo de una miserable mujer, que no tiene mas armas que la lengua y las uñas?

El criado continuó suplicando; pero el duque encaprichado en su idea, temiendo que le dijese que era un cobarde, salió de su fortaleza, acompañado del conde de Salisbury y de mas de dos mil hombres que pudo reunir, y presentó batalla á la terrible amazona.

Las tropas de la reina se dividieron en tres cuerpos, de manera que inmediatamente que el duque de York se halló en campo raso, las fuerzas contrarias lo rodearon y estrecharon por todas partes.

Los partidarios de la rosa blanca hicieron prodigi-

gios de valor; pero en ménos de media hora todos quedaron muertos en el campo.

Clifford, que encontró el cadáver del duque de York, le cortó la cabeza, y poniéndole una corona de papel, la ensartó en una lanza y se dirigió á donde estaba Margarita.

— Señora, le dijo presentándole la cabeza ensangrentada; la guerra está terminada y aquí teneis el rescate de vuestro rey.

Margarita al ver la fisonomía del duque, lívida, manchada de sangre, con la boca entreabierta y los ojos fijos y opacos, se puso pálida, y por un movimiento involuntario llevó la mano á sus ojos.

Clifford le dijo:— Os ruego, señora, que recordéis que esta es la cabeza del hombre que queria dejar á vuestro esposo y á vuestro hijo sin corona.

Margarita volvió á mirar otra vez la cabeza del duque y prorumpió en unas carcajadas de risa nerviosas, en las cuales se revelaba el desahogo de ese funesto placer de la venganza que embriaga á los guerreros y á los gobernantes cuando ganan una batalla y suben al poder.

El conde de Salisbury, que habia sido hecho prisionero, fué mandado decapitar en el acto y su cabeza y la del duque de York fueron encerradas en unas jaulas de fierro y colocadas en las puertas de la ciudad de York. Margarita al comunicar estas órdenes encargó que se dejara suficiente lugar pa-

ra que fueran mas adelante colocadas las cabezas del conde de March y del conde de Warwick.

Este fué uno de los triunfos mas completos y mas sangrientos de la *rosa encarnada*.

El primer cuidado de la reina fué procurar la libertad de Henrique y dirigir un manifiesto á los londinenses en que los exhortaba á la obediencia y á la paz; pero el conde de Warwick que ejercia en la ciudad mucha influencia, reunió un considerable número de tropas y de pueblo y salió á interceptar el paso á Margarita, que se dirigia á marchas dobles sobre la ciudad. Al entrar la reina en la ciudad de San Albans, fué recibida por una nube de flechas que le dirigieron los archeros enemigos, colocados allí para sorprenderla. Retiróse de pronto; pero como venia acompañada con los valientes hombres del Norte, mas fuertes, mas firmes y mas acostumbrados á la guerra que los pacíficos ciudadanos de Lóndres, organizó la batalla y volvió resuelta á castigar á sus enemigos, los que no estando muy decididos á morir, se desbandaron durante la noche dejando al rey Henrique que traian prisionero, solo y abandonado en una tienda de campaña. La reina abrazó á su marido con la mayor ternura y le recomendó á su hijo como uno de los caudillos mas activos y resueltos. Todos se dirigieron á la Abadía de S. Albans á dar gracias á Dios por la serie de victorias que se habia dignado conceder á la *rosa encarnada*.

Pero mientras esto sucedia, el hijo del infortunado duque de York, acompañado de Warwick, se dirigia á Lóndres á la cabeza de cuarenta mil hombres, y los habitantes temiendo los excesos de la soldadesca feroz é insubordinada que seguia á Margarita, se decidió por la causa de la *rosa blanca*, abrió las puertas al conde de March, el cual fué coronado solemnemente con el nombre de Eduardo IV.

Sucedió precisamente en Inglaterra lo que pocos años antes habia sucedido en Francia, donde habia como dice Lamartine, dos reyes, dos cortes, dos justicias y dos autoridades.

Eduardo de pronto adquirió una fuerza inmensa, porque la balanza se inclinó con el peso de los londinenses; pero la actividad, la energia y el valor de Margarita se desarrollaron con este suceso de una manera prodigiosa é increíble. Acudió á las provincias del Norte, donde tenia un partido inmenso y en muy pocos dias se hallaba con un ejército de sesenta mil hombres mandados por Clifford y Somerset. La reina con su esposo é hijo se quedaron en York.

Con casi iguales fuerzas salió de Lóndres Eduardo IV y el conde de Warwick. En las llanuras de Saxton se encontraron los dos ejércitos y vinieron á las manos con mas furia que nunca el dia domingo de Ramos, de manera, que la festividad religiosa de

las palmas, dice un antiguo cronista, se celebró con lanzas en lugar de palmas. Una tempestad que arrojaba grandes copos de nieve sobre la cara de los archeros del ejército de Margarita, los cegó completamente, de manera que aprovechándose los contrarios de esta circunstancia, los atacaron con ímpetu y furor y en pocas horas desorganizaron completamente el campo, matando y destrozando sin piedad à todos los combatientes.

La rosa blanca de York, quedó triunfante completamente y el nuevo rey disipó la gruesa y negra nube que tronaba sobre su corona.

Margarita así que vió enteramente perdida la batalla, huyó para las fronteras de Escocia y tomó asilo en el castillo de la generosa y noble familia de los Percy. Trató de negociar un matrimonio entre su hijo y una princesa de Escocia; pero habiendo salido fallidas sus esperanzas, se decidió à pasar al continente à implorar el favor y auxilio del monarca frances.

Cárols VII habia ya muerto y ocupaba el trono Luis XI, monarca enteramente guiado por los cálculos frios de la política. Margarita en vano imploró el apoyo de Luis, y al fin lo único que pudo conseguir fué que le hiciese un préstamo de 20 mil libras con una usura crecida y recibiendo como hipoteca la plaza de Calais. No siendo bastantes à Margarita estos recursos, se dirigió à su padre el rey René; pero como hemos dicho era pobre y ade-

mas se hallaba entonces comprometido en sus disputas con Alonso de Aragon, no pudo darle otra cosa à su hija mas que saludables consejos y la bendicion paternal.

En los primeros años Margarita habia tenido por amante à Pedro de Brezé, Senescal de Normandía, pero Pedro habia sido uno de esos paladines valientes, silenciosos, enamorados divina y celestialmente como entónces se acostumbraba en aquellos tiempos en que formaban un contraste el aparato rudo y marcial de las armaduras de acero, de las sangrientas lanzas y de los altaneros corceles, con la finura esquisita y la poética delicadeza de los sentimientos amorosos del corazon. Pedro era un tipo de estos seres singulares cuya raza se ha perdido con el diluvio de la civilizacion, como se perdieron las fuertes y prodigiosas especies de animales gigantes cuando se abrieron las cataratas del cielo.

Pedro en el momento que supo la desgraciada suerte y los infortunios de aquella tierna beldad, que muchos años ántes habia amado con todo su corazon, reunió mil hombres armados y equipados à su costo, y se presentó tímido y turbado à ofrecer à Margarita en la calidad de voluntario, su brazo, su espada y su vida.

“Señora,” le dijo, “hace algunos años cuando érais todavía libre y podiais dar el tesoro inmenso de vuestro corazon, he llevado sobre mi pecho vues-

tros colores, y he roto en los torneos muchas lanzas en vuestro honor, animado de una esperanza lejana . . . que Dios no quiso que nunca llegará á realizarse. . . . Ahora estais proscrita, desvalida, arrojada de vuestro trono y condenada à la muerte ó al destierro, y ni aliento, ni puedo alentar esperanza alguna, porque seria ultrajar vuestra virtud. Pues bien, señora; os pido permiso para consagraros mi vida y para defender con mi espada vuestra vida y la de vuestro hijo y esposo."

Margarita con las lágrimas en los ojos aceptó los servicios del constante y siempre enamorado caballero Pedro de Brezé y se embarcó para Inglaterra; pero apénas arribaron en la Boca del Tyne, cuando la fortaleza les hizo fuego con los cañones, mientras que considerables fuerzas se disponian á perseguirlos. A esta sazón soplaban en las costas una terrible tempestad. Margarita, Pedro y el príncipe de Gales que se habia reunido con ellos, se vieron perdidos por un momento; pero un pescador les ofreció su barquilla, se arrojaron en ella y se entregaron al furor de las olas que los arrojó en las rocas temibles de Bamborough.

Caminando á pié de noche, disfrazada y oculta de dia, y quedándose sin asilamiento muchas horas, Margarita, Pedro de Brezé y el príncipe de Gales, lograron entrar en la frontera de Escocia, donde hallaron de nuevo soldados y recursos entre la gente del Norte, constante y fiel mientras ma-

yores eran los infortunios y reveses de la intrépida muger que imploraba sus auxilios.

Reunido un ejército y puéstose á su cabeza Percy, marcharon al encuentro de los enemigos; pero en esta vez la fortuna les fué mas contraria que nunca, pues fueron derrotados completamente en Herham. Henrique salvó solo por la bondad y ligereza de su caballo, y Margarita, llena de terror por la suerte de su hijo á quien llevaba en su compañía, se internó en un bosque espeso sin saber ni á donde dirigirse, ni qué ruta habia de buscar.

LA REINA MARGARITA

rodearon y comenzaron á despojarlos de todo lo que tenían, prorumpiendo en las mas bárbaras carcajadas de alegría.

La division de las alhajas y prendas robadas, ocasionó una acalorada disputa entre los bandidos, que al fin apelaron á decidirla por medio de la espada.

Margarita se aprovechó de esta circunstancia, tomó de la mano al príncipe, y ocultándose de árbol en árbol y favorecida por las sombras, se alejó de los salteadores. Así que estuvo á alguna distancia, echó á correr medio desnuda, y se internó por un sendero espeso y al parecer impenetrable, donde la sorprendió la noche. Así que se consideró un poco lejos del peligro, pero siempre temiendo caer entre las manos de sus enemigos, se sentó al pié de un árbol á descansar, abrazó y besó la frente de su hijo y derramó algunas lágrimas; pero al levantar la cabeza observó una luz distante, que como la de un faro se apagaba y se volvía á encender á cada momento.

Margarita cobró nuevo ánimo, se puso en pié y se dirigió resueltamente hacia donde veía brillar esa luz benéfica, único rayo de consuelo y de esperanza que penetraba en su afligido y enlutado corazón.

Caminó largo rato, siempre guiada por la luz, la que como sucede siempre á los viajeros en esos casos, se le alejaba incesantemente.

vores eran los infortunios y reverses de la intrépidamente que imploraba sus auxilios.

Reunido un ejército y puestos á su cabeza por el marcharon al encuentro de los enemigos pero en esta vez la fortuna les fue contraria.

numerosos pues fueron derrotados completamente.

Heráclides. Heráclides solo por la bondad de la guerra de su caballo y Margarita, llena de terror por la muerte de su hijo á quien llevaba en su compañía, se internó en un bosque espeso sin saber ni donde dirigirse, ni que ruta había de tomar.

LA REINA MARGARITA.

(CONTINUACION.)

Todo el dia como una insensata vagó Margarita en el bosque, tomando unas veces un sendero, abandonándolo en seguida, por temor de ser descubierta, internándose en una vereda y pretendiendo despues encontrar otro camino mejor. Así pasó algunas horas de una mortal agonía, hasta que ya entrada la tarde, siempre con esa cruel indecision sobre el camino que deberia seguir, se dirigió por una espesura y se encontró allí con una banda de ladrones. Inmediatamente que notaron el lujo de su trage y del de su hijo el príncipe de Gales, los

La luna comenzaba á salir, aunque opaca y oscura recida á veces por las nubes; pero su claridad permitia á Margarita el observar lo que la rodeaba. Figurósele al principio que se aproximaba á ella un hombre robusto y alto como un gigante; pero creyendo que no era mas que obra de su imaginación y que en la realidad no era mas que una encina vieja y truncada del bosque, siguió su camino. A poco se convenció de que sus temores no eran vanos, y de que efectivamente se aproximaba á ella una grande y aterradora figura humana. Recobrando el valor y la serenidad de su carácter, tomó resueltamente al príncipe de Gales de la mano y lo presentó al desconocido.

—“Amigo mío,” le dijo con una voz llena de dignidad y firmeza, aquí teneis á vuestro rey, salvadlo.

El hombre del bosque, que era un proscrito por el gobierno de Eduardo, y que habia tenido la necesidad de convertirse en salteador de caminos, quedó admirado de la magestad y de la hermosura de la muger que tenia delante, al mismo tiempo que subyugado con la amable inocencia del príncipe, y en vez de herirlos con la arma que ya tenia empuñada, la arrojó al suelo y les prometió su auxilio y su apoyo.

Tomando al príncipe en sus brazos y haciendo señal á Margarita que le siguiese, se internó en

el bosque, y todos continuaron el camino por largo rato, hasta que llegaron á la orilla de un arroyo que rápidamente corre al pié de una altura llamada la *Colina negra*. Del otro lado de ese arroyo habia una caverna estrecha en su entrada y oculta y escondida entre las breñas. Era la residencia que habia escogido el proscrito. La reina y el príncipe entraron y fueron confiados á la muger del bandido, la cual les ofreció con el mayor respeto y voluntad un fuego para que se calentaran y algunos frugales alimentos para mitigar el hambre, mientras el marido salia en busca de algunos de los amigos y partidarios de los fugitivos.

Dos dias estuvo oculta la reina en la cueva, durante los cuales el bandido buseó con empeño á todas aquellas personas que en las circunstancias podian servir de algo, hasta que encontró por fin á Pedro de Brezé y á un caballero inglés que lo acompañaba. Ambos, lo mismo que Margarita, habian sido atacados y robados por los ladrones de la selva, y habiéndose escapado buscaban tambien un asilo ó algun camino seguro á donde dirigirse, para escapar de la persecucion de sus enemigos. El caballero inglés encontró á los duques de Exeter y de Beaufort, y ya todos juntos se fueron al escondite de la reina, resolviendo pasar á Escocia y dirigirse al duque de Borgoña, para pedirle cuando ménos un asilo en su corte.

Quando la reina tuvo que abandonar la lúgubre,

pero generosa morada del proscrito, lo único que pudo ofrecer con las lágrimas en los ojos á aquella buena familia, fueron sus tiernos agradecimientos; pero los duques de Exester y de Beaufort, sacaron de su bolsillo una parte de las muy pocas monedas que traían, para ofrecerlas á la buena muger que con tanto gusto había partido con la desgraciada reina la mitad de su miserable pan.

La muger del bandido con mucha ternura y firmeza, devolvió las monedas á los caballeros.

Bastante recompensada estoy, nobles señores, les dijo, con haber tenido la fortuna de recibir en este asilo salvaje é ignorado, á la noble reina de Inglaterra y al hermoso príncipe de Gales.

— En este momento, respondió Margarita, solo deseo el poder para recompensar tanta generosidad y tanta virtud.

Acompañada Margarita de Pedro de Brezé y de un escudero, y guiados todos por el bandido de la selva, tomaron el camino de la costa y en un buque preparado de antemano, se embarcaron para Escocia; pero habiendo sabido que el regente de ese país, había concluido un tratado con el rey Eduardo, tuvieron que permanecer incógnitos en el pueblo donde habían desembarcado.

Desgraciadamente en ese tiempo todavía era Margarita tan hermosa y tan llena de magestad, que llamaba la atención de todos los que la miraban. Un inglés llamado Cork, que había conocido

hacia algun tiempo á la reina, observó con atención á la incógnita viagera, la reconoció y resolvió hacer su fortuna entregándola, así como al príncipe de Gales, en poder del rey Eduardo. Para realizar su proyecto fletó un buque pequeño, se puso de acuerdo con algunos de los habitantes de pueblo y ayudado de ellos atacó á Pedro de Brezé y á su escudero, los amarró y los llevó á bordo. En seguida sorprendió á la reina y al príncipe, los llevó tambien á bordo, y se dió á la vela con el objeto de desembarcar en un puerto de Inglaterra donde hubiese guarnicion que pudiera conducir seguramente los prisioneros hasta Lóndres.

Durante la noche todos ignoraron mutuamente su cautividad pero al salir la luz, Pedro de Brezé conoció la celada en que habían caído y el grave peligro que corrían.

La fuerza física prodigiosa de Pedro de Brezé le facilitó durante la noche, la oportunidad de aflojarse las ligaduras con que lo habían atado y en la primera ocasion en que no lo observaron hizo lo mismo con las de su escudero, poniéndose de acuerdo con él. Se apoderaron de algunas armas, se levantaron y repentinamente cayeron sobre el inglés y sobre la tripulacion del buquecillo. Eran dos contra cinco y la lucha fué obstinada y terrible, mas Pedro de Brezé logró arrojar al agua á unos y matar á otros, quedando así libre de los enemigos; pero sin poder gobernar el buque. Durante al-

gunas horas vagaron sobre el golfo de Solway, hasta que el viento arrojó el bote á un banco de arena. Pedro de Brezé entonces se echó al agua, tomó á Margarita sobre sus hombros y la puso en tierra. Lo mismo hizo el escudero con el príncipe de Gales. Allí se alojaron en las chozas humildes de unos pescadores.

Después de algunos dias se embarcó Margarita para Flándes, acompañada de algunas otras damas y caballeros que se habían refugiado en los dominios de los señores de Northumberland. En la travesía sorprendió á Margarita un terrible huracán y durante muchos dias estuvo vacilando entre la vida y la muerte, hasta que la nave rota, sin velas y casi ya á punto de hundirse, recaló en las costas de Borgoña. De allí se dirigió á Lorena, donde permaneció algunos dias con su familia, dirigiéndose finalmente á la corte de Francia, que residía entonces en Amboise.

Miéntas estas aventuras y desgracias habían ocurrido á la heróica y valiente Margarita, otras no ménos dolorosas había experimentado su destronada esposa. Después de haberse perdido la batalla de Hexham, Henrique se fugó y permaneció durante algunos meses oculto, unas veces en los castillos de sus amigos, otras disfrazado en las casas de los labradores, y otras en la cueva de un hermitaño; por fin fué denunciado por un monge del monasterio de Abingdon y aprehendido por los cria-

dos de la familia de Sir Juan Harrington, la cual debió á este suceso su engrandecimiento y elevación.

Henrique fué conducido á Lóndres, montado en un caballo flaco, amarrados sus piés en los estribos, y con un letrero irrisorio é insultante pegado en sus espaldas. En Islington lo encontró el conde de Warwick, lo hizo amarrar en un pilar y dar tres vueltas al derredor de él como si fuese un ladrón ó un asesino vulgar, haciendo que se reuniese el populacho y gritase "muerte al traidor" publicando en seguida una proclama en la cual se prohibía bajo penas severas, que se tratase á Henrique con respeto.

De Islington fué conducido Henrique á la Torre de Lóndres.

La reina Margarita y el príncipe de Gales fueron proscritos, y se previno que toda persona que mantuviera relaciones por escrito ó de otra manera con ellos, seria castigada con la pena de muerte, como en efecto lo fueron algunos desgraciados.

El mismo conde de Warwick, tan poderoso entonces, que era conocido con el sobrenombre de *kings maker*, (*) fué acusado de que mantenía se-

[*] Literalmente es *hacedor de reyes*, es decir, el hombre influyente cuyo poder puesto en la balanza política, la hacía inclinar, resultando la ruina ó la elevación de un soberano.

cretamente correspondencia con Margarita y de que en el viage que habia hecho al continente, habia hablado favorablemente de ella. Citado para ser confrontado con su acusador, se fortificó en su castillo y rehusó comparecer al llamamiento. Algun tiempo despues, en completa desgracia con el rey Eduardo; tuvo que abandonar la Inglaterra y refugiarse en Francia, donde fué recibido perfectamente por Luis XI.

En la corte de Francia se reunieron los dos treméndos é irreconciliables enemigos, Margarita y el conde de Warwick; pero Luis XI por un cálculo de política procuró una reconciliacion y una alianza, y aunque con muchos esfuerzos por la obstinacion de Margarita, la consiguió al fin, casando al príncipe de Gales, que entónces tenia diez y ocho años, con Anita Neville, hija menor del conde de Warwick. Una de las condiciones del matrimonio fué que se levantaria un ejército para invadir á Inglaterra y reponer en el trono á Henrique VI.

Warwick desembarcó en Inglaterra y por todas las poblaciones las gentes se levantaban en masa á victorearlo, aclamando como rey legítimo á Henrique.

Animada Margarita y auxiliada por su padre, levantó algunas tropas en Francia, equipó una flotilla y se embarcó en Harfleur; pero el tiempo y los vientos, que siempre le eran contrarios, retardaron su viage por varias semanas, hasta que al fin des-

pues de una peligrosa navegacion de diez y siete dias, logró desembarcar en las costas inglesas, llevando consigo á su hijo.

Warwick, impaciente y cansado de esperar las tropas de Margarita, y confiado en su prestigio y buena fortuna, se puso en campaña y obtuvo tantas ventajas, que logró sorprender y coger prisionero á Eduardo; pero despues de mil alternativas y marchas fué derrotado completamente en la batalla de Barnet, quedando muerto en el campo de batalla. Cuando Margarita supo á su llegada á Inglaterra estas noticias tan funestas, cayó en un estado de abatimiento tal, que por algunos dias estuvo privada de discurrir, de hablar, y aun de llorar. La llegada de algunos amigos fieles y constantes, á pesar de la mala fortuna que perseguia á la rosa de Lancaster, reanimó á la reina, le hizo concebir un rayo de esperanza, y se dispuso á entrar de nuevo en campaña.

En las llanuras de Tewksburg se encontraron los dos ejércitos. El de la rosa blanca de York, mandado en persona por Eduardo IV, y el de la rosa encarnada de Lancaster, por Somerset y el príncipe de Gales.

La inespériencia del príncipe, la traicion de uno de los generales y el arrojo y temeridad de Somerset, hicieron que la accion se perdiese completamente en pocas horas.

El príncipe de Gales fué hecho prisionero y conducido à la presencia de Eduardo IV.

—¿Por qué, le dijo el rey luego que lo vió, has sublevado parte de mi reino y entrado à mis dominios con bandera desplegada?

—Para recobrar la corona de mi padre y mi propia herencia, respondió el jóven con arrogancia y firmeza.

Eduardo ciego de cólera con esta respuesta, le dió un golpe en la cara con su guante de fierro.

Al mismo momento los que rodeaban à Eduardo, atacaron al jóven y lo mataron à puñaladas.

Margarita, sin saber la suerte de su hijo, estuvo dos dias oculta en un monasterio; pero descubierta fué aprehendida y se le hizo entrar en Lóndres en medio de la comitiva triunfante, acompañada de Anita Neville, que en un corto período de tiempo habia perdido à su padre y à su esposo.

Luego que llegó à Lóndres Margarita, vencida, sí, pero siempre hermosa, altiva y enérgica, se trató de condenarla à muerte; pero se recordó que jamás un Plantagenet habia condenado à una muger à la última pena, y se le conmutó en una prision perpetua en uno de los mas profundos y lúgubres calabozos de la Torre.

La cautividad de Henrique habia durado cinco años. Durante ese tiempo, sufrió los martirios de la soledad, los ultrajes de los carceleros y los insultos de sus enemigos, con la noble é impo-

nente firmeza de un héroe, con la humilde resignacion de un santo y con la alegre calma de un filósofo.

Durante este tiempo, sus únicos compañeros de infortunio eran un pajarillo, que habia llegado à amar y obedecer à su señor de una manera sorprendente, y un santo eclesiástico que frecuentemente derramaba en el corazon del prisionero, el bálsamo dulce y consolador de la religion.

Henrique VI, miéntras estaba prisionero en la Torre de Lóndres, ocupó el tiempo entre la oracion, la poesía y la literatura; pero apesar de esas ocupaciones enteramente pacíficas, Eduardo no podia estar tranquilo en su trono, miéntras viviese el rey destronado. Lo que hizo la casa de Lancaster con Ricardo II, fué menester que à su vez lo hiciese la casa de York con Henrique VI. El crimen del abuelo vino à caer sobre la cabeza del inocente nieto.

El mismo dia en que Margarita fué encerrada en la Torre, el duque de Gloucester con algunos de sus escuderos y partidarios, se introdujo cosa de la media noche y penetró hasta una recámara octágona que ecsiste todavía en la Torre, llamada de Wakefield. Allí estaba Henrique, el cual amaneció asesinado al dia siguiente.

Se hizo creer que su muerte habia sido causada por un ataque violento en el cerebro, originado por la emocion que le causó la noticia de la ruina total

de su causa; del asesinato de su hijo y de la prision de su muger; pero el pueblo cuando vió el cadáver rodeado de muchos soldados y de pocas antorchas, atravesar las calles de Cheapside hasta la catedral de San Pablo, y notó marcas de sangre en los vestidos y rostro del rey, adivinó la verdad, y condenó como asesinos al rey Eduardo IV, y á su hermano el duque de Gloucester. Precisamente en esta época murieron Juan de Calabria, hermano de Margarita, el marido de su hermana, y Blanca de Anjou, su hermana natural; de suerte, que en ménos de treinta dias desaparecieron de una manera trágica y horrible, su hijo, su esposo y sus parientes mas queridos.

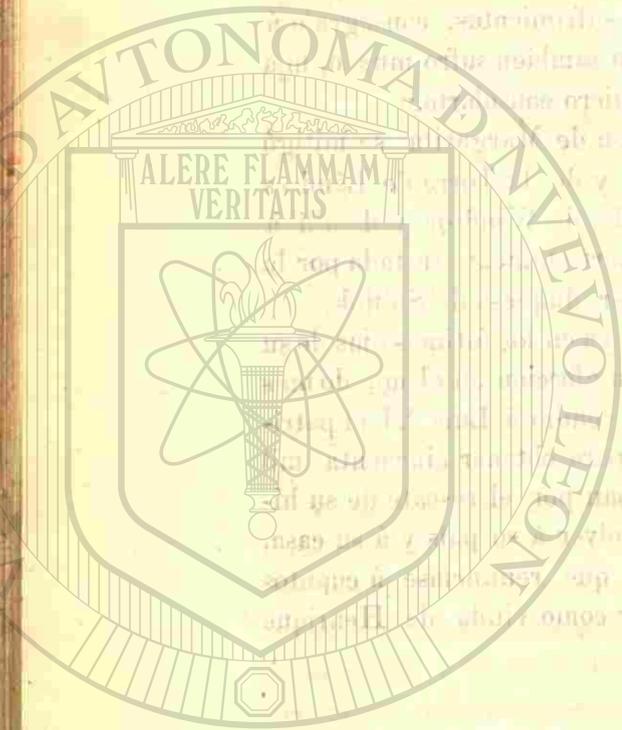
No quedaron de esa notable y larga familia de Anjou mas que un rey anciano, destronado y lleno de dolor; y una reina viuda, marchita por los pesares y por los infortunios, y prisionera en un calabozo de la sangrienta Torre de Lóndres. El único consuelo que Margarita recibió en aquellos dias en que la muerte y la sangre la rodeaban y perseguían dia y noche sin dejarla descansar ni en las horas de su sueño, fué una carta de su pobre padre que le hizo derramar algunas lágrimas, le alivió un poco los grandes y agudos dolores de su corazón.

“Niña mia, le escribia el viejo padre, quiera el Señor de los cielos ayudarte con sus consejos, porque es muy raro recibir el auxilio de los hom-

“bres cuando la fortuna se muestratan adversa y tan contraria. Cuando puedas separar un pensamiento de tus crueles sufrimientos, conságra'o á mi memoria porque yo tambien sufro mucho, hija mia, y sin embargo quiero consolarte.”

El rigor de la prision de Margarita se mitigó algun tiempo despues, y de la Torre de Lóndres fué trasladada al castillo de Windsor y de allí à Walligford, donde fué perfectamente tratada por la castellana Alicia Chaucer, duquesa de Sulffok.

Su padre, que estaba ya en los últimos dias de su vida y que no tenia otra afeccion en el mundo mas que su hija Margarita, vendió á Luis XI el patrimonio que le quedaba, para obtener cincuenta mil marcos que se necesitaban por el rescate de su hija, á la que se le dejó volver á su país y á su casa, à condicion tambien de que renunciase á cuantos derechos pudiera tener como viuda de Henrique VI rey de Inglaterra.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEMORIAS

Ricardo de York tuvo cuatro hijos: Eduardo, conde de March; Edmundo, duque de Gloucestre; Ricardo, duque de York; y Jorge, duque de Clarence.

XXV.

En el capítulo precedente hemos visto que la muerte que tocó al padre, mató a los hijos, los de ser matado en una batalla y colgada después su cabeza en una paja de hierro en las puertas de la ciudad.

LA FAMILIA DE YORK.

Después de cuarenta años de una lucha tenaz y encarnizada, la rosa blanca logró un triunfo completo y definitivo, y la casa de York se sentó de nuevo en el trono de Inglaterra; pero como si la Providencia hubiese querido castigar de una manera visible á todos aquellos caudillos que sacrificaron á su ambición millares de víctimas, la familia de York fué completamente exterminada, quedando únicamente un vástago puro y frondoso en la princesa Isabel, que casada con el duque de Richmond, produjo á la nueva dinastía de Tudor.

Para concluir este libro nos detendremos un solo momento en la historia de la casa de York, tan rápida y breve como lo fué la vida de los grandes personajes de esta familia.

Ricardo de York tuvo cuatro hijos.
 Eduardo, conde de March.
 Edmundo, duque de Rutland.
 Ricardo, duque de Glocester.
 Jorge, duque de Clarence.

En el capítulo precedente hemos visto que la suerte que tocó al padre de estos cuatro hijos, fué la de ser matado en una batalla y colocada despues su cabeza en una jaula de fierro en las puertas de la ciudad.

Edmundo, que era un lindo jóven de diez y ocho años, y á quien su padre queria entrañablemente, fué cogido prisionero en la batalla de Wakefield y matado á sangre fria por Lord Clifford.

El conde de March, á quien sonrió agradablemente la fortuna, subió al trono con el nombre de Eduardo IV.

Quizá el resto de la familia habria muerto tranquila y pacíficamente cargada de años, de honores y de riquezas, si no hubiese quedado en ella una hiena que habia de concluir el destrozo comenzado por los partidarios de la rosa encarnada.

Este verdugo de su familia, fué Ricardo, duque de Glocester.

Cuando nació Ricardo, su madre tuvo los mayores padecimientos y estuvo á punto de morir. Los facultativos y personas que asistieron á la duquesa reconocieron inmediatamente la criatura que iba á ocasionar la muerte de la madre y observaron que

tenia todos sus dientes completos y la cabeza llena de bello grueso y rojo, las espaldas sumamente anchas y un hombro notablemente mas alto que el otro.

Tan luego como Ricardo comenzó á crecer y á disfrutar de su razon y libre albedrío de sus acciones, se le notó un carácter reservado, hipócrita, vengativo y audaz en extremo. Acompañó á su padre en todas las batallas y participó de las aventuras y peligros consiguientes á una época de guerra, de trastorno y de venganzas; pero nunca se le observó ese valor caballeroso y noble de sus hermanos, sino la cautela y malicia de un tigre, que se sube y se esconde en el brazo de un árbol, para caer repentinamente sobre el caballo noble que suelto y descuidado recorre la pradera.

Para que el triunfo de la casa de York fuese seguro, era menester que muriese Henrique VI y ya hemos dicho que fué el duque de Glocester y sus partidarios, los que entraron á la media noche á la Torre de Lóndres y cometieron este crimen.

Asegurada de esta manera tortuosa la casa de York, todo el pensamiento del duque de Glocester se redujo á obtener la corona. Para esto era necesario superar mil obstáculos, y quizá subir al trono por una escalera de cadáveres; pero esto no importaba.

Muerto Henrique VI, el duque de Glocester consideró que el segundo paso que debia dar, era por

algun camino descartarse de su hermano el duque de Clarence, y le decretó una sentencia de muerte.

El duque de Clarence, en esta época se hallaba completamente retirado de la corte y de los negocios. Su muger, que era Isabel la hija mayor del conde de Warwick, había muerto repentinamente, y según el rumor público, quizá envenenada. Este acontecimiento había causado un pesar tan profundo al duque, que no solamente estaba incapaz de tomar parte en la política, sino que para mitigar sus padecimientos se había entregado al exceso del vino.

Su hermano Gloucester conoció que el camino era el infundir sospechas en el ánimo del rey, y persuadirlo que Clarence lo quería destronar de acuerdo con el duque de Borgoña, y apoyado en una declaración de que él era el más próximo heredero del trono.

En efecto, esta perfidia surtió su efecto, y el duque de Clarence fué arrestado y conducido prisionero á la Torre de Lóndres; el rey su hermano se presentó personalmente á formarle diversos cargos por los cuales fué declarado reo de alta traición, y encerrado de nuevo en un calabozo de la Torre.

Una noche entró el duque de Gloucester á la Torre de Lóndres, introdujo á los que lo acompañaban hasta el aposento que ocupaba el prisionero y ordenó que lo matasen, lo cual ejecutaron probablemente ahogándolo y lo colocaron en seguida en un

tonel de vino. Al día siguiente se hizo correr el ruido de que el duque habiéndose subido á un gran barril de vino de Malvasia que se hallaba en su habitación, con el objeto de beber, se había caído adentro y se había ahogado por falta de socorro. El público no se equivocó, sino que vió este cuento como un absurdo ridículo y creyó lo que era cierto, que el desgraciado duque de Clarence había muerto de una manera atroz y misteriosa por orden de sus hermanos.

Destruído este obstáculo, el duque de Gloucester subió una grada al trono; pero el inconveniente era que la silla estaba ocupada por su hermano. La naturaleza se encargó de ayudar al asesino. La conducta irregular y desordenada del rey, había quebrantado su salud de una manera, y debilitado sus fuerzas hasta tal grado, que muchos días permanecía postrado en el lecho. Ricardo calculó que lo único que tenía que hacer era multiplicarle los disgustos, considerando que los médicos se encargarían de hacer el resto.

A consecuencia de una indisposición originada por la impresión que le causó la perfidia y engaño de Luis XI de Francia, en las negociaciones entabladas para el matrimonio de su hija, aumentó la enfermedad de Eduardo, y por fin murió en 9 de Abril de 1343.

Eduardo se había casado en secreto con una hermosa viuda llamada Isabel Woodville, de familia

noble, pero no real. La envidia y las preocupaciones se levantaron inmediatamente contra Isabel; pero Eduardo al cabo de algun tiempo y á pesar de la oposicion, hizo público su matrimonio y dispuso que fuese coronada solemnemente Isabel.

Eduardo á su muerte dejó á Isabel todavía hermosa y madre de dos hijos y de seis niñas.

Eduardo, príncipe de Gales.

Ricardo, duque de York.

Isabel, Cecilia, María, Ana, Catarina y Brígida.

El afan del rey Eduardo durante su vida fué casar á sus hijos é hijas con las familias reales y poderosas de Escocia y del continente; pero todos sus proyectos se malograron, de manera que á su muerte dejó á esta linda familia de príncipes y de ángeles, no sólo abandonada, sino espuesta enteramente á las persecuciones de sus enemigos.

Luego que murió Eduardo se reunió el consejo y proclamó al príncipe de Gales, hijo primogénito, rey, con el nombre de Eduardo V.

Nunca hombre alguno fué mas dueño y señor de sus propios sentimientos en esta vez que el duque de Gloucester.

En vez de oponerse á esta declaracion, de manifestar disgusto ó sentimiento hizo su papel de hi-

pócrita con tanta perfeccion, que sus mas encarnizados enemigos creyeron en su completa conversion.

Cuando murió Eduardo, el duque de Gloucester estaba en la frontera, donde se le habia dado el mando de las tropas. Luego que supo la noticia se adelantó hasta la ciudad de York, seguido de 600 caballeros vestidos de luto y mandó celebrar unas magnificas essequias por el alma del rey su hermano, asistiendo personalmente á la fúnebre ceremonia, y permaneciendo sumergido en la meditacion y el dolor.

Despues de la ceremonia convocó una junta muy numerosa, invitándola á que prestase juramento de obediencia al nuevo soberano, y para dar el ejemplo fué el primero que juró obediencia; escribió en seguida las cartas mas sentidas y satisfactorias á la reina Isabel y á sus hermanos, y manifestó que seguia su camino para tener el placer de asistir á la coronacion de su augusto sobrino, que tampoco se hallaba en Lóndres sino en Ludlow acompañado de su tio el conde de Rivers y del Lord Gray.

Entre tanto Gloucester, de acuerdo con el duque de Buckingham, preparaba todo lo necesario para dar un golpe maestro.

Eduardo era un inocente. Nada sabia. Su madre y sus tíos, fascinados materialmente con la generosidad y escelente corazon del duque de Gloces-

ter, se apresuraron á salir al camino y encontrar á tan poderoso protector. En Stony Strafford se reunieron el duque de Gloucester, el conde de Rivers y Lord Gray, y tan luego como los vió les tendió la mano, les dió un magnífico banquete y les llenó de tantos cumplimientos y agasajos, que se retiraron prendados de su cortesía.

Al dia siguiente todas las garitas y calles de Stony amanecieron llenas de soldados, que impedían la salida á todo el mundo, con el objeto, segun decía el duque de Gloucester, de que ninguna otra persona ántes que él pudiese ofrecer sus respetos al nuevo rey.

Este aparato militar y la reserva del duque, produjo el que Rivers y Gray concibieran algunas sospechas y calcularan que se trataba de algun proyecto misterioso que ellos no comprendían. Inmediatamente despacharon un correo á Londres para la reina, la que en el momento que lo recibió tomo asilo con sus hijos en la abadía de Westminster.

Gloucester intempestivamente mandó llamar á Gray y á Rivers y les manifestó con las palabras mas duras y mas violentas, que le habian traicionado arrebatándole la estimacion del rey, y les notificó por último, que quedaban separados de la corte y que deberian aguardar su sentencia en el castillo de Pontefrac, donde se les declaró que eran reos de alta traicion y se les cortó la cabeza.

Luego que Eduardo, que era entónces un niño de quince años, supo que lo habian separado de sus parientes, se echó á llorar amargamente; pero Gloucester lo consoló, diciéndole que solamente habia dictado esta medida por algunos dias; pero que pronto volveria á verlos.

Calmado así Eduardo, el duque dispuso la marcha á Londres, que se verificó con una pompa aparente. En la realidad, el nuevo rey iba prisionero y rodeado de todos los partidarios del duque.

Luego que toda la comitiva llegó á la metrópoli, el duque de Gloucester se declaró protector, alojó á Eduardo en la Torre, y determinó que allí fuese la residencia del gobierno y el lugar donde se reuniese el consejo.

Gloucester tenía ya en la red á uno de los príncipes; pero era necesario prender tambien en ella á otros personajes influentes y poderosos con quien él no podia contar.

Al dia siguiente convocó un consejo, y se sentó á presidirlo. Concurrieron á él Lord Stanley, Lord Hastings y los obispos de York y de Ely.

Ricardo comenzó á tratar los asuntos, esperó que le respondiesen, y en un momento de silencio dió con el puño un terrible golpe sobre la mesa.

“Todos vosotros sois unos traidores,” gritó; “estais unidos con esa prostituida de Juana Shore, que trata de ejecutar sobre mí su diabólica magia.”

Mirad, continuó descubriendo uno de sus brazos descarnado y seco; aquí teneis la prueba de vuestra maldad.

El duque, en efecto, desde los primeros años habia padecido una enfermedad en un brazo, que habia hecho que se le escase toda la carne.

Lord Stanley iba á tomar la palabra, y se puso en pié para defenderse en caso necesario; pero el duque de Glocester, sin aguardar respuesta alguna, tomó una arma que quizá de intento habia colocado cerca y tiró á Lord Stanley un golpe furioso en la cabeza.

En seguida entraron algunos soldados armados, amagaron á los lords allí reunidos, y por último, con los mayores ultrages los llevaron atados y prisioneros á diversos calabozos de la Torre.

Lord Hastings fué ahorcado inmediatamente.

Los bienes de Juana Shore, que habia sido favorita del difunto rey Eduardo IV, fueron confiscados y apropiados al duque y condenada en seguida á hacer penitencia pública por todas las calles de Lóndres, con los piés descalzos, con un cirio de cera en la mano y cubierto únicamente su cuerpo con una ligera camisa.

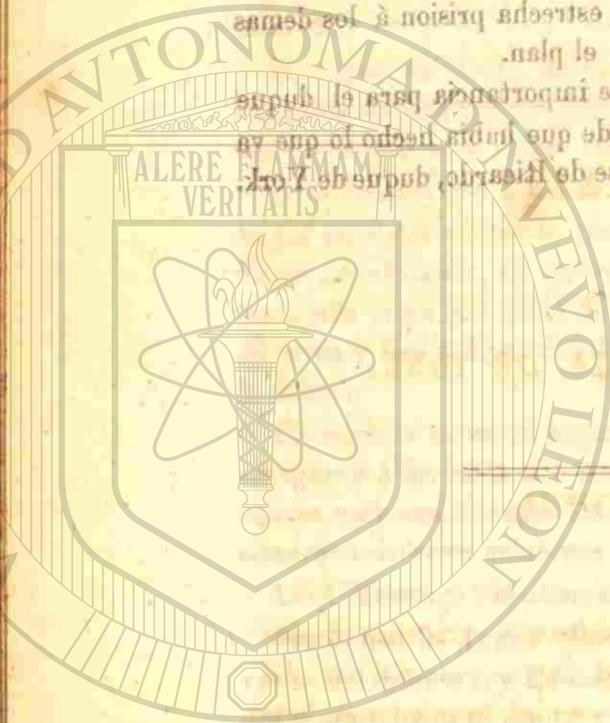
Al día siguiente, hizo circular el duque la noticia de que habiendo sido descubierta una conspiración tramada por la familia de la reina y sus partidarios, con el objeto de asesinarlo, habia sido nece-

sario castigar con la pena de muerte á Lord Hastings y reducir á una estrecha prision á los demas Lords complicados en el plan.

El asunto de grande importancia para el duque de Glocester, despues de que habia hecho lo que va referido, era apoderarse de Ricardo, duque de York.

castigo con la pena de muerte á Lord Hastings y reducir á una estrecha prision á los demás Lords complicados en el plan.

El asunto de gravas importantes para el duque de Gloucester, despues de que habia hecho lo que ya referido, era apoderarse de Irlanda, padre de York.



Un secreto presentimiento anunciaba á la madre alguna desgracia terrible, pero desconocida. La indolencia no le dejaba pensar lo que debería hacer en el caso en que se hallaba. Si dejaba á su hijo Eduardo abandonado, podría ser víctima de la van-ganza y enojo del duque, permitiendo que fuesen su hermano á acompañarlo, tal vez los dos niños in-feriores corrían igual riesgo.

XXVI.

La pobre madre no tuvo otro recurso que cubrir con la máscara de una alegría fingida el cruel dolor y la desesperación que la atormentaba, y llamando á su hijo, y dándole un largo y melancólico beso en la frente, lo entregó á su tío el duque de Gloucester, quien con grande pompa lo condujo á la Torre de Londres.

(CONCLUSION.)

Eduardo tenía quince años. Ricardo tenía quince años. Los dos hermanos se unieron en un mismo momento.

Antes de que las ejecuciones y prisiones fuesen conocidas en Londres, el duque acompañado del arzobispo de Canterbury se dirigieron en una barca por el rio Tamesis hasta la abadía de Westminster, donde se ha dicho que la reina se habia refugiado.

El duque manifestó á la reina Isabel que era necesario que Ricardo fuese á acompañar á su hermano á la Torre y que luego que se verificase la ceremonia de la coronacion, serian trasladados con su familia los dos hermanos á algun otro de los palacios de Londres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cardo, para formar una alianza y fortificar más sus pretensiones, solicitó la mano de Ana de Warwick, viuda del príncipe de Gales, que hemos visto fué asesinado en Tewksbury. Ana, que en los pocos días de su matrimonio había adorado á su esposo por su juventud, por su excelente carácter y por su valor, no podía de ninguna suerte resolverse á formar una alianza con la familia de York que la había dejado viuda, ni mucho ménos con el duque de Gloucester, á quien por sus maneras, por sus crímenes ya conocidos, y por su figura, detestaba en el fondo de su corazón. Ricardo empleó cuantos medios pudo, sin resultado alguno, pues Ana de Warwick desapareció repentinamente y permaneció algun tiempo disfrazada, sirviendo de criada doméstica en una casa. Fué descubierta al fin por Ricardo, quien por medio de las amenazas más terribles logró obtener su mano.

Casado ya Ricardo, dispuso partir á la ciudad de York á celebrar su coronación, atravesando lentamente muchas ciudades, administrando personalmente justicia en ellas, dispensando gracias y concediendo honores y procurando adquirir por todos esos medios, una rápida y grande popularidad; pero como la prisión rigurosa de Eduardo y de su hermano, había causado gran descontento, los partidarios de los príncipes comenzaron á moverse y á tramar conspiraciones para libertarlos, mientras

Ricardo se consideraba en perfecta seguridad en su país favorito de York.

Sin embargo, luego que llegó la noticia al protector, de las sublevaciones y se persuadió del peligro que corría, mandó llamar al gobernador de la Torre, Sir Ricardo Brakembury.

—Ya os he manifestado, Sir Ricardo, le dijo el duque, que es absolutamente necesario que los príncipes que se hallan en la Torre, desaparezcan para que no sirvan de pretexto á la saña de mis enemigos. ¿Me comprendéis?

—Os comprendo perfectamente, Milord; lo que vos queréis es, que esos niños mueran, porque de esta manera la corona quedará muy firme en vuestra cabeza; pero ya os he dicho, Milord, que si la fortuna os hubiese puesto en la Torre de Lóndres, estariais tan seguro bajo mi cuidado como lo están los hijos del difunto rey vuestro hermano.

—Yo no he dicho que mueran, Sir Ricardo, interrumpió el duque con mal humor; lo único que yo deseo es que por algunos días desaparezcan; pero vuestro amor á esas criaturas mal educadas y voluntariosas, os hace concebir sospechas que me ofenden.

—Entónces, Milord, contestó Brakembury haciendo una reverencia, y supuesto que me he equi-

vocado, permitidme que me retire, á no ser que tengais algunas órdenes que darne y que yo pueda y deba cumplir.

—Ningunas, Sir Ricardo, dijo el duque haciéndole seña con la mano que se retirara.

Brakembury salió y el duque cruzando los brazos se lo quedó mirando hasta que lo perdió de vista.

—Este hombre, exclamó despues de un momento, es muy tímido y muy imbécil; ya veo que no hará fortuna.

A poco rato entró otro personage alto, delgado, mal vestido, desaseado y de una fisonomía sinistra. Era Sir James Tyrrel.

—Este es mi hombre, dijo el duque luego que lo vió entrar.

—¿Me habeis buscado, Milord?

—Precisamente.

—¿Podré serviros en algo?

—Podrá ser muy bien; pero ante todo ¿cómo estais de dinero?

—Malísimamente, Milord, pues necesito mucho y nada encuentro.

—Mientras tengais mi bolsillo, Sir James, supongo que no tendreis motivo razonable para quejaros.

Tyrrel se inclinó y el duque sacó un bolsillo lleno de oro y lo puso en sus manos.

—¿Y todo este oro, Milord? preguntó Tyrrel asombrado.

—Todo es para vos, supuesto que, segun me decís, vuestra pobreza es extrema.

Tyrrel se inclinó de nuevo respetuosamente.

—Hablemos ahora de nuestros asuntos, dijo el duque acercándose con familiaridad á Tyrrel.

—Estoy á vuestras órdenes, Milord.

—¿Sabeis que los hijos de mi hermano Eduardo están en la Torre de Lóndres?

—Lo sé perfectamente.

—Sabeis que esas criaturas son insubordinadas y turbulentas mas allá de lo que debieran por su edad.

—Tambien lo sé, Milord.

—Sabeis que mis enemigos instigados por la reina Isabel y toda su detestable familia quieren arrancar á esas criaturas de la Torre y quitarme la corona que he obtenido por el voto de toda la Inglaterra?

—Tambien lo sé, Milord.

—Entónces conoceréis, Sir James, que es absolutamente necesario que esas criaturas desaparezcan para siempre.

—Es decir, Milord, dijo Tyrrel retrocediendo un paso, que este oro que me habeis dado, es en pago de la vida de esos inocentes.

—Yo no os he dicho nada, Sir James, gritó el

duque colérico, y vos sois bastante grosero y atrevido de pensar de esa manera. Lo único que yo digo es, que esos niños deben desaparecer, y muy pronto, y que vos teneis bastantes faltas y crímenes á cuestas, que tendré necesidad de castigar.

¿Me comprendeis?

Tyrrel se inclinó de nuevo.

—Sir James, dijo el duque, desempeñad vuestra comision bien y pronto; traedme noticias de haber obsequiado mis deseos; y si necesitais mas oro, mis cofres están bastante llenos todavía.

—Pero, Milord, en verdad no sé conque orden podria yo entrar á la Torre.

—Es verdad, se me olvidaba.

El duque escribió en un papel algunas líneas y lo entregó á Tyrrel, el cual despues de haberlo leído saludó al duque y se retiró, poniéndose inmediatamente en camino para Lóndres, pues esta escena pasaba en Warwick.

Cuando llegó á Lóndres esperó que se adelantase mucho la noche, y á cosa de las once se dirigió á la Torre, é hizo que llamasen á Sir Roberto Brakembury.

—Caballero, estoy nombrado gobernador de la Torre de Lóndres por veinticuatro horas, y espero que me entregueis inmediatamente las llaves de todas las prisiones.

—Sir James, esclamó Brakembury lleno de terror, es imposible lo que me decís.

—Aquí teneis la órden, leed.

Brakembury se acercó á una luz y leyó temblando la órden una y dos veces. Así que se convenció que era clara y terminante, la devolvió á Tyrrel, murmurando entre dientes: los pobres niños ¿qué va á ser de ellos?

—Vacilais? dijo Tyrrel mirando que el viejo se habia quedado quieto.

—No, no vacilo; lo que sucede es, que mi cabeza no está muy bien; pero venid.

Brakembury tomó una lámpara, y con pasos vacilantes echó á andar, enseñando á Tyrrel los departamentos donde estaban los prisioneros, y entregándole las llaves:

—¿Y la habitacion de los príncipes? preguntó Tyrrel.

—Allí, allí está, dijo estremeciéndose, enseñándole un pasillo estrecho y oscuro.

—Bien; dijo Tyrrel.

Brakembury concluyó su entrega, regresó á su habitacion, y sintiendo que su cabeza se ardia y que su razon se trastornaba, se salió de la Torre y se dirigió á las orillas del Támesis, para ver si la humedad de la niebla y la frescura del viento disipaban aquel vértigo infernal que lo volvía loco.

Tyrrel, dueño ya de la Torre de Lóndres, llamó á Forest, que era un asesino á quien pagaba con parte del dinero recibido del duque, y á Dighton, mozo de las caballerías del mismo duque, y todos

tres se dirigieron por aquellos patios y corredores oscuros y tristes hasta la alcoba en donde se hallaban los hijos de Eduardo. (*)

La estancia estaba escasamente alumbrada por una lámpara. Reinaba un profundo silencio y una aparente tranquilidad.

Envueltos en las sombras y con los pasos lentos, suaves y silenciosos del chaeal, se dirigieron los tres asesinos hasta un lecho colocado en medio de la alcoba. Alzaron los cortinages y descubrieron á los dos niños durmiendo con la seguridad de la inocencia, enlazados sus brazos y juntos sus rostros de serafín.

Tyrrel guardó el puñal que habia ya desnudado; los otros dos bandidos se quedaron un momento inmóviles y sorprendidos.

Todos tenían miedo á la inocencia.

Tyrrel, no teniendo valor para presenciar la eje-

(*) No hay en México personage mas conocido que Ricardo, duque de Gloucester. Shakespeare hizo de los acontecimientos históricos que acabamos de referir, un drama titulado: "La vida y la muerte del rey Ricardo III." Casimiro Delavigne, tomando solamente el lance del asesinato de los dos príncipes, hizo el drama titulado: "Los hijos de Eduardo," y el célebre literato D. Manuel Breton de los Herreros, tradujo á un hermoso verso castellano este drama, que fué varias ocasiones representado en México por el actor Pineda, que creó admirablemente el carácter del duque de Gloucester.

cucion, y temiendo ceder á los impulsos generosos de su corazón, salió de la alcoba y esperó fuera.

Los dos asesinos vacilaron, disputaron, pensaron robarse á los niños y libertarlos así; pero al fin las inclinaciones viciosas y la esperanza del oro, triunfaron, y acercándose á la cama, ahogaron á las hermosas é inocentes criaturas.

Tyrrel y los dos asesinos, con lágrimas en los ojos, como dice Shakespeare, tomaron á los dos cadáveres en sus brazos, hicieron una sepultura y los enterraron al pié de la escalera por donde se sube á un departamento, donde se cree que pasó esta escena y que es conocido hoy por la *Torre Sangrienta*.

Ricardo se ciñó por fin la corona, para perderla con la vida en la batalla de Bosworth, que ganó el duque de Richmond, el cual se casó con Isabel de York, hermana mayor de los niños asesinados en la Torre, y subió al trono con el nombre de Henrique VII.

FIN DE LA OBRA

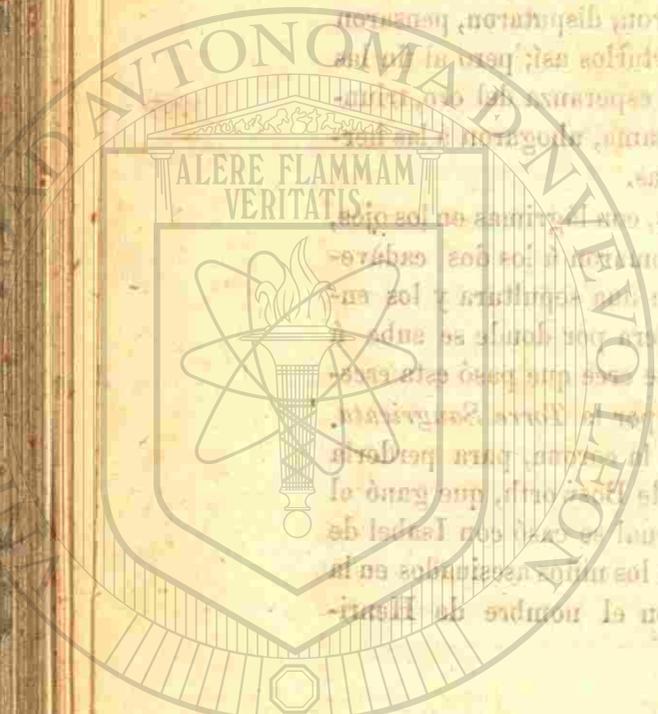
... y temiendo poder á los impresos...

Los los impresos...

... y...

INDICE.

	PAGS.
Prólogo.....	V.
Dedicatoria.....	VII.
Cap. I.—Las islas.....	10.
II.—El Occéano.....	21.
III.—Southampton.....	34.
IV.—Las islas de Wigth.—Portsmouth...	50.
V.—Claremont.....	56.
VI.—El Palacio de Cristal.....	67.
VII.—La Esposicion Universal.....	95.
VIII.—Id.—(Continuacion).....	108.
IX.—Id.—(Continuacion).....	122.
X.—Id.—(Conclusion).....	138.
XI.—La City y el West-End.....	154.
XII.—El Banco Real.—El Lloyd's.....	171.
XIII.—Los Diques.—El Tunel.....	189.
XV.—San Pablo. Recuerdos de Van Dick.	206.
XVI.—Horacio Nelson.—Cristóbal Wren.	225.
XVII.—Episodio Ruso.—Los favoritos...	250.
XVIII.—Muerte de Pablo I.....	279.
XIX.—La Columna de Fuego.— <i>El Tren</i> <i>de Plaisir</i>	303.
XX.—Los Tres Henriques.....	323.
XXI.—Id.—(Continuacion).....	349.
XXII.—Id.—(Conclusion).....	385.
XXIII.—La Reina Margarita.....	403.
XXIV.—Id.—(Conclusion).....	430.
XXV.—La familia de York.....	433.
XXVI.—Id.—(Conclusion).....	457.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



